



BAJO LA SOMBRA DE UNA MENTIRA

Areños Consuegra

avant
narrativa

Primera edición, mayo de 2017
© Areños Consuegra, 2017
Diseño de portada: Leopoldo Torroba
Corrección: Paloma Albarracín
Maquetación y diseño: Javier Labrador
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-16864-74-4
Depósito legal: M-11337-2017

BAJO LA SOMBRA DE UNA MENTIRA

Areños Consuegra

«A mi padre, por ser mi ángel esté donde esté y porque siempre creyó en mí.

A mi madre, por estar siempre ahí.

A mi esposo y a mis hijos por ser los latidos de mi corazón, a ellos, por se la esperanza por la que vivir.

A todo ellos, GRACIAS»

CAPÍTULO I

Cuando Marina bajó del carruaje, contempló ante ella una amplia ladera llena de grandes mansiones a un lado y otro de una ancha calle. Al final, el inmenso mar dejaba entrever un infinito desconocido, tan desconocido como el futuro que a partir de aquel instante le esperaba a ella.

El resoplido del caballo le hizo llevar la vista atrás. El carruaje se alejaba y, mientras lo hacía, Marina lo miraba como si con él se fuera una parte de su vida.

Lejos quedaba su casa de campo allá en la aldea. La sencillez de un hogar que da la pobreza, suficiente para vivir, que no la miseria. Aquella casa, su casa, en lo alto del páramo de la montaña, casi al final del valle del pueblo, con las praderas oscilantes donde las vacas de las gentes del pueblo pastaban libremente desde el amanecer hasta el anochecer.

Cada semana, un vecino se encargaba de llevarlas a los prados. Al anochecer, con la caída de la tarde, lo mismo: las vacas regresaban con el mismo zagal y, como si de un ritual se tratara, fijo el camino, cada una de ellas entraba en las cuadras de sus casas, memorizando cada paso y cada lugar.

—¡Ahí quedan, María!

—Muy bien. ¿Buen día en el monte?

—Tranquilo más bien...

—Hasta mañana, pues...

Sin embargo, aquello era distinto... Contempló el tintineo del carruaje hasta que se alejó de su vista. Volvió a mirar el mar que con su azul grisáceo se confundía a lo lejos con el cielo. El día, algo nuboso, dibujaba el gris que da el final del verano y el inicio del otoño.

La ancha calle, aun con su angosta subida, era recorrida en su bajada y su ida por lujosos carruajes, distante de aquel, que minutos antes la había dejado en lo alto de la calle; entre ellos se colaba algún que otro carro cargado de cajas de pescado.

—¡Fresco del día! ¡Fresco del día! —era el grito del hombre que tiraba del caballo a medida que su paso se acercaba a la verja de cada puerta de aquellas inmensas casas.

Dejó sus pensamientos atrás. Mejor sería buscar el número de la casa donde a partir de ahora empezaría su vida. «Ya habrá tiempo», pensó. Tiempo para aprender a vivir en un nuevo hogar y en un nuevo lugar. Tiempo para pasear aquella calle que llevaba hasta el mar.

Marina agarró su pequeño equipaje con las dos manos, casi abrazándolo a su cintura. No tenían maletas en su casa. Apenas sabían lo que era eso. En alguna ocasión vieron una, fue cuando el médico que llegó al pueblo trajo a su mujer a vivir después de que diera a luz a su hijo. Aunque poco permaneció en el pueblo. Pues cansada de la soledad de aquel lugar y de que su marido se pasara el día fuera de casa recorriendo las aldeas de los alrededores, sin apenas verle desde la mañana a la noche, la mujer del médico pronto convenció a su marido de regresar a la ciudad de donde vino, junto a su hijo. Y el hombre así lo hizo. Regresó, solo, al cabo de unos días, y solo permaneció en aquella casona de pueblo con Josefa, un ama ancha de carnes y parca en palabras, que con tener casa limpia y puchero caliente al buen doctor ya le valía.

Pero la soledad hizo mella en él y cuanto más pasaban los días, más recorría las aldeas de los alrededores, olvidando así una soledad que tapaba con el cariño de sus gentes, el vaso de vino junto al fuego en el invierno y el agua fresca bajo el roble en el verano, en cada casa de aquellas gentes, entre visita y visita.

Los lugareños, que bien sabían la pena que acontecía a su médico, distraían esta cuanto podían. El buen hombre se consumía viendo pasar los años sin ver a su hijo.

Dicen que al principio, después de llevar a su mujer, iba a menudo a verlos a la ciudad. Pero que, con el tiempo, las visitas se fueron alejando y un buen día, después de un regreso de un corto viaje, no volvió más. Intentaron saber qué había pasado por el ama que el médico tenía, mas esta bien podría haber sido muda porque no sacaron palabra alguna de ella.

Lo único que vieron es que su médico se dejó una barba desaliñada que cubría un rostro donde unos ojos tristes dejaban ver en el silencio una mirada perdida en, quizás, dolorosos recuerdos.

Rumores corrieron acerca de que la mujer del médico se había casado, aunque no entendieron cómo, con un importante ingeniero ferroviario, venido de una buena familia y que tenía al hijo del médico rodeado de todos los

caprichos y lujos, y que al niño, cada vez que iba su padre a verle, su madre le presentaba como un tío lejano.

El hombre, en su amargura, lloró su pena en silencio y guardó para sí aquel amargo pasado, intentando borrar los recuerdos, guardándolos en un viejo arca, cerrado con llave, en un altillo del desván de la casa.

Nadie más se atrevió a ahondar en su dolor.

«Las heridas hay que dejar que se cierren —decía el tío Matías—, cuanto más se abren, más duelen, y si no cierran, no cicatrizan. Por eso, al doctor hay que dejarle tranquilo y no preguntarle nada».

Marina regresó a su presente. El resoplido de un caballo despertó sus pensamientos. Con su macuto debajo del brazo se detuvo ante la puerta de hierro negro de la verja que rodeaba una gran casa gris, algo descuidada en su fachada. Marina se cercioró de que el número correspondía con el mismo que tenía en el papel que días antes le había llevado doña Claudia.

Marina abrió la verja chirriante y descuidada del número diecisiete de aquella pendiente calle. En el camino hacia la puerta principal, pisó los hierbajos que del abandonado jardín se encontraba a su paso.

Apenas había flores, los matorrales nacían a su antojo haciéndose dueños del terreno. El abandono del lugar era más que evidente. Marina pensó que los campos de su pueblo estaban mejor atendidos que el terreno de aquel jardín que bordeaba la casa. Aún quedaban vestigios de que aquello, en su tiempo, debió de ser un lugar hermoso. Pensó en doña Clotilde y en sus flores, las mismas que cuidaba con tanto mimo y en lo que diría si viera aquel lugar.

Lo examinó detenidamente y observó que el terreno bordeaba la casa. Altos olmos se cernían cerca de la tapia que separaba la finca del resto de las casas colindantes.

La curiosidad la hizo salirse del camino y asomarse para ver hasta dónde llegaba. Bordeó la esquina derecha de la casa y vio que el terreno se expandía hasta detrás de la misma, percibiendo que al fondo el jardín era mucho más amplio que el que cubría la entrada. Al fondo pudo ver una fuente de piedra, de la que al parecer no caía una gota de agua.

Marina estaba tan absorta en su curiosidad que no se percató que en una de las ventanas del lado derecho de la casa, una mano sostenía una cortina de alguien que observaba sus movimientos.

De repente, sintió un escalofrío en su cuerpo, y la desagradable sensación

de que unos ojos la miraban desde alguna parte. Miró hacia arriba, y solo pudo ver cómo la cortina volvía a su lugar.

Percatándose de lo que estaba sucediendo, volvió sobre sus pasos. Recordó a su abuelo cuando le decía: «¡Ten cuidado, Marina! Que la curiosidad mató al gato».

CAPÍTULO II

Genaro se subió los viejos pantalones zurcidos y parcheados, y se los ató con una cuerda a la cintura. No tenía cinturón. Apenas nadie los usaba, al menos en cuanto a la mayoría de las gentes del pueblo se refiere. Era lo que había. Trabajaban con sus ganados y sus huertos. No había lujos. Escasamente algún lugareño, en algún viaje a la ciudad, se había comprado alguno, pero lo reservaban para la misa del gallo en la Nochebuena o algún acontecimiento familiar como una boda.

Echó agua fresca en el pilón y se frotó con energía la cara. Desde pequeño lo hacía. Era lo que había visto y lo que le habían enseñado.

—¡Así te despiertas, zagal! —le solían decir, y así seguía haciendo cada mañana desde hacía sesenta años.

Peinaba canas, y la tez de su cara estaba curtida del sol del verano y las heladas del invierno. El campo dejaba su huella en cada surco que marcaba su rostro.

La cocina, igual a las del resto del pueblo, tenía su hornacha debajo de la trébede y de allí Genaro cogió el cazo con la leche ya caliente y lo vertió sobre el cuenco lleno de pequeños trozos de pan.

Hacía rato que el sol había salido tras las montañas, pero Pablillo aún tardaría hasta que viniera a recoger las vacas. Era a él a quien le tocaba esa semana. Era cojo el chaval, una enfermedad que tuvo de pequeño le dejó una pierna más corta que otra. Estuvo tiempo con unas fiebres tan altas que a punto estuvo la de la guadaña de llevárselo. Dicen que fueron los rezos de su madre y el agua de la fuente de la cueva lo que le salvaron. Él no creía en los milagros. Para él quien le sanó de verdad fue aquel médico joven que había llegado al pueblo hacía ya unos años. «Ha pasado tiempo —pensaba—, parecía mentira lo señorito que llegó y ahora había que verlo, tan desaliñado a veces. Si no fuera por el ama, el hombre se olvidaría hasta de comer», pero las penas del alma no alimentan, solo matan, y él parecía querer morir.

Genaro acabó el desayuno y se fue para la cuadra. Fue soltando las vacas. Se asomó a la puerta y oyó el tintineo de los cencerros. Vio cómo Pablillo, con la vara en la mano, subía la cuesta con el ganado. La cojera marcaba su paso.

—Buenos días, tío Genaro.

—¿Qué pasa, chaval? Otro día más al monte, ¿eh?

—Así es, tío Genaro.

Las vacas del tío Genaro, cuan obedientes, sabiendo del día de pastos que les tocaba, fueron saliendo de una en una de la cuadra y uniéndose al resto; alguna, más torpe que otra, se apretujaba entre el grupo sin saber qué dirección tomar. No tardó el perro en pegar cuatro ladridos, estas fueron subiendo cuesta arriba mientras el «¡Eah, vacas...!» de Pablillo animaba al can a hacer su cometido.

—Ten cuidado, Pablillo, que arriba la niebla le pinta lluvia al día.

—No se preocupe, tío Genaro, que ya se encargó mi madre de que llevara buen abrigo, y buena comida me metió en el zurrón.

—Hasta la tarde pues, Pablillo.

—Hasta la tarde, tío Genaro.

El tío Genaro se quedó contemplando al zagal mientras se alejaba. Los gallos cantaban en cada casa y no tardarían las gentes en trasegar por las calles a sus faenas. Algunos ya habían ido sacando las vacas y, ahora, lo que seguía era la faena del campo y sus huertos.

Entró en la casa. Vio cómo Diego había echado agua al balde y estaba lavándose la cara. Era el único hijo que tenía. Quiso estudiar en la capital, pero las faltas de cuartos se lo impidieron. Era algo que tenían clavado dentro. Su madre les había dejado hacía ya algunos años. Siempre fue mujer floja de salud. Ya de moza, cuando andaban ennoviados, el padre de ella se lo decía: «Cuida a esta hija mía, Genaro, que débil me salió la chica. Ya desde niña andaba con males cada dos por tres. Pensé que de moza cambiaría, pero ahí la tienes...».

Sin embargo, Diego no salió a su madre. El chaval era alto y fuerte. Buena planta tenía el chico. Pero los ojos sí eran los de su madre, aquella mirada dulce y tierna, que sin saber cómo te llegaba hasta el alma y te hacía sentir un ser pequeño cuando te miraba.

Pero reconocía que tenía su orgullo. Su madre siempre se lo decía: «Tienes el mismo orgullo que tu padre; ten cuidado, Diego, que si acaba en soberbia, eso no es bueno, hijo», y acariciaba su rostro dándole un beso en la mejilla.

Sin embargo, él no había sido besucón. Total... ¿para qué? Para besos y carantoñas ya tenía a su madre, él tenía que enseñarle a que fuera duro, que se hiciera un hombre. Había que ser fuerte para trabajar en el campo. Era todo lo

que tenía, las tierras y las vacas. Todo vino de su padre, y antes del padre de su padre y así hasta Dios sabe cuándo...

Diego se volvió y observó a su padre mientras cogía la toalla y se secaba con ella.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, Diego. —Casi siempre le había llamado así, ni siquiera él recordaba si en alguna ocasión le había llamado hijo.

—Pablillo ya se llevó las vacas al monte, aunque no sé el día que tendrá el chaval porque en la cima se ve una niebla muy fea.

—Seguro que se apañará. No es la primera vez que le llueve en el monte.

Apenas hablaban más que lo relativo a lo cotidiano del día. Desde que murió su madre era como si el frío hubiera anidado en aquella casa helando la calidez humana.

Hubo un tiempo en que la relación con su hijo fue muy distinta a la que tenían ahora, pero... ¡hacía ya de eso tanto...! De niño le gustaba que su padre le llevara con él a todas partes, sacaban las vacas juntos y las llevaban a pastar a la ladera del tío Toñín, hasta que este murió y se hicieron dueños de todo unos sobrinos de la capital. Pero llegó un día en que su madre empezó a llevarlo a la escuela del maestro del pueblo, don Serafín se llamaba: «Es listo el zagal, Genaro —les solía decir—, y le gustan mucho los números; si podéis, deberíais mandarlo a la ciudad. Es una pena que un chico así de listo se quede en el pueblo».

Y su madre puso el empeño en ello: «Irás a estudiar, Genaro —le decía—. El chico irá a estudiar aunque yo no lo vea no se quedará el resto de su vida aquí en el pueblo, con vacas y huertos».

Pero su madre no lo vio, no porque Dios quiso llevársela cuando el chaval ya era un buen mozalbete, sino porque aquella epidemia de aquel maldito invierno se llevó cuatro de las cinco vacas que tenía y a la Lucera no se la llevó porque Dios no quiso.

Y Diego maldijo su suerte de por vida y maldijo a su padre porque tampoco hizo gran esfuerzo por que aquella suerte cambiara. Aunque Diego empezó a sonreír a escondidas al poco de conocer a Marina. La muchacha había bajado alguna vez al pueblo, pero Diego no se había fijado en ella. Hasta que un día don Serafín les dijo a sus padres que era bueno que la llevaran a la escuela.

—Aunque solo sea para aprender las cuatro reglas, no queráis que sea una analfabeta toda su vida. Marina es una niña muy linda y se la ve despierta —

les decía don Serafín una tarde de final del verano que el maestro subió hasta la casa, allá en lo alto del páramo.

—Si yo no digo que sea tonta la chiquilla, eso bien lo sabe *usté*, pero aquí bien viene que ayude en la faena; además, después del campo y el ganado, también le ayuda a su madre en la casa.

—Lucas, Lucas, Lucas... que bien sabes tú lo malo que puede resultar que uno no sepa las cuatro reglas, o ¿ya se te olvidó cuando te engañaron aquellos tratantes de ganado?

—Bueno, don Serafín, ya hablaré con su madre y ya le diremos lo que haremos.

Lucas era hombre orgulloso, echado *pa'lante*, pero no le gustaba que le recordaran que por culpa de no saber leer ni escribir, unos liantes le engañaron una vez en la compra de ganado.

Y allí volvió don Serafín, páramo abajo, hacia el pueblo, secándose con un pañuelo que sacó de su bolsillo el sudor que el calor de aquel intenso verano dejaba en su escuálido cuerpo, pues el hombre conocimientos y cultura sí tendría, pero hambre también, pues bien conocido era aquel dicho de que «pasas más hambre que un maestro de escuela».

Diego contempló a su padre, que miraba absorto por la ventana, con la mirada perdida en algún recuerdo.

—Padre, ¿le ocurre algo? —le preguntó—. ¡Padre! —le volvió a llamar más alto.

—¿Qué?

—No sé, parecía estar perdido, como miraba tan fijo por la ventana...

Y Genaro no quiso decirle nada a su hijo, pues sabía que nombrarle a Marina no sería de su agrado.

—Nada. —Y sin más se marchó de la cocina mientras le decía—: Voy a coger la azada y quitar las hierbas a la tierra de las patatas.

Era el final de septiembre y ya se había empezado a recoger los frutos de las siembras. Las legumbres se secaban a las puertas de las casas y los corrales. Al final de la tarde, antes del regreso de las vacas, las familias y vecinos se sentaban a desgranar en conversación y compañía, hasta que Pablillo, de regreso del monte con las vacas, avisando con el tintineo del cencerro de las mismas, distraía sus conversaciones, y ya cada vecino recogía la labor para seguir con ella al día siguiente. Y así, las vacas a las cuadras, cada una sabiendo su camino se metía en la suya, y comenzar el ordeño de la

leche que serviría de alimento para la cena con un buen queso y un buen trozo de la hogaza de pan.

CAPÍTULO III

Marina llamó a la aldaba de hierro negro de la puerta. Apenas unos segundos después, la puerta se abrió. Una muchacha de unos quince años, delgada, algo más baja que ella y con mirada vacía, la abrió la puerta. Marina se la quedó mirando, pues la muchacha no articuló palabra.

Antes de que pudiera decir quién era, oyó una voz detrás de ella:

—Es muda. Oye todo lo que se le dice, pero no podrá contestarte a nada de lo que le preguntes.

La voz venía de una mujer algo alta, vestida de negro y que llevaba el pelo recogido en un moño en la cabeza. El aspecto siniestro de la mujer que le hablaba no discernía mucho de la estancia que asomaba tras la puerta de la calle. Apenas había luz natural, el lugar era más bien oscuro, pero se apreciaban unas anchas escaleras justo tras ella desde por donde, probablemente, había bajado; escaleras estas que debían de llevar a los pisos superiores.

—Me llamo Marina —dijo— y vengo recomendada por doña Claudia.

—Pasa para dentro, aunque te esperábamos ayer.

El gesto serio y las palabras secas hicieron sentir incómoda a Marina. Mientras tanto, oyó el ruido de la puerta al cerrarse, y Jacinta, la muchacha que le había abierto hacía apenas unos segundos antes, se colocó a su izquierda, sin dejar de mirarla.

—Lo siento, señora, pero...

—No me interesan tus razones —la interrumpió—, Jacinta te llevará a lo que será a partir de ahora tu habitación. Encima de la cama encontrarás lo que será a partir de ahora tu uniforme, que procurarás tener limpio en todo momento. Cuando te hayas instalado, Jacinta te llevará a la cocina y allí recibirás mis instrucciones. ¿Ese es todo el equipaje que traes?

—Sí, señora.

—Está bien. Márchate ya. Dentro de media hora, espero que ya estés lista.

Jacinta, pues así entendió Marina que se llamaba la muchacha que le había abierto la puerta, la agarró de la manga del vestido y le indicó que la siguiera.

Cogieron camino por un pasillo que asomaba del lado izquierdo de las escaleras. Apenas unos metros, este daba la vuelta a la izquierda y luego a la

derecha. Se veía alguna que otra puerta. Dos o tres le pareció ver a Marina antes de llegar a la que debía de ser la suya. Ya no había más. Allí acababa el pasillo. Jacinta abrió, y la estancia que asomó a su vista era sencilla, no esperaba más, por lo menos había una cama, un armario de dos puertas enfrente y una mesilla de noche. También había una ventana que Jacinta abrió para poder desplegar las contraventanas que estaban por fuera. La muchacha se volvió y le señaló la ropa que bien planchada tenía encima de la cama; entendió que aquella sería la que tenía que ponerse.

—Gracias, Jacinta —le dijo.

Pero la muchacha, sin tan siquiera mover un músculo de la cara, salió de la estancia sin antes cerrar la puerta. Marina echó un vistazo rápido y sin más se acercó a la ventana. Allí estaba la fuente de piedra. Su habitación daba al jardín. No era lo mismo que su casa en el páramo, pero al menos podía disfrutar de los olmos altos y vigorosos que se veían tras la ventana, un jardín abandonado y aquella fuente de piedra que tanto la había impresionado cuando llegó.

¿Qué pudo ocurrir para que aquello estuviera tan abandonado? ¿A quién pertenecía la casa y quiénes serían sus dueños? La mujer que la había atendido tan secamente cuando llegó debía de ser alguien que trabajaba al servicio de la casa. No parecía que fuera la señora. No. La señora sería alguien bien vestida, de porte elegante... con un agradable olor a un caro perfume, e incluso, hasta podría ser bella... «¿Habrán niños?», pensó. ¿Si los había, por qué no se oían sus risas y carreras por la casa? No. No debía de haber niños. La casa estaba demasiado silenciosa. Dejó sus pensamientos de lado y abrió las dos puertas del armario. Tenía perchas para colgar. Un altillo donde había una manta, que supuso sería un extra para la cama para las noches más frías y dos cajones en la zona baja del armario. De sobra. No tenía tanta ropa para llenar aquello. Colocó la falda y la blusa en las perchas, guardó en los cajones la ropa interior que traía y se dispuso a cambiarse de ropa. Detrás de una de las puertas del armario había pegado un espejo. Allí pudo contemplar su nuevo aspecto. Parecía alguien diferente. Apenas se reconoció.

Unos golpes en la puerta y Marina dejó de mirarse. Cerró las puertas del armario y abrió la de su habitación.

Jacinta la observaba con la misma expresión que cuando se había ido. Levantó las manos a la cabeza de ella y con gestos le hizo entender que debía

recogerse el pelo en un moño. Marina le dijo que ya se lo había recogido en su coleta, pero la expresión de Jacinta denotó no estar de acuerdo con ello y, dándose la vuelta, le indicó que la siguiera.

Marina pensó que por las prisas que llevaba no se debía hacer esperar a quien fuera que la estuviera esperando.

Volvieron a recorrer el mismo camino que había hecho media hora antes. Atravesaron el oscuro vestíbulo que daba a la puerta de la calle y siguieron por un pasillo hasta llegar a la amplia cocina de la casa. Allí, de pie, con las manos cogidas por delante y con el mismo semblante serio con que la había recibido, se encontraba la misma mujer de antes.

—En esta casa hay dos cosas que no se perdonan —su voz era seca y áspera—: una es la puntualidad y la otra es la presencia.

—Lo siento —dijo Marina—, no sabía que me había retrasado.

—Llegas cuatro minutos tarde, y tu aspecto no es el correcto, el pelo ha de estar completamente recogido y no debes tener ni un pelo suelto. Tus labores en esta casa serán las de tener las estancias en condiciones, deberán estar perfectamente limpias. Te encargarás de abrir la puerta de la calle cuando llamen, llevarás la ropa de la casa y la tendrás limpia y almidonada. De la cocina y la comida se encarga la cocinera. Desayunarás, comerás y cenarás en la cocina con el resto del servicio. Acudirás al mercado cuando sea necesario y Jacinta te acompañará. Hay estancias de la casa en las que no podrás entrar. Subirás únicamente hasta el segundo piso. En el primero se encuentran las habitaciones del señor y su despacho. En el piso de abajo, como has podido ver, se encuentran la cocina y las habitaciones del servicio. Un aseo, el salón de la casa, que está detrás de las dos puertas grandes que hay en el vestíbulo y el comedor que está al lado del salón. Y no olvides esto, hay un tercer piso, pero jamás subirás a él. Es una zona personal, y el servicio no está autorizado.

Marina notó la expresión nerviosa de Jacinta cuando oyó lo del tercer piso. Se abrió una puerta al otro extremo de la cocina y una mujer rechoncha y algo entrada en años hizo su entrada.

—Buenos días —dijo. Cargaba con un capazo de verduras que colocó sobre la trébede.

—Marina, esta es Manuela, la cocinera de la casa. Manuela, esta es Marina; como puedes ver, es la muchacha que estábamos esperando. Ha llegado esta

mañana. Le darás las instrucciones pertinentes, pues mañana irá al mercado con Jacinta.

Y dirigiéndose a Marina le dijo:

—La casa está falta de limpieza debido al tiempo que llevamos esperando a alguien. Jacinta te indicará dónde están los trapos de limpieza, comienza lo antes posible y procura no distraerte con nada. En esta casa, no se permiten las pérdidas de tiempo. ¿Lo has entendido? Y tampoco se hacen preguntas.

Miró de forma enérgica a Manuela y dándose la vuelta salió de la cocina.

Todas sintieron como si un viento frío hubiera salido con ella. La rigidez de las mujeres dejó paso al relajamiento de los cuerpos.

—Es así con todo el mundo —le dijo Manuela—. En esta casa, oír, ver y callar. Si te limitas a eso, todo irá bien.

—¿No hay señora en la casa? Solo ha hablado del despacho del señor.

—Adelfa es el ama de llaves y deberás dirigirte a ella como doña Adelfa y como bien te ha dicho, aquí, mozuela, no se hacen preguntas. Y yo voy a ponerme a hacer la cena, que aún tengo que cocer las verduras para hacer la sopa. Tú deberías hacer lo mismo si quieres empezar con buen pie en esta casa.

Adelfa... Luego aquella mujer cuyo aspecto daba más miedo que confianza se llamaba Adelfa y era el ama de llaves... Dejó su curiosidad aparte y cogió la escoba y trapos que del cuarto de limpieza le había mostrado Jacinta.

Cuando abrió las dos puertas del salón, vio que apenas entraba un rayo de sol por las ventanas. Descorrió las cortinas y abrió las contraventanas. Todas ellas daban al abandonado jardín. Una gran chimenea presidía el centro de una pared de la estancia; sofás, sillones y mesillas recorrían la estancia; también había adornos y cuadros en las paredes, de los cuales, uno destacaba sobre los demás. La media sonrisa y los ojos grises destacaban del rostro de una hermosa mujer sentada al piano. Debía de ser el mismo piano que había debajo del cuadro. Marina pensó que aquella mujer sería la señora de la casa.

—¿Quién es? —le preguntó Marina a Jacinta, que entraba en ese momento con un cubo de agua.

Pero Jacinta metió las manos en el delantal y moviendo la cabeza de forma negativa salió de la estancia regresando poco después con un plumero y algún cepillo.

—¿No sabes quién es? —le volvió a preguntar Marina.

Pero Jacinta volvió a hacerle gestos de que se pusiera a trabajar y no hiciera

preguntas.

La noche se fue echando encima, cuando acabaron de limpiar el salón. Los cristales de los altos ventanales les había llevado más de lo que ella creía, pero mientras los limpiaba, con las ventanas abiertas, Marina tuvo presentes los campos de su monte, mientras absorbía el olor de los árboles y su verdor de aquel abandonado jardín.

Adelfa entró en la habitación cuando Jacinta y Marina recogían las cosas de la limpieza. Le hubiera gustado que aquella regia mujer la felicitara o, al menos, hubiera tenido alguna palabra amable, pero pronto descubrió que eso no sería así.

Qué distinto era todo. Doña María siempre le daba las gracias y le hacía un bizcocho, aparte de unas buenas propinas cada vez que la limpiaba la casa en los cambios de estaciones. No la tenía muy sucia la mujer, pero el polvo siempre se acumulaba, y las piernas de la anciana y la edad no le dejaban hacer muchos menesteres.

—Si ya habéis terminado, después de recoger los enseres, id, que Manuela ya está esperando con la cena en la cocina. Volverás luego a cerrar las contraventanas y correrás de nuevo las cortinas. Mañana las abrirás solo un poco para que entre claridad, no es necesario que entre mucha luz en el salón, ni en ninguna de las estancias de la casa.

Marina no entendía por qué en aquella casa preferían vivir casi a oscuras. Todo podía ser tan distinto, y aquel jardín..., entraría el olor de las flores y del verde, y de los árboles cuando agitan sus ramas por el viento, aquel jardín..., sintió que estaba unida a él desde que llegó a aquella casa y traspasó la verja de hierro. Si la dejaran, ella lo cuidaría en sus ratos libres, y la vida comenzaría a entrar en aquella casa. Pero solo fue un pensamiento que aparcó en el tiempo. Por ahora era mejor cumplir con cada orden y con el trabajo. No podía quedar mal con doña Claudia. Además, necesitaba el dinero. Sería una gran ayuda para su casa.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Marina se levantó pronto. Se colocó el uniforme y se dirigió a desayunar a la cocina. Jacinta se encontraba ya sentada dando buena cuenta de un gran tazón de leche. Encima de la mesa había una bandeja con magdalenas, bollos y un plato con trozos de pan. «Vaya —pensó—, esto sí que es un buen desayuno». Manuela entró en aquel momento portando una lechera entre sus manos.

—Buenos días, Marina —le dijo—, veo que no se te han pegado las sábanas.

—Buenos días. Estoy acostumbrada a madrugar. En el pueblo siempre había que levantarse temprano para atender el ganado. Buenos días, Jacinta —le dijo a esta mientras le ponía la mano cariñosamente sobre el hombro y le dedicaba una agradable sonrisa.

Jacinta, que no estaba acostumbrada a amabilidad alguna, correspondió con un gesto y un leve sonido que intentó sacar de su garganta.

—Tienes leche caliente en el fogón —apuntó Manuela—; sírvete y desayuna.

Adelfa entró en ese momento en la cocina.

—Buenos días —dijo. Tenía el mismo gesto serio e inamovible del día anterior—. Veo que estáis todas. Marina, hoy irás al mercado con Jacinta. Es necesario que vayáis pronto por la mañana porque así podréis escoger el mejor producto. Al final solo queda lo que ya no quiere nadie. Manuela te dirá lo que debes comprar. Manuela —afirmó dirigiéndose a esta—, hoy se espera al señor, probablemente a la hora de comer. Todo debe estar listo para cuando llegue.

—Sí, señora. ¿Quiere que haga algo especial?

—Con que hagas lo de siempre estará bien.

Marina vio cómo cogía una bandeja, una taza fina con su plato, de la alacena, una servilleta de hilo y un plato sobre el que dispuso un par de bollos y magdalenas.

Sin decir palabra dio media vuelta y se marchó. Marina pensó que para ser del servicio el desayuno que se había dispuesto era como para una señora. No

quiso comentar nada. Acabó el suyo y le dijo a Jacinta que cuando quisiera podrían marchar ya.

Llegaron al mercado después de haber andado unas cuantas calles. El bullicio y las voces de los tenderos eran tales que no comprendía cómo se podían entender. Jamás había visto tanta gente junta. Los puestos con verduras, carnes, frutas y pescado iban y venían por diferentes calles, debajo de un gran edificio cuya cúpula en el centro dejaba entrar la luz del exterior. Jacinta iba delante, marcando el paso. Sabía dónde iba. Marina intentaba seguirla, aunque no podía evitar pararse delante de alguno de aquellos puestos. Cuando Jacinta veía que no la seguía, se volvía sobre sus pasos y tirándola del brazo hacía que la siguiera. Era como si el tiempo apremiara.

—No sé por qué tienes tanta prisa; podemos mirar en qué puesto lo dan más barato.

Pero Jacinta se limitaba a lanzar aquellos sonidos imperceptibles y seguía el camino, fija en una dirección, y Marina comprendió que Jacinta tenía muy claro dónde hacía la compra cada día.

Después de pasar por delante de varios puestos, se detuvieron delante de uno en que solo vendían verdura.

—Hola, Jacinta. ¿Qué queremos hoy? Veo que vienes acompañada. ¿Ya encontró doña Adelfa alguien para el servicio?

—Me llamo Marina —le dijo esta ante la mirada escrutadora del tendero.

—Bien, Marina, pues yo soy Juan. Tú me dirás lo que queremos hoy, Jacinta —le dijo a esta.

Y Jacinta fue escogiendo lo que Manuela le había dicho y anotado: acelgas, zanahorias, puerros, berros, ajos..., mientras Marina iba metiéndolo en uno de los cestos que habían llevado.

—Son veinte reales.

«Gruj, ag. Tsk, tsk», fue todo lo que pudo decir esta a la vez que acompañaba los sonidos con algún gesto de enfado, dando a entender que le parecía mucho dinero lo que aquella mañana le cobraba por la compra.

—No te quejes, Jacinta, que sabes que es buen género el que te vendo y que me lo traen de los huertos los campesinos.

Marina pagó y con las mismas se fueron a otro puesto.

—Si vieras las acelgas y los puerros de mi huerto, Jacinta, son oro molido al lado de esto que hemos comprado.

Pero Jacinta no respondió y se detuvo delante de otro puesto que solo

vendía carne. Más tarde, se acercaron al puesto de la fruta y tanto en uno como en otro Jacinta pedía y Marina pagaba, cargando ya las dos con el peso de la compra. Cuando salían del mercado, Jacinta se detuvo delante de uno que solo vendía pan, magdalenas, bollos de leche y alguna quesada. Jacinta pidió una hogaza de pan y media docena de bollos de leche.

Marina sintió el olor tan agradable del pan recién hecho y recordó el calor que desprendía el horno de su casa mientras la masa se cocía en su interior. La sonrisa tierna de su madre mientras acariciaba sus trenzas a la par que le decía: «Marina, hija, no te acerques tanto, que un día te vas a quemar». Ella le contestaba: «¡Madre! ¿Todavía no está hecho? Sáquelo, madre, que igual se le quema... », y ella le sonreía con todo el amor que puede dar una madre. Sintió su calor, el del hogar y el del amor y respiró profundamente, inhalándolo muy adentro... para que aquello quedara siempre en sus recuerdos.

Jacinta atrajo al presente a Marina, dándole un codazo.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Son dieciséis reales —le dijo la panadera.

Y sin más, salieron ya del mercado. Fuera se congregaba algún que otro puesto de frutas y verduras y otros de flores.

Marina no pudo evitar pararse delante de uno. El mozo que lo atendía era un apuesto joven que pronto puso sus ojos en ella.

—No hay flor de mi puesto que nuble tanta belleza.

Marina le sonrió.

—Si me compras dos, te regalo seis. Mira a ver, guapísima, que no hago negocio, pero por ti perdería hasta la luna.

Jacinta volvió a tirarle de la manga.

—¿No podemos comprar unas flores? —preguntó—. Aún nos queda dinero, y un ramo de flores frescas en el salón quedaría de maravilla.

Pero Jacinta seguía tirando de la manga de Marina y negando con la cabeza.

—¿Por qué no, Jacinta? Además, hoy viene el señor y seguro que le agradecerá ver la estancia iluminada con un ramo de flores.

Jacinta arrastró a Marina y no le dio más explicaciones. Cuando doblaron la esquina de la calle de la plaza de Abastos para coger la colindante que las llevaría a la amplia barriada de grandes mansiones, Marina volvió a sentir el olor del mar, se giró y miró hacia abajo, se quedó parada contemplando la caída de la pendiente de la calle que bajaba aún unos cuantos caserones más

abajo. Al final, como perdida en la lejanía, una línea divisoria cruzaba transversalmente, dejando ver tras ella un inmenso azul verdoso. Jacinta, que había seguido caminando calle arriba, cuando percibió que lo hacía sola, se volvió buscando a su compañera de faenas, la vio unos metros más abajo, parada, inmóvil, como si de una estatua se tratara, ausente de todo aquel que pasaba a su lado. Sin entender lo que ocurría, volvió sobre sus pasos y tiró nuevamente de la manga de la chaqueta de su vestido. Marina, sabiendo que se trataba de Jacinta, con la mirada fija en el horizonte, habló:

—¿Sabes, Jacinta? Mi casa está al pie de una montaña, grandes extensiones de praderas se divisan desde ella, un riachuelo baja tanto en invierno como en verano con un agua fresca y transparente como el cristal. Todo es de un intenso verde, aunque el color cambia según la estación, los diferentes tonos de verde te incitan a estar horas contemplando maravillada tal paisaje. En invierno, suele nevar bastante, y el manto blanco que lo cubre, en las noches estrelladas de luna llena, serpentea de brillantes colores como si luces cristalinas salieran de su interior. Solo oí hablar del mar en los libros y ahora... está ahí... Únicamente te pido una cosa —Marina se giró sobre Jacinta mirándola con súplica—: solo quiero bajar hasta allí, hasta el final de la calle..., solo hasta el final de la calle..., te prometo que apenas nos demoraremos. Solo será un momento... ¡Jacinta, por favor!

A Jacinta, que había escuchado extasiada cómo Marina había hablado del hermoso lugar de donde venía, le había llegado tan al corazón que, al mirar hacia abajo y atisbar la línea tras la cual se veía el mar al final de la calle, se dio cuenta de que apenas conocía el mar. Solo lo había visto de lejos, jamás se había alejado de aquellas calles que rodeaban la gran casa y por las que se accedía a la plaza de Abastos. Era hasta donde había llegado. Sintió ganas de ir hasta allí. Unas enormes ganas. Miró a Marina y le dijo que sí con la cabeza, moviéndola repetidamente. Las dos muchachas agarraron fuertemente los capazos de la compra y bajaron con paso acelerado la calle hasta llegar al final. La que la atravesaba era una amplia avenida cruzada a ambos lados por coches mecánicos y carruajes de caballos. Al otro lado, un amplio paseo marítimo y, detrás... el mar.

Se quedaron allí, no hizo falta que se dijeran nada, sabían que con llegar hasta allí era suficiente. Contemplaron el inmenso mar que se perdía en el horizonte, tranquilo, sosegado, uniéndose a lo lejos con un cielo tan igual y tan distinto... Aspiraron el aroma que el aire traía y se miraron con la

admiración en el rostro, y sonrieron como niñas que descubren un regalo deseado.

Regresaron con la promesa de volver algún día para mojarse los pies. Sería su secreto. A Manuela, si preguntaba por qué se habían demorado tanto, ya se les ocurriría algo que decirle.

Cuando llegaron a la casa, Manuela estaba esperándolas.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —les dijo.

Jacinta se acordó de las flores, así que entre sus gestos y sus sonidos intentó explicarle a Manuela que Marina se paraba en cada puesto que veía. Marina entendió cómo Jacinta quería salir de la situación.

—Manuela —le dijo esta—, nos quedó aún algo de dinero y quise comprar un ramo de flores para el salón, pero Jacinta apenas me dejó intentarlo.

Manuela miró a Jacinta, y Marina percibió la complicidad y misterio que hubo en aquel cruce de miradas. Antes de que intentara hacer pregunta alguna, Manuela habló:

—Jacinta sabía lo que hacía, Marina. En la casa están prohibidas las flores. —Y sin más, se dispuso a sacar la compra que habían traído del mercado—. Deberíais ir a hacer las faenas de la casa antes de que doña Adelfa os vea paradas. Además, yo tengo que preparar la comida.

Jacinta salió de la cocina, momento que Marina aprovechó para saciar su curiosidad.

—Manuela, ¿qué ocurre? ¿Por qué hay tanto misterio en solo unas flores?

—Mira, hija, hace años, en esta casa todo era bien distinto. Pero cambió y se prohibieron hasta las flores. No hagas preguntas y conservarás tu trabajo. Si necesitan en tu casa el dinero, es lo mejor que puedes hacer. Vete a hacer las faenas, Marina. Doña Adelfa se enfadará mucho si el señor llega y no está todo dispuesto.

—¿Qué debería hacer hoy?

—Yo que tú empezaría en el primer piso. El señor cuando viene siempre se encierra en su despacho y trabaja hasta tarde. Para comer, lo hace solo, en una salita que tiene entre su despacho y su habitación. Creo que deberías quitar el polvo que hubiera en esas estancias. Si quieres saber algo más, deberías preguntárselo a doña Adelfa. Yo por de pronto voy a preparar la comida, que el tiempo viene rodando.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—En algún lado de la casa estará..., y déjame ya, niña, que es mucho lo

que ya me vas entreteniendo.

Cuando Marina subió las escaleras del primer piso, vio que las puertas dobles de un lado del pasillo estaban abiertas. Este era ancho y alargado, y la escalera daba la vuelta sobre sí, subiendo a lo que debía ser el segundo piso. Entró y vio a Jacinta faenando. La estancia tenía enfrente un gran ventanal que daba a un lado del jardín de la casa. Una chimenea en una esquina y junto a ella un cómodo sillón orejero. En una de las paredes, un amplio mueble-biblioteca lleno de libros, una mesa pequeña y algunos muebles más. Las cortinas eran ligeras, como si allí sí quisieran que entrara la luz. Dos puertas en dos de las paredes opuestas parecían llevar a dos habitaciones distintas. Jacinta miró a Marina y en el cruce de miradas que tuvieron, los ojos de Jacinta se fueron hacia la puerta. Marina se volvió y vio que doña Adelfa se encontraba de pie junto a esta. Entrando en la sala les dijo:

—Bien, Marina, veo que ya conoces el primer piso. En esa puerta está el despacho del señor y en aquella de allí, su dormitorio. Airead todo esto y que no haya ni una mota de polvo para cuando el señor venga. Después cerraréis las ventanas, pues las habitaciones no deben quedarse frías. En la otra puerta del pasillo está el cuarto de aseo del señor; comprobad que todo esté en orden y que haya toallas limpias. Marina, en esta casa no se tolera la ineficacia, la muchacha que estuvo antes era demasiado lenta para hacer las cosas.

—No se preocupe, doña Adelfa, estoy enseñada a trabajar desde niña.

—Veremos si es verdad. —Y enarcando las cejas se dio media vuelta y salió de la sala.

Marina buscó a Jacinta, esta barría el despacho, trabajaba afanosamente y apenas había prestado oídos a lo que aquella mujer de negro les había dicho minutos antes. Se fue hacia el dormitorio y abrió las ventanas, respiró el aire, que aquella mañana olía a mar, miró hacia abajo y vio la fuente de piedra, ¡qué maravilla! La ventana daba a aquel lado del jardín. Pensó entonces que aquella estancia estaría justamente encima de la suya. Se volvió y contempló la habitación. Era sencilla, pero tenía clase; la última vez que estuvo en una habitación parecida fue cuando cuidó a la mujer del boticario un invierno que cogió unas fiebres muy altas; agarró tal neumonía que estuvo dos meses la mujer en cama. Pero aquello era diferente, las ropas de la cama y los tejidos de los ventanales, todo era sencillo y elegante a la vez. La cama tenía dos grandes almohadones, las sábanas aún olían a limpio, debían guardarse con ramitas de romero en el armario, pues la esencia se percibía cuando Marina

comprobaba que las sábanas estuvieran limpias. «Un trabajo menos —pensó—, al menos no hay que mudar la cama». La habitación era bastante grande, dos espejos adornaban las paredes, uno de ellos, más pequeño, se encontraba sobre una cómoda de caoba. Un gran armario de cuatro puertas en la pared del lado derecho de la cama. Marina las abrió. Todo era ropa de hombre. No había vestidos, blusas, faldas... nada que hiciera pensar que en aquella casa viviera señora alguna o que el señor estuviera casado. ¿Quizás era en el tercer piso, esa zona de la casa tan llena de misterio a la cual tenía prohibido ir...? Se asomó a la puerta y vio que Jacinta seguía afanosa en el despacho del señor. Pensó que mejor así, pues podría seguir saciando su curiosidad, abrió los cajones de las mesillas de noche: algunos libros, papeles, libretas, llaves, un rosario de cuentas de madera... nada diferente.

Junto a la ventana, Marina vio un estrecho mueble de cajones, se acercó y abrió uno por uno: juegos de sábanas, toallas, pañuelos con iniciales bordadas, ropa interior, pijamas... solo había ropa, quizás todo aquello era más normal de lo que en un principio parecía. Marina abrió el último cajón y vio una caja de madera finamente labrada, la cogió y la contempló entre sus manos; sintió deseos de abrirla, pero algo en su interior le dijo que no lo hiciera. Cuando volvió a guardar la caja, vio una fotografía que debía de estar debajo de esta, era la imagen de un hombre sentado en una silla, con los brazos sobre el respaldo; aquel hombre era muy guapo, pensó para sí, pero esa mirada ya la había visto antes.

Dándose cuenta de que en cualquier momento tanto Jacinta como doña Adelfa podrían aparecer por allí, guardó todo deprisa.

Comenzó a limpiar el polvo de la estancia mientras pensaba que aquel debía de ser un retrato del que seguramente sería el señor de la casa. De todos modos, pensó que si iba a llegar a comer, como había dicho, entonces saldría de dudas.

Manuela entró en la sala contigua al dormitorio, allí Jacinta faenaba colocando la pequeña mesa cercana al despacho, pues al señor le gustaba sentarse a comer allí. Lo hacía solo. Apenas salía de aquellas estancias cuando estaba en la casa. Raramente se le solía ver pasear por el jardín. Alguna vez lo había hecho. Cada vez menos. Empezó a dejar de hacerlo cuando oyó aquellos gritos.

Si tenía que salir, lo hacía al teatro, a la ópera o a algún concierto. Tampoco había visitas. Habían pasado muchos años desde la última. Ya casi nadie

venía a la casa. Ni siquiera Jacinta lo recordaba. Todo empezó cuando ella era muy niña. Se había quedado huérfana con nueve años y la habían recogido en aquella casa, dándole más afecto de lo que ella podía soñar. Si no hubiera sido así, habría acabado en cualquier hospicio y sabe Dios qué habría sido de ella. Así que, en agradecimiento, se esmeraba por ser servicial y atenta. El señor siempre fue amable y cariñoso con ella, incluso cuando la pillaba escondida entre la barandilla de la escalera, espiando las entradas y salidas de las visitas cuando entonces se hacían cenas en la casa. Le gustaba ver a las señoras, tan elegantemente vestidas, y las veladas acompañadas por el dulce sonido del piano. ¡Qué bien tocaba la señora! Tan bella y elegante. Para Jacinta era como ver un ángel, dejando sonar su dulce melodía. Pero de eso hacía ya tanto tiempo... Mientras se esmeraba en que el mantel que había colocado sobre la mesa pequeña quedara perfectamente extensible, oyó la voz de Manuela:

—¿Habéis acabado ya? —sonó la dulce voz de la rolliza mujer.

—Ajg —fue el sonido afirmativo de Jacinta en su mudez, a la par que hacía el gesto con la cabeza.

Marina, que salía de la estancia del dormitorio acercándose a ellas, le preguntó:

—Manuela, ¿ya ha llegado el señor?

—No, ha mandado recado por un mozo de la estación de que llegará tarde a la noche. Así que vamos a comer nosotras. Recoged los enseres y bajemos a la cocina.

Cerraron las puertas por las que se accedía a las tres estancias y bajaron.

Sobre la trébede, en una bandeja, estaban dispuestos unos cubiertos y platos vacíos.

—¿Doña Adelfa ya comió? —preguntó Marina.

—Sí —contestó Manuela.

Y mientras dejaba la escoba y el cubo en una de las esquinas, Marina percibió que sobre la bandeja había recogido dos servicios usados. Alguien más había comido en la casa.

—Vamos, Marina, que no hay cosa peor que tomar la comida fría. Una no se pasa la mañana cocinando para nada. Mira, Jacinta, esta muchacha siempre tiene hambre y agradece todo lo que le haces.

Y Jacinta, que ya estaba sentada a la mesa, daba buena cuenta del puchero de Manuela. Cuando acabaron de comer y ayudaron a recoger a Manuela en

la cocina, esta dejó el mandil colgado junto a la puerta que daba al jardín.

—Aquí os dejo hasta la hora de preparar la cena; voy un par de horas a mi casa, que allí también me necesitan. Además, la hija de mi vecina ha pasado mala noche. Está muy avanzada en su embarazo y hoy ha habido cambio de luna. Me acercaré a ver si me necesitan en algo, pues si entre vecinas no te ayudas... Bien se dice: «Hoy por ti, mañana por mí». Hasta luego pues, ahí os dejo.

—Hasta luego, Manuela —contestó Marina—. ¿Y tú y yo qué hacemos, Jacinta?

Jacinta se encogió de hombros

—Si al menos doña Adelfa nos dijera algo. ¿Tú sabes dónde puedo ir a buscarla para preguntarle?

—No hace falta que vaya a ningún sitio a buscarme, Marina —la voz de doña Adelfa atrajo hacia la puerta de la cocina los ojos de Marina.

—Quería preguntarle qué desea que hiciera esta tarde. Podría ponerme con el comedor de la parte de abajo.

—No es necesario que hagáis nada. Procurad que esta tarde haya el mayor silencio posible en la casa. Ya os indicaré si hay algún cambio. Jacinta en estos casos sabe lo que hay que hacer.

Marina no entendió nada, pero le venía bien descansar. En dos días que llevaba allí, casi no había parado, intentaba ser eficiente y le hubiera gustado finalizar el trabajo más duro, pero les habían ordenado silencio, y silencio mantendrían.

—Jacinta, ¿qué podemos hacer? —Esta se encogió de hombros y salió de la cocina.

Marina se quedó sola contemplando la soledad del momento. Decidió salir al jardín. Las hierbas crecían descontroladas por todos lares. Se sentó en uno de los dos escalones de la puerta y se dejó caer apoyando la cabeza en la pared. Sintió el calor que los rayos del sol dejaban en su rostro y cerró los ojos, dejó que los recuerdos regresaran a su mente y, sin más, disfrutó de la placidez del momento, y así transcurriría el tiempo.

Debió de quedarse dormida, porque fue la voz de Manuela, mucho tiempo después, la que la despertó:

—Marina, chica —decía mientras movía su hombro—, vaya siesta te has echado.

—Lo siento, la calidez del sol hizo que me quedara traspuesta.

—Traspuesta no, que si te viera doña Adelfa, diría que estabas bien dormida.

—Fue ella precisamente la que dijo que no hiciéramos ningún ruido en la casa y mantuviéramos el mayor silencio posible.

—Vaya, ya empezamos —dijo Manuela, a la vez que acompañaba con un suspiro sus palabras—. Bueno, me pondré con la cena; si el señor viene esta noche, no quiero demorarme.

—¿Qué tal la hija de tu vecina?

—A la muchacha la han llevado a La Luz de María; aún no había tenido nada cuando yo me vine. Es primeriza, y las primerizas siempre se alargan en los partos.

—¿Qué es La Luz de María, Manuela?

—Ah, es un hospital de caridad para los que no podemos pagarnos uno. Espero que tú no lo necesites nunca.

Manuela se colocó el mandil y comenzó con la faena de la cocina. Jacinta hizo su entrada un tiempo después. Ambas se miraron. No hicieron falta palabras, porque Manuela ya leyó lo que quería saber en los ojos de Jacinta. Marina vio cómo Jacinta y Manuela se entendían con una simple mirada. No hacían falta preguntas, pero para ella sí que había muchas; Marina tuvo la misma sensación que el día anterior cuando llegó a esa casa.

La noche se había echado encima, y un coche aparcó a la puerta. Doña Adelfa bajó las escaleras deprisa y abrió la puerta de la calle. Se oyó la voz de alguien que despedía el coche, y el sonido de este al arrancar y marcharse. Marina, en camisión, semiescondida en el pasillo que daba a su habitación, vio que un hombre alto y moreno hacía su entrada en el vestíbulo de la casa, mientras le daba parte del equipaje a Adelfa.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Hoy ha estado más nerviosa que de costumbre, presentía su llegada y ha estado algo alterada. Ahora está dormida, le he suministrado un sedante de los que le manda el doctor y espero que pase la noche tranquila.

—Mañana pasaré a verla. Buenas noches, Adelfa.

Y sin más, desapareció escaleras arriba.

CAPÍTULO V

Doña Claudia, apoyándose en su bastón, bajaba lentamente la calle del pueblo, cuando vio a Diego sentado en la piedra de la puerta de su casa. El muchacho tenía entre las manos una vara de avellano que tallaba finamente con una navaja pequeña. La mujer sintió una ligera pena al ver al joven, pues sabía que no era santo de su devoción desde que recomendó a Marina para aquel trabajo de la ciudad. Era como si ella fuera la causante de que ellos se separaran y ya no se volvieran a ver. Hacía ya un mes escaso que Marina se había ido, y en el rostro del muchacho se había quedado una amargura desde entonces. Se le veía con la mirada perdida, partiendo con rabia la leña, o cabalgando al galope por las laderas de las afueras del pueblo.

El joven era buen chaval y, aunque no lo decía, se le veía en sus gestos que maldecía su suerte; primero fue su madre quien se fue, el único ser que le había dado cariño, después la mala suerte de no poder ir a la capital a seguir con sus estudios y ahora... era Marina, aquel sueño de juventud se había ido lo mismo que se va la nieve del invierno cuando ya el sol calienta. En ella había puesto sus ilusiones, sus esperanzas del mañana...

Doña Claudia se acercó lentamente a su lado.

—Buenas tardes, Diego.

—Buenas tardes.

—Siempre se te dio bien hacer cosas con las manos; aún me acuerdo cuando de niño intentaste hacer un caballo de madera, y no te quedó nada mal...

—Teniendo en cuenta que fue su difunto marido quien lo hizo...

Doña Claudia, al oír la respuesta seca y fría de Diego, entendió que el muchacho estaba más dolido de lo que ella creía, así que con su voz amable y dulce intentó suavizar el ambiente distante que Diego marcaba en aquella conversación.

—Bueno, pero tú lo empezaste y no lo hiciste mal.

Marquitos, el pequeño pelirrojo, hijo de Angustias, bajaba corriendo la calle, como alma que lleva el diablo.

—Marquitos, hijo. ¿Dónde vas tan corriendo? —le preguntó doña Claudia. Y Marquitos, con la respiración agitada por la carrera traída, le dijo:

—Vienen los titiriteros, los titiriteros vienen.

Diego, que había dejado de tallar la vara, se quedó mirando al pequeño que corría calle abajo mientras seguía gritando:

—¡Que vienen los titiriteros...!

—¡Dios mío! —dijo doña Claudia—. Hace tantos años que no venía al pueblo un circo ambulante así... No sé si te acordarás tú, Diego, o eras muy pequeño.

—Sí me acuerdo, y me acuerdo como si fuera ayer.

Claro que se acordaba. Fue el día que conoció a Marina, el día que la vio por primera vez antes de que bajara a la escuela después del verano.

Aquel día había llegado al pueblo una familia de gitanos ambulantes cargados con un carromato tirado por una mula y llevando con ellos un perro y una cabra. Jamás habían visto algo igual, un carro pintado de vivos colores y con unas llamativas cortinas en la parte de atrás, de donde colgaban algunos clavos con cacerolas y cacillos. Una mula vieja, un matrimonio con un hijo pequeño y una hija, un perro blanco y una cabra era toda la *troupe*. Se aposentaron en uno de los prados a la entrada junto al río, y por la noche, después de hablar con el alcalde y obtener su permiso, montaron su número en la plaza del pueblo.

La gente acudió, cada uno con su silla, las fueron colocando en hileras para ver la única función nocturna. La curiosidad y la emoción embriagaban las ilusiones y la imaginación de aquella novedad. Aunque ya por el día la cuadrilla de chiquillos del pueblo había estado espiando su modo de vida, no vieron nada diferente: lavaban sus ropas en el río, las tendían sobre las cuerdas que habían atado previamente de árbol a árbol y hacían sus pucheros en una fogata sobre un círculo de piedras. Todo de lo más normal, salvo su indumentaria y aquel llamativo carromato en el que viajaban.

Aquella noche casi todo el pueblo estaba sentado en sus sillas en la plaza, esperando ver aquella novedosa función, y allí estaba Diego, con el resto de chiquillos, cuando vio llegar a Marina de la mano de su padre. Apenas tendría doce años, uno menos que él; sus ojos se clavaron en ella, mientras sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

Jamás olvidaría aquella noche, fue como vivir un cuento en un sueño. Los titiriteros y su cabra subida con las cuatro patas a aquel taburete, la niña dando volteretas sobre sí misma y pasando la gorra, vestida de ropajes llamativos, el sonido de los cascabeles en los tobillos mientras se movía entre

el público, moviendo la gorra, intentando sisar un real aquí y otro allá, y Marina... mirando con sus grandes ojos verdes y su bella sonrisa.

Para Diego, aquella noche fue el más bello de los sueños. Cuando todo acabó y Marina se fue como había venido, de la mano de su padre, sintió que dentro de él algo había cambiado. Dormiría con su sueño, con el recuerdo de cada momento y cada nuevo día, sería para él la ilusión que despierta cada mañana, queriendo ver de nuevo aquellos ojos verdes que miraban perdidos cada filigrana de la noche anterior.

—Este Marquitos —dijo doña Claudia— se beberá toda el agua de la fuente de la plaza cuando llegue, pues entre la carrera y lo que chilla se va a quedar sequillo el chico.

Diego dejó asomar una pequeña sonrisa a la comisura de sus labios.

—Me alegra verte sonreír, Diego.

—No sé por qué dice eso.

—Lo sabes perfectamente. Desde que se fue Marina es como si se te hubiera nublado la cara.

—Marina eligió irse y no hay nada más que hablar.

—Mira, Diego, yo entiendo que estés dolido conmigo, pero fue un favor que me pidió su padre. Tú sabes perfectamente que en las casas de este pueblo un jornal más viene más bien que mal, y en casa de Marina, como en cualquier otra. Seguramente venga en Navidad; además, no creo que haya ningún problema en que te cartees con ella.

—Ya veremos, doña Claudia. Eso son cosas mías y de nadie más. Ahora, si me disculpa...

Y Diego, que siempre había sido un muchacho de callar el dolor de sus sentimientos, para su propia soledad, se dio media vuelta y se metió en su casa. Doña Claudia se quedó mirando al interior del portón mientras le decía a un Diego ya desaparecido tras la puerta:

—Lo siento, Diego, lo siento.

Pero doña Claudia jamás supo que Diego sí había oído sus palabras.

Cuando entró en la casa, cogió el tanque con agua fresca y le pegó un buen trago, mientras sus pensamientos le llevaban a otro lado, subió las escaleras del piso superior, donde estaba su habitación, y entró en ella. Abrió un pequeño baúl que había arrimado a una de las paredes y sacó una pequeña caja, se sentó en el suelo y la abrió. Cada papel que había dentro tenía el recuerdo de Marina, un dibujo que habían hecho a la sombra de un árbol

junto al río una tarde de otoño que había ido con la escuela. Don Serafín les había mandado dibujar algo de lo que vieran por allí y se lo cambiaran luego con un compañero cualquiera, y Diego, antes de que nadie se le adelantara, le dio su dibujo a Marina, y esta, que por entonces llevaba pocos días en la escuela, lo cogió y a cambio le dio el suyo. Años más tarde, grabarían sus iniciales en un árbol de aquel mismo sitio.

Luego, cogió su carta, aquella que le había escrito al poco de llegar a trabajar a aquella casa. No ponía mucho, salvo que la casa estaba rodeada por un jardín abandonado y que la regentaban un ama de llaves seca y seria que a veces intimidaba como queriendo dar más miedo que respeto, una muchacha muda y una cocinera rechoncha en carnes y agradable en palabras. Del mercado de abastos al que solían ir casi todos los días a comprar y el olor a mar.

Dobló la carta y pensó que él no conocía el mar, que jamás pudo salir de aquellos campos, de aquel lugar y pensó en ella, sintió una punzada en el pecho y dejó que las lágrimas recorrieran sus mejillas, lloró como un niño junto a la pared, apretó contra el pecho aquella única carta que le había llegado de Marina y lloró..., lloró hasta que echó de su pecho aquello que le ahogaba tanto.

—¡Diego! —se oyó la voz del tío Genaro debajo de la escalera.

—Estoy aquí, padre, ahora bajo.

La tarde se había echado encima y ya casi anocheecía. No supo hasta entonces cuánto tiempo había estado allí.

—Anda, hijo, vamos a cenar y bajamos a la plaza a ver los titiriteros que han venido, ¿te parece?

—Algo oí, padre; Marquitos, el hijo de Angustias, pasó corriendo por aquí anunciándolo a bombo y platillo.

—Pues hala, no se hable más. Si te parece, cenamos ya y nos bajamos.

CAPÍTULO VI

Había pasado un mes desde que el señor había llegado a la casa; Marina casi no pudo verle. Al día siguiente, cuando regresó con Jacinta del mercado, se enteró por Manuela de que se había tenido que marchar.

El otoño hacía tiempo que había hecho su entrada y se iba notando cada vez más el frío de los días, así que se acercó al cobertizo para traer unos leños de madera. A media tarde, solían encenderse todas las chimeneas de la casa y se dejaba durante la noche que fueran consumiéndose las maderas; no solían apagarse, pues así a la mañana se agradecía el calor que aún conservaban las estancias.

El señor había llegado el día anterior, y Marina apenas había cruzado dos palabras con él. Adelfa le había ordenado que le subiera la comida a la pequeña sala y fue en ese momento cuando la presentó como la nueva muchacha que hacía más de un mes que había entrado al servicio.

—Bien, Adelfa, está bien —era todo lo que había dicho.

Marina dejó la bandeja sobre la mesa y se retiró, no se atrevió a hacer comentario alguno, su curiosidad del principio había ido menguando con el paso de los días.

Echó los leños en la chimenea del salón de abajo; había buena lumbre, pero decidió ir a por unos troncos más, los dejaría en el cesto que había a un lado, pues al parecer el señor tenía visita y era necesario que la estancia estuviera caldeada. La tarde había ido refrescando en exceso a medida que se acercaba la noche y el cielo amenazaba lluvia, así que si traía todos los leños posibles ahora, se ahorraría mojarse más tarde.

Cuando Marina acabó, entró en la cocina. Vio a Manuela que daba vueltas en el puchero con la cuchara de madera.

—Uf, vaya frío que hace —dijo.

—¿Ya metiste la leña? —preguntó Manuela.

—Sí, y además he llenado el cesto de la chimenea.

—Vaya, no se te escapa una.

—Lo que no quiero es salir luego a mojarme cuando esté lloviendo a jarros.

—Anda, pon las manos que se te calienten, que veo que te has quedado tiesa.

—¿Qué estás cocinando, Manuela? Huele bien.

—Solo es un poco de caldo para una sopa. Los días fríos siempre se llevan mejor con algo caliente en la boca. Cámbiate de ropa, tendrás que atender al señor y a su invitado y te has manchado entera con la madera.

—¿Quién es el que viene?

—Debe de ser don Joaquín, es quien lleva todo el papeleo de los negocios del señor. Siempre que está, viene para arreglar lo que tenga que arreglar, que eso no es asunto nuestro. Pero doña Adelfa quiere que siempre esté bien atendido. No suelen llamar casi nunca, pero alguna vez sí requiere alguna cosa, así que, venga..., espábilate, que no tardará en llegar.

Marina venía por el pasillo de cambiarse el uniforme en su habitación cuando se oyó el golpe del llamador en la puerta, se encontraba ya en el vestíbulo cuando se oyó el segundo. Abrió la puerta y un señor mayor, con canas, entrado en años, medio mojado por la fuerte lluvia que caía en ese momento, asomó tras ella. El hombrecillo tenía un aspecto peculiar, pues con un maletín en la mano intentaba cerrar el paraguas con la otra.

—Deje que le ayude —le dijo Marina amablemente.

El hombre, mirándola de soslayo, le entregó el paraguas y entró en la casa. Marina cerró la puerta. No tuvo tiempo de preguntar nada pues Fernando había abierto las puertas del salón y se acercaba a su invitado a la par que le decía:

—Pasa, Joaquín, será mejor que te seques junto a la chimenea.

—No me vendrá mal una buena copa de ese coñac que tú conoces.

—Marina, coge el abrigo de don Joaquín e intenta que cuando se vaya ya lo tenga seco.

—Sí, señor.

Los hombres entraron en el salón, y Marina se llevó el abrigo a la cocina.

—Uf, vaya noche de perros que se ha puesto —dijo don Joaquín.

Fernando había cogido una botella de cristal y sirvió en dos copas parte de su contenido. Mientras le ofrecía una a su invitado le decía:

—¿Has traído los papeles que te pedí, Joaquín?

—Esto sí caliente, Fernando; nunca has querido decirme dónde te haces con este coñac. Es manjar para el paladar.

—Me alegro de que te guste.

—Lo sabes tú. Y, sí, te he traído esos papeles.

—Bien los leeré detenidamente y los firmaré.

Los dos hombres se sentaron en sendos sillones, junto a la chimenea. Fernando abrió el maletín que don Joaquín había traído en la mano y extrajo unos papeles de su interior procediendo a leer su contenido. Don Joaquín, que absorbía lentamente cada sorbo del coñac mientras contemplaba el fuego de la chimenea, le dijo:

—Por cierto, Fernando, la muchacha que me ha abierto la puerta es nueva, ¿verdad?

—Sí, la contrató Adelfa; la otra se debió de despedir, pero no me preguntes porque no me preocupó de los asuntos del servicio.

—No me dirás que no te has fijado en la muchacha.

—¿Por qué? ¿Hay algo de particular en ella?

—¿Algo de particular? ¿De veras te atreves a preguntarme si hay algo de particular en ella? ¿Es que acaso no la has visto, Fernando?

—Pues no sé, Joaquín. ¿Qué tenía que ver?

—Lo endiabladamente bonita que es esa muchacha, Fernando, lo endiabladamente bonita.

Fernando no dijo nada al comentario ni manifestó expresión alguna en su rostro, siguió leyendo detenidamente cada uno de los papeles mientras don Joaquín perdía su mirada en el fuego de la chimenea saboreando cada sorbo de aquel embriagado coñac.

Cuando acabó de leer, le preguntó:

—¿Está todo como tú querías, Fernando?

—Sí.

—Habrás visto por el informe de tu médico personal que está totalmente inhabilitada.

—Cualquier médico firmaría un informe así después de examinarla.

—Bien, Fernando. Ahora eres dueño de todo: de esta casa, las propiedades de tu padre, las fincas, eres el mayor accionista de la fábrica de pescado... Creo que no nos hemos dejado nada. Tal como está no ha sido difícil, ahora solo tienes que firmar y todo será ya legalmente tuyo.

Fernando rubricó su firma en cada uno de los escritos que don Joaquín le indicó y le entregó los papeles.

—Bueno, ya está.

—¿No tendrás remordimientos?

—No los tengo. Había que hacerlo y era de la única manera. En la fábrica es necesario tomar ciertas decisiones y no podía demorarlas más.

—Piensa que antes de que ocurriera aquello, ella te solía dar el parabién en los negocios.

—No lo creas, Joaquín. Alguna vez tuvimos nuestras discusiones. Cuando se le metía una idea en la cabeza, era difícil hacerle cambiar de opinión. Siempre fue una mujer de carácter.

—Sí, lo fue, y bella, muy bella. —Los ojos de don Joaquín se clavaron en el retrato que había en la pared junto al piano.

—¿Te quedarás a cenar? —le preguntó Fernando.

—No, gracias. Me esperan en casa, y no los quiero inquietar. Si no te importa, haz que me traigan el abrigo, seguro que se habrá secado ya.

Fernando tiró de una campanilla, y juntos salieron al vestíbulo. Marina llegaba en ese momento con el abrigo.

—Gracias —le dijo a esta—. Bueno, Fernando, hasta mañana. Si necesitas algo..., ya sabes.

—No te preocupes, Joaquín, creo que me tomaré unos días para descansar un poco.

Marina cerró la puerta de la calle. Cuando se retiraba, oyó la voz de Fernando:

—Marina.

—Sí, señor. ¿Deseaba algo?

Fernando, que se había grabado las palabras de su amigo, observó unos segundos a la muchacha, lo suficientemente rápido para que esta no sospechara nada.

—No, eh... Puedes retirarte a descansar. Hasta mañana.

—Buenas noches, señor. Hasta mañana.

En la cocina, ya solo quedaba Jacinta. Manuela hacía rato que se había ido a su casa.

—El señor me ha dicho que ya no necesita nada y que me vaya a descansar. Que descanses, Jacinta. Hasta mañana.

Jacinta correspondió a Marina. Las dos mujeres habían llegado a entenderse durante aquel tiempo que ya llevaban juntas y entre ellas había ido surgiendo una amistad que día a día iba llevando a un cariño mutuo. No hacía falta que Jacinta hablase, Marina leía en sus gestos y su mirada cada palabra, y aquella rapaza muda daba gracias cada noche a la estampa de la virgencita que tenía en su mesilla por el día en que Marina llegó a aquella casa y entró en su vida. Doña Adelfa no la trataba mal, pero Marina siempre tenía una sonrisa, un

cariño o una palabra amable. Marina era la luz que poco a poco se fue colando en la oscuridad de aquella casa, pero Jacinta, ni en su lejana imaginación, pudo pensar jamás cuánto iba a cambiar todo aún.

CAPÍTULO VII

Aquella mañana, cuando Marina abrió las contraventanas, vio que la lluvia seguía cayendo de forma intermitente; las nubes grises, casi negras por algún sitio, cubrían un escondido cielo en aquel otoño lluvioso y oscuro. Se vistió como de costumbre y después de asearse volvió a mirar por la ventana.

—Nada, hoy va a ser como todos los días.

Sabía que tenía que ir al mercado con Jacinta, como casi todas las mañanas, pero aquel día seguía jarreando y probablemente volverían caladas si no tenían la suerte de que a su regreso escampara. Entró en la cocina y vio que Manuela metía unos leños en la cocina de leña, la leche caliente sobre la lumbre y la mesa dispuesta como todos los días. Se sentó dando buena cuenta del desayuno.

—Vaya, parece que la mozuela se ha levantado hoy con hambre.

—Sí, bastante —le dijo a Manuela mientras apuraba en su boca uno de los bollos de leche—. Manuela, ¿no está casado el señor?

—No —contestó esta de una forma seca.

—Entonces... ¿quién es la mujer del cuadro que está en el salón sobre el piano?

—¿Tú nunca te cansas de hacer preguntas?

Jacinta entraba en ese momento con el paraguas en una mano y los cestos de la compra en la otra, preparada ya para salir al mercado. Marina la miró sorprendida, pues apenas había acabado aún su desayuno. Los gestos de Jacinta y algún que otro sonido hacia Marina le hicieron entender que ya debía de estar lista.

—¡Pero si aún no he desayunado! —le dijo—. Se ve que te has levantado bien pronto.

—No quiere andar muy tarde —apuntó Manuela—. Piensa que tanta humedad reblandecerá las verduras de los puestos.

Cuando las dos muchachas salieron de la casa, la lluvia seguía cayendo y el agua bajaba por la calle abajo como si de un riachuelo se tratara. No se veía ningún coche de caballos, pero sí alguno de los de motor. Algunas personas subían y bajaban escondiendo sus cuellos en los abrigos y girando los

paraguas cada vez que el viento llevaba la lluvia en una dirección. Tras un fuerte relámpago, Jacinta se estremeció y se agarró fuertemente a Marina.

—No tengas miedo. A mí a veces también me dan miedo las tormentas. Con el cielo tan gris y esos truenos es como si el diablo se adueñara de la tierra.

Jacinta se volvió a estremecer por las palabras de Marina y apretando el paso siguieron calle abajo para luego girar dos calles hasta llegar al mercado.

La plaza de abastos se encontraba casi vacía, solo los tenderos de los puestos y alguna criada, prácticamente nadie merodeaba por sus calles, ni siquiera las señoras habían salido hoy para hacer la compra con sus criadas; se ve que por el temporal de lluvia y viento habían preferido dejar solas a estas. Tampoco a los tenderos se les veía con ganas de dar voces ofreciendo su género.

Luis, el muchacho del puesto de flores, estaba apoyado junto a la barra de la pequeña cantina que había en el interior de la plaza. Allí no faltaba el caldo caliente cada mañana. Gertrudis, que era la mujer que lo regentaba, lo hacía de un día para otro, así cada mañana, después de colocar los productos en los puestos, los tenderos, antes de abrir, se acercaban a su barra para templar el cuerpo con un buen tazón de aquel delicioso caldo, el cual algunas veces iba acompañado de un buen torrezno.

No era época de flores, así que Luis tenía que ganarse la vida descargando en el mercado los camiones o alguna furgoneta, así pasaba el invierno, consiguiendo alguna peseta, hasta que en primavera volvía a su puesto de flores. Por entonces las señoras, bien vestidas y acompañadas de sus criadas, eran agradecidas y le solían dejar una buena propina cada vez que se llevaban un ramo.

Aquella mañana había madrugado como de costumbre para ser de los primeros en apostarse a la puerta de la plaza, pues solían cogerles por orden de turno, aunque a él, que era bien conocido por todos, siempre había algún tendero fijo que le llamaba para que le ayudase en la descarga. Después, con las pesetas en el bolsillo, se acercaba a la barra de la cantina de Gertrudis esperando ver a Marina, que casi todas las mañanas venía con Jacinta a hacer la compra para la casa. Había puesto sus ojos en ella desde aquella mañana que se puso por primera vez delante de su puesto. Desde entonces intentaba llevarla a pasear alguna tarde de las que tuviera libres, pero siempre había

obtenido por respuesta un: «No, zagal, otro día ya se verá...». Sentía que cuanto más le daba largas, más latía su corazón por ella.

Cuando la vio aparecer por uno de los pasillos, su pelo empapado chorreaba por el abrigo, se veía que a Jacinta y a ella los paraguas no les habían hecho mucho servicio. Dejó que compraran intentando disimular que la miraba, pues ya había sido objeto de burla de alguno que otro. «Anda, Luis, que se te van los ojos por la Marina», le solían decir entre risas.

Había que ver lo bonita que era, su pelo moreno mojado por la lluvia resaltaba aún más sus ojos verdes.

Cuando Jacinta y ella se acercaron al puesto del pescado, apuró el último trago, metió la mano en el bolsillo y sacó la moneda que dejó sobre el mostrador, dándose la vuelta y alejándose de la cantina. Rodeó por la calle anexa y esperó a las muchachas en la puerta por la que sabía que estas iban a salir. Siempre hacían el mismo recorrido; el puesto del pan y los bollos de leche siempre era el último.

Cuando se acercaron a la puerta y Marina iba a abrir los paraguas, Luis se hizo el encontradizo con ellas:

—Vaya susto que me has dado —le dijo Marina.

—Lo siento, ¿marchabais ya? —les preguntó.

—Sí, cualquiera espera a que escampe y más después de que lleva días lloviendo. Esto parece un diluvio.

—Dadme los cestos que os los llevo —dijo mientras intentaba cogérselos a Jacinta, pero Jacinta tiraba de los cestos desconfiando del muchacho, independientemente de que hacía ya tiempo que le conocía.

—Vamos, mujer, dejadme que os ayude, que entre los cestos y los paraguas no vais a encontrar modo de zafaros de la lluvia.

Jacinta, que aún desconfiaba, miró a Marina.

—Déjale que nos ayude, Jacinta, él llevará los canastos y así nosotras podremos taparnos mejor con los paraguas. Además, no creo que salga corriendo; los cestos pesan, y la lluvia cae con ganas.

Salieron del mercado y, tras doblar la calle, cogieron la siguiente cuesta arriba. El agua bajaba cual riachuelo, y los coches salpicaban a los transeúntes a su paso. Uno de ellos mojó a Luis las pateras de los pantalones y parte de los capazos.

—¡Relámpagos! ¡Mira por dónde vas! —vociferó este.

—Apresurémonos antes de que llevemos toda la compra mojada —

manifestó Marina, mientras echaba una sonrisa con Jacinta.

Cuando llegaron a la casa, le agradecieron a Luis su ayuda y sin más entraron por la puerta de la cocina. El muchacho salió, no sin antes cerrar la puerta de hierro, y dando grandes zancadas se alejó calle abajo. Sintió dentro de él que había dado un pequeño paso. La próxima vez conseguiría dar un paseo con ella.

Fernando, quien había estado mirando por la ventana de su despacho viendo caer la lluvia, vio cómo los tres jóvenes subían la calle, pero se retiró al ver que el joven desaparecía entre la lluvia.

—¡Dios mío, cómo venís! —observó Manuela al ver a Marina y a Jacinta entrar en la cocina dejando goterones de agua. Las muchachas se quitaron los abrigos y los colgaron, después de sacudirlos, en los ganchos de la pared detrás de la puerta de entrada al jardín.

—Id a cambiaros o cogeréis un catarro que os lleve al Monte.

Manuela, mientras estas dejaban sus botas al pie de los abrigos, llenó dos cuencos de caldo caliente.

—Tomaos esto ya mismo y traéis la ropa mojada al corredor, aunque según hace, no sé si se secarán algún día. ¡Hay que ver, si estáis temblando!

No tardaron en bebérselo, pues la humedad helaba sus huesos y no dejaban de tiritar; después, salieron de la cocina hacia sus habitaciones, con el fin de quitarse lo antes posible aquellas ropas mojadas.

Poco tiempo después, Fernando entraba en la cocina sorprendiendo a Manuela, que, afanosa, volcaba un cubo de carbón en la lumbre.

—¿Manuela?

Manuela, tras asustarse por la voz del señor, ya que raramente solía aparecer por allí, dejó el cubo en el suelo. Si necesitaba algo, era Adelfa quien se encargaba de ello.

—Dígame, señor. ¿Quería algo?

—Manuela, siento haberte asustado. ¿Podría subirme alguien el almuerzo a mi sala?

—No ha sido nada, señor; simplemente que una no está acostumbrada a verle por la cocina. Sabe que si necesita algo es doña Adelfa quien lo solicita.

—Adelfa está arriba y prefiero no molestarla.

—No hay ningún problema, señor.

—Gracias, Manuela. Por cierto, ¿quién era el muchacho que venía con Jacinta y Marina?

—No lo sé, señor, no me he percatado de que viniera nadie con ellas. ¿Por qué, señor?

—Déjalo, Manuela, seguramente sería alguien del mercado que vino a ayudarlas.

—Puede ser, señor, ya conoce de la desconfianza de Jacinta; no dejaría que cualquiera las acompañara.

Fernando salió de la cocina, llevaba las manos en los bolsillos de los pantalones y la cabeza cabizbaja con la mirada perdida; no vio que Adelfa bajaba las escaleras en ese momento.

—¡Fernando! —le dijo esta con su voz firme.

Fernando regresó de sus pensamientos y contempló a Adelfa, que bajaba los últimos peldaños de la escalera. Lo hacía como siempre, con su porte erguido y su semblante serio; la expresión de su rostro era tan regia que su presencia imponía cada vez que entraba en una estancia, de riguroso negro y con un moño tirante en la nuca... Siempre la había conocido igual. De niño solía asustarle e intimidarle cada vez que se le acercaba. Después llegó a acostumbrarse, e incluso llegó a comprenderla, sobre todo desde el día en que ella le confesó aquello... Solo entonces varió la expresión de su cara e incluso las lágrimas afloraron a sus ojos; ahora estaba allí..., seguro que le amonestaría por entrar en la cocina. Para eso estaba ella, para atenderle y servirle en lo que necesitara. Pero ahora, a él, sus requiebros prácticamente no le afectaban, era lo suficientemente mayor para hacer lo que le viniera en gana, y además estaba en su casa; aquella era su casa, él era el señor y ella seguiría siendo la fiel ama de llaves de tantos años, a pesar de todo...

—Dime, Adelfa, ¿qué querías?

—Sabes, Fernando, que si necesitas cualquier cosa, yo misma puedo ir a la...

—Lo sé, Adelfa —Fernando no le dejó seguir y la interrumpió—. Pero dime, porque estoy seguro de que no bajabas a recriminarme, ¿qué ocurre?

—Está demasiado alterada; la noticia de que la has apartado de todo no le ha sentado nada bien, está fuera de sí.

—Es normal, sus opiniones dentro de la empresa siempre se tuvieron en cuenta, era buena para los negocios, tenía una intuición que para sí ya quisieran muchos hombres de empresa.

—Sí, siempre fue una mujer muy inteligente, quizás por eso se ha tomado así la noticia.

—Tarde o temprano esto tenía que llegar, Adelfa, tú bien lo sabes.

—Creo que deberías subir a hablar con ella. Me ha tirado la bandeja de la comida. Ha empezado a lanzarlo todo, está fuera de sí.

—Está bien. Subiré ahora mismo.

A Marina se le llenó la cabeza de interrogantes por la conversación que acababa de escuchar. Se había percatado de su presencia cuando regresaba de cambiarse el uniforme y había decidido quedarse rezagada en la esquina del pasillo. Escuchó lo suficiente para pensar que en el piso superior, justo en aquel lugar al que Adelfa le había indicado el mismo día que llegó que estaba prohibido subir, había alguien más.

Cuando Adelfa y Fernando desaparecieron escaleras arriba, Marina salió del pasillo para dirigirse a la cocina. Al pasar por delante del salón, las puertas estaban completamente abiertas, y Marina se quedó contemplando el retrato de la pared del piano; clavó su mirada en los ojos de aquella mujer. Jacinta, entonces, golpeó el hombro de una Marina ensimismada; intentó explicarle que Manuela requería de sus servicios y hacía rato que la estaba esperando.

—¿Se puede saber dónde te has quedado, muchacha? —le dijo Manuela cuando Marina llegó a la cocina—. Parece que te hubieras ido a cambiar al otro extremo del barrio.

—Lo siento, Manuela, ya estoy aquí.

—¿Dónde has dejado el traje para secarlo?

—¡Ah...! ¡Se me ha debido de olvidar! No te preocupes, ya lo pondré a secar más tarde.

—Mira que estás rara, es como si estuvieras en las nubes.

—Manuela, ¿quién es la mujer del retrato del salón?

—Vaya, ya volvemos a las preguntitas. No te entretengas y sube esto al señor, que hace ya un buen rato que vino a pedir que le subiéramos el almuerzo. —Manuela depositó la bandeja en las manos de Marina—. Se lo dejas en la mesa de la sala.

Marina subió las escaleras del primer piso y recorrió el pasillo sin percatarse de que Fernando bajaba las escaleras del segundo. Entró en la estancia. Cuando dejaba sobre la mesa de la sala la bandeja con el almuerzo, los fuertes gritos de una voz desesperada le helaron la sangre, dio un paso hacia atrás y tropezó con la silla que solía estar al lado de la mesa, a la vez que se giraba bruscamente con el único deseo de salir corriendo de allí. Las

piernas y el cuerpo le flaquearon por el miedo que sentía. No pudo seguir, los brazos de Fernando la sujetaban, sus miradas se cruzaron mientras los gritos se repetían, las piernas de Marina volvieron a debilitarse, sintió el pecho de Fernando y los brazos rodeando su cuerpo, lo que impidió que se cayera. Escuchó su voz que resonó dulce y calmadamente en sus oídos:

—¡Tranquila, Marina, tranquila!

CAPÍTULO VIII

Esa mañana de otoño el sol había amanecido adueñándose del cielo. Las nubes se habían tomado su descanso dejando que los rayos del sol calentaran los rostros de los labriegos, que, sentados a las puertas de sus casas, descansaban de la faena semanal, aquella mañana de domingo. Aseados y con sus ropas limpias aguardaban la hora en la que don Nicolás diera orden a los monaguillos de que subieran al campanario para tocar las campanas, señal esta que el pueblo entendía como la llamada para la santa misa del domingo. El pobre cura estaba ya entrado en años, y las piernas tiraban de su cuerpo a remolque; aun así, el hombre cumplía con su obligación de cada día. El resto del día solía emplearlo en visitar a los enfermos o, como bien decía el tío Matías, en meterse donde nadie le llama... «Los curas a la iglesia, que ya bastante tiene cada cual con lo suyo como para que ahora venga el cura a decir qué puchero hay que poner en cada hornacha...». No era pueblo de caciques, más bien de gentes sencillas y trabajadoras, donde, si podían, bien se echaban una mano. Ni siquiera don Julián, el alcalde del pueblo, se entrometía en vaivenes; el hombre llevaba los papeles y gestiones de una viuda, tiempo antes lo hizo cuando el esposo de esta vivía, del pueblo de al lado. La mujer regentaba las propiedades que había heredado de sus padres y que su marido, ducho en el trabajo y tacaño como pocos, había triplicado durante el tiempo que duró su matrimonio.

Cuando don Nicolás salía de la casa parroquial donde vivía, vio al tío Matías sentado en el banco de piedra que rodeaba el nogal de la plaza del pueblo:

—¡Qué...! —le espetó a este—. Ahí estás bien, ¿eh?

—Digo yo que no hago mal a nadie.

—No, si yo no digo que hagas mal a nadie, pero tampoco harás mal si te viera luego en misa.

—Creo que no tenga queja; raramente he faltado algún domingo a sus oficios.

—Ya, pero al rosario también podría venir alguna vez...

—No pida tanto, don Nicolás, que, como tense mucho la cuerda, igual no me ve ni los domingos en su misa.

—No te enojés, Matías, hombre, no te enojés, entiende que uno no pierda ocasión; ya sabes que el cura siempre está para llamar a la puerta de sus feligreses y cuantos más la abran, mejor.

—Lo malo es que ustedes los curas muchas veces se meten sin llamar.

Don Nicolás, que no era tonto, prefirió dejar la conversación con el tío Matías, pues sabía que este no solía errar en sus palabras.

Las mujeres del pueblo, envueltas en sus pañoletas, iban acercándose a la iglesia; los hombres esperaban al último toque haciendo corrillos en la plaza, a la puerta del arco central; pocos eran los que no acudían al oficio del domingo. Alguno que otro se escaqueaba de tal menester, bien porque no creyera en el dios que predicaba don Nicolás, bien porque prefería excusarse en sus menesteres. Diego era uno de ellos. Era más creyente de la tierra que del cielo; para él, poco tenía que agradecerle al Dios omnipotente. No quería entrar en polémicas con nadie y jamás discutía con don Nicolás sobre la iglesia, la misa y las ventajas de creer en un dios. Un buen día decidió no volver a pisar la iglesia y punto, no recuerda si aquel hecho iba unido a cuando tuvo que renunciar a irse a estudiar fuera, o cuando fue... Alguna vez acudía para complacer a su madre, no le gustaba verla disgustada; si ella era feliz, él también lo era. Tiempo después, acompañó alguna vez a Marina hasta que decidió esperarla fuera al final de los oficios. Le gustaba verla aparecer entre las mozas a la salida de la iglesia, se le iluminaba el rostro cuando la veía, su mirada brillaba y una leve sonrisa aparecía en sus labios. ¡Siempre estaba tan bonita! No, no lo estaba. Era bonita. Ella le miraba y se despedía de las chicas, se acercaba a él y juntos se alejaban a pasear por la ribera del río. Allí, en el árbol de cuando eran niños, tenían sus nombres grabados, allí le dio su primer beso, allí se sentaban y hablaban del día a día y de sus sueños. Él sí tenía sueños; ella simplemente estar junto a él. Era feliz así. No había conocido más mundo que su pueblo y tampoco se imaginaba salir algún día de allí, hasta aquel día... cuando su padre enfermó, el dinero empezó a hacer falta en la casa y vino doña Claudia... ¡doña Claudia...! Para él dejó de ser aquella viejecita encantadora el día que le dijo a Marina que le había encontrado un buen trabajo en la ciudad. El sueldo sería lo bastante para que en su casa dejaran de pasar penurias. Él no sabía que ella no se había entrometido en la vida de nadie, simplemente había accedido al ruego de la madre de Marina de que las ayudara de algún modo. Y ella así lo había hecho.

Se quedó recordando aquel día, cuando Marina bajaba por el páramo de la montaña con su macuto. Él la acompañó hasta que ella se montó en aquel carruaje. La vio alejarse hasta que la perdió de vista, asomada a la ventanilla con los ojos enrojecidos de las lágrimas. Apenas hubo palabras de sueños y promesas, se dijeron adiós como si supieran que una nube de incertidumbres rodeaba su futuro.

Aquel domingo, como tantos otros, desde entonces, volvía a coger el camino del puente, cogía la vereda que bajaba al río y se alejaba hasta el cruce del arroyo, recorría los mismos lugares por los que paseaba con Marina. Así la sentía más cerca, como si no se hubiera ido del todo. Y le hablaba de sus ilusiones y de los proyectos que tenía para hacer los dos juntos cuando volviera. Luego, cuando regresaba a casa, se lo narraba todo en una carta, una de tantas que acababan en aquel cajón y que Diego jamás se atrevió a enviar.

Cuando volvía del cruce, a medida que la vereda se aproximaba al pueblo, Diego decidió sentarse a la orilla del río; contempló las cristalinas aguas y relajó su mirada en el infinito. Oyó el lamento y las voces de una muchacha, se levantó del suelo y vio a una zagala intentando coger una prenda que se llevaba el río.

Tras correr unos pasos cogió una salguera de un ramal, que metió en el agua intentando coger el trapo. Su habilidad y que la corriente dejó enganchada la prenda en un arbusto de la orilla ayudaron a Diego a sacarla.

—¡Maldita sea! —vociferaba enojada la muchacha.

—No te preocupes —le dijo Diego—, toma, ha habido suerte.

—Gracias.

—Lo único que siento es que está mojada.

—Eso da lo mismo. Estaba lavándola con el resto de la ropa.

—¿Hoy domingo? —se extrañó Diego.

—¡Qué más da! El resto de la semana ayudo en una casa para sacarme un jornal. Así que el domingo tengo que encargarme de hacerlo en la mía.

Mientras hablaban, Diego acompañaba a la zagala, que subía vereda arriba.

—Bueno, gracias de nuevo —dijo esta mientras recogía la tabla de lavar y el cesto con la ropa humedecida.

—Deja que te ayude.

—No hace falta, ya has hecho suficiente.

—Deja, mujer, que no me cuesta nada.

Mientras le entregaba el peso, Diego vio que tenía las ropas y los zapatos mojados.

—¿Te has metido en el río a coger el trapo? ¡Estás mojada!

—Lo intenté hasta que la corriente empezó a llevárselo.

—Será mejor que nos marchemos pronto a tu casa o cogerás algo con esa humedad en las ropas. Por cierto, me llamo Diego.

—Y yo, Lucía.

—¿Lucía? ¿No serás Lucía, la nieta del tío Matías?

—La misma, ¿por qué?

—Vaya, recuerdo que eras una rapaza no hace mucho.

—Ya, bueno. Pues esa rapaza ya creció — expresó un poco molesta por el comentario.

—No te enfades, mujer, simplemente que te recordaba de cría, y no me suena haberte visto desde entonces.

La conversación les había llevado ya a la entrada del pueblo, y Lucía se negó a que este la siguiera ayudando; más bien, lo que Lucía no quería era que la acompañara a la casa, la misa hacía tiempo que debía de haber acabado ya y no tenía ninguna gana de ser comidilla de nadie; a las comadres bien les gustaba murmurar y ella no se iba a prestar a ello, cosa que ocurriría si alguien la veía en la compañía de Diego, pues todo el mundo sabía del amor entre Diego y Marina, y ella, aunque él no la hubiera reconocido como una moza más de las del pueblo, bien sabía de las penas de amores de Diego.

—Gracias, ya me has ayudado bastante —le dijo.

—Deja, mujer, que te lo acerco hasta casa.

—Si no te importa, el resto del camino prefiero hacerlo sola. Hasta más ver.

Y Lucía, cogiendo su cesto y la tabla de lavar bajó por la calle hasta llegar a la puerta de su casa. Diego se la quedó mirando y pensó que aquella rapaza que solía acompañar al tío Matías, callada y tímida, se había convertido en una mujer con remango y genio.

Lucía entró en la casa y dejó la tabla en el portal, cogió el cesto y lo llevó hasta la parte de atrás para tender la ropa que en él traía después de cambiarse las ropas mojadas. Cuando lo dejaba en el suelo, el tío Matías salía de la cocina.

—Lucía, chiquilla, ¿has decidido meterte en el río para lavar la ropa?

—Menos guasa, abuelo, que se me cayó un trapo y tuve que cogerlo antes de que se lo llevara el río.

—¡Vaya! Y ¿lo cogiste?

—Lo cogí, abuelo, y ahora voy a cambiarme, después tenderé la ropa.

Lucía no quiso contarle más a su abuelo, prefirió guardarse para ella el encuentro con Diego y su ayuda. Subió las escaleras del piso de arriba y entró en su habitación, miró por la ventana que daba a la calle, a suficiente distancia como para que nadie se percatara de que estaba mirando por ella. Quiso cerciorarse de que Diego no seguía allí. No había nadie calle arriba. Diego se había ido ya. Mejor así. Se cambió las botas y la falda y bajó a la cocina, comprobó que sobre la hornacha, la olla tenía ya la comida casi lista. Se dirigió a la parte de atrás y, mientras tendía la ropa, se hizo la promesa a sí misma de olvidar el percance del día.

CAPÍTULO IX

Marina se ataba el mandil a la cintura mientras Manuela entraba en la cocina con un braceró de leños. No se percató de su presencia, ensimismada en sus pensamientos, cogió el cubo que tenía a sus pies con unos trapos y una escoba y se dispuso a salir de la cocina con el fin de limpiar las habitaciones. Manuela sabía que Marina estaba así de rara desde aquel día que oyó los gritos por primera vez, no había vuelto a suceder, Adelfa había controlado la situación, pero estaba preocupada por Marina, su silencio, su falta de curiosidad..., siempre hacía interminables preguntas y ahora estaba callada, pensativa. Manuela pensaba que la muchacha debía saber algo, pero no estaba en su cometido contárselo, su ensimismamiento la tenía preocupada, le había cogido cariño, trabajaba muy bien, le hacía compañía y tenía miedo de que por su cabeza estuviera cociéndose la idea de abandonar la casa.

—Marina, ¡chiquilla!

Esta se volvió ante la llamada de la cocinera, sostenía la escoba con una mano y el cubo con la otra.

—Sí, Manuela ¿qué querías?

—¿Estás bien? Te lo preguntaba simplemente porque me ha parecido verte un poco pensativa.

—No me ocurre nada, Manuela, gracias. Voy a limpiar las habitaciones del señor; hace rato que se levantó.

—Sí, salió pronto, le he visto subir la calle, con el maletín del brazo, cuando he salido a por leña para la lumbre.

—Pues será mejor que lo arregle todo antes de que vuelva. —Y dándose la vuelta salió de la cocina.

En el pasillo se cruzó con doña Adelfa, que iba hacia la cocina. Entre las mujeres no hubo apenas cruce de palabras.

—Manuela —Adelfa se dirigió a esta con una voz seca, tenía el semblante serio, el porte erguido y las manos cruzadas por delante.

—¿Sí, señora? —la voz de la cocinera sonó natural, pues conocía al ama de llaves desde hacía muchos años.

—¿Le ocurre algo a Marina? —le preguntó.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué lo pregunta?

—Tengo la sensación de que algo le preocupara...

—Si eso fuera así, usted bien sabe lo que sería —la voz de la cocinera sonó firme, incluso retadora; el ama de llaves se dio cuenta de lo que Manuela quería decir; aun así, intentó disimular como si no fuera con ello.

—No sé a qué te refieres. De todos modos, espero que cumpla; de no ser así, debería abandonar esta casa y tendríamos que buscar una nueva limpiadora.

—Usted sabe perfectamente que no ha pisado esta casa muchacha más limpia—la respuesta fue contundente pues no le habían gustado las palabras de doña Adelfa— y, con respecto a lo otro, le diría que no ha hecho pregunta alguna, y si me lo permite, le diría que no conviene despedirla porque haya o no oído nada, no sería bueno que se corriera la voz de que en la casa las muchachas no paran mucho tiempo, usted ya me entiende.

—Está bien, Manuela, eso era todo.

—Creo que queda algo más. —El ama de llaves se giró antes de salir de la cocina, miraba a Manuela con la sensación de que esta vez no podría evitar el tema.

—Tú dirás.

—Habría que decirle la verdad y no habría ningún problema.

—Creo que eso no es asunto tuyo. —Y sin darle tiempo a que respondiera salió de la cocina.

Manuela cogió la cuchara de madera y dio con ella vueltas en el puchero; mientras lo hacía miraba a la ventana, pensaba que algún día Marina tenía que saberlo. Alguien tendría que decírselo, la había cogido cariño, era dulce y trabajadora como la que más. Los ratos que pasaba con ella en la cocina eran agradables, y cuando las dos se sentaban a la mesa haciendo sus descansos para Manuela eran como un soplo de aire fresco en aquel enrarecido ambiente. Jacinta, con su mudez, lógicamente no era buena conversadora. Adelfa siempre había sido una mujer déspota y altanera, aunque, después de tantos años en aquella casa, la cocinera algunas veces llegó a pensar que lo del ama de llaves era simplemente una coraza, era una mujer muy lista y nunca se la pillaba en ningún renuncio, pero hace muchos años la vio mirar al señor, cuando este aún era un niño, con cierta ternura en los ojos. Apenas fueron unos segundos, los suficientes para que Manuela se diera cuenta.

Jacinta entró en la cocina en el momento justo en el que los pensamientos seguían dando vueltas en su cabeza. Dejó sobre la trébede, al lado del

fregadero, la bandeja con el servicio del desayuno.

—Hoy tampoco ha querido tomar nada —comentó Manuela ante un vistazo rápido de lo que Jacinta iba dejando en el fregadero. Esta meneó la cabeza negativamente—. Como siga así se va a quedar en los huesos y la parca se la llevará cualquier día.

Jacinta se santiguó tres veces al oír lo que Manuela decía.

—No me mires así. Sería lo mejor que nos podrías pasar a todos. Esta casa cambiaría y podría ser una casa normal. Además, ese muchacho necesita vivir. Es joven aún para consumirse en vida.

Fernando traspasó la puerta que el conserje le abría de un edificio, mayormente lleno de despachos y oficinas. Cuando subió al tercer piso, una secretaria le saludó amablemente:

—Buenos días, don Fernando. Don Joaquín hace rato que le está esperando.

—Gracias, Josefa. —Correspondió al saludo mientras le entregaba el abrigo y el paraguas que llevaba. Con el maletín en la mano entró en el despacho de su abogado.

—Buenos días, Fernando. ¿Te pongo un café?

—Vale, pero no lo cargues de azúcar, que a veces se te olvida que en vez de para ti es para mí.

—Me gusta el dulce, ¡qué le voy a hacer! —le decía mientras le entregaba la taza de café—. Algún día, deberías volver a tu despacho, Fernando. Llevaríamos así mucho mejor los negocios.

—Sabes que no puedo. Ya bastante falto de casa cuando tengo que viajar. Estando allí, lo tengo todo mejor controlado.

—Adelfa lo lleva muy bien, y no solo me refiero al trabajo. Deberías salir, divertirte, sentir los brazos de una mujer. Ya sabes lo que quiero decir.

Fernando miraba por la ventana; las vistas desde aquel edificio eran impresionantes, incluso se llegaba a ver el mar, ciertamente estaban en un sitio privilegiado, tenía las manos en los bolsillos del pantalón del traje y jugueteaba con las monedas que solía tener, le calmaba los nervios, lo hacía siempre que una situación o conversación le incomodaba. Había dejado la taza de café y escuchaba las palabras de aquel hombre que conocía desde niño. Siempre había llevado los asuntos legales de la empresa de su padre. Se volvió y le dijo:

—Todo tiene que ir poco a poco, ya veremos a ver; ahora, si no te importa, vamos a tratar el tema que me ha traído hasta aquí.

—La reunión que tuviste en Madrid fue bastante satisfactoria. Ayer recibí esta carta confirmándome lo apalabrado contigo. El abogado de Hermanos González quiere que redactemos un contrato de un año de duración. Después nos reuniremos para las firmas. Hay un informe detallado —Fernando cogió el informe que don Joaquín le extendía— de los pedidos, cantidades, formas de pago, períodos de entrega... Bueno, ahí lo ves todo. El contrato sería prorrogable por tres años si en ese año se cumplen sus expectativas previstas. Tuviste una buena idea, Fernando; creo que este negocio incrementará bastante los rendimientos de tu empresa.

—Tenemos que adelantarnos a nuestra empresa competidora. El mercado del centro tiene un campo importante para introducir nuestras conservas de pescado. Es algo que siempre quise hacer. Me llevó alguna que otra discusión con mi padre. Tú lo sabes. Pero ahora él ya no está y creo que es el momento de hacer realidad este proyecto que hace años me rondaba la cabeza.

La voz de Fernando sonaba a rabia; el recuerdo de su padre no le producía nostalgia, más bien una liberación, un pasado marcado por unas cadenas que había ido rompiendo. Ahora tenía otras, pero ahora era lo suficientemente mayor y seguro de sí mismo, o al menos eso creía, para hacer frente del dominio de su vida.

—Bien, prepáralo todo cuanto antes, no quiero que esto se filtre. Para cuando los hijos de don Mauricio se enteren de que nos abrimos al mercado del interior, quiero que todo ya esté firmado y estén llegando a Madrid los primeros camiones con nuestros productos.

—Tranquilo, Fernando. Hoy mismo me pondré con ello.

Fernando se levantaba ya de la silla y se disponía a salir del despacho cuando don Joaquín comentó:

—Espera un segundo, Fernando. Dentro de quince días, representan en el Real, *Turandot*, de Puccini; mi mujer sacará las entradas, pues vienen unos amigos suyos de su pueblo, ha insistido en sacar una para ti. Ya sabes lo pesada que puede llegar a ponerse. ¿Por qué no nos acompañas? Si dices que no, será mejor que se lo digas tú. Yo después de tantos años de casados evito cualquier discusión con ella; además, a mí me harías un favor, te lo digo porque el marido de su amiga es un asturiano, productor de sidra, y cada vez que nos vemos me pone la cabeza como un bombo. Es bueno tener a alguien que me ayude a torear el vendaval.

—Ya veré, Joaquín. Me lo pensaré y ya te daré mi respuesta.

—Don Fernando —la entrada en el despacho, tras llamar con los nudillos en la puerta, de la secretaria interrumpió la conversación—, su abrigo y su paraguas, señor.

—Gracias, Josefa.

Fernando recogió una copia del informe y con el maletín en una mano y el paraguas en la otra salió del despacho deseándoles un buen día a ambos.

Recorrió las calles que separaban el edificio donde tenía las oficinas de la empresa de su casa, dando un tranquilo paseo; era una mañana suave de invierno. Pasó por delante de una cafetería de una céntrica calle, entró dentro, sin apenas pensárselo, y se sentó en una mesa que había libre junto a la ventana, correspondió a la pregunta del camarero con un café con leche y dejó pasar el tiempo, dando pequeños sorbos, mientras observaba el trasiego de las gentes, el ir y venir de los coches y el de algún otro carruaje de caballos. Sin saber por qué, sus pensamientos fueron hacia Marina, cuando la sostuvo entre sus brazos, temblaba como una niña de miedo al oír los gritos de..., evitó que se cayera y la abrazó contra su pecho; en aquel momento... su cuerpo también tembló. Cogió el abrigo y se lo puso, aquel recuerdo y el estremecimiento que sintió le habían dejado una sensación rara, cogió el maletín y cuando ya salía por la puerta, la voz del camarero hizo que se detuviera:

—Señor, señor..., disculpe. Se olvidaba usted el paraguas.

—Gracias.

Había sido una palabra casi ilegible, entre dientes. Siguió andando hasta que llegó a casa, cuando traspasaba la verja de hierro, la lluvia volvía a dejar caer sus gotas, aunque ahora lo hacía de una forma suave y delicada, como si no quisiera mojar aquello que tocara.

Dejó el paraguas en el paragüero y le dio a Jacinta el abrigo.

—Jacinta, voy a encerrarme en el despacho el resto de la mañana, no quiero que nadie me moleste, tengo un informe importante que leer; comunícaselo también a Adelfa, no quiero que venga con ninguna excusa, ni siquiera de esas que tú ya sabes.

Jacinta asintió con la cabeza un par de veces a sus palabras y vio como su señor subía las escaleras de dos en dos, pensó que realmente sería importante aquello que tenía que leer por las prisas con las que le había visto desaparecer. Se encogió de hombros y se alejó.

Fernando entró en la sala y vio cómo Marina, con un trapo entre las manos,

tenía la vista perdida tras los cristales de la ventana de su habitación. La lluvia había empezado a caer con más intensidad, y las gotas resbalaban como cortinillas de hilos. La vio tan hermosa, con el perfil de su rostro tan perfecto... Sintió oír los latidos de un corazón que no creyó que fuera el suyo, no sabía qué le estaba ocurriendo, o sí..., le hubiera gustado parar el tiempo en ese instante, pero Marina se volvió, como despertando de aquel letargo, su mirada se cruzó con la de Fernando, que, quieto en la entrada de la sala, la contemplaba fijamente; fueron unos segundos raros, extraños, diferentes...

—Disculpe, señor, estaba viendo llover, ya he acabado con sus habitaciones —la voz de Marina rompió aquel momento.

—Eh... bueno... pues... puede irse entonces —pronunció Fernando titubeando.

Marina pasó por su lado, y Fernando se volvió para cerrar la puerta con el fin de que nadie le molestara mientras trabajaba; en aquel instante, sus miradas se volvieron a cruzar de soslayo. Marina se alejó por las escaleras sin volverse y oyó cerrar las puertas tras de sí. Sin saber por qué, aquel día sus recuerdos habían vuelto hacia Diego, la lluvia y el vaivén de las ramas de los árboles del fondo del jardín le hicieron recordar su hogar, su casa, aquella pequeña aldea, los árboles de la ladera y sintió una profunda nostalgia hasta que sus ojos se cruzaron con los de Fernando. Cuando bajaba los últimos peldaños de la escalera, iba tan absorta en sus pensamientos que no se percató de que doña Adelfa subía en ese momento, lo que provocó que tropezaran.

—Debería mirar bien por dónde va —formuló bastante malhumorada.

Marina exhaló un suspiro.

—Lo siento, iba distraída, discúlpeme —insistía dócilmente—. ¿Le he hecho daño?

—Espero que la próxima vez te fijas por dónde vas —le respondió con voz desafiante.

Marina vio cómo subía las escaleras, y con los trapos en el cubo y la escoba se fue hacia la cocina; allí, Jacinta y Manuela hacían acopio de una taza de café y un trozo de pan con mantequilla.

—Marina, chiquilla —le dijo Manuela—, deja eso y siéntate aquí con nosotras. Un descanso no le viene mal a nadie. Además, doña Adelfa ya ha estado aquí y no volverá hasta la hora de la comida.

Marina cogió una silla y se sentó junto a ellas en la mesa. Afuera la lluvia

empezaba a caer con más intensidad y una ligera niebla comenzaba a cubrir los árboles del jardín.

CAPÍTULO X

A Lucía le gustaba bordear el camino de la vereda del otro lado del puente de piedra, era más corto, y así llegaba antes a casa. Lo recorría todos los días, de ida y de vuelta, salvo cuando lo hacía con el carro del molinero; trabajaba en una casa del pueblo de al lado desde que tenía quince años. Se había quedado huérfana de padre y madre cuando apenas era un bebé, o al menos eso era lo que le habían contado y eso era lo que creía, aunque un día, cuando era chica, escuchó chismorrear a unas comadres del pueblo que su madre, que era madre soltera, se había largado un día sin nadie saber a dónde, dejándola a cargo de su abuelo. Ella, de ser eso cierto, no tenía noción ni recuerdos de ella, su único recuerdo y su única familia era su abuelo, aquel anciano de genio y sabiduría al que ella adoraba. Le recordaba desde pequeña como un hombre sin pelos en la lengua, capaz de decirle a cualquiera que cada uno se metiera en su casa y Dios en la de todos. Por eso, aquel día en el que Lucía llegó a casa diciéndole lo que había oído acerca de su madre, a su abuelo le faltó tiempo para salir garrota en mano a decirles a aquellas chismosas lo que bien podían hacer con su lengua viperina.

Ese día había intentado salir antes, no solo porque el invierno acortaba los días, sino por la oscuridad de la noche, por el peligro de algún animal suelto en la montaña buscando comida y por el frío que helaba los caminos y hacía que estuvieran resbaladizas las piedras. Era todo tan diferente en verano... El buen tiempo atraía a las gentes a pasear por las riberas y casi siempre encontraba algún viandante. Otros, en cambio, a lomos de algún burro o yegua, comerciaban entre los pueblos resolviéndose el sustento con los productos de sus huertos.

Ahora apenas encontraba a nadie en el camino; a esas horas, esos días, los caminos eran prácticamente intransitables. Si no se demoraba, podía encontrar el carro del tío Celedonio, que llevaba la harina a la panadera del pueblo y regresaba con él por el camino que unía ambas aldeas. Durante aquellos días cortos y de noches largas, solía hacerlo.

A su abuelo no le gustaba que viniera sola y más aún que se saliera del camino principal, pero ella, al llegar, le solía contar la típica mentirijilla, eso si él estaba en casa; si no, no tenía que dar ninguna explicación.

Aquel día, le había pedido a doña Angustias que le hiciera el favor de dejarla salir antes, se encontraba cansada y el vientre le apretujaba de males, alterándole el cuerpo con retortijones y escalofríos. Se dio cuenta al levantarse de que el cuerpo no era el mismo que otros días y que una flojera había amanecido con ella. Pero pensó que, a medida que fuera pasando el día, se le pasaría. No tuvo esa suerte, y el malestar no solo no desapareció, sino que según pasaba el día vino acompañado de sudores. Aquella vieja gruñona y huraña torció el ceño ante la petición de Lucía, pero se había dado cuenta a lo largo del día del mal semblante que iba apareciendo en la cara de la muchacha. Accedió a su petición, no por caridad, pues bien era sabido que la vieja de esta tenía poca, sino por egoísmo, pues pensaba que sería mejor que se fuera cuanto antes a su casa a curar el mal y así tener la suerte de que no faltara al día siguiente.

Con el abrigo enfundado y el chal sobre su cabeza, Lucía cogió el camino de la vereda. Aún era de día y, apretando bien el paso, llegaría a casa antes de que la noche se empezara a echar encima. En las cumbres de las montañas habían ido apareciendo ya las primeras nieves, y la helada iba haciendo su entrada a medida que acababa el día. El malestar que sentía le hacía arrastrar su cuerpo como si de un peso de piedra se tratara. Se abrazó al chal, tapándose prácticamente la cara, dejando únicamente los ojos a la vista. El cielo que asomaba entre las montañas se iba cubriendo cada minuto de un gris más espeso. Lucía, buena conocedora del lugar, sabía que aquello amenazaba nieve. Esperaba que pudiera llegar a casa antes de que empezaran a caer los primeros copos; cada paso que daba era un trozo más del camino andado. Eso pensaba. Las piedras del camino, humedecidas por la helada, la hacían tropezar de vez en cuando. Se encontraba torpe, jamás se había visto así. No recordaba haber estado enferma nunca, pero en ese momento no se sentía dueña de su cuerpo. De vez en cuando, un fuerte escalofrío le recorría la espalda. Temblaba como una niña chica y, aunque se tapaba todo lo que podía con el chal, en la poca piel que dejaba vista de su rostro, empezó a sentir la caricia de los primeros copos.

Resbaló, tropezando, yendo a caerse al suelo. Se levantó como pudo y vio que en una de las manos se había clavado el canto de una piedra, lo que le produjo una pequeña herida; la sangre resbalaba por la palma de la mano. Se limpió en unas hojas humedecidas de la orilla del camino y vio que no era mucho, pero no dejaba de sangrar. Cogió unas pequeñas hojas y las apretó

fuertemente a la mano; con ello conseguiría que la herida dejara de sangrar. Los copos iban cayendo con más intensidad, el paisaje desaparecía entre la tenue niebla y la nieve que caía. Lucía miró a lo lejos, aún quedaba bastante camino hasta llegar al pueblo, y si seguía nevando así, pronto se cubriría todo de un espeso manto blanco. Cada vez tenía más dificultades para avanzar. Se sentía débil y las largas faldas mojadas por la nieve obstaculizaban aún más su paso. Se daba cuenta de que no dejaría de nevar. Miró al camino y vio que unos metros más y pasaría cerca de la cueva del loco. Cuando se acercó, salió de la vereda, que apenas era visible ya por la nieve y subió la pequeña pendiente. Se metió en el interior y se arrebujó como una niña apretándose junto a sus rodillas. Temblaba. La fiebre le subía por momentos, ella se abrazaba con el chal humedecido por la nieve. Era lo único que tenía para aliviar su frío. Miró a la entrada de la cueva. Su vista se perdía en la espesura de los copos blanquecinos que caían. Pensó en su abuelo, en la preocupación que tendría al ver que no llegaba. Saldrían en su busca. No estaba lejos del pueblo y pensó que seguro la encontrarían. Cerró los ojos y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

La tarde iba despidiéndose, dejando un merengado manto de nieve sobre las calles vacías del pueblo. El carro del tío Celedonio asomaba por la cuesta de la calle que daba a la entrada al pueblo dejando marcadas unas roderas que los gruesos copos de nieve volvían a cubrir a medida que caían. El tío Matías, que sentado al pie de la ventana, con la pipa en la mano, perdía la vista en el lagrimear de la nieve, pensaba en su nieta y en su llegada. Hacía años que había dejado de fumar, lo había hecho por la niña; si se criaba en un ambiente sano, pensaba el hombre, no saldría tan torcida como su madre, pero siempre que se ponía nervioso cogía la pipa y se la metía en la boca chupando su boquilla hasta la cánula, como si aspirara el olor a tabaco que aún conservaba. Entre chupada y chupada jugueteaba con ella en los dedos. Cuando el tiempo transcurría y el motivo de su preocupación no tocaba fin, el hombre mordisqueaba aquella madera llegando a preguntarse si aquel gesto le calmaba o por el contrario le ponía más nervioso.

El traqueteo del carro ya vacío de la carga hacía que oscilara cual balancín al bajar la calle. Un parroquiano que cruzaba, al ver al tío Celedonio, no pudo reprimir el saludo:

—Llegaste a tiempo, Celedonio, se está cociendo una buena nevada, ¡de buena te has *librao*!

—Ni que lo digas. Unos metros más y ya estoy en casa.

El hombre se alejó calle arriba con los cuellos bien subidos y la boina bien bajada, mientras el tío Celedonio apuraba a su mula, con las mismas ganas que apretaban por llegar a su casa del molino.

El tío Matías, que mirando por la ventana vio la escena, se apuró en colocarse las madreñas y el abrigo, quitó el tranco de la puerta y la abrió. Se asomó a la calle en el momento justo en que el carro iba a pasar ya por delante de su puerta.

—Celedonio, ¿y mi nieta?

—Pues no lo sé, Matías, no vino conmigo. ¿Por qué me lo preguntas, acaso no ha llegado ya?

—¡Qué va a llegar!

—Pues es raro, porque la panadera de la plaza me dijo que hoy no la esperara pues hacía rato que la había visto pasar para coger el camino de fuera del pueblo. Y yo por el camino no me la he encontrado; sino, claro que la habría traído.

—¡Rediez de chiquilla! Algo le ha tenido que pasar. Mira que le tengo dicho que no coja el camino de la vereda del río.

Matías cogió la garrocha de detrás de la puerta y la boina y cerró el portón sin tranco alguno; quién iba a entrar si en el pueblo bien se conocían todos.

El toque de las campanas de la iglesia a arretrato intrigó a los vecinos que, apostados al pie de sus hornachas, dejaban transcurrir el tiempo hasta el momento de la cena. Pronto se apostaron en la plaza protegiéndose de la nieve en el portón de la iglesia. Según iban llegando, un murmullo de voces se iba extendiendo tapando el silencio de una tarde, ya casi anochecida, que tocaba a su fin.

—Id a por antorchas y volvemos aquí para dividirnos en grupos —la voz del alguacil del ayuntamiento sonaba firme y decidida.

—¿Pero qué es lo que ha pasado?

—Que dicen que no ha llegado Lucía, la nieta del tío Matías.

—¿Y creen que le ha pasado algo?

—Pues creen, porque según el molinero, la panadera del pueblo de al lado la vio pasar tiempo ha de que él saliera.

—Pobre chiquilla.

—Bueno, tampoco tiene porqué haberle pasado nada.

Las comidillas y comentarios de hombres y mujeres que se fueron

arremolinando en la plaza fueron extendiéndose a medida que estos llegaban.

Diego, que llegaba con la antorcha ya prendida junto a su padre, se acercó al grupo de hombres que presurosos ya se apostaban en los portales del atrio de la iglesia.

—Mi padre y yo vamos saliendo hacia el camino de la vereda del río. Los que ya estéis y quieran, que vengan con nosotros.

—Tranquilo, Diego —dijo el alguacil—, será mejor que esperemos a todos y luego nos organizamos en grupos y vamos saliendo.

—Con mi padre y alguno de los hombres que hay aquí ya tenemos un grupo. ¿Acaso no ves que ya es anochecida y la nieve no da tregua? Tú espera si quieres a los hombres que aún quedan y organizas otro grupo o dos. Yo voy saliendo.

Don Julio apretaba con su mano izquierda los cuellos del chaquetón a su garganta mientras que con la derecha afianzaba el asa de su maletín. Aunque el hombre intentaba llevar el paso lo más acelerado posible, pegaba algún que otro trapiés sobre el suelo nevado; el hombre, aun con el mucho tiempo que llevaba viviendo en el pueblo, no se había adaptado a andar sobre la nieve y, aunque bien se lo aconsejaban, se negaba a ponerse en los pies aquel calzado hecho de madera y prefería llevar sus botas compradas en la capital.

—Don Julio. —El alguacil saludó al médico cuando este llegó hasta el grupo de hombres que con antorchas estaban apostados en el portón de la iglesia.

—Buenas tardes, me ha dicho Josefa que Lucía aún no ha llegado a su casa. Se ha enterado por una vecina que ha oído el toque de las campanas. Vengo a ayudar en su búsqueda y traigo el maletín por si acaso.

—Muy bien pensado, don Julio.

—Mi padre y yo con un grupo de hombres salimos ya; usted verá si quiere acompañarnos o esperar a que lleguen los demás —manifestó Diego dirigiéndose al médico.

—Creo que iré con vosotros —contestó a este, y dirigiéndose al alguacil—: ¿Alguacil? —la pregunta sonó como solicitando la aprobación de este, pues entendía que los grupos no deberían ir de forma descontrolada.

—Está bien, doctor, vaya con ellos. Vosotros id con ellos; los demás, esperaremos a que llegue el resto de los hombres. Diego, si tiráis por la vereda del río, nosotros cogeremos el camino; aunque el molinero no la haya visto, puede que viniera por ahí y se saliera por cualquier motivo.

—Hecho. —Y Diego, su padre, el médico y el resto de los hombres que les acompañaban fueron tomando camino. El resto se quedó esperando en la plaza a que más hombres del pueblo se fueran uniendo a la partida. Uno de los lugareños se percató de la falta del abuelo de Lucía.

—Hace rato que no vemos al tío Matías; es más, creo que desde que dieron la orden de tocar las campanas a arrebató —dijo.

—¡Diantres de viejo! —El alguacil del pueblo, que bien conocía a aquel viejo testarudo, no tardó en imaginarse que el hombre habría tomado camino por su cuenta y riesgo.

El grupo de hombres encabezado por Diego cruzó el puente de las afueras del pueblo y se adentró por lo que debía de ser la vereda del río. La nieve había ido cubriéndolo todo, dejando una alfombra estelar blanca cuyos chispeantes brillos, provocados por una luna llena que iluminaba la ya aparecida noche, dejaban una belleza en el paisaje sombreada por la angustia de la búsqueda de Lucía. Los hombres se fueron adentrando en la espesura iluminando aún más el camino con las antorchas.

—¿Dónde quieres buscarla, Diego? —la voz del médico sonó preocupante.

—No lo sé. Puede estar en cualquier sitio. No creo que con este tiempo se alejara del camino. Lucía conoce estos parajes como nadie. Se crio aquí.

—Tranquilo, doctor, mi hijo sabe lo que se hace —la voz del tío Genaro no salió tan tranquilizadora como el hombre había deseado. La preocupación la empezaban a llevar todos dentro. Cualquier día no hubiera sido tanto problema, pero la nieve y el frío de la noche era un inconveniente añadido que obstaculizaba la búsqueda.

—Ya lo sé, Genaro —le dijo el doctor—, pero si a Lucía le ha pasado algo y está caída o inconsciente... —El médico no quiso seguir hablando, pensó que alertar a los hombres era una cosa, pero preocuparlos no sería bueno.

—Será mejor que empecemos a gritar su nombre, Diego —propuso uno de los lugareños que acompañaba al grupo—. Si está consciente y nos oye, puede contestarnos al saber que la estamos buscando.

—Buena idea. ¡Lucía...! ¡Lucíaaaa...! ¡Lucíaaaaaa...!

Los gritos de los hombres empezaron a sonar como ecos en la falda de la montaña. Habían recorrido un buen trecho cuando vieron a lo lejos una figura sombreada sobre el fondo blanquecino. Había empezado a dejar de nevar y un ligero viento frío acariciaba cortante sus rostros.

—Aquel debe ser el tío Matías.

—¡Diantres de viejo! —sonó la voz de Diego.

—No le digáis nada; para el hombre su nieta es toda su vida. ¡Matíasssss...!
—la voz del tío Genaro sonó profunda en el silencio de la noche.

Cuando llegaron a él, la edad del hombre y la pesadez de sus piernas hacían que sus pasos fueran lentos y torpes.

—Pero cómo se le ocurre a usted salir. ¿Qué quería? ¿Que en vez de uno tuviéramos que buscar a dos? —la voz de Diego sonó a requiebro.

Las lágrimas resbalaban por un rostro envejecido por los años; la pena dibujada en su semblante heló como la noche a aquel grupo de hombres que contemplaron a un viejo desvalido, con los ojos enrojecidos del llanto. Diego sintió una sensación de malestar por el tono con que había dirigido sus palabras al ver a aquel hombre derrumbado por la angustia que sentía de poder perder al único ser que tenía en esta vida.

—Matías, ¿está bien? —la voz del médico sonó consoladora.

—Sí, don Julio, estoy bien. ¡Diego, tengo que encontrarla...! ¡Genaro, tú sabes que es lo único que tengo...!

—Tranquilo, compañero. De peores hemos salido. ¿Te acuerdas?

—Pero es mi nieta, Genaro, es mi nieta... —la voz del hombre se hacía quebradiza por momentos.

—Yo le juro a usted que la encontraremos, tío Matías, no pararemos hasta que demos con ella.

—Gracias, Diego.

El grupo de hombres reinició el camino; a las órdenes de Diego fueron separándose más y algunos subían por la ladera de la montaña. Mucho llevaban ya andado cuando empezaron a oír las voces del otro grupo que había cogido el trayecto del camino principal del pueblo. El alguacil acercándose a la orilla del río voceó a Diego:

—¿Tenéis algo, Diego?

—Nada.

—Los primeros que la encuentren que den aviso. Más que nada porque el médico va con vosotros.

—Así será.

Los grupos siguieron la búsqueda, y las voces de los hombres se extendían como cánticos en el silencio de la noche. Lucía escuchó su nombre en el fondo de su cabeza, pero no pudo abrir los ojos; confundió la realidad con el sueño y balbuceó: «Aquí..., aquí..., aquí... ».

—Diego, nos acercamos al recodo de las cuevas —le dijo uno de los hombres.

—Habría que mirar allí, hijo; a lo mejor la muchacha, al ver el día que se ponía, se quiso resguardar.

—Algo le tiene que haber pasado, Lucía es una chica fuerte y conoce esto como nadie —la voz del tío Matías, aunque más tranquilizadora que antes, volvió a sonar preocupada.

—Diego—el médico se acercó a este intentando que nadie más oyera lo que le decía—, no es por preocupar a nadie, pero si Lucía estuviera consciente, ya habría respondido a los gritos de los hombres, y si no es así... cada minuto que pasa empeora el riesgo.

—Ya lo sé, pero no podemos preocupar a su abuelo más de lo que ya está.

—¡Aquíííí...! ¡Aquííííí...! ¡Está aquííí...! —la voz emocionada de un hombre sonó de un lado de la montaña.

—Parece que la han encontrado, Diego —observó uno.

—¡Aquíííí...! ¡Aquííííí...!

—Ya veo la antorcha —dijo Diego.

—Hijo, eso parece la cueva del loco —aseguró su padre.

Las lágrimas resbalaban intensamente por el rostro del tío Matías, intentó decir algo, pero no pudo. La emoción que en ese momento recorría el cuerpo de aquel hombre era tal que no pudo articular palabra. Sin pensárselo y sin saber de dónde le salían las fuerzas, arrastró sus pies ladera arriba.

—¡Aquíííí... en la cueva del loco...! —la voz del hombre sonaba sin descanso, ante la emoción del hallazgo. Al otro lado del río, también había llegado el eco de las voces.

—Parece que la han encontrado, alguacil —comentó otro de los hombres del grupo.

—Bien, llegaremos hasta el paso de los pastores y allí cruzaremos el río.

Cuando el médico entró en la cueva, el hombre que la había encontrado le dijo:

—Está inconsciente, doctor, pero respira —el hombre, al ver al tío Matías, que se acercaba a la cueva, no pudo reprimir la emoción que sentía de haber sido él quien la había encontrado—. ¡Está viva, tío Matías, está viva!

El hombre, que no podía entrar en la cueva, pues su estrechez solo dejaba paso a Diego y al médico, le dijo a este:

—¿Don Julio?

—Tranquilo, Matías, está viva, pero tiene una calentura muy fuerte, hay que llevarla al pueblo lo antes posible.

—Traeremos un carro —dijo uno.

—Estamos demasiado lejos —le contestó Diego—, la llevaremos en grupos y nos iremos turnando.

—No podemos demorarnos —manifestó el médico—, la cueva la ha protegido, pero está mal, no parece que tenga nada roto, quizá se metió esperando que dejara de nevar.

—Lo mismo da ya, marchemos con ella, usted mismo dice que no hay que perder tiempo.

—Diego —le dijo uno de los hombres—, vienen el alguacil y su grupo —la voz del hombre sonó a emoción contenida.

—Bien, así seremos más para llevarla.

Cuando llegaron al pueblo, las campanas de la iglesia repicaban sin parar, era el aviso al resto de la gente de aquella pequeña aldea de que la habían encontrado; uno de los hombres se había adelantado en la vuelta, era menester dar la buena nueva. Habían transcurrido ya unas horas desde que los hombres se habían juntado para ir en su busca y no había porqué alargar la preocupación de aquellos que se habían quedado en el pueblo.

Aunque había dejado de nevar cuando la encontraron, el regreso al pueblo fue más costoso de lo que ellos creían; la nieve había alcanzado ya el medio metro y las piernas, ya cansadas, luchaban por hacerse camino; un grupo de hombres encabezando la comitiva rompían con su paso el manto blanco que cubría cual alfombra el nevoso paisaje, fue a la entrada del pueblo cuando el cielo tiñó su azul por un toldo de nubes avizoras de una nueva nevada. Hasta entonces, la luna llena había alumbrado a aquellos hombres que, jubilosos, agradecían en su interior el pronto hallazgo de la muchacha; como si de un regalo del cielo se tratara hacia aquel viejo luchador, este dio una tregua, desencapotándose hasta que el grupo cruzó el puente de las inmediaciones del pueblo.

Las mujeres habían mantenido el fuego de la lumbre de la casa del tío Matías, conservando la estancia bien caliente, como el que espera al viajero de un largo viaje. Sobre la hornacha, un gran puchero con un humeante caldo se mantenía caliente esperando templar los huesos de unos cuerpos fríos y cansados.

Cruzaron el puente, volviéndose a cambiar para llevar a Lucía; algunos de

los rapaces que quedaron y algunas mujeres habían abierto con palas la calle, previsores de favorecer el camino, tanto si la encontraban como si no, cosa que agradecieron las piernas cansadas de los hombres que la portaban en ese momento. El tiempo que había estado sin nevar había facilitado la tarea; ahora, sin embargo, los copos que volvían a dejarse caer cubrirían de nuevo el camino despejado.

Diego portó él solo el cuerpo de Lucía, subiendo las escaleras al primer piso de la vivienda, depositándola sobre su cama. El médico, que le seguía un paso detrás de él, se frotó las manos heladas y pidió a las mujeres que alguna le ayudara a quitarle las ropas mojadas.

—¡Dios mío, doctor, está helada! —La mujer, asustada por el estado de la moza, descalzaba los pies helados y amoratados de Lucía—. ¿Usted cree que sobrevivirá?

—Espero que sí. Tiene una fiebre muy alta. Templaremos su cuerpo con unos paños calientes e intentaré bajarle la fiebre con unas compresas de agua fría. La daremos unas friegas de alcohol de romero. Sus piernas necesitan activar su circulación.

Una de las mujeres corrió presta a preparar lo que el doctor les había ordenado. En la cocina, las mujeres distribuían caldo caliente entre los hombres de la cuadrilla. El tío Matías, con el rostro desencajado, dejaba la vista perdida entre las llamas del fuego; el hombre era la viva imagen de la pena desgarradora. Genaro, compañero de fatigas y mocedades, colocó su brazo sobre el hombro de este, dejando aparecer una sonrisa en la vejez de su rostro, intentando dulcificar con palabras el momento aún angustioso que se vivía.

—Vamos, Matías, compañero, la hemos encontrado y se pondrá bien.

El hombre dejó resbalar las lágrimas de unos ojos cansados.

—Tenga, tío Matías, bébase esto. —La mujer tendía el tanque de caldo caliente que puso entre sus manos.

Los corrillos de la gente llenaban el portal y la cocina de voces entre comentarios de las horas vividas. Algunos fueron retirándose a sus casas, comprendiendo que allí ya no hacían falta; otros, como el alcalde, el alguacil, don Nicolás, el cura del pueblo, junto a algunas de las mujeres, se quedaron comprendiendo que era menester y que aún alguno podría ser de buena ayuda.

Pasaron la noche al fuego de una cocina que mantuvieron caliente con leños

que iban trayendo del leñero de la casa. Sobre la hornacha, un puchero de café y otro de caldo, y algo de conversación acertaban las horas de una noche que deseaban pasara lo antes posible. Don Julio junto a Diego pasaron la noche cual vigías apostados al pie de la cama de Lucía, intentando con compresas de agua fría que la fiebre fuera remitiendo. El nuevo día trajo un amanecer con un cielo azul intenso donde los rayos del sol se colaban por las ventanas, acariciando los rostros de unos cuerpos extenuados por las horas de incertidumbre vividas y la desalentada noche pasada.

—¿Qué tal está? —la voz de Diego aún sonaba con brío.

—La fiebre va remitiendo, pero aún tardará unos días en restablecerse del todo.

—Baje a tomar algo caliente; yo me quedaré con ella mientras tanto.

—Baja tú también, Diego, ya me encargo yo de ella; no se preocupe, doctor, ya le voy cambiando las compresas —subrayó una de las mujeres que se había quedado atendiendo en todo lo que fuera menester.

—Está bien, dentro de una hora le dais veinte gotas en un poco de agua. Aprovecharé para ir a mi casa, descansaré algo; si veis que empeora o la sube la fiebre, no dudéis en llamarme.

Cuando el médico entró en la cocina, mientras cogía el tazón de café caliente que una de las mujeres le ofrecía, miró a un tío Matías que, presto, se levantó de la silla en la que había pasado la noche.

—Tranquilo, Matías, tu nieta tiene neumonía; ha pasado la noche, que es lo que importa, es normal que tenga fiebre un par de días, intentaremos que no suba más de lo debido y vaya remitiendo —hizo una pausa mientras bebía un trago del café caliente—. Dentro de una hora le vuelven a dar la medicación, ya se lo he dejado dicho a la Carmela, que ahora se ha quedado con ella, y tú, vete un rato al catre, no tienes edad ya para castigarte; tu nieta ha aparecido, que es lo que importa, y ha pasado la noche, aún te necesita. Bueno, señores —apuró el resto del tazón y lo dejó sobre la trébede—, deberían también irse a sus casas, aquí ya está todo hecho. Hasta más ver. —Y volviéndose a una de las mujeres que aún quedaban—: procuren que ese hombre descanse, yo volveré al mediodía. Buenos días, señores. —El médico salió de la casa agradeciendo el sol que aquella mañana había llegado, como dándole un nuevo brío a todo.

Aún pasaron varios días hasta que Lucía pudo levantarse de la cama. No faltó el comadreo de alguna de las mujeres que, voluntariamente, los fueron

atendiendo durante ese tiempo, por las visitas que, aunque esporádicas, Diego había ido haciendo a la casa. Tampoco faltó durante el tiempo que la fiebre, aunque ya no tan fuerte, le hizo estar dormida. Cuando se enteró de que ya había despertado y que Lucía se iría ya recuperando sin ningún peligro, simplemente se limitaba a acercarse a la puerta...

«Ahora solo hace falta que te alimentes bien, chiquilla, y verás qué pronto vuelves a pisar la calle... Por cierto, que el Diego ha vuelto hoy a preguntar por ti... Se ve que le interesas al muchacho... ¿Te he contado ya que la primera noche no se separó de tu cama...?». Era el parloteo de las mujeres que entraban a su habitación a colocarle la cama y obligarle a tomar los caldos y purés que con tanto mimo se suponía que le hacían... Lucía lo evadía mirando hacia la ventana, desconectando del comadreo incesante y preguntándose por qué Diego había tenido aquella atención especial con ella.

CAPÍTULO XI

Cuando Fernando se levantó de la cama, cogió la bata de satén gris que tenía a los pies de la misma y se la puso; mientras se abrochaba el cinto a la cintura, contempló los dibujos irregulares en relieve que tenía. Jamás le había gustado aquella bata; la noche de Navidad que su madre se la regaló tuvo que darle las gracias disfrazando el sentimiento de indiferencia que le había provocado tal regalo. Sin embargo, se la ponía por las mañanas para suavizar el destempe que el cuerpo sentía recién levantado de la cama, dirigiéndose posteriormente al cuarto de baño para asearse antes de vestirse y del desayuno. Su madre le solía decir que «todo un señor» no debía moverse en pijama por la casa como si tal cosa, debía de estar presentable al menos de cara al servicio; la presencia siempre era sumamente importante para hacerse respetar y que le tomasen en serio. Siempre había tenido en mente comprarse una a su antojo en los viajes de negocios que solía hacer a la capital central, pero al final las reuniones y compromisos apuraban tanto su tiempo que se le olvidaba tal pensamiento; únicamente cuando regresaba y volvía a sacar la bata del armario para colocarla al pie de la cama, recordaba que tenía que haberse comprado una nueva.

Descorrió las cortinas de la ventana, la abrió y contempló el entorno del jardín, donde las hierbas y las plantas se habían apagado por el invierno, y las desnudas ramas de los árboles descubrían tras ellas un paisaje de techumbres de casas tan grandes como la suya. En primavera, el verde que retoma, como el viajero regresa al hogar, cubría todo de nuevo aislando así toda privacidad. Cuando sus ojos miraron hacia abajo, justo debajo de su ventana, vio atónito a una Marina que, en camión, se paseaba descalza alrededor de la fuente de piedra, limpiaba el musgo que la humedad del invierno apostaba sobre ella, descubriendo así aquellos bellos dibujos que, tiempo ha, habían sido la causa de admiración de aquella fuente de piedra. A punto estuvo de llamarla, pero prefirió seguir contemplándola, pensaba que Marina se había dado cuenta de que aquella fuente, semiescondida entre hierbajos y musgo, era algo bello, digno de ser contemplado. A pesar de ser invierno, el cielo azul, sin nubes, dejaba al sol acariciar con sus rayos los rostros de las gentes que abrían sus ventanas tras una larga noche de invierno. Fernando se dejó querer y acariciar

durante unos segundos; para cuando volvió a mirar hacia abajo, Marina ya no estaba. Cerró la ventana y se dirigió al cuarto de baño; mientras iba, sus pensamientos se fueron a la fuente de piedra, a tiempo atrás, intentó recordar cuándo fue la última vez que la vio con agua y sin embargo no lo supo ubicar el tiempo. Cuando atravesaba el pasillo, se cruzó con Adelfa, que bajaba del piso superior. Ensimismado en sus pensamientos, le preguntó:

—Adelfa, ¿tú recuerdas cuándo fue la última vez que la fuente de piedra echó agua?

Esta, sorprendida y atónita por la pregunta, se le quedó mirando arqueando las cejas y medio titubeando le dijo:

—Pues no..., Fernando, no tengo ni idea.

Cuando Adelfa reaccionó a la pregunta de Fernando, este se había dado ya la vuelta y se dirigía a abrir la puerta del cuarto de baño; antes de que lo hiciera le preguntó:

—¿Ocurre algo con la fuente de piedra?

—No, Adelfa, nada. —Y sin decir más, cerró tras de sí la puerta dejando al ama de llaves al pie de la escalera, preguntándose a qué había venido aquella pregunta.

Marina entraba en la cocina acariciándose el pelo con las dos manos, asegurándose de que no tenía ningún mechón suelto y así evitar la reprimenda de doña Adelfa.

—Pero tú, niña, ¿te has vuelto loca o es que quieres coger una pulmonía un día? —La reprimenda no venía del ama de llaves, sino de Manuela, que con las manos en la cintura meneaba la cabeza en señal de desaprobación.

Jacinta, que degustaba plácidamente el desayuno sentada a la mesa, se quedó mirándolas primero a una y luego a la otra con la incógnita de no saber de lo que Manuela estaba hablando. Marina se quedó mirando a Manuela sin ninguna respuesta.

—¿Te vas a quedar ahí callada como si no fuera contigo de lo que te estoy hablando?

—Manuela, ¿hoy te has levantado un poco quisquillosa o es que quieres tomarla conmigo en algo? —Marina volteaba la leche de la jarra en el tazón, intentando evadirse del interrogatorio.

—No, si encima, como que no va con ella la cosa. —Manuela se sentó junto a Marina en la mesa; Jacinta seguía engullendo un bollo de leche

mojado en el tazón mirando a Marina con la intriga sin resolver a qué venía aquello.

Marina mordisqueaba lentamente una magdalena, como si con la boca llena, alargando el desayuno, esperara a que Manuela se cansara y dejara así de interrogarla; empezaba a saber por dónde iba y no tenía ninguna gana de ponerse a dar explicaciones, eso no quitaba que en su interior no reconociera que Manuela podría tener razón en algo, pero de ahí a justificarse... Jacinta seguía mirando a ambas esperando que alguna de ellas resolviera ya aquella simple situación.

—Jacinta, no te vas a creer si te digo que a tu compañera de faenas no se le ocurre otra cosa que refrescarse por la mañana andando descalza, en camisón, alrededor de la fuente de piedra. —Esta, sorprendida por lo que acababa de oír, le dirigió a Marina una mirada interrogativa mientras la cocinera seguía hablando—: Solo nos faltaba que cayeras enferma, y no es por no cuidarte, niña, es porque entre Jacinta y yo no daríamos abasto. Digo yo que lo mismo te despejarías la cara con el agua fría.

—No te preocupes, Manuela, en mi pueblo metía los pies en el agua de la fuente de la cueva y te puedo asegurar que aquello sí que era agua fría, aunque también te digo que a lo mejor no cogí nada porque decían que la fuente del pueblo tenía propiedades curativas.

—¡Ya! Solo espero que no te haya visto nadie; de ser así, justificar lo que hacías te va a resultar un tanto complicado. —Manuela se incorporó de la silla y ajustó el mandil a su cintura—. Voy a ponerme a recoger todo esto. ¡Ah, hay que llevarle el desayuno al señor al comedor de abajo! Dejó dicho que hoy quería desayunar allí.

Marina recogió los restos de su desayuno y se dispuso a preparar sobre una bandeja todo lo necesario para el desayuno de Fernando. Doña Adelfa, que entraba en ese momento en la cocina, se dirigió a Marina:

—Deje, Marina. Yo prepararé y llevaré el desayuno del señor. Usted mientras tanto vaya limpiando sus aposentos.

—Muy bien, señora.

Marina recogió los útiles de limpieza y subió las escaleras del primer piso; Jacinta, que subía delante de ella, no se detuvo, sino que siguió subiendo hacia los pisos superiores, sabía que dos días a la semana solía hacer limpieza de la parte de arriba, hacía tiempo que dejó de hacer preguntas, aunque eso

no significara que dentro de ella se acumularan los interrogantes. Mientras tanto, doña Adelfa colocaba sobre un plato la taza del desayuno de Fernando.

—Manuela —dijo dirigiéndose a la cocinera—, ¿recuerda cuándo fue la última vez que funcionó la fuente de piedra?

—Pues no lo recuerdo, pero hace bastante. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, Fernando me ha hecho esa misma pregunta esta mañana cuando se dirigía a asearse y solo quería saber si usted lo recordaba; solo era eso.

Doña Adelfa salió de la cocina, portando entre sus manos una bandeja grande. Manuela sintió que las piernas le flojeaban pues la pregunta del ama de llaves la llevó a pensar que Fernando debía de haber visto a Marina por la mañana en el jardín. Solo esperaba que aquello no fuera motivo de despido para la muchacha.

Marina, que se encontraba ya en los aposentos de Fernando, empezó por su habitación. Abrió de par en par la ventana, dejando que la estancia se airease mientras hacía la cama. Cogió la bata de seda gris y la colgó en el armario; antes de hacerlo, aspiró el aroma que desprendía y recordó el día que él la sujetó entre sus brazos, cuando a punto estuvo de desvanecerse al oír aquellos gritos penetrantes y desgarradores.

Después de limpiar las dos estancias colindantes, entró en la biblioteca. Le gustaba aquel lugar; el olor a madera y libros que la estancia desprendía le hacía sentirse cómoda y a gusto. A veces, cuando quitaba el polvo de las estanterías, deslizaba las hojas de los libros entre sus dedos y sentía curiosidad por el contenido de alguno de ellos. Cogió uno y pasó delicadamente las hojas de una en una. Jamás había visto tantos libros juntos y a veces había sentido la tentación de coger uno e ir leyéndolo poco a poco en su habitación, probablemente no se enterarían... ¡Había tantos...! Sostuvo aquel libro entre sus manos y leyó el título: *Jane Eyre*, Charlotte Brontë. No sabía por qué, pero era la segunda vez que cogía ese libro, parecía como si una atracción irresistible la atrajera hacia él, o a lo mejor simplemente se trataba de una coincidencia. Limpiaba el polvo de los libros sacándolos de sus estanterías, alternándolo con cada día de limpieza; apenas se acumulaba polvo en la casa, pero las órdenes de doña Adelfa eran bien explícitas, de todos modos era su trabajo y tampoco la costaba mucho cumplir con aquella tarea, se encontraba cómoda allí. Imaginaba las historias escondidas en cada libro, palabras de amor y desamor en cada página, aventuras de héroes y

viajeros por mares y tierras, vidas anónimas, intrigas y verdades ocultas, sueños rotos... Marina dejaba volar su imaginación y volvía a retener la idea de poder algún día leer alguno de aquellos libros. Eran de diferentes tamaños, y Marina no entendía el orden en el que estaban colocados, se limitaba a sacarlos y volverlos a dejar en su mismo sitio. Mientras pasaba el trapo delicadamente por ellos, solía abrirlos con cuidado, había unos que eran un poco más voluminosos de lo normal y bastante pesados, cuyas hojas se abrían expandiéndose en tres o cuatro hojas unidas, Marina no llegaba a entender ni comprender las gráficas y litografías; otros eran más diminutos, llenos de letras y sin dibujos, como aquel que en ese momento sostenía entre sus manos, los cuales apenas pesaban una parte de aquellos otros tan pesados; estos eran los que para Marina estaban llenos de historias que harían soñar con otro tipo de mundo y de vida.

Fernando se levantó de la mesa del comedor donde había desayunado aquella mañana y se quedó mirando al ama de llaves que en ese momento aparecía tras la puerta:

—Adelfa —la miraba intentando adivinar si tendría un poder especial para aparecer en los momentos oportunos—, he llegado a pensar en algunas ocasiones si pudiera ver a través de las paredes.

—Supondría que ya habría terminado. Jamás emplea más de media hora en desayunar. —Extendió la mano entregándole el periódico que llevaba—; lo acaban de traer, es el de hoy.

—Gracias, lo leeré en mi despacho; por cierto, Adelfa... —había llegado casi a la puerta y se volvió hacia el ama de llaves intentando que el tono de su voz pareciera más una orden que una sugerencia.

—¿Sí, Fernando?

—Pasaré la mañana en el despacho. Agradecería que nadie se acercara a mis aposentos, a no ser que se tratara de algo urgente o importante.

—Hoy está muy tranquila, es como si fuera entendiendo ya la situación y...

Fernando no dejó que Adelfa siguiera hablando.

—He dicho algo importante refiriéndome a algún aviso de don Joaquín o de la empresa.

—Sí, Fernando.

Antes de salir del todo de la estancia, Fernando se volvió y contempló al ama de llaves, que seguía de pie en el mismo lugar donde unos minutos antes le había entregado el periódico. Estaba cansado de aquella situación, le

ahogaba, solía alargar sus estancias en la capital central cuando viajaba por los negocios de la empresa porque allí no respiraba el aire enrarecido de aquella casa. Contempló su silueta de negro, con aquel moño tan tirante que impedía que ningún mechón de pelo se permitiera el capricho de salirse de su sitio, la rigidez de sus miembros, la tensión de su rostro impidiendo que la comisura de sus labios cambiara de forma. ¿Sabría sonreír? ¡Quién sabe! Llorar, sí. Aquel día... Solo sus ojos parecían, a veces, demostrar en alguna mirada que aún había corazón..., sí, corazón..., y no compromisos ni obligaciones, únicamente corazón. La expresión del rostro de Fernando era de asqueo e indiferencia a aquellas situaciones; intentó transmitirle que estaba cansado de aquello y le dijo:

—Adelfa, hay asuntos de esta casa de los que debe ocuparse usted. Si hay alguna notificación de la sociedad, hágame saber; sino, no me interrumpen ni siquiera a la hora del almuerzo.

Adelfa contempló la figura de Fernando, que subía las escaleras con el periódico en la mano, siguió quieta durante unos minutos con la vista perdida en el mismo joven apuesto que minutos antes le había dejado bien claro lo poco que aquello ya le importaba. Se había hecho un hombre con sus propias decisiones y tan seguro de sí mismo que ya no habría nadie que le impidiera seguir su camino. Su padre, aquel hombre de doble estampa que intentó amoldarle a su criterio y que le ocultó la verdad, hizo de Fernando un hombre diferente. Aquel niño cariñoso y dócil se convirtió en un ser indiferente y huidizo, encerrado en sí mismo y en la empresa, como si quisiera huir de todo, saliendo y entrando sin dejar que nadie traspasara aquella coraza con la que se había cubierto para que nadie volviera a hacerle daño.

—¿Quiere doña Adelfa que lo recoja yo? —Manuela había interrumpido los pensamientos de esta.

—¿Qué decías?

—Le preguntaba que si recogía lo del señor y de paso qué quiere que ponga hoy para comer.

—Sí, recógelo tú, y de comer pon lo que quieras. Dile a Jacinta que suba arriba. Yo voy a salir y me llevará un rato.

—Está bien, doña Adelfa. Marina y Jacinta trajeron ayer una costilla muy buena del mercado de la plaza... Podría ponerla con unas patatas...

—Manuela, he dicho que pongas lo que quieras.

La cocinera se quedó mirando al ama de llaves que salió del comedor...

«Va donde siempre —pensó en voz alta—; aunque hoy no le lleve flores, le hablará y le contará sus cuitas». Y sin más, se dispuso a recoger el servicio de la mesa.

Fernando, con las manos en los bolsillos de los pantalones y apoyado en el quicio de la puerta que daba a las tres estancias, contemplaba a Marina que, al pie del mueble-biblioteca, sostenía entre sus manos un libro ojeando el interior. Era tan bonita... su piel clara, su pelo ondulado... —no por llevarlo recogido en aquel moño, exigencia de Adelfa, dejaba de ser más bella—; las curvas de la perfección de su cuerpo se dibujaban bajo aquel uniforme gris. No sabía si fue cuando don Joaquín le hizo el comentario o si fue antes, pero un día sus ojos se cruzaron con el verde de los suyos, de forma fugaz, pero suficiente. Ahora la miraba deseando detener el tiempo, mirarla, mirarla y mirarla..., solo allí sentía paz; en aquellos instantes su cuerpo y su alma se sentían en paz.

Se acercó hacia ella sin que se apercibiera de su presencia, colocó su mano derecha, tocando ligeramente su piel, sobre los dedos de aquellas blancas manos que deslizaban delicadamente las hojas del libro.

La ensoñación de sus pensamientos sobre la historia de aquellas páginas le hicieron confundir la realidad con la imaginación. Sintió que la sangre le recorría todo el cuerpo a la par que aquellos dedos masculinos se depositaban suavemente sobre los suyos. Abrió los ojos y vio los ojos de Fernando depositados en ella. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho mientras sus ojos se clavaron en los suyos. No sabía lo que ocurría. Se sentía flotar en una nube a la vez que un nudo ahogaba su garganta.

Fernando sujetaba la mano de ella con la suya. Retenía su mirada en la suya deseando detener ese momento, querría perderse en sus ojos verdes como si fuera un niño corriendo en una pradera en primavera. Marina sintió que la presión de la mano de Fernando sobre la suya empezaba a hacerle daño. Regresó a la realidad, dándose cuenta de que el hombre que estaba frente a ella no había salido de las páginas de aquel libro, sino que era Fernando, el señor de la casa. Bajó la mirada y se zafó de su mano, volviéndose para colocar el libro en la estantería. Volvió a sentir la mano de Fernando, que cogía el libro, impidiendo que lo dejara en su sitio.

—*Jane Eyre*; ¿le gusta leer, Marina?

—No tengo ocasión de leer mucho —su voz era temblorosa por lo que había vivido unos segundos antes—, suelo ojearlos cuando les quito el polvo.

Fernando se dio cuenta del nerviosismo de Marina, aún su pecho reflejaba la tensión que sentía por el momento vivido. Le hubiera gustado haberle dicho que su corazón también latía con fuerza, como sintió el suyo al contacto de su piel, pero no lo hizo. Retiró la mirada de ella volviendo al libro. Tenía gracia que fuera precisamente aquel el que ella tuviera en sus manos.

—Dejaré el libro donde estaba —le dijo mientras hizo el amago de cogérselo para dejarlo en su sitio.

—Tiene gracia. —Marina le observaba sin entender nada; los ojos de Fernando no apartaban la mirada del libro, una mirada bien distinta a la que tenía unos minutos antes, la expresión de su rostro se había endurecido—. Este libro era el favorito de mi madre. No me pregunte por qué, no lo sé. Solía releerlo todos los años. ¿Sabe de qué trata?

—No, no lo sé —la voz de Marina era titubeante.

—Es la historia de una huérfana que, a causa del odio de su tía política, es internada en una institución. Cuando se hace mayor trabaja como institutriz privada en una mansión...—la voz de Fernando se detuvo, se hizo el silencio durante unos instantes, su mirada se perdió en algún recuerdo en aquel momento, las facciones de su rostro se endurecieron de nuevo llegando a parecer rígidas, Marina no supo qué decir, quería salir de aquella situación, pero no sabía cómo; de repente, como si Fernando regresara a la realidad, colocó él mismo el libro en la estantería—, lo que sigue es una historia llena de circunstancias, algunas incluso trágicas —se limitó a decir—. Bien..., si desea leerlo puede cogerlo; es más, puede coger cualquier libro de los que hay aquí, si gusta. Algunos solo están para acumular polvo. Cuando los lea, los vuelve a dejar en su sitio sin más.

Fernando volvió a meter las manos en los bolsillos y se alejó de la estancia. Atravesó la sala que separaba la biblioteca de su habitación y se encerró en esta. Marina tragó aire cuando vio que Fernando desaparecía tras las puertas que cerraba. Su cabeza era una nebulosa. No entendía nada. Intentó pensar en lo que había ocurrido; su cuerpo tembloroso debido a las caricias de la mano de Fernando y luego aquella expresión en sus ojos, su mirada perdida y la tensión de su rostro. Agradecía que se hubiera ido sin más, demasiadas emociones juntas en un momento tan breve. Volvió a respirar hondo y contempló el lugar, pensó que tendría que salir de allí.

La calle que subía al Monte era tan pindia que la mujer que en ese momento

la ascendía respiraba agitadamente, intentando sacar algunas fuerzas con el único fin de llegar hasta el final de la cuesta. Allí se pararía y respiraría tranquilamente; tan solo tenía que llegar hasta la puerta. Bajo un abrigo negro, su cuerpo cansado por la edad y por el trayecto recorrido arrastraba unos pies mojados que esquivaban los riachuelos que bajaban por la pendiente. La toquilla que había colocado sobre su cabeza cubría gran parte de sus hombros y de su rostro. Sus ojos. Levantaba la vista del suelo de vez en cuando para comprobar cuánto quedaba aún del camino. Había recorrido un largo trecho desde la casa, lo hacía andando, como siempre. En la casa no disponían ni de coche ni de calesa y cuando se necesitaba se solía llamar a uno. Pero ella no era quién para hacerlo, no porque no dispusiera de medios para pagarlo, sino simplemente porque cada vez que hacía aquel trayecto lo hacía sola, creyéndose ella misma que nadie sospechaba dónde iba cada vez que hacía una salida de aquellas. Había salido de casa con un cielo gris que se fue encapotando hasta soltar una ligera lluvia que poco a poco fue empapando su cuerpo. Por fin llegó arriba. Las puertas del cementerio estaban abiertas. Siempre lo estaban. El guarda que cuidaba el recinto y que vivía en una pequeña casa que había allí mismo las abría todos los días del año desde que la luz clareaba en el nuevo día hasta el oscurecer de la tarde. Se quedó parada, intentando coger el aire que le hiciera llevar su respiración a la normalidad, ese lugar se encontraba en la cima de un monte y la subida solía costar, y últimamente cada vez más. Al principio, las visitas eran más espaciadas; luego, sin saber por qué, en los últimos meses, estaban siendo más cercanas. Era como si tuviera una innegable necesidad de acudir allí, a hablar con él, a narrarle lo que día a día acontecía en la casa. Al principio todo fueron reproches, rabia contenida por echarle en cara que no hubiera tenido el coraje de enfrentarse a la verdad. Ahora tan solo era una necesidad de ir allí, de estar de algún modo, junto a él, y de hablarle, de hablarle a él, de hablarle a alguien de lo que sentía cada día, de esa sensación de ahogo, que aún después de tantos años la apretaba en el pecho.

Apoyó su mano en el quicio de la puerta de hierro y respiró levemente. Contempló la ciudad, que se divisaba desde allí, y pensó en «todo tan lejos y a la vez tan cerca», se dio media vuelta y cogió el camino central. Cruces de piedra y hierro sobre tumbas de piedra se extendían a un lado y otro, pequeñas calles transversales y colindantes lo dividían en pequeñas zonas, de tal modo que cualquiera podría llegar a encontrar la tumba buscada.

El guarda, que solía pulular por las diferentes calles en vigilancia y limpieza, miraba en aquel momento tras la ventana de su casa, cuando la vio pasar. La lluvia que había empezado a caer por la mañana le había obligado a dejar para más tarde el paseo por las calles; solía limpiarlas de hojas caídas y mantenía las tumbas en buen estado, pues, a pesar del salario que el hombre cobraba por su trabajo, no había familia que no agradeciera una atención especial, bien se llevaba sus buenas propinas por ello.

El hombre la miró enfundada en su toquilla coger la calle central y pensó para sí que «últimamente había intensificado las visitas», pero sin darle más importancia, miró al cielo preguntándose si amainaría antes de que acabase la mañana. Ella, mientras tanto, no se percató del guarda ni tampoco hizo ademán de ver dónde estaba. Le daba igual. Era mucho tiempo ya y ella venía a lo que venía. Cuando llegó al final de la calle, giró a la derecha. Fue hacia la mitad cuando se detuvo. Un gran ángel de piedra presidía el centro de un panteón señorial. Unas flores mustias y consumidas tapaban parcialmente el nombre de la persona que yacía bajo aquella losa.

Se quedó mirando, dejó que, como otras veces, los pensamientos regresaran, cual película de maratón, pero esta vez no sintió nada. Ya no sentía rabia. Hacía tiempo que no sentía nada, pero tampoco tenía paz en su interior. El amor que había sentido por el hombre que estaba allí enterrado había sido tan grande como el dolor que sintió el día que la traicionó.

Había dejado de llover, y una ligera brisa se deslizaba entre los cipreses de aquel lugar. Empezó a sentir en su cuerpo el frío de las ropas mojadas, quiso quitar las flores marchitas, pero las dejó, pensó que sería mejor eso que nada, se recolocó la toquilla que el aire había apartado a un lado de su rostro y musitó:

—¡Adiós, Fernando...!

Regresó por el camino ya andado y cruzó la gran puerta de hierro que protegía aquel lúgubre lugar. El guarda, que ante el cese de la lluvia había salido de su morada, al verla acercarse la saludó desde la puerta:

—¡Adiós, doña Adelfa...!

Iba demasiado deprisa y tan ensimismada en sus pensamientos que no oyó el saludo del guarda. Comenzó a bajar la empinada cuesta con sus correspondientes curvas. Al fondo, la ciudad. Aún le quedaba un largo trecho hasta llegar a casa. Debía de ir pensando que las próximas veces tendría que alquilar una calesa o un coche a motor de esos que habían salido nuevos y

que ya empezaban a verse en mayor número por las calles. Sus piernas empezaban a estar cansadas para hacer tan largo recorrido.

La ventana del fregadero de la cocina daba a la calle principal, aunque la tapia de piedra y los arbustos, junto a los árboles, solían quitar bastante la visibilidad del trajín de la calle de enfrente; cuando Manuela fregaba en ella, distraía su vista contemplando entre ramajes lo que conseguía llegar a ver. Sin embargo, el camino de acceso a la puerta principal era claro y nítido y así no se la escapaba si llegaba algún mozo con algún recado. Sostenía entre sus manos la cacerola en la que un rato antes había hervido la leche. El chirrido de la puerta de hierro al abrirse llevó sus ojos hacia allí. «Esa puerta necesita que alguien la engrase —pensó, cuando vio a la mujer que enfundada para protegerse la cerraba tras de sí—, aunque pensándolo mejor, no; así sabe una quién entra y quién sale»; esta vez los pensamientos de Manuela fueron en voz alta. Dejó la olla sobre la trébede y salió de la cocina con el fin de acercarse hasta el vestíbulo sin que nadie la viera. El ama de llaves lo atravesó sigilosa y rápidamente y subió escaleras arriba. Manuela, que había visto lo que quería, regresó a la cocina.

No pasó mucho tiempo hasta que Jacinta entró en la cocina depositando sobre la trébede cerca del fregadero la bandeja que portaba. Manuela contempló los platos vacíos.

—Hoy se lo ha comido todo —no sonó a pregunta aunque a Jacinta se lo pareció, pues esta movía la cabeza afirmativamente—. ¿La has visto? —Jacinta miraba a Manuela, no entendiendo a quién se refería—, lo digo por doña Adelfa. Hoy ha vuelto a ir —Jacinta acabó de dejar los platos en el fregadero y la bandeja en su sitio y observó a Manuela mientras hablaba—, le ha debido de pillar la lluvia y venía arrebujada en la toquilla. Debía de traer calado hasta el abrigo. No entiendo por qué va, de aquí al Monte hay un largo trecho y ella ya no está para tales trajines. Además, qué más dará... —musitó—, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Jacinta, que escuchaba a Manuela, se limitó a encogerse de hombros.

—Dejémoslo —prosiguió—, pongamos la mesa y vayamos comiendo nosotras. Busca a Marina. Me gustaría irme a mi casa unas horas, antes de volver para la cena.

Y Jacinta, obediente en todos los menesteres, salió en su busca.

La tarde había pasado sin más. Como tantas otras de invierno, oscurecía demasiado pronto y aquellas horas procuraban ocuparlas de algún modo entre

Marina y Jacinta, pues Manuela solía aprovechar para acercarse a su casa, a ver a su familia, y dejarles la cena hecha antes de regresar a la casa. Si no había alguna sábana que remendar, plata que limpiar y doña Adelfa no aparecía para encargarles ningún menester, Marina le narraba a Jacinta recuerdos e historias de su pueblo y de su casa. La joven muda escuchaba pasmosa y atenta todo lo que sus oídos percibían, acercando a sus sueños aquella realidad e imaginando el hermoso lugar de verdes valles y claros arroyos. Poco podían dar sus ojos de sí de lo que oía, pues no tenía más recuerdos que aquella casa y lo que veía, calles anchas transitadas por carruajes y personas, y edificios y casonas, nada parecido a lo que Marina le contaba. Así las encontró Manuela, sentadas junto a la mesa de la cocina, cuando la rolliza mujer hizo su entrada por la puerta de servicio que daba al lateral de la casa. Bien tapada con una toquilla que llevaba sobre un abrigo revejido por el uso, cerró la puerta tras de sí.

—¡Rediez, qué frío hace! —La mujer desabrochaba su abrigo mientras sostenía la toquilla—. ¿Qué tal la tarde, zagalas?

—Ha sido como tantas otras, Manuela. ¿Y tu familia?

—Allí los dejé, con la cena ya lista. ¿Habéis visto cómo están las lumbres?

—Íbamos a ir ahora.

—Pues no os demoréis, que la noche va a ser fría. Rellenad los huecos de los chimeneos con todos los leños que podáis.

Jacinta y Marina se levantaron de las sillas; cuando Manuela intentó decir que se abrigaran, estas ya se estaban colocando las toquillas sobre los hombros. Salieron fuera al cobertizo y cargaron toda la leña que pudieron.

—Jacinta, ¿por qué no subes tú a las habitaciones del señor? Yo rellenaré las de aquí abajo.

La muchacha se encogió de hombros y afirmó con la cabeza. Cierto era que tanto le daba ir a un sitio que a otro. Marina sintió un alivio en su interior. No quería encontrarse con Fernando después de lo que por la mañana había pasado entre ellos. Cogió los leños que pudo y entró en la casa.

—Iré al comedor y al salón de abajo; Jacinta ha subido a las habitaciones de arriba.

Manuela se colocaba el mandil abrochándoselo a la cintura.

—¡Rediez! Parece como si las cuerdas de este mandil cada vez fueran más cortas.

Marina no pudo evitar reírse ante el comentario de la cocinera.

—¿De qué te ríes tú? —la voz de Manuela sonó a enojo.

—No te enfades, Manuela, pero... ¿no será que cada vez estás más gorda...?

—Larga, zagala, de aquí..., no sea yo quien aproveche esos leños...

Marina sonreía saliendo de la cocina, la mujer tenía buen saque y no se cortaba cuando comía. En el invierno, los paseos se espaciaban al igual que las salidas, con lo cual no era de extrañar que la cocinera hubiera cogido algún que otro kilo de más. Cuando Marina llegó al salón, la sonrisa de sus labios desapareció de su rostro. La figura de Fernando, de espaldas frente a la chimenea, cambió su gesto. Tenía la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y la mano derecha apoyada en la repisa. Contemplaba el juego de colores que las llamas dejaban al quemarse los maderos; parecía que tenía la mirada perdida, con unos pensamientos en algún lugar remoto o simplemente observaba el fuego. Se quedó mirándole unos instantes, los mismos que se quedó quieta entre las puertas. Mandó a Jacinta arriba para evitar encontrarse con él y, como si de una jugarreta torpe del destino se tratara, no lo había conseguido. Ahora le tenía enfrente y era difícil evadir la situación. Sintió el peso molesto de la leña en sus brazos y no lo pensó. Se acercó a la chimenea y dejó cuidadosamente los leños en el cesto que había al lado.

Fernando contempló el reflejo que la luz de las llamas depositaba en su pelo. Los brillos de colores que alternaban sobre su cabeza como queriendo acariciar cada mechón jugando a aparecer y desaparecer con cada chispa.

Cuando Marina se levantó, no pudo evitar dirigir sus ojos hacia aquellos que sabía que la estaban observando. Llevaba la chaqueta de lana y el pañuelo anudado a la garganta. ¡Tenía tanta clase! Había retirado la mano de la repisa y la había vuelto a meter en el bolsillo del pantalón. Comprobó la elegancia y el porte de todo un señor. Tenía su mirada clavada en la suya. Esta vez no tuvo su piel sobre la suya para sentir que dentro de su cuerpo ardían llamas como las que había en aquel fuego.

Fernando observó que la luz de la chimenea iluminaba aquel rostro que le estaba embriagando como si de un vino añejo se tratara. Contempló los ojos verdes que brillaban como linternas en aquel juego de luces que daba el fuego de la chimenea. Sacó la mano del bolsillo y acarició su mejilla. Retiró un mechón de pelo que le caía levemente sobre los ojos y sonrió:

—Marina... —su voz resonó suave y dulce cuando salió de sus labios, y ella oyó el latido de su corazón que, a golpetazos, parecía querer salirse del

pecho. Intentó tragar saliva, pero no pudo; oyó pasos en la escalera y pensó en Jacinta o, peor aún, en doña Adelfa. La sequedad de su garganta no dejó que las palabras se deslizaran por ella.

Se marchó sin más intentando llegar a su habitación. No quería que nadie la viera en aquella situación y así no tener que dar ninguna explicación. Ni siquiera sabía qué explicación dar. Bebió agua y por fin pudo tragar saliva. Su cabeza era un hervidero. Tendría que tranquilizarse. Manuela era demasiado viva y bien se daba cuenta de todo. Se sentó en la cama y metió la cabeza entre las manos. Unos golpes en la puerta le hicieron recuperarse más rápido de lo que creía. Al otro lado, Jacinta la miraba interrogante. Manuela las esperaba en la cocina.

CAPÍTULO XII

Los rayos de sol de aquella mañana de primavera se colaban tímidos por la ventana de su habitación, acariciando levemente el rostro blanquecino de Lucía, que perezosa se arrebujaba entre las sábanas dejándose calentar. Cerró los ojos y apoyó fuertemente la cara sobre la almohada, dejando que el sol le calentara la frente y el cabello, pues era lo único que asomaba en aquella cama. El resto de su cuerpo se encontraba completamente tapado, escondido y encogido como un ovillo. Se quedó así un buen rato. ¡Estaba tan a gusto! Soñaba con ser una niña pequeña esperando que la mano de su madre levantara aquellas mantas y haciéndose la sorprendida le dijera un «así que estabas aquí, pequeñuela». Luego sentiría sus manos recorrer su cuerpo haciéndole cosquillas y ella reiría y reiría intentando zafarse mientras le diría: «No, para ya, para ya..., ja, ja, ja».

Pero aquello seguiría siendo un sueño como tantas veces, un sueño que recordaba ser su compañero desde que era niña y tuvo uso de razón. No conoció a su madre, y aquello solo era un fruto de su imaginación; bien le hubiera gustado que hubiera sido real. Pero solo era su fantasía, momentos creados quizás para cerrar el vacío de madre que desde niña había querido llenar. Pero tenía a su abuelo. No supo ser ese calor maternal y comprensivo, pero el hombre hizo lo que pudo y ejerció de padre, de madre y de abuelo, porque supo transmitirle la sabiduría de sus años, aunque a veces se acercara a la desconfianza. No le culpaba, los palos de la vida le llevaban a veces a ello.

Estuvo así un largo rato y cuando creyó que ya era tiempo suficiente, echó las mantas hacia atrás, puso los pies sobre la madera de la habitación y se levantó. Se acercó a la ventana y abrió del todo las contraventanas interiores que la noche anterior no había cerrado. No la gustaba dormir completamente a oscuras. Le gustaba ver desde la almohada el reflejo de la luna tras los cristales y, por la mañana, el sol del amanecer del nuevo día. Miró y contempló la calle vacía, a pesar de las horas ya tardías, pero lo que más le gustaba era mirar al frente y recrear sus ojos en el valle y en la amplia arboleda de olmos que escoltaban el camino de aquel lado del pueblo. La

ventaja que tenía de vivir al final de una de las últimas calles del pueblo era poder contemplar el bello paraje que, cual postal, se asomaba tras su ventana.

El largo tiempo que había estado enferma, aquella ventana había sido su compañera. Sentada en un sillón de mimbre al pie de ella, había recreado su mirada en tan bello lugar. Al fondo se apreciaba la ascensión del valle hacia las montañas por donde Pablillo solía llevar a pastar a las vacas, le veía bajar por las tardes, antes del crepúsculo del día, después de que pasó la época de nieves y el zagal volvió a ganarse sus cuartillos pasteando la vacada del pueblo. El camino pocas veces estaba vacío largo rato, pues siempre había alguien que lo transitaba para ir a por agua a la cueva. Desde tiempos remotos creían que tenía propiedades milagrosas. Ella había oído la historia, eso sí, contada un montón de veces, pero todos los mayores empezaban diciendo lo mismo, «contaba mi abuelo que una vez...» y Lucía pensaba que aquel viejo tuvo una vez un abuelo, la historia debía de ser bien vieja. Y a su vez, el abuelo contaba «... que un labriego dejó una tarde en la cual se levantó un temporal muy fuerte de nieve a una de las vacas y su cría, que el hombre solía tener pastando en la subida del valle. El animal se puso de parto, pero dicen que no sobrevivieron ni la vaca ni el jato que traía, aunque el hombre hizo lo que pudo. Todo debió de pasar cerca de la fuente de la cueva. Regresó a su casa con el resto de la vacada y a la mañana siguiente, cuentan, que la vaca y su cría aparecieron a las puertas de la cuadra del pastor del pueblo. El hombre se hacía de cruces pues no entendía nada. No faltaron las comadres que pronto achacaron propiedades milagrosas a tal agua». Crédulos o no, heridas y llagas con esa agua cicatrizan mejor. Por eso Pablillo la bajaba todos los días que podía, agua de la cueva en su cantimplora para que Lucía se restableciera.

—Seguro que está mejor, tío Matías —decía el zagal emocionado cada vez que le vaciaba el agua de su cantimplora en el botijo que le daba el tío Matías.

—Seguro, Pablillo, seguro —era todo lo que respondía el abuelo, pues el hombre, a pesar de no ser muy crédulo de los milagros, no se atrevía a desengañarlo al ver con la emoción que lo traía—. Hala, Pablillo, gracias y hasta mañana.

—Hasta mañana, tío Matías.

Y el abuelo despedía al mozo, que calle abajo se iba con las vacas anunciando con el tintineo de sus cencerros su llegada al pueblo. No sabía si

era el agua o qué, pero Lucía mejoraba, y a aquel viejo era lo único que le importaba.

Él, para quien la experiencia de la vida era un grado y que era más hombre de vivencias que de creencias populares, se limitaba a decir, cuando alguno le refería, que la naturaleza era muy sabia y que si estaba puesta ahí era para que el hombre supiera hacer buen uso de ella, que lo mismo que había hierbas y cortezas de árboles con propiedades medicinales, también pudiera haber algún agua. No quitaba que aquella cueva tuviera algún mineral que el agua transportaba y favoreciera la curación de las llagas y las heridas; él, que al igual que su padre siempre fue hombre de campo, recordaba cuántas veces este se lo decía: «Por eso tiene ese sabor tan ácido, hijo, y escuece tanto cuando te lo echas sobre una herida; ahora..., de eso a hacer milagros..., qué quieres que te diga. Esa historia se la oí contar yo también a mi padre, pudiera ser que ni la vaca estuviera tan mal, ni el jato estuviera muerto aunque lo pareciera. Vete a saber...».

Lucía dejó la cama ventilando, con la ventana ligeramente entreabierta, y bajó las escaleras; cuando llegó a la cocina, su abuelo se entretenía tallando una vara con la navaja, sentado en un tajo al pie de la hornacha. Le hubiera gustado observarlo y sorprenderle, pero sabía que su abuelo siempre había tenido el oído muy fino.

—Hombre, ya se levantó la zagala. Pues hace horas ya de amanecida. — Detuvo sus manos sin soltar ni la vara ni la navaja y miró a su nieta, alegrándose de que de día en día fuera siendo más lustroso el color de sus mejillas.

—Estaba tan a gusto, abuelo. He dormido como cuando era niña.

—Pues, hala, desayuna, que aún quedan un par de horas hasta la comida. Ahí tienes unos calostros que te ha traído Josefa, el ama del médico. Se los debió de llevar no sé quién que le había parido una vaca. Dice que a ti te vendrán mejor que a don Julio.

—Le daré las gracias cuando la vea. Me ha parecido oír el carro de Celedonio el molinero. —Lucía había vertido sobre un tazón parte de los calostros y con unos trozos de pan daba buena cuenta del desayuno—. ¿Qué quería?

—Traer recado de esa vieja bruja de Angustias.

—¡Abuelo!

—Ni abuelo ni gaitas, que vieja es y bruja también.

—Bueno, ¿y qué recado era ese?

—Pues que la moza que buscó para hacer tu trabajo mientras estabas enferma, que está muy contenta con ella. Que cuando quieras y puedas, vayas a por lo que se te debe. Y que si lo necesitas, ya te ayudará a buscarte faena, pero que estaba contenta con la chica y no pensaba despedirla.

—Vaya, pues tendré que pensar en buscarme faena.

—Al ser nueva, le pagaré menos que a ti, que esa vieja no es tonta. Y por buscarte faena no te preocupes, lo que importa eres tú.

—Pero, abuelo, bien sabe que no nos viene mal que yo me gane unos reales.

—Mira, hija, a ti nunca te faltó un plato que llevarte a la boca...

—Ya lo sé, abuelo, y bien que le estoy agradecida.

—A mí no me tienes que agradecer nada. Así que ponte buena y el tiempo dirá. Voy a ver si han puesto algún huevo las gallinas.

El hombre se había levantado del tajo dejando sobre la trébede la vara y la navaja. Lucía, que adoraba a su abuelo y que era la única familia que tenía, antes de que este saliera de la cocina le echó el alto, abrazándole fuertemente.

—¡Quita, zalamera!

Y el hombre se zafó suavemente mientras se dejaba dar un beso en la mejilla. Lucía fregó la taza y el cucharón y salió de la cocina, abrió el portón que daba a la calle y sintió los tenues rayos del sol primaveral que se colocaba ya como avisando de que cada día se quedaría un rato más. Cerró los ojos y aspiró el aroma que aquella mañana le traía. Miró arriba y debajo de la calle. Arriba dos casas más y ya estaba el camino de la salida del pueblo. Abajo la calle se alargaba y se perdía la vista en el recodo que hacía a la derecha y que llevaba a la plaza del pueblo. Cerca estaba la casa de doña Clotilde; Lucía miró la verja abierta del jardín que daba a la casa, era raro, pues siempre solía tenerla cerrada, decía que los gatos y los perros que entraban estropeaban las plantas. El resto de las casas tenían los portones abiertos y alguna ventana; era como si quisieran echar los fríos aires del invierno e invitaran a pasar hasta sus interiores a aquel sol que iba anunciando su venida. La mañana tranquila, sin apenas trasiego alguno de sus gentes, los niños estarían en la escuela y los labriegos arando los campos a las afueras del pueblo, preparando la tierra para sus siembras. Algún gallo remolón cacareaba tardío, los gatos paseaban anchos cruzando la calle, alcanzando la tapia del vecino, no sin antes haberse asegurado de que el perro

de turno durmiera tranquilo sobre la piedra caliente del portón de cualquier casa.

De entre las dos casas del final de la calle, salía una vereda que llevaba al camino del monte de la cueva del agua a las afueras del pueblo. Aquel camino era tan bonito o más que el que llevaba por la ribera del río. Le escoltaban una arboleda de olmos y cerca pasaba el arroyo que bajaba de la cueva y que acababa en el río. A Lucía le gustaba porque era lo primero que veía desde su ventana cuando la abría. De allí venía doña Clotilde, cargada con una bolsa de tierra cuando Lucía la vio asomar por la calle.

—¡Hola, Lucía, bonita! ¿Qué tal estás? Ya tienes más lustroso el rostro.

—Bien, doña Clotilde. Gracias. ¿De dónde venía?

—Ah, de coger un poco de tierra de las toperas para mis plantas. Por los prados del arroyo de la cueva hay una tierra muy buena para las flores. Pero una ya no está para estos trotes, ya me empiezan a doler los huesos.

—Deje que la ayude. ¡Diantres, sí que pesa! Ha cargado, doña Clotilde.

—Hija, me lie para no tener que dar dos viajes.

—¿Por qué no ha esperado a que alguien la ayudara? Algún crío de los de la escuela mismamente.

—Está tan bonita la mañana... y ya sabes lo que a mí me gustan mis flores...

—Me extrañó ver la puerta del jardín abierta. —Lucía sostenía la bolsa de tierra con las manos mientras atravesaban la verja y doña Clotilde cerraba la puerta.

—Debe de ser el perro de la Fuensanta. Sabe que siempre le echo algo de comer y mete el hocico hasta que me levanta la aldaba. Pasa, cielo, deja la tierra ahí mismo. —Lucía dejó el cubo donde le había indicado doña Clotilde y se fijó en el jardín algo limpio de hierbas por algunas zonas y medio preparado aún para colocar nuevas plantas—. He hecho lo que he podido —le dijo al observar cómo Lucía contemplaba las plantas aún sin podar—, no ha habido días buenos, pero a partir de ahora irán viniendo y poco a poco esto volverá a estar lustroso.

—No se queje, doña Clotilde; sabe que sus flores son la envidia de muchas cotorras.

—Una hace ya lo que puede, hija; de año en año, me noto más torpe en los brazos. Además, este invierno el reuma ha hecho más mella en mí, pero me distrae y, aunque me cueste un poco, lo voy haciendo.

—¿Por qué no pide que alguien le eche una mano?

—Porque no se trata de eso, hija, se trata de tener la mente ocupada. Es lo más sano que hay, criatura, intentar dominar tus pensamientos en lugar de que estos te dominen a ti.

—Siempre me sorprendió su manera de hablar; ya desde niña me di cuenta de que usted no era como el resto de las mujeres del pueblo. ¿Es cierto que desde niña estuvo estudiando fuera?

Doña Clotilde se sentó en la mecedora que tenía debajo del porche al lado de la puerta principal de la casa. Invitó a Lucía a que se sentara en una pequeña silla de madera que había a su lado. Lucía se dio cuenta de que la mirada de la mujer se perdía en algún recuerdo remoto.

—Eres observadora, Lucía. Y muy bonita. Con una ropa adecuada y un buen peinado que resalten esos preciosos ojos azules que tienes, no te faltarían buenos pretendientes en una ciudad.

—¡Doña Clotilde...!

—No seas humilde, querida. En esta vida hay que ser modesta, sí, pero humilde nunca. No lo olvides, Lucía. No lo olvides nunca.

—No me ha contestado a mi pregunta. He tenido la sensación de que se me...

—¡Buenos días, señoras! —la voz del doctor, cuya presencia asomaba en ese momento por la puerta de la tapia, interrumpió a Lucía.

—Buenos días, doctor —le contestó doña Clotilde—; algún día, Lucía, algún día te contaré algo —le dijo por lo bajo a esta mientras se levantaba de la mecedora.

El médico, que accedía por el camino de acceso a la puerta de la casa, se quedó parado unos segundos contemplando las tierras removidas.

—Veo que ha empezado a hacer su ejercicio, doña Clotilde.

—Sabe usted que no hay nada que me satisfaga más que cuidar de mis flores.

—Eso está bien. Y tú, Lucía, ¿qué tal te encuentras?

—Bien, doctor, me noto cada vez con más fuerza.

—Eso está bien.

—¿Quería algo especial? —preguntó la anciana mujer.

—No, me acercaba a ver a Lucía y veo que está estupenda. Ya me dijo Josefa que te trajo unos calostros. —Lucía no pudo por menos que sonreír—. Bueno, ¿está tu abuelo en casa? Me gustaría hablar un rato con él.

—Sí. Le acompaño. Hasta luego, doña Clotilde, y no olvide que tenemos una conversación pendiente.

Doña Clotilde sonrió a Lucía y se quedó contemplando cómo ambos se alejaban. La expresión de su rostro varió y se tornó en una pequeña melancolía que intentó rápidamente eliminar de su interior. Se fijó en el doctor y en cómo ambos tenían, sin saberlo él, tanto en común. Habían llegado allí, a aquel pueblo, de una manera circunstancial, y sin pensarlo, habían decidido quedarse huyendo de un pasado y unos recuerdos que ambos habían decidido enterrar. El doctor, entre sus pacientes y las gentes del lugar, y doña Clotilde, entre sus plantas y la soledad de aquel nuevo hogar.

Los días de aquella semana transcurrieron tranquilos; la vida de las gentes del pueblo era tan parecida y continua que apenas se diferenciaba un día de otro de la semana, salvo el domingo, cuando aparcaban momentáneamente sus aperos y acudían en masa a la eucaristía dominical, aunque pronto, por la mañana y al atardecer de la tarde, el ganado solicitaba que se le atendiera. Doña Clotilde seguía limpiando las malas hierbas de su jardín y allanando el terreno para plantar las tempraneras. Los rosales, podados y preparados, recubrirían la tapia alegrando su vista y distrayendo sus pensamientos. Lucía, que solía salir a pasear todas las mañanas por indicación de don Julio, después de hacerse la perezosa debajo de las sábanas, se acercaba hasta la casa de la agradable anciana y mantenía conversación con ella sobre plantas y cualquier tema banal que les hiciera a ambas el rato ameno y distraído; después, daba un extenso paseo por aquel camino que ella tanto adoraba, regresando hacia la hora de la comida. Su abuelo apenas le dejaba hacer nada, prefería verla bien recuperada y evitar la mínima recaída.

Cuando se acercó a la verja, vio que sobre la tierra removida de un lado del jardín estaba la pequeña azada, un cubo vacío y una regadera. Miró a un lado y otro y no vio a nadie; pensó que doña Clotilde habría entrado a preparar la comida y seguiría más tarde con aquella faena. Cuando dio media vuelta para irse a su paseo, oyó la voz de la mujer que la llamaba.

—¡Buenos días, Lucía! ¿Ya te vas?

—Buenos días, doña Clotilde. No quería molestarla. Pensé que estaría preparando la comida. Me iba a pasar después del paseo.

—Había entrado un momento en la casa, sí, pero no tengo ninguna prisa.

—Si quiere charlamos cuando dé la vuelta.

—Muy bien, Lucía. Espera, ¿te importaría traerme un poco de tierra de las

toperas? No hace falta que le cargues mucho. Rellenaré unos pequeños huecos que me quedan.

—No hay ningún problema.

—Gracias, bonita. Estaré aquí cuando regreses.

La mañana apacible se dejaba sentir, y Lucía disfrutaba de aquellos momentos, oliendo a hierbas nacidas, a verdor primaveral, oyendo el suave sonido del agua del arroyo, metiendo en cada poro de su piel todo aquello que la naturaleza le regalaba, dejando que su sangre hirviera ante el cúmulo de sensaciones que percibía en cada paso que daba. La belleza del lugar no la transportaba a ningún sitio. La envolvía. Si existía la felicidad, de la que en alguna ocasión había oído hablar, eran aquellos momentos vividos. Cada día alargaba el paseo, pero no en demasía para no cansarse. Era lo que le había dejado bien claro don Julio: «Recuerda, Lucía; ante todo, evita fatigarte». Dejó para la vuelta la tierra de doña Clotilde, no había problema porque por aquella zona los prados estaban llenos de toperas, se agachó y dándose cuenta de que no había llevado nada para cogerla, usó sus manos, que poco a poco la tierra fue ennegreciendo. Diego, que regresaba de la faena del campo, se quedó mirando a la muchacha y se acercó hasta ella. Lucía, distraída en tal menester, no oyó que alguien se acercara, se sobresaltó levemente al oír la voz de Diego:

—Te estás poniendo buenas las manos.

—Se me olvidó traer algo para cogerla, luego me las lavo.

—Deja que te ayude.

—No hace falta. Ya he acabado.

—¡Si apenas has llenado el cubo! O es que necesitas solo eso poco.

—No es para mí, es para doña Clotilde, y si no lo lleno más, es por el peso.

—Bien, pues, ya te ayudo yo. Llenaré lo que falta.

—Esto, pero... —Diego se puso a llenar lo que quedaba, impidiendo a Lucía que siguiera con ello.

—Anda, ve a remojarte las manos en el arroyo, que antes de que acabes ya tendré el cubo lleno.

Lucía no quiso discutir con Diego. No sabía por qué, pero se ponía nerviosa ante su presencia. Desde el día en el río cuando la ayudó con la ropa que se llevaba el agua, los ojos de él se depositaban en su mirada sintiendo que desnudaba en su interior. Después, cuando se enteró de lo que hizo por ella aquel angustioso día de invierno, su presencia le hacía sentirse incómoda.

Cuando le dio las gracias por lo que hizo, su rostro dibujó una sonrisa que en él jamás había visto. De todos modos, tampoco tuvo ocasión. Salía de casa temprano para el trabajo, y por las tardes, cuando regresaba generalmente cerca de la cena, apenas tenía relación con las gentes del pueblo. Cierto es que todos bien se conocían, pero ella vivía a las afueras, y los domingos apenas pisaba por la iglesia pues faenaba en la casa lo que no hacía entre la semana. A ella le daba igual acudir a las liturgias y engalanarse para ello, y su abuelo no le decía nada. Le gustaba sentir el olor del campo y por eso era feliz cuando se iba a lavar al río; aquellos momentos de paz en tal remanso le hacían más feliz que los sermones de don Nicolás y los comadros de las mozelas a la salida de la homilía.

—Bien —Lucía se incorporó al sentir en su nuca la voz de Diego—, creo que será suficiente. De todos modos, si lo lleno más, perderemos la tierra por el camino. ¿Estás lista?

Lucía asintió y juntos emprendieron el camino de regreso. Doña Clotilde divisó a los mozos que se acercaban a su verja.

—Vaya, traes ayudante —les dijo.

—Aquí tiene, doña Clotilde. —Diego dejó el cubo en una orilla del camino que iba de la verja a la casa.

—Gracias, Diego, ahí está bien. Mis plantas necesitan que las mime. ¿Quieres un vaso de agua, o de vino?

—No, gracias. Se me ha salido la reja del arado y regresaba a casa por herramientas para arreglarlo. Otro día. Hasta luego.

—Muy bien. Pues otro día será. —Doña Clotilde se volvió hacia Lucía y la sorprendió mirando fijamente a Diego mientras se alejaba—. Es muy guapo, ¿verdad?

—No lo sé, apenas me he fijado. —Lucía se había ruborizado y lo sabía. Se sentía incómoda y nerviosa y quiso huir de aquella situación. La experiencia de trabajar tanto tiempo en casa de doña Angustias le valió para saberse zafar rápidamente de los momentos en que no estuviera a gusto y cambiar de tema rápidamente. Pero doña Clotilde era una mujer muy inteligente, y su procedencia oculta le daba los conocimientos necesarios para saber ser diplomática y llevar situaciones difíciles.

—Por cierto, Lucía. Ayer te eché de menos. No viniste a verme.

—Fui a casa de doña Angustias a recoger lo que me debía por los últimos días que trabajé. No eran muchos reales, pero bueno.

—Sí, algo me comentó tu abuelo. Verás, yo había pensado que bien podíamos ayudarnos las dos.

—No le entiendo.

—Es muy fácil, querida. Tú ya no tienes trabajo y este invierno el reuma me ha dejado los huesos menos útiles de lo que yo quisiera. Pero sé que los años no pasan en balde, y me vendría bien un poco de ayuda. Y la verdad, contigo me encuentro cómoda. No tienes por qué responderme ahora. Puedes pensártelo. Ahora, decidas lo que decidas, me encanta charlar contigo todos los días. —La mujer cogió cariñosamente las manos de Lucía entre las suyas, dándose cuenta de la tierra que aún quedaba entre sus uñas—. ¡Dios mío, Lucía! Pasa y lávate las manos.

Lucía entró en aquella casa por primera vez, observando cada detalle. Las puertas de las estancias estaban abiertas completamente. En un pequeño cuarto había un lavabo con una jarra de porcelana con agua, un amplio espejo sobre la pared y un toallero de pie, de madera, con una toalla que tenía unas iniciales finamente bordadas, además de una pastilla de jabón oloroso a jazmín que Lucía depositó sobre una jabonera de porcelana blanca con finas flores azules pintadas de donde la había cogido anteriormente. Doña Angustias tenía algo parecido en su alcoba. Pero aquel jabón... Mandaría que se lo trajeran de la capital, pues ni siquiera debían venderlo en el comercio del pueblo de al lado. Se secó las manos depositando cuidadosamente la toalla y salió del pequeño cuarto, volviendo por el pequeño pasillo, revisando disimulada y rápidamente lo que pudo de las habitaciones abiertas. Doña Clotilde daba vuelta al contenido de un pequeño puchero que había sobre una cocina de leña. Lucía se percibió de la finura del azulejo de la trébede y de la pared de la cocina; el resto de las paredes tenían un suave color azul grisáceo.

—¿Te lavaste ya las manos?

—Sí, gracias. Debo irme. Seguro que mi abuelo está esperándome para comer.

—Muy bien, Lucía. Nos veremos más tarde.

Antes de bajar los dos peldaños del pequeño porche, Lucía se volvió y mirando a doña Clotilde le dijo:

—Acepto su trato. Trabajaré para usted —y mirando a su alrededor volvió a decir—: Creo que en ningún sitio trabajaré más a gusto que aquí.

Mientras Lucía regresaba a su casa, cerrando tras de sí la puerta de la verja, la anciana mujer sonreía mientras decía para sí: «Yo también lo creo, Lucía».

Lucía abrió el portón de su casa y sorprendió a su abuelo colocando los platos con los cubiertos sobre la mesa.

—¿Ya diste tu paseo? —preguntó al verla entrar en la cocina.

—Sí, por cierto, abuelo. Doña Clotilde me pidió que le trajera tierra de las toperas y, como me vio las manos algo sucias porque no llevé nada para cogerla, me mandó entrar a lavármelas. Jamás había entrado en aquella casa. Tiene un cuarto pequeño, solo para el aseo, todo es de porcelana y un jabón de jazmín que seguro que compra en la capital. Los muebles de las habitaciones son delicados, lo poco que pude ver, y lo mismo los azulejos que tiene en la cocina. Abuelo, ¿quién es doña Clotilde? Lo que hay en esa casa son cosas que cuestan dinero y no están al alcance de cualquiera. ¿Tú sabes algo? Me ha ofrecido que trabaje para ella, pues se ha enterado de que me ha dado puerta doña Angustias. Y le he dicho que sí.

Lucía se quedó mirando a su abuelo, que ponía el puchero de la comida sobre la mesa.

—Abuelo, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí, Lucía. Estarás muy bien con doña Clotilde. En cualquier lugar mejor que con esa bruja. Además, así estarás aquí, al lado de casa, y yo estaré más tranquilo. Ahora, siéntate y come antes de que se enfríe.

Matías no quería que su nieta le siguiera interrogando; si iba a trabajar allí, tiempo tendría para que algún día supiera la verdad, probablemente ella se lo contaría. Él, al recordar, sintió que el corazón se le aceleraba igual que aquel día hace cuarenta y cinco años, cuando llegó de lejos en un lujoso carruaje una fina muchacha de ciudad. Días antes, un vistoso señor de negro con un extraño maletín había pagado buenos reales por la casa del porche, preguntándose las gentes quién sería su nuevo propietario. Cuando Clotilde bajó del carruaje con ese elegante abrigo azul y su discreto sombrero, y Matías, que por entonces era un joven zagal, la vio descender con aquel porte tan elegante, fue como si el corazón se saliera del pecho; sostenía una limosnera entre unas manos enfundadas en unos guantes de piel, mientras de pie, frente a la verja, contemplaba lo que a partir de ese instante iba a ser su nuevo hogar.

CAPÍTULO XIII

El sonido de la aldaba de la puerta principal hizo acudir presta a Marina, quien pasaba rápido sus manos por el uniforme, intentando estirar alguna arruga si la hubiera y ajustándose el mandil. Ganas le dieron de gritar un «¡ya va, ya va...!», pero se contuvo sabiendo que sería motivo de regañina por doña Adelfa, pues si había algo que aprendió rápido era que había que tener modales y educación con la gente que se recibía, ya que, aunque bien es cierto que no era mucha, pues casi siempre solía ser algún mozo o algún cochero, nunca se sabía quién podría estar tras la puerta.

Don Joaquín atravesó presuroso la puerta y sacudió el abrigo con una mano mientras que con la otra sostenía una carpeta de piel negra debajo del brazo.

—Siento haberte asustado, Marina —le decía mientras la entregaba el sombrero—, pero esta tonta lluvia primaveral que ha empezado a caer de improviso casi me cala entero. Además, tampoco quería que se me mojara la carpeta.

—No se preocupe.

—¿Está Fernando en casa?

—Sí, señor, le llamaré enseguida.

—Bien, le esperaré aquí abajo en el salón junto a la chimenea. Intentaré secarme lo poco que me he mojado.

Marina, mientras don Joaquín se acercaba hacia el salón, dejó el sombrero en un perchero del vestíbulo de la entrada y subió las escaleras del primer piso hacia las habitaciones de Fernando. Las dos puertas que daban a las tres estancias estaban cerradas, y Marina tuvo que llamar, notando que el corazón se le aceleraba por segundos; desde los últimos encontronazos, evitaba su presencia. Había notado en más de una ocasión que alguien la observaba a escondidas, en todas ellas esquivó mirar temiendo que los ojos de Fernando estuvieran tras ella. Tras volver a insistir, por fin oyó la voz de Fernando:

—Adelante.

Estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio, mirando fijamente tras ella a un punto perdido. Las piernas, ligeramente abiertas, y las manos, en los bolsillos de los pantalones. No giró la cabeza para ver quién era, siguió así, quieto, con el gesto inmóvil y la mirada fija. Su pelo negro, perfectamente

peinado, resaltaba aún más su perfecto perfil. Marina aprovechó que él no se giraba para observarle detenidamente, no sabía si era su belleza o la seguridad que demostraba en cada gesto, en cada paso, lo que más admiraba de él, pero, en aquella seguridad y firmeza que solía demostrar siempre, Marina presentía que había un disfraz tras el cual se escondían ciertas inseguridades. Giró levemente la cabeza hacia ella y clavó sus ojos negros en los suyos, apenas una imperceptible sonrisa asomó a la comisura de sus labios, como si lo que tuviera ante él fuera lo único que esperaba y que quería mirar. Así estuvieron unos segundos, era como si ese momento fuera suyo y de nadie más, como si hubieran estado así siempre, como si hace una eternidad hubieran unido sus almas, se hubieran separado y ahora se hubieran vuelto a encontrar. Cuando Fernando pestañeó, Marina volvió a la realidad, se acordó de don Joaquín, que hacía un momento acababa de llegar.

—Perdón, señor. Don Joaquín ha llegado y preguntó por usted. Le espera abajo en el salón junto a la chimenea.

—Gracias, Marina.

No le dio ocasión de decir nada más. No quería. De pronto, tuvo la extraña sensación de querer salir corriendo de allí. Tenía miedo, sí, tenía miedo, ¿pero de qué?, ¿de que él la mirara como lo hacía, de lo que no sabía que podía pasar si volvía a sentir el roce de su piel sobre la suya...? Bajó las escaleras precipitadamente, sin que doña Adelfa se percatara de que corría. Cuando llegó al salón, se la veía agitada e intentó coger aire. Don Joaquín estaba de espaldas a la chimenea con las manos detrás del abrigo.

—El señor baja enseguida. Ya le he dicho que está usted aquí.

—Bien, Marina. Por cierto, ¿te ocurre algo? Te veo un poco acelerada, nerviosa.

—Nada, señor. ¿Quiere que le prepare algo?

—No, hace poco que desayuné. Gracias, muchacha.

Marina se retiró a la cocina. Detrás, le pareció oír los pasos de alguien que bajaba las escaleras; pensando que quizás fuera Fernando, aceleró más aún el paso. Cuando llegó, se sirvió un vaso de agua; la excitación que llevaba encima la llevó casi a atragantarse cuando bebía.

—Chiquilla, cuidado que te vas a ahogar. Cualquiera diría que vienes huyendo, como si hubieras visto un fantasma —dijo Manuela, quien había entrado por la puerta del jardín unos minutos antes con un cesto con acelgas que depositaba sobre la mesa de la cocina.

Marina bebía, intentando sosegar y pensando qué justificación buscaría para temprar a Manuela por el nerviosismo que traía, pues sabía que la cocinera no se quedaría tranquila hasta que lo que oyera la convenciera.

Los pasos que había oído Marina tras ella eran de Jacinta, quien también accedía a la cocina de una manera presurosa; Manuela miró a la zagala, volvió a mirar a Marina y clavó sus ojos en los de Jacinta; la expresión de su rostro se tornó en preocupación, interrogó a Jacinta con la mirada, temiendo de dónde podría proceder el nerviosismo de Marina; esta negó con la cabeza, pero la cocinera no quedó tranquila. Solo tenía que esperar a que apareciera doña Adelfa. Le preguntaría y saldría de dudas. Sacó las acelgas del cesto y se dispuso a limpiarlas, no quiso hacer más preguntas, cada una seguiría con sus quehaceres. Cuando llegara doña Adelfa, ya le preguntaría.

Fernando abrochó los botones de su chaleco y se colocó la chaqueta del traje, volvió a meter las manos en los bolsillos de los pantalones y bajó las escaleras para ir al encuentro de don Joaquín. Cuando llegó al salón, este estaba mirando por la ventana que daba a la calle principal; aunque la primavera ya había hecho su entrada, aún los ramajes de los arbustos, del seto y de los árboles no habían cubierto la vista y se podía comprobar el devenir de la gente. Era de las pocas mansiones de aquella acera que al otro lado, enfrente, tenía un pequeño parque que se extendía hasta el final de la subida de la calle, con altos pinos colocados en su tiempo aleatoriamente y jardines y pequeños caminos que lo circundaban por los que ancianos, niñeras o enamorados daban pequeños paseos o alargaban el tiempo sentados en cualquiera de los bancos de madera que allí había.

—¡Buenos días, Joaquín! —la voz de Fernando hizo que el abogado se volviera.

—¡Ah, Fernando! ¡Buenos días! ¿Sabes que tienes tu casa en un lugar privilegiado? Lástima que luego el verdor de tu jardín, cuando crezcan las planas, no te deje ver ese parque que tienes enfrente. La vista es sumamente entretenida.

—Como comprenderás, no tengo tiempo ni ganas de andar mirando por las ventanas.

—Ya, bueno...

—Dime, ¿qué querías?

—Te traía unos papeles para que los firmaras. Hay unos albaranes y los pagos de los obreros de la fábrica. Mañana, como muy tarde pasado, se

espera la llegada de dos de los barcos a puerto. Cuando estén aquí, prepararé también sus pagos.

—No hacía falta que vinieras para eso. —A Fernando le había molestado aquella visita de don Joaquín tan temprana—. Tenía pensado pasarme por la oficina a lo largo de la mañana.

—Ya, ya lo sé, Fernando, pero verás...

—¡Quieres acabar de una vez! No soporto los rodeos ni las medias tintas; si tienes algo más que decirme, dilo ya —su voz marcaba un ligero tono de enojo—. ¿Va a haber alguna huelga...? ¿Están descontentos los trabajadores...? ¿Hay problemas...? —El hombre negaba con la cabeza cada pregunta que Fernando le hacía—. Entonces, ¿qué leches es...?

—Verás, ¿recuerdas que hace tiempo te dije que estrenaban una ópera y mi mujer se empeñó en que nos acompañaras?

—¡Ah, era eso! —El gesto se tornó en su cara, arqueando levemente las cejas. Tanto la voz como el gesto de Fernando denotaban una sensación de incomodidad.

Don Joaquín infirió lo complicado que le iba a resultar convencer a Fernando. Sabía que era un hombre de fijas convicciones y que cuando daba un no por respuesta, difícilmente había forma de que cambiara de opinión. Apenas manifestaba sus emociones, pero el hombre percibió inmediatamente que Fernando deseaba finalizar aquella visita cuanto antes.

—Se representa el sábado de la próxima semana, mi mujer hace días que adquirió las entradas y, como te conté, tiene una para ti. Verás, la cuestión es que vienen esos amigos suyos que te comenté; me harías un favor a mí personalmente si accedieras a ir. Lidiar con ese asturiano agota a cualquiera, sobre todo cuando de lo único que habla es de su fábrica de sidra, así...

—Está bien, dile a tu mujer que iré y tú estate tranquilo, intentaremos llevar la noche como si de un difícil contrato se tratara.

—Vaya, esto sí que es un alivio. Bien, vete firmando, aún tengo que pasar por la oficina de los García y García.

Fernando se sentó frente al escritorio que había en la pared de la ventana, cogió la pluma y comenzó a firmar los papeles que don Joaquín le iba pasando. Era un hombre seguro de lo que firmaba, y revisaba de un vistazo cada albarán, factura o documento que se le entregaba. Cuando acabaron, don Joaquín recogió los papeles y los volvió a guardar en la carpeta de piel que traía, mientras Fernando se reincorporaba de la silla.

—Te acompaño a la salida. ¿Trajiste paraguas?

—No, como ves, no me quité ni el abrigo, lo único el sombrero, que se lo di a Marina cuando llegué. Ah, aquí está. —Lo cogió del perchero que había justo a la entrada—. Así no hace falta que llamemos a nadie. —Fernando abrió la puerta de la calle, sujetando esta con la mano esperando a que el hombre saliera—. Por cierto, Fernando, cuando Marina vino a avisarme de que ya bajabas, la encontré excitada. La muchacha venía acelerada y con la respiración entrecortada. ¿No habrá visto u oído...?

—No, hace tiempo que está en silencio. No tengo ni idea porqué estaba así. —Fernando recordó los momentos previos a que ella se fuera de la habitación. Sabía por qué Marina estaba así, o al menos lo intuía.

—¿No habrá...?

—No, no sabe nada. Y ahora, si me disculpas, aún tengo cosas que hacer.

—Sí claro, Fernando. Nos veremos más tarde.

El hombre se subió el cuello del abrigo, pues, aunque había dejado de llover, una ligera brisa azotaba el ambiente, destemplando los cuerpos en aquella mañana de primavera. Mientras Fernando cerraba la puerta principal, Marina y Jacinta salían con los cestos hacia el mercado de abastos. Recorrieron aquel mismo camino, lo mismo que siempre. Al fondo se veía la calle que los atravesaba y detrás el amplio paseo marítimo. El mar estaba tranquilo, sosegado; la suave brisa traía el olor a agua salada al que ya se había acostumbrado Marina.

—¿Has visto qué bonito está hoy el mar, Jacinta? Tiene un ligero azul grisáceo; parece el espejo del cielo.

Jacinta no respondía, ni siquiera con sus leves sonidos, se limitaba a sonreír. Bajaban la cuesta disfrutando de aquellos momentos como si fueran pequeños espacios en libertad. Marina hablaba y hablaba, y Jacinta escuchaba y sonreía; los días que ya no llovía, y el frío dejaba paso al suave sol de primavera, alargaban el paseo demorando el paso y dando la vuelta a la plaza, antes de hacer su entrada. Hicieron la compra como de costumbre; los barcos faenaban ya más tranquilos, por el tiempo, tras pasar el invierno, en la mar ya no había temporales y la pesca era más segura. Los puestos empezaban a estar repletos de pescado fresco, y el trasiego de criadas y señoras por las calles del mercado era más numeroso que de costumbre. Marina disfrutaba del bullicio, de las voces de los tenderos ofreciendo su producto como el único; las mujeres observaban la mercancía y comparaban los precios. Las

señoras intentaban arañar un real de donde fuera y, antes de que se fuera la clientela, los comerciantes cedían; sin embargo, las criadas que iban solas pagaban y listo, ya arañaban bastante sus señoras con su sueldo como para regatear ellas con aquellos hombres y mujeres que trabajaban duro todos los días desde que amanecía, y algunos incluso antes.

A Marina le gustaba ir al puesto del pan, disfrutaba con el olor de los bollos y de los panes aún calientes, solía cerrar los ojos unos segundos y aspiraba; en esos instantes se sentía en su casa, en la cocina, sentada en el tajo junto a la hornacha, oyendo la voz de su madre, su madre... Siempre llegaban cuando algún panadero acababa de dejar cestos con pan reciente.

La primavera había traído ya alguna que otra flor y varios de los puestos de flores, empezaban a colocarse a las salidas y entradas de las puertas de la plaza. Allí estaba Luis, en su mismo lugar de siempre, apenas tenía cuatro flores en sus cuatro cubos con agua, pero el muchacho hacía lo que podía, aparte de descargar camiones. Le brillaron los ojos cuando vio salir a Marina con Jacinta; le había prometido que cuando mejorara el buen tiempo una tarde ya saldría y esperaba como loco volverla a ver uno de aquellos días. Había ahorrado para conseguir dos entradas para una pequeña obra de teatro que solía representarse al inicio de la primavera coincidiendo con los estrenos de la ópera. Era una forma de que las clases menos pudientes pudieran disfrutar también de algún espectáculo.

—¡Marina! —El muchacho no pudo reprimir la emoción contenida cuando la vio salir.

—¡Hola, Luis! Buenos días. ¿Qué, has vendido hoy muchas flores?

—No muchas, solo un ramo. Tampoco tengo tantas, pero espero venderlas todas antes de que acabe la mañana.

—Está bien.

—Espera, no marches —le dijo Luis al ver que se alejaba; Marina se detuvo y le escuchó—, querría pedirte algo...

—Bien, dime.

—Tengo dos entradas para una obra del sábado. No ha sido fácil conseguirlas..., pero bueno, me gustaría que me acompañaras.

Jacinta sonrió con malicia y le dio un pequeño codazo a Marina.

—Vale, estupendo. ¿El sábado dices?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las ocho. Si quieres, te recojo.

—No, mejor quedamos allí.

—Vale, te espero en la puerta. Es en el Teatro Victoria Eugenia.

—Vale, Luis. Hasta el sábado entonces.

—Hasta el sábado.

El muchacho no cabía en sí de gozo, contemplaba a las dos muchachas que se alejaban risueñas con los cestos de la compra calle arriba. Pensaba en el sábado, en lo cerca que estaba y en lo largo que se le haría.

Fernando se ajustaba la pajarita frente al espejo de su habitación; había quedado con don Joaquín y su mujer y aquellos amigos de los que últimamente solo sabía hablar. En alguna ocasión le había llegado a insinuar que por qué no le decía a su mujer que no los soportaba y que prefería evitar su presencia, pero el hombre siempre había alegado que debían de tener una relación tan lejana de años que era preferible no tocar el tema, porque sería como ofender profundamente a su mujer y a la familia de esta, y que antes de entrar en tales enredos prefería torear el vendaval y hacer un hondo esfuerzo, así que aguantó pacientemente aquellas quejas motivo de la preocupación del momento de aquella noche; don Joaquín era un hombre mayor, que Fernando apreciaba profundamente. Mucha había sido la ayuda que había aportado a su familia, tanto cuando vivía su padre como ahora con él, muchas veces había demostrado ser más un amigo que un trabajador fiel, que esto sobradamente ya lo demostraba día a día. Se ajustó la pajarita, le pareció que ya la había dejado perfecta, después de tres intentos de hacer y deshacer, quitó las manos y decidió darlo por terminado. Se colocó la chaqueta del traje y una bufanda blanca encima y cogió el abrigo azul marino que colocó sobre su brazo izquierdo y que se pondría al salir por la puerta; antes tenía que dejarle claro a Adelfa que probablemente llegaría tarde. Bajó las escaleras y vio al ama de llaves, que estaba esperándole en el vestíbulo con su uniforme negro perfectamente planchado y el pelo recogido en aquel tirante moño.

—El coche está esperándole —le dijo.

—Muy bien. Probablemente llegaré tarde. Es una ópera de tres actos y a la salida del Real quizás vayamos a tomar algo. Recuerda lo de la puerta, no quiero tener problemas al llegar.

—Ya está arreglado lo de la cerradura. Me encargué personalmente de ello. Hace días vino un cerrajero y me aseguró que todo quedó perfecto, y debe de ser cierto porque no ha vuelto a dar ningún problema.

—Estupendo, espero que así sea.

—Además, tuve que darle una copia de la llave a Marina, también salía esta noche.

—¿Marina? —La curiosidad asomó al rostro de Fernando.

—Sí, me pidió como favor especial salir a ver una obra de teatrillo que deben representar. Alguien tenía una entrada para ella.

—Te estás ablandando, Adelfa. ¿Acaso vas dejando ya de lado esa rigidez o es que te estás haciendo vieja?

—La muchacha no ha vuelto a hacer preguntas pese a haber oído algún que otro grito, simplemente he pensado que le vendría bien distraerse. Trabaja muy bien y, como dice Manuela, no nos conviene contratar doncellas cada dos por tres.

—Está bien. Buenas noches, Adelfa.

—Buenas noches, señor.

Fernando se abrochaba el abrigo que se había colocado antes de salir por la puerta, no quiso hacer ninguna pregunta más. No quería dar a conocer su curiosidad, esperaba saciarla más tarde o en otro momento, había aprendido a controlar sus sentimientos, se dio cuenta de que le iba mejor así cuando creció y empezó a discrepar con su padre. A veces, las discusiones se hacían interminables y percibió que dominando sus emociones las resolvía antes. Dentro del coche que le llevaba a la ópera, pensaba en lo último que le había dicho don Joaquín: «Lo siento, Fernando, pero a última hora me he enterado de que debe venir una sobrina de ellos también. Solo espero que mi mujer no esté haciendo de casamentera. Te juro que no sabía nada de esto, Fernando, te lo juro y te pido disculpas. Si a última hora decides no ir, lo entendería». Simplemente se había limitado a sonreír ante la ocurrencia. No lo haría por ellos, lo hacía por aquel buen hombre. ¡Casamentera!.. Le había hecho gracia la expresión. «¡Casamentera...!», se repetía para su interior, pero pensó en Marina, en su salida nocturna de aquella noche, volvió a sentir curiosidad por quién sería su compañía. No sabía lo que era, pero una sensación rara le recorrió el cuerpo. Así se encontraba cuando el coche se detuvo enfrente del Teatro Real, un conserje le abrió la puerta del coche y Fernando se bajó. Sintió en su rostro una suave brisa marina; la noche, a pesar de ser al inicio de la primavera, era suave. Atisbó a don Joaquín, que no estaba solo, a la entrada del Real y se acercó hasta él.

—¿Qué hay? Buenas noches —saludó cuando llegó a su altura.

—Fernando, buenas noches —contestó don Joaquín—. Mira te presento a Agustín, el amigo de mi mujer de quien te hablé.

—Buenas noches—un hombre rollizo y corpulento con una ancha mano estrechó fuertemente la mano de Fernando, mientras que con la otra le daba fuertes manotazos en la espalda y en el hombro. Fernando pensó que don Joaquín no había exagerado un ápice cuando le había hablado de él.

—Entremos —formuló don Joaquín—, las mujeres decidieron esperar en el vestíbulo. Los vestidos que se ponen, aunque lleven sus estolas de piel, ya sabes que no son para esperar en la calle.

Cuando accedieron al vestíbulo, las damas les esperaban junto a las puertas de acceso al interior. Fernando comprobó que la mujer de Agustín se encontraba tan llena de carnes como la mujer de don Joaquín; por el contrario, una joven alta, rubia y delgada, unos metros más alejada de ellas, estaba de espaldas leyendo uno de los carteles que colgaban de las paredes y que hablaban tanto de los actores como de la ópera que se iba a representar esa noche.

—¡Oh, Fernando! Por fin llegaste. —La mujer de don Joaquín se acercó emocionada a este—. Ven, querida, te presentaré. Fernando, esta es mi gran amiga Dorotea, Fernando; Fernando, Dorotea; su familia y la mía son antiquísimas.

—Encantado, señora. —Fernando besó caballerosamente la mano de las mujeres, tuvo la sensación de tener ante sí a dos gallinas cluecas recién salidas del corral. La joven que contemplaba los carteles de la pared se volvió al oír la chirriante voz de Gertrudis, la mujer de don Joaquín.

—¡Oh, querida, acércate! —La joven restó los metros que le separaban del grupo, colocó sus ojos sobre el apuesto hombre que se suponía acababa de llegar y que indudablemente sería a quien estaban esperando—. Él es Fernando. Fernando, esta es Beatriz, la sobrina de mi querida amiga Dorotea. Es una muchacha encantadora y bellísima, como podrás comprobar.

Fernando besó la mano de la joven que acababa de acercarse al grupo.

—Señorita Beatriz. —La educación y cortesía en él era algo de lo que le gustaba presumir. Retuvo la profunda mirada de los ojos azules que aquella desconocida mujer mantenía sin apuro alguno.

—Gertrudis, me va a hacer usted sonrojar —manifestó tras una ligera inclinación de cabeza con la que correspondió al saludo de Fernando.

El timbre del teatro sonó en ese momento.

—Nos avisan ya de que debemos entrar —comunicó don Joaquín. El hombre, en su interior, solo deseaba que aquella noche finalizara cuanto antes.

La luz se apagó en el interior del teatro, y la música de la orquesta comenzó a sonar en el preciso instante en que se corría el telón del escenario.

—¿Le gusta a usted la ópera, Fernando? —le susurró Beatriz.

—Sí, claro; si no, no hubiera venido.

—Ya, pero no me dirá que algunas valen la pena más que otras. Esta concretamente tiene su matiz sarcástico.

—Someter a sus pretendientes a semejantes pruebas para al final ordenar su muerte.

—Bueno, ellos tienen que adivinar los tres acertijos.

—Schhh... —Se oyó la voz de alguien que mandaba callar.

De vez en cuando, Gertrudis tuvo que dar algún que otro codazo a su marido, ya que el hombre no pudo evitar dormirse en algunos de los momentos de la noche. Al finalizar, la gente se puso en pie aplaudiendo efusivamente a los actores de la representación.

—¿Usted lo haría? —le preguntó Beatriz a Fernando, mientras aplaudían también junto al colectivo del teatro.

—¿El qué? ¿Morir o matar por amor? —Fernando había descubierto las artes seductoras de aquella hermosa mujer. Retenía desafiante su mirada con una ligera sonrisa, despistando a Fernando sobre la franqueza de sus palabras y el juego de estas.

—No me ha contestado. ¿Siempre contesta a una pregunta con otra pregunta?

—Para empezar le diré que no me gustan las adivinanzas y para seguir le diré que primero habrá que conocer al amor y luego ya se sabrá lo que uno es capaz de hacer por él.

Beatriz sintió que estaba ante un hombre muy distinto a los que ella estaba acostumbrada; generalmente la rodeaban y la atosigaban con cumplidos, y a ella le gustaba jugar con ellos. Se divertía tratándolos como marionetas. Pero aquel hombre era diferente. Su porte, su elegancia, su seguridad en sí mismo, la perfección de su rostro y la mirada cautivadora de aquellos hermosos ojos negros... Por mucho que había retenido su mirada de forma desafiante durante toda la noche, no había conseguido llegar más allá. Había en él una coraza impenetrable difícil de romper. No había modo de llegar a su interior,

de desnudar su alma. Lástima que estuviera tan poco tiempo en aquella ciudad. Aquel hombre era un misterio que la seducía, la embriagaba y la desafiaba. Probablemente, cuando descubriera su secreto, se cansaría de él, igual que una niña mimada y consentida se cansa del juguete que consigue después de haberlo anhelado tanto. Era más el desafío, el juego de lo imposible, lo que le emocionaba.

El grupo se apostó a la puerta del teatro dilucidando dónde irían.

—Tenemos ahí enfrente el Hotel Real, tomaremos algo allí —exigió doña Gertrudis—. Joaquín, querido, di a los cocheros que nos esperen, que aún no nos retiramos. Verás, querida Dorotea —manifestó mientras la agarraba del brazo y la dirigía para cruzar la calle—, tiene un comedor exquisito y unos salones maravillosos.

Beatriz aprovechó la ocasión para afianzarse a la compañía de Fernando; este, que antepone la caballerosidad y la educación en cualquier momento, la esperó galantemente. El resto del grupo se había adelantado. Los primeros instantes fueron silenciosos, Beatriz se dio cuenta de que su tío no tardaría mucho en buscar la ocasión para hablar de negocios y obligarle a compartir el resto del tiempo con las mujeres, pensó que tenía que aprovechar aquel momento y los que podrían venir después. Entraron en el vestíbulo, y Gertrudis, acompañada por Dorotea encabezando el grupo, se encargó de llevarlos al restaurante del hotel. Un camarero se acercó amablemente.

—Una mesa para seis por favor —solicitó mientras se retiraba la estola de piel de los hombros.

—¿Tienen reserva? —les preguntó.

—No, pero puede llamar a don Francisco si ve que no tienen ninguna, dígame que don Joaquín Matallán y señora con unos familiares desean una mesa.

El camarero, entendiendo lo que aquella dama le quiso insinuar, decidió buscar una mesa y así el evitar ningún problema. Estaba acostumbrado a encontrarse situaciones similares y había aprendido a resolverlas. Volvió al cabo de unos segundos.

—Hay una mesa junto a la ventana con una vista al paseo y al mar; si desean acompañarme... es por aquí. Por favor.

Mientras el grupo se dirigía hacia donde el camarero les indicaba, Gertrudis aprovechó la ocasión para presumir ante su amiga del poder de sus influencias.

—¿Lo ves, querida? No ha habido ningún problema.

—Has tenido una mano excelente, querida —le contestó esta.

—Yo, no es por nada, pero después de tantas horas desde que salimos, mi estómago ya rezongaba —dijo don Agustín mientras se sentaban a la mesa.

—¿Qué me aconseja, Fernando? —preguntó Beatriz.

—Cualquier pescado estará bien, son frescos y el cocinero sabe prepararlos muy bien.

—¡Cómo se nota que miras por lo tuyo, eh! —Fernando notó un leve golpe en su espalda, de la mano de don Agustín. Este, aparte del manotazo, había acompañado el comentario de una leve risa.

—¡Oh, sí!—exclamó doña Gertrudis—, la cocina es excelente, ¿verdad, querido?

—Sí, querida. —Don Joaquín se había percatado del exceso de confianza del asturiano y se había sentido incómodo ante la situación; pensó que más tarde le pediría disculpas a Fernando.

—¿Qué les ha parecido la ópera? —preguntó Beatriz—. ¿Le ha gustado, tía?

—Me ha parecido estupenda, mi niña, aunque te recuerdo que ya la había visto en otra ocasión —contestó.

—Ha sido maravillosa —dijo doña Gertrudis—. De todos modos, siempre que triunfa el amor es maravilloso, aunque someter a un pretendiente a tales pruebas y luego matarlo me parece macabro.

—Tienes razón, querida —correspondió Dorotea—; encima, adivinar esos acertijos tan complicados...

—No me dirán que el momento de *Nessum Dorma* no es bello —dijo Beatriz—. ¿Qué opina usted, Fernando?

—Oh, sí, es cierto, tienes razón... ese momento... —los comentarios de Gertrudis y Dorotea no se hicieron esperar—. A mí se me pone la piel de gallina... Eso, ¿qué opinas tú, Fernando?

—Fernando qué va a opinar —comentó don Agustín—, lo mismo que yo, que vista una ópera, vistas todas. Ya está aquí la comida, comamos que mi estómago no admite más demora. Vamos, amigo Joaquín, demos cuenta de este estupendo pescado que huele tan bien.

—Sí, comamos —contestó este con voz algo apagada.

La cena discurrió entre los comentarios de doña Gertrudis y su amiga Dorotea la mayor parte del tiempo. Don Joaquín intentaba que don Agustín

no atosigara mucho a Fernando, aunque teniendo este la boca llena, no había problema. Beatriz dejaba caer la mirada sobre Fernando, él sonreía ante el juego ya descubierto y dejó que el diálogo de la cena transcurriera entre la educación y la cortesía. Cuando acabaron de cenar, dieron orden de que les sirvieran té, cafés y licores en el salón principal, eligiendo, eso sí, una buena mesa junto a las amplias cristaleras que daban al paseo. Don Agustín recalcó que fueran dos, pues alegó que los hombres hablarían de negocios, aunque esto fuera o no fuera así, y las mujeres de sus cosas. Beatriz se dio cuenta enseguida de que el momento de usar sus artes para conquistar a Fernando había finalizado; por el contrario, doña Gertrudis, intentando hacer de casamentera, comentó que mejor sería dejar a los jóvenes en su propia compañía, pero don Agustín zafó tales planes rápidamente:

—¡Señoras! —les dijo—. Déjenos que hablemos de negocios.

—Será lo mejor, querida —le hizo entender Dorotea—. Cuando mi marido se pone con los negocios, se le olvida el resto del mundo. Ven, mi niña, siéntate con nosotras.

Fernando, en su interior, aunque le cansaba el trato vulgar y tosco de don Agustín, se alegró de escapar de aquella situación en la que ya empezaba a sentirse incómodo. No tendría ya ante él la presencia de Beatriz, ni tendría que soportar su pedante coquetería, más aún después de que doña Gertrudis se encargara de coger una mesa y unos sillones bastante alejados de la suya; el humo de los habanos era para las señoras algo difícil de soportar. Se sentaron cómodamente dando buena cuenta del placer que les producía degustar el sabor de un gran coñac junto a uno de aquellos puros. Aunque Fernando no fumaba, disfrutó aspirando el aroma del licor y saboreando su néctar.

—Fernando, querría meter algunas partidas de mi sidra por estas tierras. Quizá usted podría decirme de algunos buenos almacenistas que puedan darle salida. Es un licor que se bebe muy bien y está muy bien de precio.

—La empresa de Fernando es de pescado y conservas —aclaró don Joaquín—, poco que ver con la sidra.

—Tranquilo, Joaquín —le cortó Fernando—; no se preocupe, don Agustín, ya sabe que en el mundo de los negocios nos conocemos todos, tengo algunos conocidos con los que puedo hablar sin ningún problema; mañana mismamente nos pondremos con ello. Agustín me ayudará en ello y le comunicaremos sin demora lo que apalabremos. ¿Verdad, Agustín?

El hombre asintió frunciendo el entrecejo, lamentando haber metido a Fernando en aquellos compromisos vanos para él. La conversación siguió por los típicos derroteros de las ventas y el mercado de los productos, a veces se convertía más en un monólogo en el cual don Agustín se vanagloriaba de su producto, de su empresa y del campo tan amplio de esta. Fernando asentía y correspondía en cifras y ventas, don Agustín se limitaba a los temas legales; así, entre copa y copa y habano y habano, iba transcurriendo la noche. La ventaja de estar junto a los grandes ventanales llevaba a Fernando a mirar en más de una ocasión tras los cristales, contemplando el vacío paseo deambulando espaciosamente por algún transeúnte o alguna pareja de novios.

Luis, con las manos en los bolsillos de su remendado pantalón, paseaba acera arriba, acera abajo de la puerta del pequeño teatro esperando a Marina. La joven bajaba por la calle enfundada en un viejo abrigo gris que había comprado con sus ahorrillos en una tienda de segunda mano a la que la había llevado Manuela una tarde de invierno. Traía el pelo suelto y, a pesar de la calidez de la noche, una bufanda sencilla alrededor de su cuello; el muchacho no pudo evitar sentir un hormigueo en el estómago cuando la vio acercarse hacia él.

—Buenas noches, Luis. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No, aún queda un poco para que empiece la función. Estás muy bonita, Marina. —El joven no pudo evitar un leve temblor en sus palabras al pronunciar estas últimas.

—Gracias.

Marina no era tonta, tiempo hacía que se había percatado del interés de Luis por ella, era un muchacho atractivo y cualquier moza se hubiera sentido alagada al verse pretendida por él, pero para Marina simplemente era un amigo, le había resultado simpático desde el primer momento en que le habló. Diego, en el pueblo, había sido el único muchacho que le había llegado al corazón; con él había descubierto un sentimiento hermoso y puro que le hacía sentir bien y a gusto, sentir el hormigueo de la sangre y el corazón acelerarse... salvo Fernando... Sin saber por qué, de pronto apareció él. Lo apartó de su mente inmediatamente, no quería que estuviera allí aquella noche, ese rato iba a disfrutarlo con Luis, como dos buenos amigos; deseaba evadirse de cualquier pensamiento de aquella casa, necesitaba algo diferente y pensaba disfrutarlo.

—¿Qué vamos a ver? —le preguntó.

—Ah, es una pequeña obra que se titula... —Luis miró las entradas que tenía y leyó el título de la obra; Marina no pudo evitar echarse a reír— *La señorita de Trevélez*. —Luis se le quedó mirando—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Has tenido que mirar las entradas. Ni siquiera sabías lo que veníamos a ver.

Luis se descubrió a sí mismo en una situación incómoda de la que no sabía salir. El deseo del muchacho por estar con Marina era tan grande que ni siquiera se había preocupado por lo que iban a ver. Le había sacado las entradas su hermana, ella le había asesorado para llevarla a ver uno de los teatrillos que por aquellos días se iban a representar en la ciudad a la par que las funciones de la ópera. Él se había limitado a ahorrar aquellos reales con la ilusión puesta en ese día, había cogido las entradas cuando su hermana se las entregó y sin ni siquiera mirarlas las había guardado como oro en paño hasta aquella tarde.

—Bueno, me las han conseguido y...

Marina, percatándose de la situación tan incómoda que Luis estaba sobrellevando, sonrió mientras le decía:

—Tampoco te preocupes. ¿Entramos?

Luis asintió, y los dos jóvenes penetraron en el interior del pequeño teatro: era un escenario al final de un pasillo que atravesaba el local, dejando a un lado y otro un cúmulo de butacas ligeramente mullidas. Se sentaron hacia la mitad, Marina comprobó la sencillez de la gente que iba accediendo al recinto: familias, grupos de amigos y alguna pareja de enamorados.

—La gente que tiene posibles suele ir a la ópera —le dijo Luis.

—Bueno, un teatro tan poco está mal.

—Ya, pero los señores suelen ir al Teatro Principal, es más grande, con más clase y más lujoso. Allí suelen ir compañías de artistas importantes; aquí vienen compañías más pequeñas, algunas incluso suelen ir por los pueblos.

Marina retrocedió a cuando era niña y recordó a aquella familia de títeres que llegó hace ya algunos años a su pueblo y cómo su padre la bajó a la plaza aquella noche para que viera la función. Volvió a mirar el local. Estaba cómoda, solo deseaba que empezara ya a subirse el telón. Miró a Luis y le dijo:

—Aquí se está muy bien. Creo que me va a gustar.

Siguieron hablando, contemplando a la gente que seguía accediendo e iba

llenando los asientos. Las luces se apagaron y comenzó el primer acto. Las risas de las gentes se fueron sucediendo a lo largo de la obra. Marina disfrutaba, y Luis disfrutaba viéndola disfrutar, la miraba, la veía reír y reía con ella, con los dichos que Arniches había plasmado en cada uno de los personajes de su obra. Cuando el telón se cerró, dando lugar al final del tercer acto, la gente aplaudió y vitoreó; silbidos y bravos se oyeron en la sala, Marina y Luis se pusieron en pie, aplaudiendo contagiados por el ambiente del teatro, aquellos instantes durante apenas unos minutos, en los cuales los actores agradecían al público, inclinándose y reverenciándose, aquellos interminables y agradecidos aplausos.

Salieron del teatro comentando la obra y riéndose, caminaron sin darse cuenta de lo que andaban ni a dónde iban. Pasearon sin rumbo, sin dejar de hablar, riendo y sintiéndose a gusto el uno con el otro. Marina había conseguido pasar unas horas distraída de la rutina diaria, de aquellos gritos esporádicos y fantasmales que llegaban a asustarla. Había pensado en irse de allí en varias ocasiones, pero el dinero que le pagaban por ello era bien generoso; además, no sabía por qué, pero había algo que la retenía.

Escuchaba a Luis, a aquel muchacho sencillo y humilde que conocía prácticamente desde que llegó y que en tantas ocasiones había insistido en dar algún paseo con ella. Ahora estaban allí, juntos, compartiendo un rato agradable y disfrutando del paseo en la calidez de la noche. Llegaron hasta el paseo marítimo, ni siquiera se habían dado cuenta de todo lo que habían andado. El mar estaba tranquilo y la noche sin nubes dejaba que la luna, cual amante nocturna, extendiera su reflejo sobre el agua, dejando una fina estela que rectaba al movimiento acompasado y tranquilo de las aguas. Se acercaron al borde que separaba la acera de la fina arena que llevaba hasta el agua. La claridad iluminaba la arena hasta el mar. Los ojos verdes de Marina brillaron como luces estrelladas al contemplar tan hermoso paisaje. Luis se le quedó mirando; su largo pelo ondulado, suelto sobre sus hombros y su espalda, dibujaba destellos que la luz de la luna llena de aquella noche depositaba sobre ella como queriendo mostrar la belleza de una ninfa del fondo del mar, pero, a la vez, protegiéndola como si fuera algo sagrado difícil de alcanzar.

Luis hubiera deseado que el mundo se parara en aquel instante, era como el más bello cuento nacido del recóndito mundo de los sueños. Quiso decirle algo, pero no pudo sacar de sus labios las palabras que tan hondamente

llevaba guardadas para, en el momento ideal, decírselas. No pudo. Era como si en su garganta todo se hubiera evadido. No salió nada.

—¡Es hermoso! ¿Verdad? —Marina seguía con la mirada fija en el mar—. Nunca había visto nada igual. Verás, la primera vez que lo vi fue una mañana de las que íbamos al mercado, al principio de venir. Le rogué a Jacinta que me acompañara. No llegamos hasta aquí. Nos quedamos al otro lado de la calzada. El mar golpeaba con fuerza. Ahora, tan tranquilo, es como si durmiera, y la luna fuera la nana que le meciera.

Se volvió hacia Luis y se le quedó mirando; el muchacho no quitaba sus ojos de ella desde hacía rato. Se sentía mecer dulcemente en un sueño del que no quería despertar.

Una mujer con su carro de barquillos pasó cerca de ellos, retirándose ya debido a lo tarde de la hora. Luis reaccionó:

—Marina, ¿tienes hambre? No hemos cenado nada. Espere —le espetó a la mujer. Esta se detuvo—. Denos dos barquillos —le dijo.

—Ya me iba para mi casa, mozo, pero no he tenido buena tarde —la mujer les entregó los dos barquillos—. ¿No quieren nada más? También tengo almendras garrapiñadas.

Luis miró a Marina. Esta no parecía querer nada más.

—Así está bien, gracias; ¿qué le debo?

—Dos perras chicas.

Mientras la mujer se alejaba con el carro, Marina y Luis mordisqueaban los barquillos.

—¡Uf! La verdad es que tenía algo de hambre.

—Ya sé que no es mucho, pero por aquí no hay demasiados sitios donde se pueda ir a cenar. Allí cerca está el Hotel Real, pero... —Marina se dio cuenta de que no podían permitirse ciertos privilegios, eran humildes, y con la salida al teatrillo ya era más que suficiente; por ello, intentó evitar que el muchacho pasara un mal trago.

—No te preocupes, Luis, esto está bien. Está muy bueno.

—¿Te gusta?

—Sí, no lo había comido nunca. Vaya... —Marina mordía el barquillo intentando evitar, sin conseguirlo, que algunos trozos acabaran en el suelo. Los dos rieron—. Está bueno.

Caminaron por el paseo, cruzándose con algún transeúnte y alguna pareja de enamorados que apuraban los minutos antes de retirarse. Se pararon junto

a las escaleras que ascendían al mirador, desde donde se contemplaba el otro lado de la playa hacia los acantilados. Desde el otro lado de la calle, unos ojos se quedaron fijos en la pareja. Tras los cristales de los grandes ventanales del Hotel Real, Fernando, que de vez en cuando, en aquella espesa conversación, se evadía mirando tras ellos, detuvo su mirada en Marina y en su acompañante. Una sensación de ahogo apareció en su garganta, y la rabia recorrió su cuerpo como si alguien se llevara o poseyera algo que para él era suyo. Nunca se había sentido igual. Por primera vez en su vida, tenía celos. Los dos jóvenes subieron las escaleras hasta el mirador. Fernando, que había visto que se alejaban, se levantó y se despidió:

—Lo siento, pero mañana es un día de trabajo importante.

—Claro, Fernando, claro —le dijo don Agustín.

—Despídanme de las señoras.

Fernando, sin dar apenas opción a más, cogió su abrigo y salió.

—Vaya, le han entrado unas prisas muy repentinas.

Don Joaquín no comentó nada. Si por él hubiera sido, también habría salido de allí corriendo.

Apenas llevaban unos segundos en el mirador cuando Marina le dijo a Luis:

—Es muy tarde, Luis. Apenas hay gente por la calle. Lo he pasado muy bien. Gracias. Pero ahora ya debo irme.

—Te acompaño.

Cruzaron la travesía y ascendieron por la amplia avenida de casonas y caserones hasta llegar a la de Marina, casi al final de la vía.

Marina entró en la casa sin percatarse de la silueta de Fernando, que, en la sala, al pie de la chimenea y con la única luz que daba esta, sostenía intranquilo una copa de coñac entre sus manos. La vio atravesar el vestíbulo con dirección a su habitación. Al llegar al pasillo que daba a las diferentes estancias, incluido su cuarto, se detuvo y se volvió.

—Buenas noches, señor. —Las llamas de los leños reflejaban la figura de Fernando con una mano en el bolsillo de su pantalón y en la otra la copa; miraba a Marina, que se había detenido. No hacía mucho que había llegado, pero aquellos minutos se le habían hecho eternos. Ahora, ya estaba allí.

—Buenas noches —le contestó.

Marina se alejó en el silencio de la casa procurando que las pisadas de sus botas sobre la madera del suelo fueran lo más silenciosas posibles. Entró en su habitación. Se había quitado el abrigo y el vestido cuando oyó unos golpes

en la puerta de su habitación. No tenía que preguntar quién era. Para qué si ya se lo imaginaba. Todo el mundo estaba acostado menos Fernando, y ella sabía que era él. Había visto sus ojos mirándola cuando hacía apenas unos minutos le había dado las buenas noches. Qué más daba si no abría. La puerta no estaba trancada, jamás lo hacía y podía perfectamente entrar él. Además, algo la empujaba, quería evitarlo, pero no podía. Era como si una cuerda de muñeca tirara de ella hacia él. Volvieron a llamar. Dos suaves golpes sobre la puerta sonaron de nuevo.

—Marina, soy yo. Ábreme, por favor.

Podría decirle que estaba abierta. Que no necesitaba abrirle. Que entrara sin más. Pero no lo hizo. Cogió la toquilla que tenía al pie de su cama y se cubrió levemente con ella sobre el escote de las enaguas. Abrió la puerta con una mano mientras que con la otra sostenía la toquilla debajo de su cuello. Allí estaba Fernando, apoyando su mano en el quicio de la puerta, levantó los ojos hacia ella y sintió acelerar su corazón como un tren sin maquinista ni control.

—Marina... —Abrió la puerta y ella dio un paso atrás. Cerró la misma tras de sí, sin apartar los ojos de ella—. Marina —susurró en una voz dulce y suave.

Se acercó a ella y quitó de su mano la toquilla que aún sostenía bajo su cuello cubriéndole el cuerpo. Le acarició los labios con sus manos. Los ojos de Marina estaban fijos en los de él. Su pecho dibujaba el latido acelerado de su corazón, sintió la piel de sus manos sobre su cara, fina, suave, pasar delicada igual que su mirada. Él pasaba los dedos sobre su boca y dejó que la suya se posara en la de ella. Se unieron en un beso amplio y profundo, juntaron sus cuerpos lo mismo que sus almas parecía que se hubieran juntado hacía ya mucho tiempo. Fernando desnudó los hombros de Marina retirando los tirantes de las enaguas, dejando que estas se cayeran al suelo. Marina le dejó hacer, no sabía por qué, pero el olor embriagador de la piel de Fernando la envolvía cual tela de araña. Dejó que sus manos recorrieran su cuerpo, acariciando sus senos, y los besara con tanto amor y cuidado, contempló su desnudez y la belleza de su torso. Su corazón latía acelerado y embriagado por el éxtasis del momento y por cada una de las caricias con las que Fernando recorría todo su cuerpo. Sintió su mano en su ser. Retorcía su cuerpo de placer en la oscuridad de la noche. No había cerrado las contraventanas de su habitación, y la luna se colaba iluminando la escena de amor y deseo que ambos estaban viviendo. Al otro lado del cristal, la fuente

de piedra era testigo de aquel momento. No pensó en el mañana, ni en el ayer, solo vivía, vivía y sentía como nunca había sentido. Cuando él entró en su yo más íntimo, Marina dejó que su cuerpo se perdiera en aquel tobogán de éxtasis, acarició la espalda desnuda de Fernando que, oscilante sobre su cuerpo, la llevaba a sensaciones inimaginables. No sabía por qué, pero dentro de ella tuvo la sensación de que sus almas habían vagado perdidas hasta encontrarse. La primera vez que se miraron algo se cruzó entre ellos. Entonces no lo supo. Ahora, unida a él, lo había descubierto. Cuando Fernando dejó su cuerpo inerte sobre el suyo, retiró un pequeño mechón de pelo que se dejaba caer sobre el rostro de Marina. Los ojos verdes de ella, iluminados por el reflejo de la luna, brillaban cual esmeraldas. Se sintió feliz. La miró y sonrió.

—Te quiero —las palabras de Fernando traspasaron la piel de Marina hasta su interior.

CAPÍTULO XIV

El bochornoso calor de aquel día, de los últimos de ese mes de junio, llegaba a agobiar a los habitantes del pequeño pueblo. Los labriegos aguantaban la jornada con un buen trago de agua fresca y limpiándose el sudor con el pañuelo mojado en el arroyo o en el río. Se limpiaban las malas hierbas de los cultivos de los campos y se trasegaba aguantando el sol que tan imprevistamente había llegado asestando sus rayos sin piedad ni medida. No muchos días atrás habían celebrado la festividad del patrón bajo un intermitente aguacero que apenas les había dejado más que acudir a la liturgia de la iglesia, impidiéndoles pasear al santo por los campos labrados y que don Nicolás se luciera bendiciendo los huertos y los campos en el nombre del patrón. Un cielo gris ennegrecido había dado paso a una tormenta que únicamente había cesado el rato que habían estado en el interior de la parroquia, volviendo a descargar sin tregua a la finalización de la homilía. Así habían pasado el día, metidos en sus casas, viendo llover tras los cristales, al pie de las trébedes, sentados junto a los leños de las hornachas calentándose del refresco del día que de forma tan intempestiva había amanecido. Dejaban pasar la tarde algunos en conversaciones vanas y otros en los quehaceres de los días venideros. Si algún rato la lluvia amainaba, colocaban en sus pies las madreñas y presurosos cambiaban de parroquia, la suya por la del vecino, matando así las horas de la tarde entre un vaso de vino, queso, pan y chorizo. Las comadres, qué menos, pronto aprovechaban el espacio entre aguacero y aguacero para chismorrear con la vecina y alguna añadida seguro de lo que aconteciera en el pueblo por aquellos días sin conciencia de aumentar lo que fuera y de contar lo que no fuera.

El día había estropeado la fiesta que habían organizado en la plaza del pueblo. Así que esperaban como agua en mayo, y nunca mejor dicho, que San Juan les diera un respiro y las *meigas* hicieran su aquelarre para que ese día la fiesta tuviera su brío.

Don Julio llevaba rato sentado en la piedra que el tío Matías tenía junto a la pared de su casa, era un buen banco, sobre ella se habían sentado miles de veces los días que el tiempo había acompañado a ello. Aquella calurosa mañana, el botijo con el agua bien fresca aliviaba la garganta resacosa del

hablar o del calor, bien arrimado a la pared junto a la piedra que hacía las veces de banco de asiento. La sombra daba por aquel lado y se estaba bien allí. A la tarde, la solana apretaría en el mismo sitio y la piedra quedaría vacía absorbiendo el calor que el sol depositara sobre ella para que a la caída de la tarde, bien antes o después de la cena, volviera a ser testigo mudo de quien sobre ella se sentara.

Apenas había tenido faena aquella mañana en su consulta. Quizás el campo absorbía los pensamientos de las gentes y no les daba espacio a enfermar. Los niños apuraban los últimos días del colegio con el ansia puesta en los juegos del verano y en los baños en el río, aunque más de uno, sobre todo los que apuntaban ya a ser un poco mayores, tuviera que ayudar a sus padres en la siega y en las faenas. Los pequeños se divertían montándose en los trillos mientras las vacas tiraban de ellos; y los mayores, a los que igual les daba ser quejosos que no, baldaban la hierba deseando en ese momento no haber crecido y seguir siendo pequeños.

El médico había parado al ver al tío Matías sentado a la puerta de su casa, había agradecido el trago de agua fresca que le ofreció cuando le tendió el botijo y se había sentado con él. Eran muchos años los que le conocía, y tantos o más los que le agradecía el haber sido el oído mudo que había escuchado sus penas. Pronto se dio cuenta de la discreción de aquel viejo, de su saber y de sus conocimientos. Le había ayudado más veces de lo que él creía y había tapado más de una lengua viperina cuando hablaban a sus espaldas de su desdicha. Así empezó todo. Yendo un día a su casa a darle las gracias por haber callado un corrillo que malmetía en chismes, sin saber. Su ama había llegado a la casa contándole el hecho, y a él le faltó tiempo para ir a agradecerse. El tío Matías jamás le había hecho preguntas, simplemente se había limitado a escucharle, y con el paso de los años había procurado que la pena no ahogara a aquel galeno, de corazón tan noble como grande, que a veces deambulaba como alma en pena. Bien supo él que aquella mujer tan estirada poco pararía en el pueblo, lástima que el corazón nublara tantas veces a la razón; si no fuera así, aquel buen hombre no habría sufrido ni la mitad de lo que sufrió. Intentó ayudarle a que las heridas cicatrizaran más pronto que tarde y casi lo consiguió. Aquella mañana, el médico había llegado con su maletín en una mano y con la otra metida, a pesar del calor del día, en el bolsillo de la chaqueta, agarrando fuertemente algo con el mismo temor de un niño que agarra algo preciado porque teme que lo pierda. Tanto

había apretado el sobre, que la carta ya estaba bastante arrugada. El cartero del pueblo se la llevó a la consulta en el reparto de la mañana —apenas dos abuelas quedaban, que despachó bien enseguida— y abrió el sobre con ansia y miedo a la vez al ver el remitente que traía. Había dejado fluir las lágrimas de rabia y pena cuando acabó de leerla sin darse cuenta de que la apretaba fuertemente con la mano que la asía llegando a arrugarla. Mejor así, porque si no las lágrimas habrían borrado la tinta. Se limpió la cara y estiró la carta volviéndola a doblar y metiéndola en el sobre. Cerró su consulta y giró por la calle donde sus pies, sin ninguna orden, ya sabían dónde iban. Tiempo le faltó al tío Matías para leer en aquella cara la angustia y la pena que el médico traía. Le ofreció el botijo, que agarró con ambas manos habiendo soltado antes el maletín en el suelo, dejando que el agua se deslizara de la boca a la garganta refrescando su interior, pero sin ahogar su pena. Dejó el botijo en el suelo y se sentó en aquella piedra junto a aquel viejo, su amigo, su confidente. El tío Matías, a quien los años y la vida le habían enseñado tanto, dejó que el silencio fuera su compañero aquellos momentos, no se debía atosigar a nadie que con la pena escrita en la cara se acercara a uno buscando el consuelo de un hombro sobre el que descargar por unos instantes aquel peso que aplanaba el pecho, que ahogaba como si faltara el aire.

Don Julio había sentido que la saliva volvía a su boca tras el largo trago de agua; su garganta humedecida podría dejar ya que las palabras salieran fluidas, transmitidas por aquellos pensamientos llenos de angustia.

—Se casa, tío Matías —le dijo—, mi hijo se casa.

El médico metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo el arrugado sobre. Se quedó contemplando fijamente la carta que sostenía con ambas manos. El tío Matías lo miró y decidió seguir callado, sabía que el buen hombre necesitaba tiempo para echar fuera el dolor tan inmenso que en ese momento sentía.

—Me acaba de llegar su carta. Fermín, el cartero, me la ha llevado al consultorio... —el médico tragó saliva y siguió sin apartar la vista de ella mientras sus manos la sostenían con delicadeza—. Tenía solo dos mujeres que despaché en cuanto pude. La he abierto... la leí... me dice que se casa, en dos meses... que le gustaría tenerme ese día junto a él..., pero que su madre se lo ha dejado bien claro. «No puede venir y punto», dice que le dijo. —El médico volvió a tragar saliva y levantó la vista del suelo, de sus ojos dos lágrimas emergieron, y el tío Matías pensó que era un hombre, humano como

cualquier otro, y que las penas del alma por mucho que se quieran esconder, tarde o temprano, salen en forma de lágrimas por muy grande que se crea cualquier hombre. Intentó decirle algo, pero don Julio volvió a hablar—: Mi hijo se casa y ella vuelve a robarme ese momento. Me robó su infancia, su primera comunión y ahora no me deja estar... Maldita sea, Matías, maldita sea esta cobardía que no me dejó nunca hacerle frente y mi hijo... mi hijo es lo único que ha heredado de mí... ¡Esta maldita cobardía! —Había pronunciado estas últimas palabras arrugando la carta entre sus manos, estrujándola en su puño.

—No diga eso, don Julio. ¿Aún no se acuerda cuando vino a verle? ¿Cuánto hace de eso? ¿Ocho años? El chaval tuvo el valor de hacerlo.

—Sí, pero le mintió a su madre.

—Al principio. Después tuvo que decirle la verdad y eso no lo hace ningún cobarde. A su madre se ha enfrentado para seguir teniendo contacto con usted. Luego, más de una vez, volvió a verle y eso, ella, no se lo podrá robar nunca. Lo que ocurre ahora es... —el médico le interrumpió.

—Que se casa, Matías, y que prefiere que no vaya. Dice que vendrán a visitarme cuando ya estén casados y le diga a su futura mujer la verdad. Ella aún no sabe nada. Debe de ser hija de un catedrático de universidad... ¡Qué más da!

Se volvió a hacer el silencio. Por la calle no transitaba nadie aquella calurosa mañana de junio. Mejor así. Difícil sería de explicar a quien pasara por qué la cara de su médico estaba llena de lágrimas; había que idear alguna mentira muy rápida y aquellos dos hombres no eran duchos en tales hazañas.

Cierto era que habían pasado ocho años ya desde aquella primera visita, aquel muchacho joven siempre había creído que aquella era su verdadera familia. Nunca lo había dudado, siempre había pensado que aquel ingeniero ferroviario al que tanto le gustaba hablar de trenes no era su verdadero padre. Él había jugado con ellos como cualquier niño juega con un juguete nuevo, pero cuando fue creciendo, y muy a pesar de su madre, el muchacho empezó a sentir un profundo interés por la medicina. Quería ser médico a toda costa y no entendía por qué su madre se llevó tal disgusto cuando se lo dijo; lo entendió tiempo después. Jamás había necesitado hacer nada pues siempre había permanecido en el mismo colegio, pero aquel día tenía que hacerse la matrícula en la universidad y él ya era lo suficientemente hombre para gestionar tales papeles él solito. Su madre no estaba en casa y fue así como lo

descubrió todo; si hubiera estado, quizás no lo hubiera sabido nunca, pero hay cosas que no se pueden ocultar por siempre y esa era una de ellas. Rebuscó entre los cajones de la habitación de su madre y allí encontró su partida de nacimiento, su madre la había solicitado con tiempo con el fin de poder llegar a manipular los datos, pero aquello no era tan sencillo. También encontró las cartas, aquellas cartas que le había escrito su verdadero padre durante todos aquellos años, sobre todo por sus cumpleaños. Cuando llegó su madre, se lo encontró allí, lleno de papeles, la miró con los ojos llenos de odio y lágrimas, la increpó y la acusó de haberle robado algo que solo era suyo. Ella intentó justificarse, detenerle, pero él no la dejó, se fue de aquella habitación diciéndole que iba a conocer a su verdadero padre y que no se interpusiera en su camino pues lo lamentaría de por vida. Aquella mujer empezó a sentir en ese momento lo que el médico había estado sintiendo durante aquellos años.

Le llegó aquella primera carta sin remite ese día de finales de verano. El pequeño pueblo apenas tenía una cantina y lo citaba en el cafetín del pueblo de al lado. Aquella carta era escueta, pero en sus pocas palabras le pedía perdón por lo que su madre le había arrebatado y que él desconocía. Quería conocerle y le citaba en aquel lugar por la tarde. Le rogaba que acudiera. Se lo pedía por favor. El médico estuvo tan nervioso los días previos al primer encuentro con su hijo que todo el pueblo se percató de que a don Julio algo le ocurría. Ni siquiera su ama lo sabía, a ella no se lo dijo, solo a su gran amigo, el tío Matías, era el único que sabía la causa del estado de nervios del médico del pueblo.

Acudió a la cita pulcro y bien vestido. Se compró para la ocasión un traje nuevo y se afeitó aquella barba desaliñada que llevaba desde hacía tantos años. Cuando lo hizo y se miró en el espejo, descubrió el rostro de un joven médico que había llegado a aquel pueblo hacía más de dieciocho años; fue como si de repente, ante el espejo, volviera el pasado. Tuvo que decírselo a Josefa, dos días antes cuando encargó el traje; la mujer al principio renegó pensando que no sería buena idea, después cuando se tranquilizó le dijo que mejor, que al toro había que agarrarlo por los cuernos y romper con los fantasmas, que el muchacho no era su madre y que si había venido únicamente a conocerlo, por algo sería.

Entró en el cafetín con los nervios deshaciéndole por dentro. No sabía a quién dirigirse pues toda aquella gente era desconocida para él; además, había

de diferentes edades y, aunque él era un muchacho joven, bien podría ser cualquiera de los cuatro o cinco que había por allí. Pidió un café y se sentó en una de las mesas del fondo al otro lado de la barra, pensó que le encontraría más fácilmente su hijo a él que no al revés; qué iba a hacer, ¿acercarse a cada joven solitario de los que por allí pululaban preguntándoles si sería él? No, mejor sería que le buscara sentado en aquella mesa, como lobo solitario sería fácil de descubrir; además, llevaba tantos años por aquellas tierras que si el muchacho preguntaba por don Julio, el médico, fácilmente sabrían decirle quién era. Habían pasado unos diez minutos cuando un muchacho joven de porte de señorito de ciudad, finamente vestido, se le acercó. Llevaba un traje gris con un pañuelo anudado al cuello, le saludó cordialmente y le preguntó si era él; cuando alzó la vista, las palabras no salieron, tampoco quiso, en esos instantes estudió aquel rostro infantil, con los mismos ojos tiernos y la misma sonrisa en los labios, solo que ahora estaban en un cuerpo de hombre. Se dejó observar y él hizo lo mismo, ambos corazones se aceleraron, para el médico era como tener ante sí el sueño de cada noche, ese ser por el que cada día se le había escapado una lágrima perdida. Para aquel muchacho, el hombre que tenía ante él era el padre con el que le hubiera gustado compartir los juegos de su infancia, ahora entendía por qué cuando iba a verle esporádicamente hacía tantos años como un tío lejano que presentaba su madre se sentía tan unido y tan a gusto junto a él como nunca lo estuvo junto a aquel a quien siempre llamó padre. Aquellas visitas se fueron espaciando y de repente nunca más se volvió a saber de él, simplemente se fue y ya no volvió. Tuvo que pasar mucho tiempo para descubrir todo lo que tuvo que ver su madre en ello.

Se sentaron juntos y hablaron, hablaron y hablaron hasta que la noche se les echó encima, las horas fueron minutos y estuvieron a punto de compartir la cena si no fuera porque vinieron a buscarlo, ya que debía acudir con premura, alguien en su pueblo se había puesto enfermo y requerían de sus servicios, así que se despidieron, se abrazaron largamente y prometieron volver a celebrar un momento como aquel. Ya solo dependían de los estudios de su hijo, ese sería el único obstáculo a partir de entonces; en cuanto pudiera, volvería y disfrutarían de lo que ahora tenían. Lo hizo como prometió, y volvió antes de Navidad, aunque el tiempo no le dejó quedarse todo lo que hubiera querido y a partir de entonces así fue siempre. Hubo veces en las que los encuentros se espaciaron más de lo que ambos hubieran deseado, pero las prácticas en la

facultad y después conoció a aquella chica... No obstante, él lo entendió siempre, ahora ya era todo un hombre y tenía su vida. Se licenció y empezó a trabajar, él solo podía sentirse orgulloso de su hijo; cada vez que venía a verle, sabía que lo hacía con el corazón... «En eso no ha salido a su madre... —le decía el tío Matías—. ¿Ve cómo, al final, no todo estuvo perdido?», y él lo sabía.

—Vamos, doctor, séquese esas lágrimas, no quisiera tener que darle cuentas a ninguna de estas comadres —le dijo el anciano. El médico sonrió.

—Ya, ¿verdad? —dijo mientras sacaba un pañuelo del bolso y se lo pasaba por la cara.

Se había acercado ya la hora de la comida; ninguno de los dos se había dado cuenta del tiempo transcurrido. Al final de la calle, Lucía traspasaba la puerta del jardín de la casa de la tía Clotilde, asegurándose de que quedaba bien cerrada antes de marchar. Ambos hombres se quedaron mirándola, ascendía calle arriba sonriendo con su vestido de verano y su hermosa cabellera rubia sujeta atrás en un semirrecogido. Era como si el sol hubiera ido depositando un rayo tras otro sobre cada mechón de su pelo.

—Tiene usted una nieta preciosa, Matías.

—Sí, es una gran muchacha. A veces me recuerda a su madre, es como si la viera en sus ojos, en su pelo, tiene su misma cara, pero solo eso... —Al hombre también le llegaron los recuerdos; por un momento, al igual que el médico, pensó también en su hija.

—¿Qué fue de ella? —preguntó el médico.

Matías contempló a su nieta, que se había quedado hablando con una vecina hacia la mitad de la calle, la muchacha era amable y cariñosa con todo el mundo, se quedó observándola, mientras contestaba al médico:

—No lo sé. Fue como una mala hierba de un jardín que desde que nace y empieza a crecer se la va cortando pero ella se empeña en salir torcida. No hubo manera de enderezarla. Acabó matando de disgustos a su madre. Un día volvió con una criatura en sus brazos de apenas un año. Dijo que era suya y que su padre las había abandonado a las dos tras colmarla de palabrería y de falsas promesas. Tanto ella como la niña llegaron en un estado algo más que lamentable, pero no quise contradecir en ningún momento el cúmulo de historias que se inventaba cada día. Un día me pidió dinero con la excusa de ir al pueblo de al lado a comprar no sé qué a la botica para la niña que había empezado a toser algo por aquel entonces. Se marchó pronto por la mañana

con el carro del molinero. Llegó la noche y no regresó, tampoco lo hizo al día siguiente ni los venideros. Tuve que llamar al galeno que por aquel entonces teníamos en el pueblo; el hombre, aunque ya era mayor, aún seguía teniendo buena mano con los niños. A la criatura le ardía la frente de la fiebre que tenía y no paraba de llorar. Me preguntó por su madre y, cuando se lo conté, solo se limitó a decir un «Ay, Matías, que te han vuelto a engañar», y no se equivocaba. Como no podía dejar a la niña sola, mandé al panadero, que por aquel entonces era el padre de Celedonio, que hiciera averiguaciones cuando fuera al pueblo, que preguntara si alguien la había visto. Y la vieron, claro que la vieron. La vieron coger la diligencia aquel mismo día. Cuando lo sospeché, fui al cajón de la cómoda donde solía guardar el dinero y no había dejado ni una peseta. Se lo había llevado todo. Así empezó mi historia con Lucía, y hoy es el día en que no me arrepiento de nada. Tiene el corazón de su abuela y la viveza y energía que no tenía su madre.

—Esa sé yo que es de su abuelo. Tiempo le falta para dejar a quien sea una palabra bien dicha.

—Pero a veces, veo en ella una sonrisa y una mirada que no reconozco en nadie. Entonces... ni lo pienso... —hizo una pequeña pausa y prosiguió—, simplemente ya me lo imagino —el tío Matías se cayó y entre susurros, murmuró—, tienen que ser de su padre.

El silencio se hizo entre los dos hombres. Lucía se había acercado ya a la altura de ellos y sonriéndoles los saludó:

—Buenos días. ¿De tertulia?

—Buenos días, Lucía. Departiendo un poco con tu abuelo.

—Ahí sí que no hay ningún problema. Mi abuelo siempre ha sido muy buen conversador; siempre, claro, que no haya chismes de por medio.

—Chismorrear no es hablar y para eso están estas cacatúas de comadres que no saben hacer otra cosa —dijo el abuelo.

Tanto el médico como Lucía no pudieron evitar echarse a reír.

—¡Qué me vas a contar a mí, Lucía! Ya son muchos los años que conozco a tu abuelo.

—Por cierto, don Julio. Debería pasar a ver a doña Clotilde, ella se opone, pero ahora que le veo aprovecho el momento para decírselo. El caso es que no la veo muy bien últimamente, está más cansada que de costumbre y, a veces, aunque ella intenta disimularlo, tengo la sensación de que cuando se levanta de su sillón favorito, es como si se mareara. Le dura apenas unos

segundos, pero parece que últimamente se repite con más frecuencia. Debería pasar a verla.

—Gracias, Lucía. Está bien decirme esas cosas; doña Clotilde ya tiene sus años y a esta edad aparecen todo tipo de achaques. Esta tarde mismamente pasaré a verla.

—Gracias, doctor.

—A más ver, Lucía; a más ver, tío Matías.

—A más ver, don Julio.

El médico retomó el camino de su casa, y Lucía y el tío Matías entraron en su casa, donde el puchero al fuego de la cocina esperaba que alguien empezara a dar buena cuenta de él. Mientras comían, el tío Matías le dijo a su nieta:

—Pasó Diego, después de que marcharas esta mañana, preguntando por ti. Dijo que había algo que quería hablar contigo.

—Ya le vi y ya me lo dijo.

—¿Y qué era?

—Abuelo, mire que es usted chismoso, luego habla de esas comadres.

—¡Quieta, chica! Que una cosa son los chismes y otra muy distinta es mi nieta. Ahora, si no me lo quieres contar, tampoco es problema.

—Solo quería pedirme que le acompañara para San Juan si no tenía compromiso.

—Bueno, pues en tales menesteres, cada uno debe saber a qué baile ha de bailar.

Lucía despidió a don Julio en la puerta de la casa de doña Clotilde, sostenía aún entre sus manos la receta del remedio que un momento antes le había prescrito con el fin de que comenzara a tomarlo lo antes posible. Entró en la sala de la casa donde doña Clotilde, sentada en su querido sillón con una manta sobre sus rodillas, miraba sonriendo cariñosamente a Lucía.

—Gracias, Lucía —le dijo a esta.

—Era necesario que la viera el médico, sé que no quería, pero...

—Ya, ya, ya lo sé —la interrumpió—, simplemente que ya sabía yo lo que me aquejaba. Es un mal de familia que padeció mi abuelo y también mi padre antes de morir, no hay remedio, solo botica para aliviar los síntomas. —Doña Clotilde cogió cariñosamente la mano de Lucía que se sentó a su lado; su voz, aunque firme, era dulce y tranquilizadora a la vez.

—Doña Clotilde. —Una voz dulce y atragantada pronunció Lucía con la

tristeza dibujada en aquellos preciosos ojos azules. La dulzura de aquel hermoso y angelical rostro se turbó al oír las palabras realistas y presagiosas de doña Clotilde.

—No te entristezcas, mi niña. Este día tenía que llegar. Pero escúchame bien. ¿Ves la cómoda de nogal que hay junto al bargueño? Vete y abre el segundo cajón. ¿Ves una carpeta negra con un montón de papeles? —Lucía asintió mientras sacaba la carpeta del cajón—. Escucha bien esto, Lucía, el día que yo falte, cogerás esa carpeta, te la llevarás a tu casa y la guardarás bien guardada; si es antes, mejor. Sabes igual que yo que todo el mundo visitará esta casa y no quisiera que desapareciera. ¿Lo has entendido bien?

—Pero...

—No hay peros, Lucía. Contéstame, ¿lo has entendido bien? —Lucía asintió, una lágrima resbaló por su mejilla y sintió que algo la ahogaba en la garganta. Tragó saliva y volvió a guardar la carpeta en el mismo sitio—. Muy bien, pequeña —le dijo—, y ahora siéntate a mi lado y léeme un poco.

Lucía cogió un libro que, ya empezado en su lectura, había sobre la mesa que estaba cerca del sillón, lo abrió por la página marcada y comenzó a leer. Doña Clotilde cerró los ojos y dejó que sus oídos se deleitaran con aquella agradable lectura.

La noche refrescaba a pesar de que el verano se asomara lentamente algunos días, avisando ya de su cercana presencia. Lucía juntó los bordes de su toquilla que, colocada sobre sus hombros, la protegía de la friura de la tarde anochecida. Se apostilló en el porche, de pie, mirando la calle vacía y la noche estrellada, la luna llena iluminaba claramente cada fachada y cada viandante, pero en aquel momento no pasaba nadie. Había dejado a doña Clotilde cenada en la salita de su casa y se retiraba ya. La tarde había estado llena de emociones, y la visita de don Julio y la revelación de su enfermedad le habían dejado una extraña sensación en su interior. Luego estaba lo de aquella carpeta, serían seguramente papeles relativos a su casa que no le gustaría que desaparecieran, sí, probablemente sería eso. Bajó los dos escalones y atravesó el jardín por el pasillo que daba a la verja. Se encargó de dejarla bien cerrada, pues así los gatos y los perros que anduvieran en la noche no entrarían ni estropearían las flores que ya brotaban. Subió despacio la pequeña cuesta de la calle, apenas dos pasos, y se detuvo, se volvió y se quedó mirando hacia la casa; en la ventana de la sala se percibía tenuemente la luz de la lámpara, sabía que aún seguiría allí un buen rato antes de irse a la

cama. Volvió a reanudar el camino, una clara figura estaba varada al final de la calle, Lucía lo miraba mientras la remontaba, con las manos en los bolsillos de los pantalones, Diego llevaba largo rato esperándola. Cuando Lucía llegó a su altura, le saludó:

—¡Buenas noches, Diego! ¿Qué haces aquí? —La pregunta habría sobrado si Lucía hubiera estado segura de por qué Diego estaba allí.

—Te estaba esperando.

—Bien, pues tú dirás —su voz se notó cansada y sin muchas ganas de conversación.

—Quería saber la respuesta.

—¿Y has venido hasta aquí solo para eso? Podrías haber esperado a mañana.

—Lo cierto es que salí a pasear después de cenar, la noche es agradable y está tan clara que paseé sin rumbo. Cuando me di cuenta, había llegado hasta aquí y me había salido hasta fuera del camino del pueblo. He llegado hasta el prado de la fuente y me di la vuelta, supuse que estarías a punto de salir de la casa de doña Clotilde y decidí esperarte.

Lucía escuchaba a Diego, estaba cansada, había sido un día de emociones y únicamente tenía ganas de llegar a casa; miraba a Diego, que tenía fijamente clavados sus ojos en ella, sintió un escalofrío y apretó la toquilla como si pudiera aliviarla de aquella sensación, pero sabía que aquello no era frío, quería irse de allí, no quería ninguna emoción más, habían sido suficientes, la luna llena era dueña de la noche y ella no quería sentirse seducida; agachó la mirada y le contestó:

—Está bien, Diego, pasado mañana nos vemos. Ahora me voy a casa, estoy cansada. Buenas noches.

No quiso mirarle, quería que aquella escena se rompiera y ella irse de allí, le había dicho sus últimas palabras sin apenas levantar la vista del suelo. Solo le miró al despedirse, entró en su casa y trancó la puerta. Diego la vio desaparecer tras ella y, sin más, siguió el camino de la calle hacia la suya.

La Noche de San Juan transcurría apacible entre los lugareños que se habían acercado hasta el prado de las afueras del pueblo, donde un montón de leños diestramente apilados ardían humeantes, calentando las carnes de todo aquel que se atrevía a acercarse más de lo debido. Los grupos se arremolinaban en conversaciones, unos más y otros menos, cerca de la fogata. Los niños correteaban por el prado, contagiados del alborozo de la

noche y emocionados por la demora en la hora de aposentar sus pequeños cuerpos en sus alcobas. Los mozuelos y mozuelas, en edad de conquista, se sentaban en círculos, riendo entre ellos y seduciendo miradas y sonrisas, deseando que aquella noche las *meigas* hicieran doblegar el corazón de algún amor imposible. Bien era sabido que la Noche de San Juan siempre tuvo algo de mágica, entre real o quimera; por eso, cuando la fogata llegaba a su fin, los deseos escritos sobre papel se lanzaban a las brasas esperando que sus cenizas volaran hacia el lugar donde estos se cumplían y no se quedaran allí, apegados a las brasas, arraigados a la tierra, destrozando ilusiones y esperanzas, viendo cómo se desvanecían aquellos castillos en el aire que habían ido creciendo en su imaginación días antes de la fiesta. Aun así, los más esperanzadores tenían las miras puestas en el año siguiente si aún no habían hecho ninguna conquista.

Diego y Lucía no hacía mucho que estaban en el prado. Aunque era un día de fiesta, ambos habían dedicado parte del día a sus faenas, los campos no sabían de folclores y romerías y aunque se dejara algo de faena para el día siguiente, por ser el día que era, siempre había algo que hacer. Para Lucía había sido un día tranquilo; doña Clotilde prefirió disfrutar de su compañía, y aunque la casa no daba mucho menester de trabajo, «poco la puedo manchar yo, querida...», solía decirle, últimamente se dedicaba más al cuidado del jardín y de las flores; aquel lugar había sido un refugio para aquella anciana, un cofre en el que había ido guardando recuerdos de un pasado con cada golpe de azada sobre aquella tierra. Lucía sabía que su abuelo conocía más de lo que contaba, las casas estaban demasiado cerca y el pueblo era demasiado pequeño como para que los secretos se pudieran guardar de manera tan profunda; cosa aparte era que no se quisieran recordar, pero allí, en el interior de aquella casa, los finos azulejos, la belleza de la talla de las maderas de los muebles y la delicadeza de las telas... Aquello no era el interior de cualquier casa del pueblo donde la vida se hacía en la cocina junto a la hornacha, y en las alcobas apenas una cama y una mesilla, algún arcón donde guardar las ropas y poco más. Era muy joven, pero sabía bien cuándo se debían hacer preguntas, y cuántas eran las suficientes cuando fuera necesario; por eso sabía cuán importante eran para aquella dulce anciana su jardín y sus flores, por ello lo atendía y lo mimaba como ella lo hacía antes de empezar a notar que sus articulaciones ya no respondían como hubiera querido.

La fogata ardía y las llamas ascendían dibujando con sus movimientos

figuras ilegibles. Lucía contemplaba el fuego que en aquel baile indescifrable dejaba un juego de colores y sentía el calor que desprendía llegando a molestarla. Se había quedado embriagada por aquel movimiento sinuoso de las llamas; algunas se elevaban tan alto, abrazando el extremo de los maderos, como amantes en la noche, seducidos por el néctar del fuego; la llama y el madero, envolviéndose, sin poderse resistir y cayendo por fin el madero bajo la llama, dejando que lo que antes era vida ahora tan solo fuera ceniza. Diego contempló la mirada perdida de Lucía: los ojos fijos sobre la lumbre no pestañeaban; la tez de su rostro, enrojecida por el calor del fuego.

—¡Lucía, Lucía...! —la voz de Diego sonó insistente—. ¡Lucía!, ¿no me escuchas? —persistió de nuevo.

Como si despertara de un letargo, Lucía levantó los ojos hacia Diego; este volvió a darse cuenta de que su cara estaba enrojecida.

—¿Qué..., qué...? —su voz sonó perdida, como el que despierta sin saber dónde está.

—Lucía, vámonos de aquí. Te estás quemando la cara con el fuego.

Se alejaron de la fogata y se acercaron al arroyo. Diego mojó su pañuelo en el agua y lo colocó sobre la cara de Lucía pasándolo delicadamente.

—¡Ay!

—¿Te duele?

—Un poco.

—Si es que has estado demasiado tiempo mirando la fogata. Te habías quedado como dormida de pie con los ojos abiertos. No sé. Todavía no entiendo cómo no te diste cuenta de que te quemabas. Además, te hablaba y parecías no escucharme. —Diego seguía mojando el pañuelo en el agua y refrescando la cara de Lucía.

—¡Ay...! —volvió a decir esta.

—Lo siento. Bueno, es el agua que baja de la cueva; aunque se junte con la del arroyo, algo de milagrosa tendrá...

Lucía se echó a reír. Bien sabía que Diego poco creía en esas cosas, pero tampoco las discutía.

Se quedaron allí, sentados, contemplando el gentío que llenaba el prado alrededor del fuego. Las llamas iban apagándose y ya solo iban quedando las brasas. Los ojos de Diego miraban quedos la luz azulada que desprendían en la noche clara de luna llena los de Lucía. Esta sintió que la mano de Diego se había detenido al pasar el pañuelo por su cara, la giró levemente hacia él y

dejó que su mirada se posara en la suya. Cuando sus labios se deslizaron sobre los suyos, Lucía se dejó besar, dejó que la magia de la noche y del momento la mecieran en su baile, y que las *meigas* y su aquelarre hicieran de ese instante lo que ella sentía, un vuelo entre las nubes.

CAPÍTULO XV

Adelfa había pasado una noche intranquila, apenas había dormido, había sentido como una quemazón en el cuerpo que la había llevado a levantarse más de una vez de la cama. En la cocina se había preparado una tisana intentando sosegar el malestar que la tenía en vilo prácticamente la noche entera. La oscuridad desaparecía tenuemente dando paso con delicadeza a un nuevo día. Sintió que con la amanecida el cuerpo se rendía y decidió volver a la cama, dejó la taza en el fregadero y salió de la cocina. Ya casi no necesitaba candil para alumbrarse, la suave claridad de la mañana se colaba por las ventanas e iluminaba lo suficiente el camino para no tropezar con nada. Le pareció oír el leve sonido de una puerta al cerrarse y unos pasos que no querían que se oyeran. Se escondió lo que pudo tras la pared y observó, vio llegar a Fernando por pasillo del otro lado de la escalera. Allí solo estaban los aposentos de Marina y de Jacinta, pero Jacinta, desde hacía ya tiempo y por el mismo motivo que ella, dormía en una de las habitaciones del último piso de la casa. Fernando solo podía venir de un lugar, venía de la habitación de Marina. Le había sorprendido mirándola de aquella forma tan especial en más de una ocasión y no quiso darle más importancia. Marina era demasiado bonita, era más que imposible evitar que los ojos de ningún hombre se fijaran en ella, pero Fernando, Fernando no, aquello no podía ser. Adelfa tuvo miedo. No podía volver a repetirse la misma historia.

Se había quedado rezagada, quieta, dejó que transcurriera un corto período de tiempo, Fernando no debía percatarse bajo ningún concepto de que alguien le había visto. Ella no sabía nada y seguiría sin saberlo, volvería a ser una tumba, como siempre, guardando aquel interminable secreto, escondiendo verdades que pesaban como losas llegando a ahogar el alma. Pero aquello, Marina, la dulce y buena Marina, cómo podría impedir que fuera una víctima más. Ella no se lo merecía. Cuando estuvo segura de que Fernando estaba ya en sus aposentos, subió las escaleras, intentó ser lo más silenciosa posible al llegar al descansillo del primer piso; cuando llegó al segundo y tras atravesar un pequeño descansillo que daba a dos habitaciones más, subió los seis escalones que seguían y se acercó a la puerta que anteriormente había dejado trancada, la abrió y la cerró tras de sí volviéndola a trancar lo más

sigilosamente que pudo. Al final de la habitación, sobre la cama, la maraña de cabellera rubia y el cuerpo bajo las sábanas hicieron ver a Adelfa que seguía profundamente dormida. Esta vez, el sedante había hecho efecto, el médico decidió aumentar la dosis al comprobar el estado de nervios que se había acrecentado en los últimos días. Mejor así. Adelfa y Jacinta, últimamente, se veían incapaces de poder seguir llevando aquella situación; al menos sedada, podrían controlarla. Se metió en la cama que había al otro extremo de la habitación e intentó conciliar el sueño, pero no pudo, sus pensamientos daban vueltas en torno a Marina y Fernando, miró de nuevo hacia la cama sobre donde dormitaba ella y susurró: «No se puede volver a repetir. Otra vez, no, Fernando. Otra vez, no».

Marina cargaba con los útiles de limpieza hacia las habitaciones de Fernando, le hubiera gustado no haber tenido que ir, pero tenía que hacerlo. Probablemente, a esas horas, Fernando ya se habría ido hacia el despacho de las oficinas del centro de la ciudad. No le había visto en toda la mañana y no quería; dentro de ella un cúmulo de sensaciones y de sentimientos peleaban entre sí. Al final del último escalón se le cayeron de las manos algunos de los que llevaba, los recogió rápido, solo esperaba que nadie hubiera oído el ruido y no tener que dar explicaciones por su torpeza; su cerebro y su cuerpo iban descompensados. Entró en los aposentos y abrió las ventanas, dejó que el aire corriera por ellas, como si la corriente pudiera llevarse la zozobra que sentía. La cama de Fernando estaba deshecha, aún se respiraba su olor en la habitación, se asomó a la ventana y aspiró, pero apenas entraba una gota de aire, el día era soleado y bello, y el olor del verde nuevo de los árboles y el jardín se aspiraba en el ambiente. Todo renacía, todo volvía a sus inicios, se apagaba la luz del invierno y el sol de la primavera depositaba el renacer de la vida. Miró hacia la fuente de piedra que seguía allí, abajo, rodeada por hierbajos que escondían su belleza; solo a ella le faltaba cobrar vida en aquel hermoso jardín. Unos brazos rodearon su cintura y el aliento de Fernando acarició su cuello:

—Buenos días, amor mío.

Marina sintió temblar su cuerpo, igual que la noche de pasión vivida, aquellas horas donde había sentido que si había vida, valía la pena vivirla.

—¿Tiemblas? —le preguntó—. Has abierto demasiadas ventanas y hay corriente. No quisiera que enfermaras. Cerraré alguna.

—No —fue casi un grito—, verás—cambió el tono de su voz—, necesitaba

sentir correr el aire.

—Bien, pero ¿te ocurre algo?

—Fernando, yo... —Marina no sabía qué decirle; por un lado, su cuerpo deseaba estar pegado al suyo y que el tiempo se parara allí; por otro, salir corriendo y no parar hasta que estuviera tan agotada que sus piernas le dijeran basta, y por otro, su cabeza le decía que aquello no estaba bien, que ella simplemente era una criada y que estaba allí para limpiar; sí, ahora tenía que limpiar las estancias de Fernando—, verás, tengo que limpiar tus aposentos y...

Fernando cubrió con su dedo los labios de Marina.

—¡Shhh...! —le dijo. Acarició su pelo y le colocó las manos sobre los hombros—. Ya no más, Marina, tú no volverás a limpiar. —Marina abrió los ojos sorprendida por lo que estaba oyendo—. Hablaré con Adelfa. Se buscará a alguien que lo haga. Tú ya no volverás a limpiar aquí ningún día.

—Fernando, ¿qué estás diciendo?

Adelfa había presenciado la escena y decidió interrumpirla; hizo el ruido suficiente para que Fernando se separara de Marina y ninguno viviera la incomodidad de verse sorprendido.

—Ah, Fernando, está aquí. Le estaba buscando.

Fernando se volvió, y Marina se retiró de la ventana cogiendo el cubo con los útiles de limpieza.

—Dime, Adelfa, ¿qué querías?

—Si puede acompañarme, querría hablarle.

—Está bien.

Fernando fue al encuentro de Adelfa. Antes de salir ambos de la habitación, este se volvió para mirar a Marina, que aireaba las ropas de su cama; Adelfa se dio cuenta de los nervios de la muchacha y miró a Fernando, que no se percató de que era observado por el ama de llaves, sus ojos desprendían el mismo sentimiento que vio en su padre muchos años antes.

Cruzaron la sala hacia la biblioteca, allí Marina no podía oírlos. Fernando estaba casi seguro de que Adelfa volvería a hablarle de lo mismo, aquella situación le ahogaba, sentía que era una soga que cada vez se enrollaba más alrededor de su cuerpo, cortándole a cada movimiento; a veces, huía con la excusa del trabajo a la capital central. Durante los días que allí permanecía, su liberación de aquel problema era como una bocanada de aire fresco, la creencia de que escaparse de los problemas era como no tenerlos. Escuchó a

Adelfa, qué podía hacer él ya, se creía a sí mismo cuando se decía que ya estaba haciendo lo suficiente. Ahora estaba él. Él y su vida. Marina había llegado como la luz a la oscuridad. Ahora lo sabía, ahora entendía las palabras de don Joaquín, aquel viejo amigo y consejero. Marina era la esperanza a todo aquello, la había hecho suya, después de desearla durante tanto tiempo. Por primera vez sabía lo que era amar a alguien de verdad, con el deseo innato de sentirla cada noche, contemplarla junto a él en el renacer del nuevo día y vivir el día a día compartiendo el aire, la vida. Se volvió hacia Adelfa y se lo dijo; de lo otro, ya había escuchado bastante.

—Adelfa, hay que buscar una nueva muchacha que se encargue de la limpieza de la casa y de hacer todos los menesteres que hace Marina.

—¿Por qué, señor? ¿Piensa despedir a Marina? Es una muchacha muy trabajadora y muy dulce y ella aún no sabe nada y...

Fernando interrumpió al ama de llaves.

—No, Adelfa. Sé perfectamente cómo es Marina. Marina seguirá en esta casa, pero dejará de hacer las labores de sirvienta y no hay nada más que hablar. Ponte con ella ya; tiene que estar hecho cuanto antes.

—Sí, Fernando.

Jacinta irrumpió en la biblioteca, un mozo de la compañía esperaba abajo con la orden de don Joaquín de que Fernando acudiera cuanto antes a las oficinas. Fernando cogió su maletín y su abrigo y salió. Adelfa ordenó a Jacinta que ayudara a Marina en las labores de las habitaciones, bajó a la cocina y encontró a Manuela remangada junto a la lumbre, preparando el puchero del mediodía.

—Le estoy haciendo un caldo de gallina. A ver si limpiando un poco el cuerpo, se le temple a usted.

—Gracias, Manuela, pero no venía por eso.

La cocinera contempló al ama de llaves, que dejó caer su cuerpo en una de las sillas de la mesa de la cocina.

—Pues sí que está usted mal. Jamás la había visto así. Si hoy pasa el médico a verla a ella, debería decirle el mal que padece, aunque siempre viene cuando mandamos a Jacinta y Marina al mercado para que esta no se entere de nada; hoy podíamos poner la excusa de que viene por usted...

Adelfa dejaba hablar a la cocinera. Las palabras de Fernando la habían llevado muchos años atrás; después de tantos años, aquella situación le había traído unos recuerdos que aún dolían al recordarlos. Todo fue tan bonito...

Por eso le daba miedo aquella felicidad que vivió cada día, aquella dicha, y ahora, ahora otra vez...

—¡Doña Adelfa! ¡Doña Adelfa...!

—¿Sí, Manuela?

—¿Está usted segura de que no quiere que llame al médico?

—No, gracias. Seguro que ese caldo me hará mucho bien. —Se levantó de la silla y siguió hablando—. Hay que buscar una muchacha cuanto antes para que haga las labores de Marina; son órdenes de don Fernando.

—Pero ¿cómo? Si Marina es una muchacha encantadora, jamás pisó esta casa nadie igual, cómo...

—¡Manuela! —El ama de llaves cortó las palabras de desasosiego que empezaban a salir de forma angustiada de la boca de la cocinera—. Marina seguirá viviendo en la casa, pero dejará de trabajar como limpiadora. Son órdenes del señor. Y eso es todo.

Por primera vez en todo el tiempo que aquella campechana mujer llevaba trabajando en la casa y había compartido el día a día con aquella rígida y estirada mujer, por primera vez, la vio derrumbarse. El cuerpo del ama de llaves salió de la cocina sin la seguridad y firmeza que siempre había llevado, los hombros alicaídos y la mirada perdida, hicieron pensar a Manuela. Aquella noticia podía ser incomprensible, pero lo sería para cualquiera que no hubiera vivido allí y no supiera la verdad. A veces, colocamos una losa bajo una mentira para ocultar una verdad que pensamos que nunca se sabrá, aun sabiendo que su peso nos llegue a ahogar.

Eran muchos los meses que Marina llevaba en aquella casa y durante todo ese tiempo nadie quiso ver lo que algún día podía llegar a pasar. El tiempo que Fernando pasaba en la casa desde que ella estaba, ya no iba tanto a la capital central por sus asuntos de negocios, salvo que estos fueran muy urgentes. Las veces que quieto se le sorprendía en la ventana, mirando durante largo rato cada tarde de la semana que Marina tenía libre, esperando hasta que ella llegaba. Y luego, aquellas preguntas que hacía sobre ella. Manuela no sabía si aquello sería para bien o mejor sería que todo hubiera seguido como hasta ahora. No. Aquella situación que se llevaba viviendo en los últimos años empezaba a ser insostenible. Quizás Marina había llegado allí por algo; quizás ella, sin saberlo, sería quien diera un giro a todo aquello.

Los días pasaron y en los ojos de Fernando brillaba la luz del hombre enamorado. La nueva moza que consiguieron encontrar en pocos días era hija

de una vecina de Manuela. La muchacha, aunque joven, era limpia y obediente, y por necesidades había tenido que dejar pronto la escuela para ayudar a su madre en la casa y con sus hermanos, así que el sueldo les habían venido cual regalo del cielo. No paraban de agradecerse a Manuela, pero esta insistía en que el único modo de hacerlo era cumpliendo bien con su trabajo.

Marina se dejaba llevar, mimar, querer; Fernando la colmaba de amor y de atenciones. Había llegado una modista a la casa y le había confeccionado vestidos nuevos que realzaban su belleza; aunque ella había insistido en la sencillez de los mismos, el cambio fue tan brusco que a veces se sentía perdida y pensaba que estaba viviendo una locura. Ella quería seguir siendo ella. La primera vez que Fernando la vio con uno de aquellos vestidos, el trago de coñac que un segundo antes había bebido le pasó por la garganta dejándole sin aliento.

—Estás bellísima —le dijo—. ¡Estás tan preciosa!

Era como si la imagen que tenía ante él formara parte de otra vida conocida y ahora había regresado. Era la seguridad de que era ella. Dio orden de que limpiaran la fuente de piedra y la arreglaran; tenía que volver a echar aquellos chorros de agua, igual que hacía pocos años.

Marina lucía sobre su mano el anillo de casada que con tanto amor le había puesto Fernando, acariciaba su vientre con la dulzura de quien sabe que una vida crece dentro y que muy pronto querrá salir. Había llegado la vida. Fernando le había ordenado a Adelfa que se renovaran las cortinas y se diera un carácter más alegre para acabar con aquel aire lúgubre de la casa. Era como si por fin hubiera llegado la luz. El ama de llaves vivía en su interior un tormento que solo ella conocía; más que nadie deseaba que todo aquello fuera tan verdad que nada lo nublara. Marina seguía sin saber nada, y el ama de llaves tenía miedo. Fernando hacía tiempo que no quería escucharla, se lo dejó bien claro, ni una palabra más, aquello no existía.

Marina estaba sentada leyendo en un banco a la sombra de los árboles junto a la fuente de piedra; el sonido del agua al caerse le relajaba. Jacinta solía sentarse con ella algunas veces y escuchaba las lecturas con las que, con tanto mimo, Marina la deleitaba. Apenas había cambiado su relación entre ellas, al menos cuando no estaba Fernando, pues a él le gustaba que la respetaran como la señora de la casa, pero a ella la gustaba seguir teniendo el cariño, la amistad y el trato afable de Jacinta y de Manuela.

Fernando la observó unos instantes y la sorprendió por detrás, sin asustarla demasiado, ella sonrió, acarició el vientre de la mujer que amaba y se sintió el ser más afortunado de la tierra.

—¿Eres feliz? —le preguntó.

—Sí —contestó ella.

Cogió su mano y la ayudó a levantarse para ir hacia el interior de la casa. Marina metió la mano en el agua del plato de la fuente de piedra y, como una niña, salpicó mínimamente la cara de Fernando; este, sorprendido, le sonrió mientras decía:

—¿Qué haces? ¿Quieres jugar, eh? —Fernando metió su mano y salpicó la cara de Marina; entre los dos se entabló un juego de agua y risas, Marina corría alrededor de la fuente, riendo cual niña, intentando escapar de las salpicaduras de agua de Fernando. Cuando consiguió cogerla, la asió rodeando su cuerpo en un cariñoso abrazo, limpió las gotas de agua que caían por su cara con su mano, mientras Marina aún reía por los juegos anteriores. Arriba, en una de las ventanas que daban a ese lado del jardín del último piso de la casa, se dibujaba la figura de una mujer rubia, con el pelo largo y desaliñado, vestida con un sencillo camisón blanco. Los ojos de su rostro llevaban largo rato contemplando la escena; aquella mirada llena de incógnita y misterio se había clavado en los dos seres que allí abajo, junto a la fuente, eran completamente ajenos de que estaban siendo observados.

CAPÍTULO XVI

El viento azotaba con fuerza las ramas de los árboles, despegando las hojas que tantas veces habían dado sombra en el verano; ahora cubrían, cual alfombra amarilla, el suelo del jardín arremolinándose en montones empujados por el aire. La tarde fresca del frío otoño acompañaba el desasosiego que se vivía desde hacía días en esa casa. Ya apenas quedaba ningún recuerdo de las flores que con tanto mimo y atención había cuidado durante todo el verano, regando la tierra que el sol calentaba absorbiendo la savia de las plantas. El doctor hacía poco que se había ido; tras la consulta de la mañana, había permanecido casi todo el día allí, con ella, escuchando su corazón y su respiración. Él se lo había dicho días antes, pero ese día se había agravado y parecía que todo aquello que no se deseaba se iba acelerando por minutos. Lucía, abrazada a la toquilla que cubría sus hombros, contemplaba tras la ventana de la sala la lluvia que empezaba a resbalar por los cristales, golpeada a su antojo por el viento. Sintió en su boca el sabor salado de una lágrima que acababa de resbalar por su mejilla; el cansancio y la desesperanza de los últimos días habían ido llenando dentro de ella un saco de pena que crecía día a día.

La miró. Se había quedado dormida; el sedante que don Julio le había suministrado antes de marchar había hecho efecto, y ahora descansaba sobre la cama que tuvieron que acoplar en la sala de abajo. Solo tuvieron que mover algunos muebles. Fue idea de su abuelo, y aquella anciana estuvo de acuerdo, quería mucho a Lucía y no deseaba que durante su enfermedad se agotara subiendo y bajando las escaleras. Pero hacía tiempo que se quedaba allí, durmiendo con ella, cuidándola con las mismas atenciones y mimo que el cariño que de ella había recibido; «eres como una nieta —le decía—, ojalá lo hubieras sido, aunque para mí... —y se detenía porque se ahogaba y volvía a intentar tragar aire para volver a hablar— es como si realmente fueras mi nieta...», y le cogía la mano y la sonreía y cerraba los ojos intentando descansar mientras su respiración agitada la agotaba por momentos. Le había obligado a coger la carpeta del cajón, ella ya no se acordaba de ello, se la dio a su abuelo, pero él dijo que la que tenía que guardarla era ella. La llevó a casa y la metió en el arcón de su habitación. No la abrió, no supo por qué,

pero no sintió ninguna curiosidad en saber lo que había dentro, simplemente levantó la tapa del arcón, la metió, la volvió a bajar y se marchó; regresó a la casa, donde su abuelo le aconsejó que saliera un poco, que él se quedaría con ella. No quiso. Pero llegó Diego. Y él se la llevó. Pasaron por la orilla del río y sintió renovarse; no supo hasta ese momento cuánto necesitaba respirar el aire del campo y despejar su cabeza. Hasta entonces no reconoció que cuidar a doña Clotilde le iba agotando a ella también día a día. Diego se lo dijo, no solo su abuelo se iba dando cuenta de lo delgada que se estaba quedando.

—Necesitas dormir bien alguna noche. No puedes seguir así. Haz caso a tu abuelo; si no, vas a enfermar.

Lucía había visto las ojeras que iban apareciendo en su cara. Don Julio lo había comentado y a Josefa la había faltado tiempo para ir a la casa a pasar la noche junto a doña Clotilde. A ella le insistieron que se fuera a descansar, Diego la acompañó a casa, y aquella noche durmió como hacía tiempo no recordaba. Se levantó tarde; bien avanzada la mañana se fue hacia la casa de doña Clotilde, donde su abuelo, sentado en aquel cómodo sillón que a ella tanto le gustaba, sostenía el libro entre las manos leyendo despacio, mientras doña Clotilde le escuchaba con la vista hacia la ventana, recostada en la cama sobre varios almohadones. Contempló la escena desde la puerta, ninguno de los dos se había dado cuenta de su presencia, les observó durante unos minutos, Lucía se dio cuenta de que entre aquellos dos ancianos había una complicidad que existía desde hacía mucho tiempo.

Nunca se atrevió a preguntarle nada a su abuelo, pero sentía más curiosidad por ello que por lo que contuvieran los papeles de aquella carpeta. Aquel día en que desde la puerta de la sala le vio leyéndole el libro, lo supo.

La lluvia seguía cayendo, resbalando sobre los cristales; el viento había amainado algo su fuerza, pero aún azotaba las escasas hojas que quedaban en las ramas de los árboles. La tarde caía, y la oscuridad de la tormenta acercaba la noche antes de lo debido. Una figura con un maletín en la mano corría bajo la lluvia acercándose a la casa. Cuando Lucía abrió la puerta, el doctor entró en la casa con las ropas prácticamente bañadas en agua.

—¡Dios mío, está usted hecho una sopa!

—No veas cómo llueve, Lucía. Parece el diluvio. Detrás venía Josefa; claro, que la mujer no venía corriendo.

—Ya me imagino, ya —dijo Lucía con cierto sarcasmo ante el comentario

del doctor.

—No te burles, quiero decir que intentaba venir todo lo deprisa que su cuerpo, a su edad, le deja. Se empeñó, porque te había hecho algo de caldo y no sé qué más y quería traértelo y acompañarte.

El médico se quitó el abrigo y lo dejó en una silla de la cocina, arrimó las manos al fuego y se acercó lo más posible para que fueran secándose los pantalones. Lucía contempló a Josefa a través de la ventana; la mujer portaba una bolsa en una mano, y en la otra luchaba con el paraguas contra el viento y la lluvia; se acercó a la puerta de la calle para abrísela al verla atravesar la verja del jardín.

—¡Chiquilla! —le dijo—. Parece como si Dios nos estuviera castigando por algo.

—Traiga el abrigo, se lo pondré a secar.

—Gracias, hija. ¿Llegó don Julio?

—Sí, hace apenas unos minutos, delante de usted.

—No dejes que esto se enfríe —le dijo mientras le dio la bolsa que traía.

—Tranquila, lo pondré junto a la lumbre, así se mantendrá caliente.

Don Julio sostenía la muñeca de doña Clotilde entre sus dedos; Josefa se había acercado hasta el pie de la cama y guardaba silencio; Lucía se acercó a ellos después de dejar las viandas junto a la hornacha. El médico soltó delicadamente la mano de la anciana y la colocó sobre la cama con suavidad.

—Tiene el pulso muy débil.

—Pobrecilla —comentó Josefa—, parece que la estuviera viendo hace ya tantos años, cuando llegó a este pueblo; entonces era una muchacha tan joven. Los niños del pueblo nos quedamos todos con la boca abierta al ver a alguien tan joven y bonita con aquellas ropas. Tan bien vestida. Fíjate que creíamos que había salido de aquellas historias que nos leía la maestra en la escuela. Siempre fue una mujer fuerte, y ahora, está ahí, tan débil, tan *consumidina*. Dios se la está llevando.

Lucía escuchaba, no decía nada. Sentía que Dios se llevaba también algo de ella.

—No sé si pasará de esta noche. Me temo que es casi imposible —observó don Julio.

Lucía se acercó a la ventana, los dejó a ellos allí, a los pies de su cama; seguirían hablando y ella no los escucharía. Volvería a ver golpear la lluvia sobre los cristales, oscureciéndose el día, dejando paso a la noche, donde la

muerte iría llamando levemente a la puerta hasta pasar, aunque nadie la abriera.

No llegó al amanecer. Se fue sin esperar al nuevo día. El sol apareció entre las nubes, tiñendo de luz toda oscuridad, ya no llovía, tampoco hacía viento, la claridad descubría lo que la noche de tormenta había dejado tras de sí. El jardín, aquel hermoso jardín que ella adoró y tantas veces cuidó, estaba asolado, lleno de hojas y ramas rotas de los árboles. Ya no quedaba nada, toda aquella belleza se había ido con ella. Don Nicolás llegó antes de la misa de las ocho de la mañana, había estado la noche anterior y la había ayudado, como él decía, a «llegar hasta el Señor». Lucía pensaba que quizás no hubiera hecho falta; si realmente había un lugar, aquella maravillosa mujer hacía ya tiempo que tenía su espacio reservado. No había bondad ni corazón más grande.

No podía llorar. No sabía por qué, pero no podía llorar. Ayudó a Josefa y a otras mujeres a prepararla. Sería un día completo de visitas y de rezos. Luego, llegaría el funeral y el adiós, ese adiós para siempre que nunca se quiere decir y que, si no se da, ahoga más que la pena misma.

Se fue para su casa; su abuelo la esperaba y la abrazó, fue así cuando Lucía por fin pudo llorar, rompió en sollozos, abrazada a su abuelo. Estuvo largo rato, dejando que todo saliera, sabía que no serían las únicas, que habría más. No se le puede impedir a nadie que llore, es más, hay que ayudarlo. El dolor se mete dentro y le consume a uno hasta el interior de las entrañas.

—Gracias, abuelo —le dijo.

Él en realidad no había hecho nada, simplemente estar allí y abrazarla. Subió a su habitación y cambió sus ropas por unas de luto, salió de su casa vestida de negro hacia la casa de doña Clotilde; sería un día de duelo. Su abuelo, cuando la vio bajar las escaleras, se dio cuenta de que ni siquiera aquellas ropas nublaban la belleza de su nieta. La vio bajar por la calle, le dijo que luego iría, más tarde, quería sacar fuerzas. Cada minuto de aquellas horas desde que se fue para siempre, él había viajado en los años hacia atrás, mucho tiempo atrás. Llegó tan bonita aquel día, apenas era una jovencita. Una muchacha que huía de su hogar, de un padre y de una madrastra con la que no quería seguir disputando día a día. Cuando adquirió la casa y buscó cuadrilla para arreglarla, él fue allí. Él colocó aquellos azulejos finos en la cocina, él ayudó a bajar y colocar aquellos muebles de delicada madera cuando llegaron. Él pintó sus habitaciones. Él cogió de sus manos el tanque

de agua fresca cuando el sudor reseca su boca y su garganta; él fue su cómplice, su amigo y quizás algo más. Ya estaba prometido, podía haber roto su compromiso, pero ella se lo impidió, aquella complicidad que existía entre los dos no la había en ningún matrimonio, era solo de ellos, y ellos lo sabían, sería su secreto. Pero él lo supo siempre y ella también. Lo sabían cada vez que sus ojos no podían evitar que sus miradas cruzaran y se quedaran allí, unos segundos. Nunca supieron qué habría pasado si él hubiera roto su compromiso con la que entonces era su novia y luego fue su mujer. Si fue cobardía o destino era una pregunta que no supieron responder. Cuando se cruzaban a solas y las miradas se detenían más de lo debido, ella siempre decía: «Tenía que ser así, es lo que tenía que ser...». Amó a su mujer, eso era cierto, pero también era verdad que, a veces, se quedaba con la mirada perdida en ningún punto pensando en ella, en todos aquellos momentos de complicidad y risas cuando él trabajó en su casa.

Una tarde en el porche, descansando de un largo día de faena, fue cuando ella se sinceró con él y le contó ese secreto que ni siquiera llegó nunca a contarle al señor cura en confesión. Así fue como supo por qué había acabado allí, huyendo del que hasta entonces había sido su hogar; su padre se había casado en segundas nupcias con una mujer con la que ella discrepaba todo el día. Ella no aceptaba que «una señorita de postín», como solía llamarla, tenía que casarse con un señor que ellos le buscarían. Su padre ya era mayor y se disgustaba cada día más con aquellas contiendas. No quería que sufriera, sabía que para él resultaba difícil sacar partido por una de ellas, y decidió marcharse. Tenía suficiente dinero de la herencia de su madre para vivir holgadamente de por vida. Además, su padre le daría lo que le correspondía, y no les molestaría más; tan solo sentía dejar a su hermanastra, aquel ser dulce al que tanto adoraba y que tanto la quería a ella. A veces, no entendía cómo una mujer tan prepotente había tenido una hija que parecía un ángel. Lloraron cuando se separaron, pero le prometió escribirla y así lo hizo durante muchos años, hasta que murió al dar a luz a su segundo hijo. Clotilde fue al funeral de su hermana y también al de su padre, tanto en uno como en otro apenas faltó un par de días. Deseaba pasar el menor tiempo posible junto a su madrastra; regresaba de nuevo y, en las dos ocasiones, siempre hizo lo mismo: se quedó durante horas en el porche, sobre la mecedora, llorando en silencio, con las lágrimas resbalándose por las mejillas, empapándole el cuello de la camisa y meciéndose, siempre meciéndose. Luego, volvía a pasar

largas horas en el jardín, cavando la tierra, limpiando las hierbas y arreglando las flores. Era como si la estuviera viendo allí, ahora, tantos años atrás; en ese momento, se vio a sí mismo, no era el anciano que sentado en la silla de la cocina recordaba tiempos pasados, era aquel joven que tantas veces rio con ella junto a aquel porche, que sentía sus ojos tras él cuando pintaba las habitaciones o colocaba los azulejos, aquel joven que ahora lloraba como un niño, en silencio, apretando los puños de rabia; lloraba por ella, por el amor que fue o que no fue, que por cobardía o destino pudo haber sido.

Sacaron el féretro de la casa entre cuatro hombres del pueblo. Entre ellos estaba Diego, tampoco hacían falta más; al final de los días, se había consumido tanto que pesaba menos que una niña. El camino hacia la iglesia fue en silencio, salvo los cantos religiosos de un grupo de mujeres del pueblo. Se ofició la ceremonia religiosa y llevaron su cuerpo al cementerio. Apenas había flores; ella que tanto las amó y las cuidó no las tenía el día de su despedida, el mal tiempo se había encargado de ello. El día, que había amanecido soleado, empezaba a enturbiarse; el cielo, que había dado aquella tregua, se estaba encapotando. Dejaron el féretro sobre la tierra y escucharon la última oración. Las palabras de don Nicolás sonaban en el silencio de aquel santo lugar, pero Lucía apenas las oía, eran como un susurro; sin embargo, oía el viento y lo sentía frío, paseándose por su cara, balanceando su pelo; se dejó acariciar, sentir el frío que penetraba en su cabeza, solo veía el ataúd y negro, todo negro, los vestidos negros de las mujeres, los trajes negros de los hombres, ¿por qué todo el mundo se había vestido de negro?, se preguntaba mientras el aire llevaba y traía su pelo hacia su cara. Lo dejaron caer con las cuerdas en el foso, con cuidado, suave, no podían hacerle daño, y los veía otra vez, todos de negro, era como si el pueblo se hubiera puesto entero de luto para darle su adiós. «Lo hacen con cuidado —pensaba—, siempre fue tan buena con todos...». Cayó la tierra que las palas empujaban hacia el interior, y fueron cubriéndolo todo. «Ya está, ahora sí que todo ha acabado». Las últimas paladas aplastaban la tierra que unos días después iría asentándose. «Ya se fue, todo ha acabado, hace frío, bendito frío». La gente empezó a retirarse, entre ellos mismos se dieron el pésame, ella era un poco de todos, se fueron en grupos hablando de ella. Todo eran parabienes, pero Lucía solo sentía el frío en la cara; y el pelo, que el viento revolvía a su antojo con la fuerza del que empuja para echarte del lugar. «A lo mejor es ella —pensó—, que quiere que nos vayamos, que ya no hacemos nada aquí».

Diego la devolvió a la realidad; le pasó cariñosamente el brazo sobre el hombro y se lo dijo:

—Lucía, vámonos. Ya ha acabado todo. Tu abuelo ha ido delante con mi padre, el médico y algunos más. Además, no quita que vuelva a llover.

Se dejó llevar, Diego la empujaba con suavidad y cariño, la ayudaba a salir de allí, él lo sabía, sabía lo que ella había querido a aquella anciana mujer... ¿Querido? Más bien quería, pensaba, porque aún la quería.

Llegaron a la casa cuando empezaba a llover; el tiempo hizo que aquellas gentes apremiaran el paso hacia sus casas. Las calles se volvieron a quedar vacías, y se hizo el silencio; solo se oía el golpear de la lluvia sobre las piedras del suelo y el ruido que hacía la verja de hierro de la casa de doña Clotilde al ser empujada por el viento. Se había quedado abierta. Lucía vio desde la ventana de su habitación como Diego la cerraba bien, cuando ya se iba hacia su casa. Ella había decidido acostarse pronto. ¡Estaba tan cansada! Se metería entre las sábanas acurrucándose como una niña que se esconde del fantasma que hay debajo de la cama. Mañana, el nuevo día quizás le trajera la sensación de que todo había sido una pesadilla. Pero no sería así, habría más mañanas, y cada una aminoraría más la pena; con el tiempo, ella sería un dulce recuerdo. Sí, un bello y dulce recuerdo.

CAPÍTULO XVII

Fernando miraba por la ventana de su oficina, las vistas eran impresionantes, se divisaba casi toda la ciudad, y al fondo, el mar. El edificio estaba en un lugar privilegiado, en aquella subida, al final del repecho sobre una hondonada, al principio no había nada, tan solo campo y aquellas vistas. Su abuelo lo descubrió paseando con su padre y fue allí donde lo mandó edificar; desde allí lo veía todo, la ciudad, el puerto..., vería entrar y salir los barcos, lo controlaría todo, al menos eso creía, luego fueron edificando a su alrededor, pero él seguía teniendo sus dominios. Sin embargo, Fernando pensaba que aunque un hombre tuviera desde allí aquella vista del mundo, no por ello era dueño de su dominio; cuán frágiles eran los dedos cuando mismamente el agua se escapa entre ellos. Así se sentía él, como queriendo agarrar algo, pero sin la fuerza ni el poder suficiente para lograrlo.

Pensaba en Marina, tenía miedo de que, al igual que el agua, se le fuera entre los dedos de las manos. Esperaba un hijo suyo, sí, pero a lo mejor no sería suficiente; la amaba tanto que el temor a perderla empezaba a hacerle sentir impotente. ¿Huiría? Eso era de lo que tenía miedo, que un día, cuando entrara por la puerta, ella ya no estuviera allí. Había ido ocultando aquella verdad... ¿o era una mentira?, pero ¿hasta cuándo? Ella se lo reprocharía... Le diría una y mil veces que algo así debía saberlo, él tendría que decírselo. Pero ¿cuándo? Su embarazo cada vez estaba más avanzado y tenía miedo de que cualquier alteración los perjudicara a los dos, a ella y al niño. Había esperado demasiado...

—Siento haber tardado tanto, Fernando. —Don Joaquín había irrumpido de forma precipitada en el despacho. El hombre venía con prisa, sabía que Fernando llevaba largo rato esperándole y que el asunto que tenían que tratar era demasiado importante. Sus palabras fueron algo entrecortadas, le faltaba la respiración. Por su edad, sus movimientos se iban limitando, y lo de ir corriendo a los sitios, cuando la celeridad apremiaba, era algo que le empezaba a dejar ya agotado.

Fernando no le dijo nada, se había dado la vuelta en el momento propicio en que este había abierto la puerta. Lo observaba. Sabía que con el tiempo tendría que dejar su puesto y lo lamentaría. Tendría que empezar a buscarle

un sustituto y eso era algo que iba demorando, sabía que iba a ser exigente en su elección y que tenía ante él una papeleta ardua en criterios preconcebidos. Don Joaquín había empezado con su padre, cuando ambos salieron de la facultad; fueron amigos más que compañeros de trabajo. Don Joaquín se sentó en la silla junto a la mesa del despacho y fue sacando unas carpetas del maletín que portaba.

—Fernando —le dijo mientras iba extrayendo los papeles—, tienes que empezar a buscar a alguien que me sustituya. Ya... ya sé que no quieres —le hizo un gesto con la mano al ver que Fernando le iba a interrumpir—, bien sabes que yo no me iré del todo. Son muchos años y sé que a ti te va a faltar la confianza total en la nueva persona que ocupe mi puesto, pero no te preocupes, que yo no me iré del todo. Estaré siempre ahí para todo lo que desees referirme, pero, como comprenderás, hay días que yo mismo veo que no puedo. Si no fuera por esta maldita diabetes, otro gallo cantaría, pero qué le vamos a hacer... Bien, al grano. Se han complicado las cosas en la capital central. Esta situación de inestabilidad política está llevando a ciertas inseguridades. Ya son dos los camiones de conservas que nos han volcado antes de llegar a su destino. Pienso que es necesario que vayas. Deberías sosegar los ánimos entre nuestros clientes y buscar una forma de asegurar la mercancía hasta que los ánimos se templen. Quizás sería conveniente mandarla por ferrocarril. Los costes son más caros, lo sé, pero al menos nos aseguraríamos la carga. Además, los ferrocarriles cubren las mercancías con un seguro; es un extra que hay que añadir cada vez que hay un envío, pero al menos nos da una confianza de que si ocurre algo no lo perderíamos todo.

Fernando se había quedado pensativo. Don Joaquín sabía perfectamente que aquel muchacho, como él solía a veces llamarle cuando estaba con su mujer, estaba pensando en Marina.

—No lo sé, Joaquín. No puedo dejar a Marina ahora sola. Su embarazo está muy avanzado y creo que no sería conveniente. —Se había quedado recostado sobre el sillón de su mesa y jugueteaba con el lapicero que tenía entre los dedos.

—Fernando, sé que Marina y tu hijo son muy importantes para ti. Pero esto también lo es. No te lo pediría si no lo fuera. Sé que no es el momento propicio, pero han surgido así las cosas. Si no hacemos algo, perderemos mucho dinero y quizás a nuestros clientes. Además, la competencia siempre está al quite. No será mucho tiempo. Solo te llevará el viaje y un par de días

hasta que temple los ánimos. Nosotros nos ocuparemos de Marina. Estaremos pendientes. Además, también está Adelfa.

—Es por Adelfa también por lo que lo digo. Últimamente, las cosas empiezan a no ir.

—Te lo dije hace años, Fernando. Tuviste que llevarla a una institución.

—Intentó quitarse la vida dos veces. Al fin y al cabo, está en su casa. Según días, está más o menos nerviosa, pero sé que no intentará nada. Además, están Adelfa y Jacinta.

Don Joaquín no quiso seguir con el tema. Sabía perfectamente que Marina seguía sin saber nada y que Fernando se encontraba en una encrucijada. Además, la inestabilidad política que empezaba a vivir el país y las protestas de los trabajadores complicaban aún más la situación. Aquel era el peor momento para dejar a Marina sola.

—Bien, Fernando. Tú dirás.

—Prepáralo todo. Saldré mañana en el primer tren. Así podré estar de vuelta al final de semana.

Cuando Fernando llegó a casa, entró en la cocina buscando a Marina. Manuela pelaba unas verduras sobre un cuenco de barro que había encima de la mesa. Fernando sabía que a Marina le gustaba sentarse algunos ratos allí para charlar con aquella rolliza mujer.

—¿Sabes dónde está la señora, Manuela?

—Está en sus aposentos, señor, han... —Fernando no esperó a oír más, se había dado media vuelta antes de que la mujer siguiera hablando.

Subió las escaleras de dos en dos y atravesó la sala hacia la habitación. Marina contemplaba una cuna que habían colocado unos momentos antes.

—Mira, Fernando. Es bonita, ¿verdad? La acaban de traer ahora mismo. ¿Por qué no me habías dicho nada?

Fernando recordó que la había encargado y que quería que fuese una sorpresa. Le hubiera gustado haber estado en casa para ver el rostro de sorpresa y emoción de Marina. Tenía que decirle lo del viaje; iba a hacerlo, pero no quiso enturbiar aquel momento de felicidad. Si no fuera por aquellas noticias, todo hubiera sido perfecto. Decidió esperar, sabía que no podría hacerlo mucho pues a la mañana siguiente se iría, solo tendría que buscar el momento; por ahora, no quiso ensombrecer la alegría del aquel instante.

Adelfa había presenciado los últimos momentos de aquella escena, bajaba del piso superior con la palidez reflejada en la tez de su rostro y un cierto

nerviosismo que le hacía estrujar las telas de sus faldas, llegando a marcar pronunciadas arrugas. Retrocedió y se apoyó en la pared de fuera recostando la cabeza mientras sus manos fabricaban interminables pliegues en sus faldas. Bajó las escaleras hacia la cocina, pero se detuvo en el vestíbulo, con la mirada hacia un lado y otro de la casa; se decidió por fin en ir hacia el salón. Allí no había nadie. Paseó de forma descontrolada hacia un lado y otro de la habitación. Oyó pasos que bajaban de la escalera y se detuvo. Fernando, con el abrigo en la mano, se dirigía hacia la puerta de la calle con intención de salir de la casa. Adelfa se apresuró, tenía que hablarle antes de que se fuera.

—¿Fernando...! —Por primera vez en muchos años, la voz firme y segura del ama de llaves sonó temblorosa.

—¿Qué quieres, Adelfa? —Sin embargo, la voz de Fernando dejaba patente que la conversación sería breve o inexistente.

—Es muy importante que hablemos.

—No tengo nada que hablar. Ya está todo dicho.

Apenas le dio opción a más. Se fue cerrando la puerta tras de sí mientras el ama de llaves presentía que aquello era lo más parecido a un castillo de naipes que se iba a desmoronar en cualquier momento. Entró en la cocina y se sentó junto a la mesa, se sirvió de la jarra un vaso de agua fresca. Manuela observaba el semblante de aquella recia mujer mientras bebía.

—¿Qué ocurre, doña Adelfa?

—Tenemos un problema, Manuela. Intento hablar con él, pero no quiere escucharme. —Manuela contemplaba cómo doña Adelfa había dejado su mirada en un punto perdido; luego prosiguió—: Hoy me ha mirado de ese modo que ha llegado a darme miedo: «No será —me dijo—, no será» y sonrió; sonrió de tal manera que no me ha gustado nada.

—Pero...

—Me voy, Manuela. Tengo que volver a subir arriba.

Salió de la cocina. Manuela se quedó anclada en unos pensamientos donde se mezclaba un pasado con un presente lleno de incertidumbre. Jacinta entraba del jardín por la puerta de la cocina que daba a este, se quedó observando a la cocinera, que quieta sobre la trébede le dijo mientras la miraba:

—Jacinta, hace tiempo que el señor le debió decir la verdad a Marina y haber tomado una decisión al respecto. Esto se nos va a ir de las manos. Hay cosas que no se pueden ocultar por más tiempo.

Cuando Fernando regresó a la casa, dio orden de que le prepararan el equipaje para varios días. Partiría a la mañana siguiente; bien pronto un coche le esperaba a la puerta para llevarle a la estación del tren. No iría solo, don Joaquín había dado orden de que le acompañara el mismo hombre de confianza que solía hacerlo en tales ocasiones.

Estaba en el salón de abajo dando las órdenes oportunas a Adelfa.

—No estaré fuera más de una semana. Solucionaré los problemas lo antes posible, creo que estaré de vuelta en el primer tren de la tarde del domingo. Procura que todo esté tranquilo. Marina está en la recta final de su embarazo y no puede tener ningún sobresalto.

—No sé cómo lo voy a hacer. Creo que anda, Fernando. No sé desde cuándo, pero anda. Había unas cosas cambiadas de sitio y la ventana estaba abierta.

—A lo mejor fue Jacinta.

—No, Jacinta no fue porque ya se lo pregunté.

—Pudo ser ella con la silla de ruedas.

—Es imposible, desde la silla no llega hasta el pestillo de la ventana si no se pone de pie.

—Está bien. Cuando vuelva, le diré la verdad a Marina y entonces la llevaré a una institución.

—Ojalá no sea demasiado tarde.

—Adelfa, ya vale —la voz de Fernando sonó alta y regia; tras unos segundos, más calmado, siguió—: he dicho que cuando vuelva.

Marina había escuchado parte de la conversación detrás de las puertas que daban a las tres estancias. Al oír los pasos de Adelfa, se dirigió hacia el cuarto de aseo deseando que tanto el ama de llaves como Fernando no se percataran de que había sido testigo de aquella conversación. Era evidente que allí, en aquella casa, siempre había habido alguien más. Aunque hacía tiempo que no oía aquellos extraños gritos, pensaba que algo raro ocurría en esa casa. Se lo había preguntado a Fernando alguna vez, pero aunque su voz había evadido cualquier explicación, la expresión de su rostro cambiaba con tal rapidez las escasas veces que se lo había mentado que siempre pensaba que ya buscaría el momento justo. En aquellas ocasiones, su mirada se transformaba, llegando incluso a intimidarla, pero siempre recogía su cuerpo entre sus brazos, acariciándola con tanto amor y tanto mimo, besando delicadamente su pelo, creyendo que así la ahuyentaba de sus recuerdos. Al

principio lo conseguía; otras veces, Marina se dejaba mecer entre el amor y los brazos de Fernando, pensando en buscar el momento en el que contarle la verdad. Y ahora lo sabía. Solo tenía que averiguar quién era la mujer que vivía en las dependencias del último piso de la casa.

Fernando cogió el primer tren de la mañana con el deseo de solucionar aquellas cuestiones mucho antes del fin de semana. En algunos tramos del recorrido, vieron grupos de piquetes de trabajadores que, apostados en los caminos, impedían el trasiego de alguna camioneta con mercancías, y algunos incluso llegaban a meterse con algún coche de viajeros. Hasta entonces los trenes eran seguros. Las vías aún no habían sido cortadas y los viajes podían hacerse con alguna seguridad. Fernando miraba por la ventanilla pensando en Marina y en resolver aquella situación en cuanto regresara. El largo trayecto de más de diez horas de viaje, desde la ciudad hasta la capital central, les había dejado algo cansados. Cogieron un coche de alquiler de los que había apostados a la puerta de la estación a la espera de los viajeros, y dieron orden al cochero de que les llevara al hotel. Tras meter el equipaje en la parte de atrás del vehículo, el cochero movió la manivela para ponerlo en funcionamiento. Vieron a grupos de hombres que se arremolinaban en lugares que sabían podrían ser puntos débiles y problemáticos con el fin de provocar la reacción tanto del resto de los trabajadores como del gobierno.

—Los nervios están muy caldeados —les informó el cochero—. Los obreros están empezando a formar piquetes también aquí, en la ciudad, no solo en los caminos. Vuelcan los camiones y no dejan que los alimentos lleguen a las plazas ni a los comercios. Buscan de alguna manera la reacción de la gente.

Ante las palabras del conductor, Fernando y su acompañante se miraron. Llegaron al hotel y, tras pedir que les prepararan un baño, se dirigieron a sus habitaciones. A la mañana siguiente se reunieron con las diferentes personas de la empresa que se encargaban de distribuir sus productos por las diferentes plazas de abastos y pequeños comercios de barrio. Fernando se dio cuenta de que la situación política era más complicada de lo que parecía. Aquello más que calmarse tenía pinta de estallar. La semana iba a ser más larga de lo que creía, pensó en Marina, en «ella» y sobre todo en lo último que le había dicho Adelfa. Por primera vez tuvo miedo. Deseó mandarlo todo a paseo y salir de allí; sabía que aquello no se iba a resolver así como así. Si no conseguía hacer

llegar sus productos, lo mismo le daba; cuando todo se templara y el río volviera a su cauce, se reanudarían de nuevo los contratos. Total, antes de llegar a la capital no les había ido mal. Su padre consiguió levantar una gran empresa de aquella que fundó su abuelo, y él había logrado expandir aún más sus productos. Pero ahora había cosas más importantes, y por estar allí no iba a perderlo todo. Regresó al hotel junto a su ayudante y dio orden de que le sacaran dos billetes de vuelta en el primer tren que saliera de aquel día.

Marina dormía intranquila, dando vueltas en la cama, sintiendo una desazón en su cuerpo que no le dejaba coger el sueño en profundidad. Las contraventanas abiertas dejaban pasar la claridad que la noche de luna llena colaba por los cristales de la ventana mostrando nítidamente cada lugar de la habitación. Los ojos de «ella» la contemplaban maliciosamente desde la puerta; una media sonrisa dibujada en su rostro dejaba entrever una dentadura perfecta; vestida con un largo camión blanco, el pelo largo y rubio con el aspecto desaliñado, por llevar varios años abandonado, le llegaba por debajo de la cintura, descalza sobre el pavimento de madera retorció un mechón de su cabello con los dedos de una de sus manos y miraba hacia la cama donde Marina se agitaba en un sueño inquieto; puso los ojos en el vaso de agua que había sobre la mesilla, una mirada perversa apareció en aquellos ojos inciertos acompañando a una pérfida sonrisa, de sus labios salió una voz apenas legible: «No será..., no será... »,decía mientras retorció y retorció el mechón de su cabello.

Marina se despertó asustada; el desasosiego que sentía le hizo abrir los ojos, vio que aún era de noche y tuvo una extraña sensación, más extraña aún que la que había velado su sueño; sintió miedo, el mismo miedo que se siente cuando presientes sin ver que alguien te observa. Miró hacia la ventana; la luz que la luna llena proyectaba sobre la habitación le hizo posar los ojos sobre la figura espectral que había firme junto a la puerta, aquella mujer la miraba con aquella media sonrisa en la cara, quieta, inmóvil... Marina no supo si lo que tenía ante ella era real o era producto de aquel mal sueño que había tenido unos minutos antes, pero seguía allí, igual; el miedo que sintió salió por su boca en un grito desgarrador, las paredes de la casa llevaron cual eco los gritos de Marina despertando al resto de las mujeres. Cuando Adelfa y Manuela entraron en la habitación, la voz agitada de Marina balbuceaba:

—Allí... allí... estaba allí.

Adelfa sostenía a Marina que, agitada y temblorosa, retorció las sábanas

como protegiéndose con ellas. La cocinera y el ama de llaves se miraron, las mujeres habían irrumpido en camisón con dos farolillos en la mano que colocaron en diferentes lugares de la habitación, iluminándola. La voz de Marina no dejaba de repetir:

—Allí... allí... está allí.

—¿Quién? —le preguntó el ama de llaves.

—Esa mujer, esa mujer horrible...

La cocinera y el ama de llaves cruzaron sus miradas temiéndose lo peor. Jacinta irrumpió en la estancia portando un farolillo y miró hacia Adelfa moviendo negativamente la cabeza. Marina dio un grito desgarrador; en sus entrañas sintió una punzada como si un sable cortara sus costillas.

—Está empapada de sudor, tiene el camisón y las sábanas mojadas.

—Jacinta, despierta a Evarista, tiene que traer al médico lo antes posible.

—Lo haré yo —manifestó Manuela—. Jacinta será mejor que se encargue de «ella»; si ha bajado, no creo que vuelva a aparecer por aquí. Mandaré a la muchacha a por un coche, no podemos esperar al médico, hay que llevarla al hospital cuanto antes. Tenemos que alejarla de la casa, será el único modo de que tanto el niño como Marina estén a salvo.

El coche llegó al poco rato, la sensación de desesperación que vivían aquellas mujeres hizo que el tiempo se eternizara en su memoria. Marina en sus escasos ratos de lucidez repetía una y otra vez:

—Allí... allí... estaba allí.

La muchacha se debatía entre los profundos dolores de vientre y la imagen fantasmal de aquella figura de su habitación; estaba segura de que había sido real, estaba allí, observándola, con los ojos puestos en ella, pensaba en qué podía haber ocurrido de no despertar, si no hubiera gritado... Aquella... aquella debía ser... Sabía que aquella angustia agravaba aún más su estado; los dolores cada vez eran más seguidos y más intensos, no podía soportarlo, cada punzada iba acompañada de un grito que parecía salir del interior de una caverna; Marina no podía con ello, su cuerpo no podía con ello, y tras el grito, su lucidez se evadía y perdía la conciencia. Cuando volvía en sí, tardaba en reaccionar, seguía viendo a aquella mujer a los pies de su cama y el dolor..., otra vez aquel intenso dolor y de nuevo volvía a quedarse inconsciente. Manuela sostenía a Marina entre sus brazos en la parte trasera del vehículo azuzando al conductor para que acelerase. El hombre hacía lo que podía; los gritos de Marina le estaban llevando a tal estado de

nerviosismo que a punto estuvo de perder el control. Cuando llegaron al hospital, el hombre se bajó presuroso con el fin de buscar un médico lo antes posible. Sacaron a Marina del coche y decidieron llevarla a la sala de partos; a Manuela, ni la templanza innata de su ser ni la experiencia de su larga vida lograban llevarle una gota de serenidad a aquel rollizo cuerpo.

La mujer se sentó en uno de los bancos del pasillo por el que habían llevado a Marina a la sala de partos. Esperó largas horas, hacía rato que había amanecido y el trajín del hospital con enfermeras con bandejas de comida avisaban de que se había acercado ya el mediodía. Una enfermera traspasó las puertas abatibles; Manuela se incorporó con el fin de que le diera alguna respuesta. Llevaba horas esperando en aquel incómodo banco, y la desazón que recorría su cuerpo le llevaba a veces a sentir que le faltaba la respiración. La enfermera, al ver que la mujer se levantaba lo más presurosa que su cuerpo a su edad le dejaba, dirigiéndose hacia ella le dijo:

—El doctor sale ahora mismo y hablará con usted.

No pudo preguntarle nada, no le dejó. Se marchó con la misma celeridad con la que había salido por las puertas. Manuela sentía que la garganta se le secaba, no había probado bocado alguno desde que llegó en la noche, ni siquiera había dado un trago de agua y empezaba a notar que las fuerzas le flaqueaban. El médico salió a los pocos minutos de la enfermera y se acercó a la cocinera:

—Ha sido un parto duro, pero la niña está bien; no puedo decir lo mismo de la madre, ha perdido mucha sangre y está muy débil. Hemos conseguido que se estabilice. Además, ha llegado en un estado delirante, divagaba, pronunciaba palabras incongruentes. Más tarde se la llevará a una habitación. Deberá registrarla en el libro tanto a la niña como a la madre. Vendrá una enfermera para darle los datos del nacimiento. Buenos días.

Manuela se dejó caer sobre aquella rígida madera, vio alejarse al médico por el pasillo con las manos en los bolsillos de una inmaculada bata blanca. «Registrar a la niña en el libro... —mascullaba entre los dientes—. Dios mío, si yo no sé qué nombre iban a poner a esa criatura».

Fernando se encontraba en el vestíbulo del hotel; llevaba largo rato junto a su acompañante esperando noticias, el mozo acababa de bajar el equipaje de las habitaciones y lo había dejado junto a ellos. La intranquilidad de la espera estaba empezando a llevar a Fernando a pasear en semicírculos. Tenía las manos en los bolsillos y de vez en cuando sacaba la mano derecha y se

acariciaba la barbilla; no era costumbre, simplemente lo hacía siempre que estaba nervioso. Los que le conocían sabían que en tales ocasiones era mejor no decirle nada si no era para darle una solución al problema; el carácter le cambiaba de tal modo que parecía irreconocible, se convertía en otra persona. El ayudante que le acompañaba veía a Fernando pasear a un lado y otro y apretar los labios, sabía que si hubieran estado en la oficina, ya habría dado más de un grito, pero ese lugar le obligaba a ser comedido. Harto de esperar se acercó al mostrador de la recepción del hotel.

—¡Don Fernando, dígame! —el recepcionista se dirigió a él con la amabilidad y familiaridad del que conoce a la persona desde hace varios años.

—¡Que le diga, qué! —le espetó con cierta rudeza—. Es usted quien me tiene que decir a mí. Llevo más de una hora esperando el coche de alquiler, ¿no se da cuenta de que probablemente haya perdido ya el tren? —la voz de Fernando sonó tan fuerte que el resto de las personas que en ese momento recorrían el amplio vestíbulo del hotel se quedaron mirándole. El jefe de la recepción se acercó a él.

—Don Fernando, ¿ocurre algo? —le preguntó—. Yo me encargo —le dijo al recepcionista.

—¿Voy a tener que seguir esperando más tiempo? —el tono de la voz de Fernando no disimulaba el malestar de aquella situación.

Un mozo se acercó hasta el lugar donde se encontraban Fernando y el jefe de recepción, venía presuroso y agitado, tragó saliva y recobró la respiración suficiente para poder hablar:

—Lo siento, señor —se disculpó—, pero no he conseguido billete para ningún tren de su destino, tampoco ningún coche de alquiler, han cortado las salidas, dicen que han matado a no sé qué miembro del Gobierno, hay gente corriendo por todos los lados, yo mismo he tenido que ir corriendo a la estación. Lo siento, señor.

Las palabras del mozo enturbiaron el semblante de Fernando.

—Está bien, muchas gracias, puedes irte. —El jefe de la recepción despidió al mozo.

—Gracias, señor —contestó este.

—Don Fernando, como comprenderá, ante esta situación usted dirá qué quiere hacer. Si lo desea, ordenaré que vuelvan a subir sus equipajes. No sería conveniente ni seguro que saliera, según están los ánimos, a la calle. Le

aconsejo que espere hasta ver en qué deriva. Yo mismo me encargaré de ver el modo en que pueda regresar. Cuando tenga algo, se lo haré saber.

—Gracias. Hágalo así, pues.

Fernando se acercó hacia la persona que le acompañaba. No hacía falta que le explicara nada pues el hombre lo había oído todo. Él no sabía lo que vendría después tras aquellos acontecimientos, solo sabía que había empezado a sentir miedo. Miró a su jefe y vio la incertidumbre y la duda en su rostro, pero no vio que Fernando en su interior también empezaba a sentir miedo, miedo por Marina, por su hijo, por aquella casa; en su interior se arrepentía de haberle hecho caso a don Joaquín, quizás lo pensaron demasiado rápido. Ahora ya no había remedio. Tenía que volver como fuera y tenía que buscar el modo. Por ahora no les quedaba más remedio que esperar. Esperar y solo esperar.

CAPÍTULO XVIII

Había pasado un mes desde la muerte de doña Clotilde; el tío Matías, sentado en la silla de la cocina, intentaba sacar algo de aquella vara de madera a la que daba forma por un lado y otro con su navaja. Había escrito aquella carta a la semana de morir ella, se lo había pedido hacía mucho tiempo, siempre estuvo segura de que ella se iría primero, y él, entonces, le sería de gran ayuda. Le dio la dirección con el nombre a quién debía ir dirigida la carta y le dejó bien claro lo que tenía que poner en el papel. Era todo muy simple. Simplemente tenía que especificar que había muerto y el día, lo demás ya vendría rodado. Y así lo hizo. No sabía por qué estaba pensando en ello en ese momento, hacía días que no se acordaba. Cuando salía a la calle o desde la ventana, miraba a la casa y la veía cerrada, entonces sabía que se ella había ido. Había llegado el momento. La vida cambia las cosas a su gusto, así, sin más, llevas un ritmo de costumbres y un día de repente todo da un vuelco y ya nada vuelve a ser igual, dejas que pasen los días para acomodarte a esa nueva situación y ves que no puedes, que cada vez añoras más aquellos días donde todo era igual, con las mismas gentes y la misma rutina y ves que no es así. Que todo es distinto, tan diferente, que tienes que aprender a vivir con ese nuevo cambio y que no sabes, que miras a algo material que te recuerda aquello y ves que duele y piensas por qué tuvo que pasar y te consuelas, «es la vida, así es la vida». Un día te despiertas y la misma vida te dice que eso ya no es así, que ahora va a ser de otra manera, y sientes que a pesar de los años y la experiencia eres como un niño que tiene que volver a aprender a andar. Así se sentía él cuando miraba allí, hacia la verja, hacia el porche, hacia las ventanas cerradas. Sintió un vacío cuando se fue su mujer y tuvo que aprender a vivir sin ella, cuando se fue su hija y tuvo que aprender a cuidar de una niña pequeña, de sus ropas, de lo que debía o no debía comer, pero cuando miraba hacia allí abajo, estaba ella, siempre estaba ella, siempre estuvo allí, para empujarle a seguir con su sonrisa, con un consejo, con su presencia. Ahora se sentía viejo y por primera vez se sentía solo. Era una soledad distinta a cuando buscaron a Lucía aquella noche, era la soledad del cómplice que se va, de la persona con la que no necesitas hablar porque solo con mirarla ya te has dicho todo. No veía la navaja ni la madera; tan

enfrascado estaba en sus pensamientos que la mano se movía de forma descontrolada dando formas raras e irregulares a aquella vara. Lucía entró en ese momento en la cocina y arqueó las cejas al ver lo que su abuelo estaba tallando.

—Abuelo, ¿qué está haciendo? ¿Qué es eso?

—¿Eh? —preguntó este, despertándose del ensimismamiento en que se hallaba.

—¿Que qué es eso? No sé... parece una cosa rara... o, más bien... no parece nada.

—Estaba entreteniéndome, pasaba el rato nomás. —El hombre salió de aquella situación con lo primero que se le ocurrió, contempló la madera y pensó que lo que había hecho en realidad era estropear una buena vara—. ¿Qué tal tú? ¿De dónde vienes?

—He ido a dar un paseo con Diego, aunque no ha acabado muy bien.

—Peleas de enamorados.

—No es eso, abuelo. No es que no quiera casarme con él, no es eso, pero tiene que entender que yo, si me caso, tengo que vivir en mi propia casa.

—Ya sabes que yo no tengo problema.

—Ya lo sé, abuelo, pero no es eso. Si nos venimos aquí, dejamos solo a su padre, y si nos vamos de aquí, le dejo solo a usted, y yo no quiero tirar ni para un lado ni para otro, pero él insiste en que es tirar el dinero teniendo dos casas donde elegir.

—Y no lleva razón —afirmó.

—Abuelo, lo que yo quiero decir...

—Si lo sé, hija. Si sé lo que quieres decir.

—¿Se puede? —la voz de don Nicolás se escuchó a la par que la puerta de la calle se abría y se cerraba.

—Pase, padre —dijo Lucía.

—Buenas tardes, Matías; buenas tardes, hija.

—Siéntese al lado de la hornacha.

—Gracias, hija. Lo cierto es que ya empieza a caer una buena helada. Así son estos inviernos: cuando ni llueve ni nieva, las heladas nos dejan tiesos.

—Usted dirá, don Nicolás —comentó el tío Matías.

—Venía porque nadie ha encargado la misa del mes por la buena de doña Clotilde. Tenía pensado decírsela porque ella siempre se portó muy bien con

la iglesia, y como vosotros sois los que estabais más unidos a ella quería preguntároslo antes de tomar la decisión por mi cuenta.

—Hágalo, padre, y ya le pagaremos lo que se le deba.

—La voluntad, hija, la voluntad, las misas de difuntos son solo la voluntad, no todos pueden dar lo mismo, y yo lo dejo al criterio de mis fieles.

—Gracias, padre.

—Nunca he entendido por qué hay que pagar porque se rece por alguien — se quejó el tío Matías—. ¿Usted no dice que Dios es amor? Pues con eso habría de bastar, que se rezara por amor.

—Ya, Matías, ya. ¿Pero de dónde saco yo para las velas de la iglesia y la calefacción y...?

—Sí —le interrumpió el tío Matías—, todo eso ya me lo ha contado usted antes... y miles de veces.

—Y tú miles de veces te quejas por lo mismo.

—Van a acabar discutiendo como siempre —les interrumpió Lucía.

—No, hija, yo ya me voy. Por cierto, me gustaría veros a Diego y a ti algún día por la iglesia, tenemos que ir preparándolo todo.

—No se preocupe. Un día de estos nos acercamos.

—Bien, aquí os dejo. Quiero pasar por un par de casas más. Una de ellas es la de Bonifacio, el hombre no anda muy bien, ya tiene sus años...

—Muy bien, padre —le despidió Lucía.

—Ahí te quedas, Matías.

Lucía acompañó a don Nicolás hasta la puerta arreglando con él que cada mes darían una misa por doña Clotilde; el tío Matías siguió en la cocina, contemplaba la vara y el estropicio que había hecho mientras sus pensamientos habían ido y venido en aquellos recuerdos, cogió la navaja y empezó a cortar finas hojas de madera intentando sacar algo de aquello.

Un carruaje de caballos bajaba por la cuesta de la calle, acababa de entrar en el pueblo por el camino que llevaba al pueblo de al lado, no se veían por allí coches de motor, los accesos no estaba muy firmes para que circularan tales vehículos, tampoco se solían ver los coches de caballos; si alguien necesitaba desplazarse, aprovechaban cuando Celedonio, el molinero, llevaba la harina en su carro. El cochero tiró de las riendas de los caballos, y estos se detuvieron junto a la verja de la casa de doña Clotilde. Se abrió una de las portezuelas; el hombre que se bajó del carruaje era de mediana edad, llevaba un sombrero y un abrigo negro, una bufanda rodeaba su cuello y, en una de

sus manos, cubiertas por unos guantes de cuero, también negros, portaba un maletín. El hombre contempló durante escasos segundos la calle arriba y abajo, se volvió hacia la casa y se quedó mirándola; le dio orden al cochero de que esperara allí sin moverse y se acercó hasta la verja abriéndola. Atravesó el camino que cruzaba el jardín y que llevaba desde la puerta hasta el porche, subió los peldaños y observó que, a pesar del tiempo transcurrido, la casa no presentaba ningún abandono. Volvió a bajar los peldaños y siguió por el camino que daba vuelta a la casa, volviendo a asomar al cabo de unos minutos por la parte central, recorrió el mismo trayecto y volvió a cerrar la puerta de la verja.

Hacía rato que las gentes de las casas de la calle miraban por las ventanas; no perdían detalle de cada movimiento del desconocido. La incógnita y la curiosidad merodeaban por las cabezas de cada uno de ellos, aunque solo había uno, el único, que más o menos sabía lo que aquel señor de ciudad podía estar haciendo allí. El hombre miraba a su alrededor, necesitaba buscar a alguien a quien preguntarle, no estaba entre sus intenciones ir llamando puerta por puerta. La mujer de la casa de enfrente, aunque unos pasos más abajo, abrió la portezuela de la calle, con la toquilla sobre los hombros para engañar al frío invierno, y se quedó mirando al caballero con la sola idea de dar respuesta a su pregunta y así saciar su curiosidad.

—Buenos días, señora —le dijo—. Verá, busco al señor Matías Ribadeo.

—Ah, el tío Matías, no hay problema. ¿Ve la penúltima casa que hay por esta ala hacia el final de la calle? ¿La que está antes de la cuadra?

—Sí, claro.

—Pues esa es su casa. No creo que tenga problema en encontrarle a estas horas. Es mayor, ¿sabe? Vamos, quiero decir que el hombre ya no tiene edad de estar en el campo ni nada por el estilo. Vive con su nieta. Ella igual no está en casa —la mujer hablaba y hablaba tan rápido que el hombre empezó a mirarla con cierta extrañeza—, es una muchacha rubia, joven, muy mona la chica; se va a casar con Diego, un muchacho muy majo también de aquí del pueblo...

—Gracias, señora. —El caballero de negro, con la diplomacia que le daba la educación recibida, intentó zafarse de la pesadez dialéctica de aquella señora.

—¡Verá! Pero ¿para qué lo quiere? —la mujer le preguntó al darse cuenta de que al hombre no le interesaba para nada lo que le estaba contando. Se

había dado media vuelta iniciando camino calle arriba, dejándola prácticamente con la palabra en la boca.

La mujer se abrigó con su toquilla, se encogió de hombros y se quedó mirando al cochero, que aún permanecía subido en el carruaje aguantando el fresco del invierno. El hombre permanecía indiferente, quieto, como si alguien hubiera fijado sus posaderas con puntas a la bancada. La mujer, a la cual la sangre le hervía de nervios de curiosidad y chismes, decidió cerrar la portezuela de su casa y, apretándose aún más la toquilla, cogió calle abajo doblando la esquina; no estaba muy lejos la casa donde llevar la noticia y hacer cábalas al respecto.

El hombre miró la aldaba de hierro que colgaba de la puerta de la calle; por las explicaciones que le dio la mujer, aquella debía de ser la casa.

La cogió y golpeó con ella dos o tres veces la madera de la puerta. Pasaron unos segundos hasta que un hombre bastante mayor, canoso, abrió la puerta y le contemplaba sin sorpresa alguna.

—Buenos días, ¿es usted el señor Matías Ribadeo?

—Sí, el mismo.

—¿Nos escribió una carta hace ya casi dos meses?

—Sí, por ahí hace.

—¿Puedo pasar? Tengo que hablar con usted.

El tío Matías abrió más la puerta, hizo que el hombre le acompañara hasta la cocina y le invitó a sentarse en una de las sillas.

—Es una casa humilde. No se parece en nada a lo que usted estará acostumbrado en la capital.

—No se preocupe. No he venido a ver su casa, solo a hablar con usted. ¿Le importa?

—No, claro, está usted en su casa.

El hombre se quitó el sombrero, los guantes y el abrigo, dejándolos en el banco que bordeaba la pared de la cocina hacia la trébede. Debajo de aquel abrigo apareció un traje gris oscuro, el tío Matías observó a aquel hombre; sentía curiosidad por la oscuridad de su vestimenta.

—Lamento no haber podido llegar antes. El despacho de abogados para el que trabajo tenía un par de casos urgentes que había que resolver. Luego, el invierno tampoco nos ayudó: por la nieve las vías estuvieron cortadas algunos días. Además, la política está algo alterada, y este pueblo está alejado de su capital. Ustedes aquí prácticamente no se enterarán de nada, ¿no?

—En eso tiene razón, casi estamos alejados del mundo. —El tío Matías pensó en doña Clotilde, en por qué ella eligió ese sitio para vivir, estaba tan alejado que realmente era el mejor lugar para esconderse de todo.

—Bien, usted nos escribió para notificarnos el fallecimiento de doña Clotilde Solís de Bengoa.

—Ella así me lo indicó hace muchos años.

—¿Sabía usted que doña Clotilde Solís de Bengoa era nieta del marqués de Bengoa?

El tío Matías palideció; la noticia que aquel hombre le estaba dando en ese momento le había dejado sin palabras. El hombre siguió hablando:

—El título le viene por parte de su madre. No tenía más hermanos, ya que la única hermana que poseía era por parte de padre, no de madre. El señor marqués tuvo un hijo ilegítimo que tenía reconocido, este hijo tuvo descendencia, un hijo y una hija. El hijo murió en la guerra de Cuba y la hija tuvo un hijo que se casó muy bien casado. Aunque este último ha intentado pleitear, el marqués de Bengoa dejó todo siempre muy bien atado. Su nieta era heredera del título del marquesado; lamentablemente, al no tener descendencia, pasa directamente al hijo de su prima. Aun así, heredó varias propiedades, un buen capital en efectivo, bastantes acciones, pagarés muy bien colocados y lo que le correspondía por parte de su padre.

El tío Matías no podía creer lo que estaba oyendo. Aquella mujer que había sido su amor secreto, su sueño, era... nunca se lo dijo, ocultó su verdad, con una mentira quizás..., no..., simplemente nunca dijo quién era en realidad. Vivió allí, sola, huyendo de algo que ella solo sabía. Se sentía raro, confundido.

—¿Señor Matías? —El hombre del traje gris inclinó la cabeza hacia él al ver que aquel viejo no asimilaba todo lo que estaba escuchando en tan poco tiempo.

—¿Por qué me cuenta todo esto? Para mí y para el pueblo simplemente fue una buena mujer que llegó hace muchos años, aquí, por la razón que fuera. Ella simplemente hace mucho tiempo me dio una dirección y me dejó indicado lo que tenía que hacer en caso de que ella muriera. Siempre estuvo convencida de que se iba a ir antes.

—Señor Matías, la razón de mi presencia aquí, en su casa, ya le digo que lamentamos en mi despacho no haber venido antes, es —el hombre abrió el maletín y sacaba dos carpetas marrones de cartón llenas de papeles,

mostrándoselas al tío Matías— que doña Clotilde Solís de Bengoa, marquesa de Bengoa, dejó testamento hecho con todas sus propiedades y su capital.

—¿Y? —le preguntó el tío Matías mientras cogía los papeles que aquel hombre le estaba acercando.

—Pues, señor Matías, le diré que deja como única heredera a doña Lucía Ribadeo Martín. Tengo entendido que es su nieta. Entre las propiedades está la casa del pueblo y todas las pertenencias de su interior.

El tío Matías sintió que la cocina le daba vueltas, la noticia le dejó helada la sangre, a la par que sentía que el calor de la lumbre de la hornacha no le dejaba respirar. El anciano se levantó, echó agua de la jarra en el tanque y bebió hasta el fondo.

—Veo que la noticia le ha sorprendido, y reconozco que no es para menos. Bien, le dejo una copia, los originales me los llevo. Léanlos detenidamente y ustedes dirán. Permaneceré dos días en el pequeño hotel que hay en el pueblo de al lado. Les agradecería que se pasaran por allí su nieta y usted para darme razón de si aceptan o no la herencia y así firmar los documentos oportunos. En caso de que lo rechazaran, cosa que si me permite decirle, no entendería, todo pasará por ley a los familiares de su prima.

El hombre se había colocado el abrigo y recogía el sombrero y los guantes. El tío Matías le acompañó hasta la puerta llevando aún en el semblante de su rostro la palidez que le había producido la noticia.

—Recuérdelo, señor Matías, dos días, solo dos días, no puedo quedarme más tiempo. Además, creemos que es tiempo suficiente para pensarse algo que a, todas luces, resulta evidente. Buenos días.

El hombre se despidió saludándole cortésmente con una inclinación de cabeza mientras se colocaba el sombrero. Se dio media vuelta y se dirigió hacia el coche. El tío Matías cerró la puerta y se sentó en la cocina mientras con sus manos manejaba los papeles que unos minutos antes aquel hombre de negro le había dejado sobre la mesa. Pensó en aquella jovencita elegante que bajó de aquel carruaje, en la mujer que día a día mimaba su jardín, en la anciana dulce que se sentaba en el porche de su casa. Esa era ella; lo demás, lo que quedó Dios sabe dónde, era un mundo del que huyó y que ahora regresaba al lugar donde ella vino a esconderse. ¿Cómo se lo diría a Lucía? ¿Qué haría Lucía? ¿Qué pensaría Lucía? Una ráfaga de pensamientos le llevó a que ya su nieta no tendría problemas si él se iba, porque él se tenía que ir, igual que su mujer, igual que Clotilde, igual que tantos otros. Clotilde había

venido a darle un futuro a su nieta. Un futuro sin penalidades, sin problemas, al menos económicos. No iba a influir en ella; que hiciera lo que quisiera, aquello era tan difícil de digerir que necesitarían más de dos días.

Cuando el hombre abrió la puerta del carruaje y se subió en él dando orden al cochero de que partieran, Lucía subía por la calle, viendo como el coche que estaba junto a la verja de la casa de doña Clotilde daba la vuelta cogiendo calle arriba y alejándose del pueblo.

Le habían dicho a Celedonio que les mandara aquel día por la mañana el carruaje de alquiler, que solía estar permanentemente en la plaza del pueblo de al lado para llevar y traer a los viajeros que cogían el coche que les llevaba a la capital o a la estación de tren que estaba a veinte kilómetros, en el siguiente pueblo. Los dimes y diretes de las comadres volaban entre las bocas de aquellas cacatúas inflando con palabras lo que trascendía por su imaginación al no haber sacado mucho más cuando inflaban a preguntas a la nieta del tío Matías, pues sabían bien la respuesta que este les daría antes de que alguna de ellas abriera la boca para preguntarle nada.

Sabían que aquella comidilla duraría una temporada larga, que no acabaría como si tal cosa, de la noche a la mañana. El silencio que había en el interior del carruaje entre el abuelo y su nieta era más una necesidad que una obligación. Se trasladaban al presente aquellos recuerdos del pasado que últimamente habían regresado galopando a su mente con tal velocidad que no recordaba siquiera haber vivido alguno de ellos. Era como si se hubiera abierto un baúl y cada vestigio que se traía del fondo del mismo regresara del olvido.

Lucía miraba por la ventanilla, dejando pasar ante sus ojos el paisaje que miraba sin ver mientras revivía el momento en el que entró en la cocina y vio a su abuelo junto a la mesa llena de papeles. Iba a contarle la novedad del carruaje que hacía escasos minutos había visto en la calle, de lo que había oído, pero cuando le vio allí, supo instintivamente que aquel hombre del abrigo negro había salido de su casa. Escuchó lo que narró su abuelo sin articular palabra y luego subió a su habitación. Sacó la carpeta que meses atrás doña Clotilde la había obligado a llevarse a su casa y guardarla en lugar seguro. Lo hizo y no había vuelto a acordarse de ella. Allí estaba todo. Había guardado minuciosamente cada escritura, cada documento legal..., todo..., lo que tenía y lo que fue heredando con el paso de los años. Y al principio de todo... una carta... su carta. Estaba dirigida a ella, de su puño y letra, con el

cariño y la dulzura que ella siempre llevó en cima. Le daba sus razones, sus motivos, le pedía disculpas por no decirle a nadie, sobre todo a ella, quién era en realidad. Se sentía en la obligación de no hacerlo, quiso ser quien era cuando murió, quien fue durante los años que vivió allí, toda su vida. Fue feliz. Muy feliz. Fue quien quiso ser y no quien hubieran querido que fuera, una heredera bien casada para incrementar su fortuna y su dote con cualquier hijo de familia bien o de título quizás que le hubieran buscado. Se rebeló y se fue. Se escondió y jamás les dio que hablar. No sabe lo que contarían de ella cuando les preguntaran. Tampoco le importó. Sabía que su madrastra se inventó que decidió irse a recorrer el mundo y al final se quedó a vivir en uno de aquellos imaginarios países que se suponía había recorrido. Lo mismo le dio. Ella fue feliz y eso fue lo que quería que entendieran tanto su abuelo como ella, que fue feliz. Sabía que el día que se fuera alguien debía heredar todo lo que fue suyo. Aquella jauría de familiares, que vivían entre figurines del qué dirán y del saber estar, no merecía ni un real de lo suyo. Por eso era ella en quien pensó. Lucía descubrió que había pensado en ella muchos años atrás; aquella frase, al final de la carta, donde ponía que había sido para ella la nieta que nunca tuvo. Fue ahí cuando entendió, cuando comprendió que aquella complicidad que percibía entre su abuelo y ella eran las llamas del amor imposible que pervive aún con el paso del tiempo.

El carruaje se adentró en el pueblo y atravesó las calles principales hasta llegar a la plaza; era amplia, bordeada por casas de baja altura, de apenas dos pisos la mayoría de ellas, y la casa consistorial, donde en su piso de abajo se destinaban un par de cuartos para el médico del pueblo y sus pacientes. El pequeño hotel se encontraba haciendo esquina con una de las bocacalles que daban a la plaza, no era muy suntuoso, pero su arquitectura destacaba sobre el resto de las viviendas. El pueblo era un cruce obligado de los pueblos limítrofes y paso forzado para los viajeros que optaban por el tren, con lo cual, a veces, era un buen lugar de reposo y descanso. Los largos viajes que necesitaban de varios días y de cambios de medios de transporte obligaban a los viandantes a buscar techo en cualquier posada. Aquel pequeño hotel era paso de unos y otros; por el vestíbulo era fácil ver el trasiego de maletas y equipajes que iban y venían. Una amplia cafetería, con amplias mesas y cómodos sillones, hacía las funciones de zona de espera y tertulia. Lucía y su abuelo se quedaron en la puerta mirando hacia el interior, buscando con la mirada al hombre del abrigo negro que les había visitado dos días antes. Al

final de la sala, una pequeña chimenea calentaba al transeúnte destemplado que se acercaba a ella, un par de sillones a un lado y un amplio sofá al otro; sentado sobre este, un hombre de mediana edad, vestido con un traje gris, ojeaba un periódico; en la mano, un pequeño cigarrillo que alguna vez depositaba, descargando la ceniza, sobre la pequeña mesa que tenía enfrente; el resto de la sala estaba llena de mesas de café y sillas, sillones y sofás, y una variedad de cuadros de diferentes tamaños colgaban de las paredes pintadas en un ocre oscuro, una lámpara de araña en el centro completaba la decoración de la sala.

Lucía y el tío Matías la atravesaron hasta el fondo.

—Buenos días —el saludo de abuelo y nieta fue cordial y respetuoso.

—¡Ah, buenos días! —el hombre correspondió al saludo, dejó el cigarrillo en el cenicero de la mesa, dobló el periódico que hasta ese momento había estado leyendo, se levantó y les invitó a sentarse—. ¿Desean tomar un café... o alguna cosa?

—Un café estará bien —contestó el tío Matías.

Lucía se quitó el abrigo y agradeció la cercanía de la chimenea, las dos últimas noches había descansado poco, el sueño acudía cuando ya estaba rendida y su cabeza ardía de dar vueltas y vueltas a aquella inesperada noticia, tenía el cuerpo desazonado y el viaje la había destemplado aún más.

Aunque amaneció un claro día, apenas sin nubes a pesar del crudo invierno, ni siquiera aquellos finos rayos de sol habían logrado templar su cuerpo.

—Para mí una manzanilla, gracias —le dijo al camarero cuando vio que se quedó interrogando con la mirada si deseaba algo.

Tomaron asiento en los sillones, y aquel caballero reanudó la conversación. No en vano se sentía hastiado de permanecer en aquel recóndito lugar donde lo más parecido a un jaleoso ruido era la llegada de algún carruaje. Acostumbrado al tañido constante de la gran ciudad y a tener los minutos del día enteramente consagrados al trabajo, aquellos dos días de tedio que llevaba en el pueblo llegaron a provocarle tales momentos de ansiedad que su cuerpo había amanecido cubierto de un enrojecido sarpullido. Pensaba en qué podría derivar su estancia allí, si no acudían aquel mismo día y tuviera que prolongarla.

—Bien, ustedes dirán —abrió paso a la conversación deseando que aquello se alargara lo menos posible.

—He pensado aceptar lo que doña Clotilde tuvo a bien dejarme —dijo

Lucía—, pero quisiera poner unas condiciones —hizo una pausa y prosiguió al ver que el hombre la observaba sin hacer el mínimo gesto; se le veía acostumbrado a cualquier circunstancia que apareciera hasta en el momento menos idóneo—. Me quedaré con la casa del pueblo y los bienes que hay en su interior; el resto de las propiedades, los pagarés y las acciones las dejaré tal cual están, ustedes me mantendrán informada, al igual que hacían con doña Clotilde, de cualquier movimiento de las empresas. Me remitirán el efectivo tal cual hacían. Hasta aquí nada diferente, seguirán haciendo lo mismo que hacían cuando doña Clotilde vivía. Lo único que cambiará será que las posesiones que tenía, tanto las tierras como el palacete que heredó de su madre y la casa de la villa, las pongan ustedes a la venta. Claro está, que me gustaría comunicaran mi decisión a los parientes de doña Clotilde por si está en su mano o en la de alguno de ellos adquirirlas. Sea de un modo u otro, espero que hagan buen uso de ello. Si doña Clotilde confiaba en ustedes y lo hizo durante tantos años, sería por algo —Lucía volvió a hacer una pequeña pausa y miró fijamente a aquel hombre, que no había movido ni una ceja durante el tiempo que ella llevaba hablando—, y yo espero seguir haciendo lo mismo.

El hombre había escuchado atento a aquella joven, cuyos hermosos ojos azules se le habían clavado hasta dentro al final de la conversación. Se incorporó hacia delante, pues había permanecido cómodamente recostado durante todo el tiempo, y dijo:

—Está bien. Redactaremos los documentos pertinentes tal como usted lo ha dispuesto. Cuando todo esté listo, si no soy yo en persona, un colega mío regresará para que usted los firme. Cuando tenga resuelto lo de la venta, le mandaré un telegrama notificándoselo para que decida y me remita su respuesta en el más breve tiempo posible. Ahora, si me disculpan, subiré a mi habitación a por el maletín. Nos acomodaremos en una pequeña salita que hay aquí al otro lado del vestíbulo, cerca del comedor. Allí estaremos más cómodos y alejados de los ojos de cualquier curioso. Les agradecería que me esperaran allí. Yo regresaré enseguida.

Habían finalizado más rápido de lo que pensaban la firma de todos los documentos y aclarado los últimos pormenores. Se despidieron con un apretón de manos, y Lucía y su abuelo salieron hacia el vestíbulo para coger el carruaje de vuelta a casa. Había comenzado a llover. La mañana se había ido oscureciendo, llevándose el claro día con el que había amanecido; las

nubes negras que fueron encapotando el cielo se apiñaron, descargando con furia una lluvia que golpeaba el suelo con la misma fuerza que el dios del trueno agitaba con furia su martillo, relampagueando entre las nubes un ruido tan ensordecedor que las gentes corrían a refugiarse temblorosas, santiguándose las mujeres y mirando al cielo rogándole a Dios todopoderoso que les exculparan, temerosos de la ira divina.

El tío Matías y Lucía, apostados en la puerta del hotel, contemplaban el devenir galopante de los vecinos que, presurosos en buscar refugio, esquivaban con saltos los riachuelos que bajaban de las distintas calles confluyendo en la plaza.

—Será mejor que entremos, Lucía —aconsejó el abuelo a la nieta—, aquí lo único que podemos coger es un buen enfriamiento, amén de que no nos caiga un rayo.

Volvieron a la sala de la cafetería y se quitaron los abrigos. Se sentaron en sendos sillones que quedaban vacantes, pues el fuerte aguacero había atraído a la mayoría de las personas al interior del hotel. Un camarero de rigor se les acercó y, tras tomar nota, retomó hacia otro lugar, donde la mano alzada de un caballero reclamaba sus servicios.

—Tendremos que esperar un largo rato, Lucía. Con esta tormenta es imposible sacar los caballos. Me imagino que cuando se vea que amaina, el cochero nos avisará para regresar al pueblo.

Lucía se mantuvo callada unos minutos tras la observación de su abuelo. Pasado este tiempo, se le quedó mirando y le dijo:

—Abuelo, ha estado muy callado. Apenas ha dicho esta boca es mía en toda la conversación.

—¿Esperabas que dijera algo?

—No lo sé. Tampoco que no dijera nada.

—No tenía nada que decir. Estaba ya todo hablado. Además, Lucía, has demostrado ser una muchacha muy sensata. Tuviste muy claro desde el principio lo que querías. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, abuelo, pero no crea que estoy tan segura —hizo una pausa y tras coger la taza que el camarero acababa de dejarles sobre la mesa, dijo mientras su mirada se quedaba perdida en un punto desconocido—: ¡ojalá supiera qué es lo correcto!

Sorbieron el café caliente y dejaron que el silencio fuera su compañero por un momento, de fondo; afuera, el golpear de la lluvia y los relámpagos;

dentro, el murmullo de las conversaciones de las personas que llenaban la sala. Ellos descansaron sobre el respaldo del sillón, esperando así que amainara el tiempo.

Tocaban las campanas a volteo expandiéndose el sonido más allá de las afueras del pueblo; las gentes de aquella pequeña aldea llenaban la plaza en corrillos y grupos contagiándose de la alegría del día de la fiesta; los niños correteaban entre los mayores agarrando alguna falda entre sus idas y venidas sin provocar el enojo de la mujer o muchacha que era objeto de tal agarre, aunque no quitaba que alguna diera su queja si ya era causa de dos o más tirones. Se habían colocado sus mejores galas, aquellas de las que hacían uso, igual, una vez al año; otros, los que menos, intentaron hacerse el mejor apaño; la cosa era que el día fuera de fiesta como nunca se había visto, ni siquiera el día de la patrona, se sentían alagados y agradecidos, esperaban pacientes poniendo, entre palabra y palabra, los ojos en la puerta de la iglesia que abierta de par en par aún no daba señal de que nadie saliera por ella. Algunas niñas se asomaban dentro y volvían a salir jugueteando entre ellas, esperando impacientes, con la emoción transmitida entre risas, entradas y salidas.

Las campanas seguían tocando, y muchos de aquellos pensaban ya en engullir hasta saciar su estómago aquellos corderos que llevaban desde bien pronto de la mañana dando vueltas sobre los fuegos, en la era de las afueras del pueblo, allí donde la hoguera de San Juan ardía una vez al año.

Habían acudido prestos por la mañana, antes de la misa, a contemplar cómo llegaban los carromatos; se hacían las fogatas, se empalaban los corderos, se untaban bien de grasa y se los volteaba sobre las brasas para que la piel hecha corteza reblandeciera dentro la carne jugosa y tierna de la que darían buena cuenta aquellos paladares sedientos de carne y vino.

Las hogazas de pan, las cestas de frutas, los garrafones de vino, longanizas de chorizos y salchichones, quesos y panes de nueces y algunas tabletas de chocolate, botellas de aguardiente, coñac y anís se apilaban en un lado de la era haciendo la boca agua a niños y mayores que desde bien pronto pusieron sus pies en camino hacia la era para contemplar el succulento banquete del que harían acopio a la salida de la iglesia.

Salieron las niñas gritando:

—¡Ya salen, ya salen...!

Tras la oscuridad de la puerta, una bella Lucía, envuelta en un hermoso y

sencillo traje de novia agarrada del brazo de un sonriente Diego, traspasaba el mismo umbral que antes hizo de novia, del brazo de un lagrimoso tío Matías, para hacerlo ahora de casada. Los gritos de «¡Vivan los novios!» y los aplausos se oían en el aire acompañando a unas campanas que aún volteaban expandiendo la alegría contagiada.

Los besos y abrazos se fueron sucediendo entre los vecinos y los novios, que eran llevados y traídos, sin saber ya quién les abrazaba ni qué les decían.

Cuando las campanas dejaron ya de voltear, y los novios por fin dejaron de ser movidos como marionetas entre unos y otros, una voz entre el gentío despuntó alta y fuerte:

—¿Vamos ya *pa* la era?

Los ojos de todos ellos se pusieron en los de Diego, que sonriendo gritó:

—*Pa* la era todos.

—Pues *pa* la era, pues —contestó el mismo.

—*Pa* la era... *Pa* la era...

Se oyeron voces emocionadas entre mujeres, hombres y niños, dejando la plaza vacía en apenas unos minutos. Fueron todos en comitiva saliendo del pueblo, no sin antes pasar por las casas donde recogían los tablones, sillas y bancos que llevaban en grupos hasta el prado; unos colocaban, y otros regresaban por más, nadie en el pueblo podía quedarse sin su asiento; las mujeres colocaban platos, vasos y cubiertos y un hermoso cesto de flores en la mesa en que se suponía que se iban a sentar los novios.

Lucía estaba feliz, sabía que era la mejor forma de agradecer que doña Clotilde se acordara de ella, haciendo partícipe a todo el pueblo de su gran día, quería que todos comieran y bebieran, y disfrutaran de viandas de las que solo habían oído hablar.

Entre comida, bebida, risas y bailes fue pasando el día; al final del mismo alguno llevaba encima una buena borrachera, y los cánticos y abrazos tambaleantes con botella de aguardiente en la mano se sucedían por doquier. Los más avisados metieron en cestos lo que sobraba y, tras agradecer a los novios el día de gula que habían pasado, escapaban con ello creyendo que la oscuridad de la noche ocultaba su delito.

—¡Pobres incautos, no se han visto en otra igual! —dijo el tío Genaro.

—Ni nosotros tampoco —aclaró el tío Matías.

—¡Podéis llevaros lo que sobre! —voceó Diego.

Los hombres y jóvenes cantaban lo que sus borracheras les dejaban a bien;

las mujeres, ayudadas de las mozas y los niños, llenaban los cestos de todo lo que bien podían, allí no quedó nada, y si la oscuridad de la noche dejó que algo se olvidara, ya se encargaron de mandar a los niños al día siguiente para asegurarse de que no quedara ninguna vianda.

Al nuevo día, el sonido de los cánticos de los gallos o el ladrido de algún perro fueron los únicos ruidos que se oyeron en todo el pueblo. Aquellos cuerpos de resaca descansaban de un día de comida, bebida y fiesta que no olvidarían nunca. Solo la tarde fue trayendo algo de vida. Cuando preguntaron por Diego y Lucía, el tío Genaro y el tío Matías, que junto a don Julio, el médico, y don Nicolás, el cura, tertuliaban sobre la piedra, al pie de la puerta de la casa del tío Genaro, se limitaron a contestar:

—Se fueron esta mañana. Se fueron a conocer el mar.

CAPÍTULO XIX

Las camas de aquella sala del hospital La Luz de María estaban una al lado de la otra, cuatro en una de las paredes y otras cuatro en la de enfrente; en medio, un amplio pasillo con amplias puertas abatibles a un extremo y otro; los altos techos estaban pintados en un amarillo suave al igual que las paredes, apenas imperceptible si no fuera por el blanco de las grandes ventanas que había en una de las paredes, estas acababan en una cristalera con forma de arco que solía abrirse para ventilar sujetas con una cadena, dejando que el aire entrara hacia el techo y evitara así dar sobre los cuerpos de aquellas convalecientes mujeres que llenaban las camas. Cada una tenía una pequeña mesilla y una silla, que solía usar la persona que acompañaba y velaba la recuperación de la enferma.

Aquella sala estaba ocupada únicamente por parturientas; las mujeres que acudían allí carecían de recursos económicos y eran atendidas por las hermanas religiosas que, voluntariamente, prestaban sus servicios caritativos. El hospital fue construido gracias a la labor de una pudiente marquesa, que dedicó su vida al culto y a las obras de caridad. Al darse cuenta de que con el paso de los años no había pretendiente que llamara a su puerta, decidió calmar sus deseos carnales con rosarios y misas en la iglesia y todas aquellas obras de caridad que tenía a bien menester. Así fue como, al no ver colmado el deseo de haber sido madre, decidió construir un hospital donde nacieran a bien todos los niños de las mujeres que no podían permitirse pagar los servicios de un médico ni las atenciones de un hospital. Algunas de ellas, dadas a la buena vida; otras, engañadas por la buena palabrería y promesas de amor de un señorito rico, dejaban la criatura en manos de aquellas monjas y salían de allí sin el niño y sin la barriga con la que llegaron con la promesa de no volver más. Por eso, cuando salían por la puerta, siempre leían en alto el lema que aquella marquesa obligó a grabar sobre el arco de la puerta que daba a la calle: «No mires atrás», creyendo así que no volverían a caer en el infortunio de volver a parir y tener que abandonar a su hijo.

Las monjitas recogían amorosas aquellos seres recién nacidos, no sin dejar caer antes sobre aquellos cuerpos pecadores un buen sermón de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Las muchachas se iban en llantos,

promesas y juramentos de enmiendas, pero las que volvían escondían su vergüenza pidiendo perdón a las monjitas y entonando insistentemente el *mea culpa* y el «no vuelvo más». Atendían con el mismo amor que a Nuestro Señor, al menos eso decían, a aquellos bebés llorones que, en ocasiones, se despertaban unos a otros al no tener casi sitio donde meterlos y tener que juntar en la misma cuna hasta dos y tres según las ocasiones.

Ellas intentaban que algún matrimonio joven, o tardío, a quien la dicha no quiso conceder hijos, adoptara a alguno de aquellos seres inocentes que, según decían las hermanas, tales ángeles no tenían culpa alguna del pecado de sus madres. Algunas de aquellas señoritas de sociedad, incautas en su inocencia, poco sabían que la criatura con la que salían en sus brazos era fruto del desliz de su marido con aquella jovencueta a quien regaló palabras de amor. De ahí que el hombre se pusiera de mil colores, cuando el retoño ya crecía, sentado en el cochecito en el que le paseaba una orgullosa madre, sonriera a la señora que mientras le acariciaba solía decir aquello de «cómo se parece a su padre».

Temiéndose todo esto, la pobre Manuela se desesperaba con las explicaciones a la madre superiora de que aquella joven que acababa de dar a luz un día antes no era como tantas de aquellas, sino una señora bien casada, que por un imprevisto que no recordaba acabó allí y no en el otro hospital.

Aquella afable cocinera vio la luz cuando vio entrar a Jacinta; la muchacha se acercó hasta ella con una pequeña cesta en la que portaba algunas viandas. Manuela empezó a desahogarse con Jacinta y a hacerle ver que doña Adelfa tendría que solucionar lo antes posible aquel infortunio, pues temía que entre tanta parturienta se perdiera o cambiaran a la hija de su señor; solo de pensarlo se estaba volviendo loca.

Jacinta regresó presurosa a la casa tal como le había ordenado Manuela y con la orden de que doña Adelfa se personara lo antes posible.

Fue al final de la mañana cuando el ama de llaves, pulcramente vestida, bajo un abrigo gris hizo su entrada en el hospital. La hermana que, apostada tras la ventanilla de una pequeña sala controlaba las entradas y salidas del hospital, la vio entrar salió presurosa de su escondite; rápidamente pensó que aquella señora bien vendría a dar un suculento donativo, eso o se había equivocado de lugar.

Buscó a la madre superiora, tal como se lo había pedido, y volvió a su escondrijo con la curiosidad entre el hábito, aunque no tardó en hallar las

respuestas a su pregunta.

Adelfa movió el hombro de Manuela, con el fin de que se despertara, pues la mujer se había quedado dormida sobre la silla con la cabeza medio caída. El cansancio y el estómago en su apogeo la habían llevado al más dulce de los sueños.

—¡Manuela! ¡Manuela!

—¡Eh! —la mujer se despertó asustada—. ¡Doña Adelfa! —dijo mirando a su alrededor sin tener noción de dónde estaba o de si era un sueño.

—¡Manuela! —el ama de llaves intentó no alzar mucho la voz; Marina dormía, como la mayoría de las mujeres que allí se encontraban.

—Perdone, doña Adelfa, pero ya estaba muy cansada.

—¿Qué tal está?

—Lleva durmiendo desde que dio a luz. Ha perdido mucha sangre. El médico dice que está muy débil. Ha sido una niña. Por cierto —su voz era angustiada—, tiene que hablar porque por más que he intentado...

—Ya está, Manuela, está todo arreglado.

—Les digo y les digo, y viene esa monja —Manuela hablaba y no escuchaba a doña Adelfa, que intentaba por todos los medios decirle que ya estaba todo arreglado— y luego una enfermera, tengo miedo de que se la lleven. ¡Ay, Dios! Y no entienden y les digo que ella no es como estas —Manuela bajó la voz mirando al ama de llaves—. ¿Qué ha dicho?

—Si deja de hablar como una cotorra...

—Perdone, doña Adelfa.

—Está todo arreglado. Le he dado un buen donativo. La niña tendrá una cuna aparte y un trato especial. Les he prometido que, al regreso del señor, este sabrá agradecerles las atenciones que hayan tenido con Marina y con la niña. Ahora, váyase a casa; yo me quedaré con ella.

—¿Qué ha pasado con doña África?

—Está sedada. El doctor le ha suministrado una buena dosis; hay una enfermera con ella, será así hasta que llegue don Fernando, espero que no tarde mucho. Ahora márchate, yo me quedaré con ella.

La tarde transcurrió tranquila, Adelfa estiraba las piernas dando algún paseo por el ancho pasillo. Aquellos dineros habían hecho su efecto, y una monja se desvivía en atenciones hacia ellas, no pasaba más de una hora sin que se acercara a ver si Marina aún dormitaba.

—Recuerde —repetía cada vez que venía—, en cuanto despierte, avíseme.

He de llamar al doctor inmediatamente para que la examine.

Los ojos de Marina se abrían lentamente, se cerraban y se volvían a abrir; las paredes amarillas y las camas blancas sobre las que iba paseando su mirada le hacían pensar en qué era aquel lugar y por qué despertaba allí. Sentía que despertaba de un largo y profundo sueño, era como si llevara años durmiendo, se miró las manos cuidadosamente colocadas sobre la colcha de la cama, el anillo en una de ellas, y la imagen del rostro de Fernando le apareció como un *flash* en la cabeza.

—¡Ah, ya despertó, por fin! ¿Qué tal se encuentra?

Una jovencita hermana con un hábito blanco portando una bandeja entre sus manos le hablaba desde los pies de su cama. Se la quedó mirando. Quiso decirle algo y notó la sequedad de su boca y de su garganta.

—No se preocupe. Es normal. Le traeré ahora mismo una jarra con agua. Avisaré al doctor para que la revise. Estábamos deseando que despertara. Su niña es preciosa y solo llora cuando tiene hambre. Vuelvo enseguida.

La monja se alejó, y Marina entonces recordó que estaba embarazada, se vio sentada en el banco del jardín, junto a la fuente de piedra leyéndole a Jacinta, recordó a Fernando, cuando llegaba sorprendiéndola por detrás o con flores en las manos. Un hombre alto con gafas, entrado en años, vestido con una bata blanca junto a otra monja distinta a la anterior, se acercó a la cama.

—¿Qué tal se encuentra? Tuvo una niña. ¿Lo recuerda? Bien, voy a examinarla, vamos a ver qué tal está ese vientre. Coloque los biombos, por favor —le dijo a la hermana.

Doña Adelfa llegaba cuando vio que la cama de Marina estaba rodeada por biombos.

—La está examinando el doctor. Despertó y ha venido a verla —le dijo una mujer de una de las camas.

Esperó de pie. Sabía que aquello era normal, pero tuvo la sensación de que se empezaba a poner nerviosa. Toda su vida había estado dominando sus emociones. Ella misma llegó a creerse que era una mujer de hierro. Venía de la sala de los recién nacidos. Había ido a ver a la pequeña.

—Puede sentarse aquí —le volvió a decir la misma voz—, yo no tengo visitas. Estoy sola. Así que mi silla siempre está libre. Puede cogerla si quiere.

Se sentó y le dio aquellas «gracias» con la misma voz que lo llevaba haciendo durante tantos años; «gracias, señor», «gracias, señora», era un

gracias sin sentimiento, de compromiso, de obligación.

—Yo no he tenido tanta suerte. Mi bebé nació muerto.

El ama de llaves por primera vez reparó en la voz que salía del cuerpo tumbado en aquella cama. Apenas era una niña. No tendría más de diecisiete o dieciocho años. Tenía una cara fina y blanca y una larga cabellera rubia y lacia que se posaba sobre la almohada. Adelfa la miró y simplemente le dedicó una media sonrisa. Sabía perfectamente que aquella muchacha era una desafortunada de tantas que llegaban allí.

—Quizás fue mejor así —siguió hablando—. Cuando me trajeron, la señora de la casa me dijo que no quería volverme a ver por allí.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que resbalaron por sus mejillas y se volvió hacia el otro lado de la almohada. Doña Adelfa se dio cuenta de que aquella muchacha sentía vergüenza de sí misma y recordó a otra, hace muchos años atrás, en aquella misma situación, en ese mismo lugar... La monja retiraba los biombos y el médico se despedía de su paciente. Al verlos, se levantó de la silla y se acercó hasta la cama de Marina.

—Está todo bien. Mejor de lo que me esperaba. Aún sigue bastante débil, pero eso tiene solución. Con buenos cuidados todo se arregla. Ya he dado orden a la hermana para que le traigan de comer. Un buen caldo de gallina y un poco de pescado. Si ve que no tiene ganas, oblíguela. Tiene que alimentar a su hija y ella se tiene que recuperar. Buenos días.

—Gracias, doctor.

El médico se detuvo en otra de las camas de aquella sala, y Adelfa se acercó a Marina.

—¿Qué tal estás?

—¿Cómo es? ¿La has visto?

—Sí, y es muy bonita.

—¿A quién se parece?

—No lo sé, tiene la piel blanquita. Lo que no tiene es nombre.

—Nombre, claro —la voz de Marina sonaba a cansada—, tengo que ponerle un nombre a mi hija. Si estuviera aquí Fernando.

—Pero no está, y la niña no puede estar sin nombre.

—Beatriz —dijo con voz casi imperceptible.

—¿Qué? —le preguntó doña Adelfa, pues apenas había entendido lo que Marina había dicho.

—Beatriz. Se llamará Beatriz. —Miró a su alrededor y pensó en Fernando,

le necesitaba allí. Le necesitaba tanto.

Marina pasó la noche intranquila, su sueño era bailado por unas pesadillas en las que el fantasmal espectro de una mujer deambulaba en el aire por su habitación alrededor de su cama, riéndose y emitiendo tales gritos que encogía su cuerpo bajo las sábanas, acurrucándose, agarrando sus rodillas, y entonces no oía nada, todo era silencio; luego oía el llanto de un bebé y salía de debajo de las mantas y allí estaba..., de nuevo, riéndose otra vez, con su bebé en brazos y repitiendo aquellas palabras, «no será..., no será» y ella quería gritar, pero no le salía la voz, una voz que se agarraba a su garganta, y entonces quería salir de la cama, correr tras ella, arrebatarse a su hija, pero las sábanas la agarraban y la sujetaban y ella no tenía nada, ni voz, ni pies, ni manos, y aquella mujer se reía y reía con su hija en brazos, y repetía «no será...». Cuando abrió los ojos, el médico estaba en una de las camas de enfrente; hacía rato que llevaba revisando a las parturientas, vio que habían quedado dos camas vacías, pensó que probablemente el doctor les habría dicho que podrían regresar a sus casas. ¿Y a ella? Se sentía tan débil; además, aún no había empezado a amamantar a su hija. ¿Y tendría que volver allí? ¿Sin Fernando? Fernando... Fernando... ¿Por qué tardaba tanto en regresar Fernando? No, allí no. Allí no volvería sin Fernando.

—¿Qué tal se encuentra hoy? —la voz del doctor, a los pies de la cama, hizo que aparcara sus pensamientos.

—Mejor, gracias. Algo cansada aún.

—Tendrá que poner de su parte. Debe empezar a comer mejor. Ya sé que aquí la comida no es muy apetitosa a veces, pero las monjitas hacen una gran labor y se esmeran bastante.

—Lo sé, está todo muy bien.

—Bien, examinaremos ese vientre. Si todo sigue como hasta ahora, en dos o tres días podrá irse a su casa.

A media mañana, doña Adelfa aparecía tras las puertas abatibles de la sala, una enfermera había estado pendiente durante la noche de Marina; el suculento donativo que había entregado a la madre superiora les otorgaba algunos favores, por ello había podido ir a dormir a la casa y regresar descansada; además, tenía que controlar la situación de «ella». También deseaba que Fernando regresara, sabía que Marina no estaría muchos días más en el hospital y tenía miedo, tenía que buscar alguna solución, pero lo haría más tarde, ahora entraba a ver a Marina, venía de ver primero a la niña

y sentía que el corazón se le abría, sabía por una monja que Marina había pasado una mala noche, que no había tenido buenos sueños, su cuerpo había dado vueltas y vueltas y había llegado a hablar en alto en alguna ocasión, aunque no se entendió lo que decía.

Se acercó a ella, seguía pálida y unas ojeras negras habitaban aún debajo de sus ojos. Era como si no hubiera dormido nada.

—Buenos días, doña Adelfa.

Se sentó en la silla que había junto a la cama.

—Me ha dicho una hermana que no has pasado buena noche.

—Estaba allí. Todo el tiempo. Volaba por mi habitación con mi hija en brazos, alrededor de mi cama sin dejar de reírse. Fue horrible. No podía gritar, mi voz se quedaba en la garganta y se negaba a salir. Tampoco podía levantarme de la cama. Las sábanas me agarraban como si fueran brazos y piernas, mientras ella seguía allí, riéndose y riéndose con mi hija en brazos. Fue horrible. —Aquella mirada de angustia se depositó en los ojos del ama de llaves.

—Ya pasó, Marina. Tan solo fue una pesadilla.

—No, Adelfa, no. No ha pasado. Y tampoco es un sueño. Es real. Y es real porque ella está ahí, y está loca, lo sé, pero quiero saber quién es. Quiero saber quién es esa mujer, Adelfa. Y tú me lo vas a decir.

El ama de llaves contempló los ojos de Marina, que se habían quedado mirándola fijamente, aquella mirada era segura, retadora, sabía que Marina insistiría hasta saber la verdad. Estaba en su derecho. Hacía tiempo que se lo había dicho a Fernando. Pero ahora ella era quien le contaría todo a Marina.

Adelfa apoyó la espalda en el respaldo de la silla y contempló la cama recién hecha de la muchacha que el día anterior la había ofrecido su silla vacía para sentarse, dejó que sus pensamientos viajaran en el tiempo y se vio a sí misma siendo una joven muchacha, tan distinta a la mujer en la que el tiempo y las circunstancias la habían convertido. Cuando contemplaba su figura en el espejo estirando aquel pelo negro hasta que los mechones quedaban fijamente prendados a un moño, anudados a su nuca, buscaba algún rastro de aquella joven zagala, de quien fue, pero no veía nada. A veces creía percibir un halo de vida en la mirada, de aquella vida que hace tantos años ardía dentro de ella, que le hacía sentir viva; luego, seguidamente, se fijaba en los botones de su bata negra y dejaba tras de sí aquel espejo en el que ya solo se reflejaba la silueta de una mujer de la que solo quedaban sombras.

Miró a Marina con los mismos ojos de siempre, pero con la mirada tan distinta que Marina tuvo la sensación de que estaba ante alguien diferente.

—Lo que te voy a contar —mencionó volviendo a fijar los ojos en la misma cama vacía— es una historia que empezó hace muchos años. Tantos que aún vivían el padre y el abuelo del señor Fernando. Yo era una muchacha que solía ayudar a mi madre cuando iba a la playa a la espera de las barcazas de los pescadores. Nos daban el pescado a muy buen precio; luego, mi madre lo colocaba en un pequeño carro del que tiraba con mi ayuda y lo llevábamos por las casas de los señores a ofrecérselo por un pequeño precio, pero sacando algo con la diferencia. Era nuestra forma de ganarnos la vida. Mi padre estaba enfermo y éramos las únicas que ganábamos cuatro reales para llevar a casa.

»Fernando era un muchacho apuesto, bien vestido. Él y su padre eran dueños de un par de barcos de pesca más grandes, y algunos pescadores trabajaban para ellos. Solía encontrarlo en el puerto; entre él y yo solo había miradas. Bien sabía quién era. Él, un señorito, y yo, una pobre muchacha que con su madre intentaban llevar un real a su casa. Aunque el destino ya tenía sus hilos cosidos. Mi padre empeoró y gastábamos los reales más en él que en comer nosotras. Un día, mi madre me dijo que me había conseguido un trabajo en una de las casas grandes.

»Llevaba unos días trabajando cuando él entró por la puerta; fue tal la impresión que rompí un jarrón que había sobre una peana de la entrada. Cuando el ama de llaves llegó dispuesta a quitármelo del sueldo, Fernando intervino según ella empezó a hablar. Se excusó diciendo que había sido él, que lamentaba su torpeza y que la próxima vez preguntara qué había ocurrido antes de juzgar precipitadamente. En aquel instante, sentí que nada volvería a ser igual. Se enamoró de mí y yo de él, vivíamos nuestro amor en la oscuridad de la noche en la alcoba de mi habitación. Pero su padre tenía otros planes para él. Su hijo tenía que casarse con una mujer de clase. El día que murió mi padre, el cielo me tenía preparado un dolor más grande. Él estaba allí, en el cementerio, bajo un paraguas negro al pie de un árbol, resguardándose de aquella mañana de lluvia.

»Cuando todo acabó, se acercó a darnos el pésame; mientras mi madre se alejaba acompañada de un par de vecinas, se me quedó mirando y me lo dijo. No podía hacer otra cosa. Su padre ya había puesto la fecha de la boda, era de buena familia y aportaría muy buena dote, dijo que de nada le sirvió decirle

que amaba a otra mujer. Simplemente no le quiso escuchar. «El amor para los pobres y el dinero para los ricos», fue lo que le dijo. Yo ya llevaba en mi vientre a su hijo, pero me callé, no le dije nada. Se casó con ella. Dos días antes de que llegaran de su luna de miel, trajeron sus cosas, entre ellas un piano que colocaron en el salón de la casa. Cuando llegaron a la casa y la vi, pensé que Fernando la quería, porque era muy bonita, tenía unas manos blancas y delicadas que deslizaba amenizando a invitados y amistades. Enamoraba a todo el mundo. Fernando llamaba a mi puerta todas las noches, pidiéndome perdón, diciéndome que me quería, que me necesitaba, que solo era yo..., pero yo no le abría. Disimulé mi embarazo hasta que vi que ya sería imposible ocultarlo más y me marché. Fernando se había ido de viaje con su padre y fue una buena ocasión. Yo alegué que me encontraba mal, que estaba enferma. Ella no insistió en que me quedara. Sabía que estaba desesperada por quedarse embarazada y tenía que evitar que yo le contagiara mi «supuesta» enfermedad.

»No quería verle, así que mi madre y yo nos fuimos al pueblo de una tía. Supimos por las vecinas que vino a buscarme; al principio lo hacía casi todos los días, después lo fue espaciando, pero nunca dejó de hacerlo. Era como si estuviera seguro de que yo volvería. El día que me trajeron a este mismo hospital para dar a luz, él abordó a mi madre en la puerta de la casa y fue así como se enteró. Estuvo todo el tiempo hasta que su hijo nació y lo tuvo en sus brazos. Dijo que lo criaría, que le daría su nombre y que yo estaría allí, junto a ellos, siempre. Convenció a su mujer para adoptarlo y fue así como empezó todo. Yo regresé a la casa a los pocos días, crie a mi hijo con el amor oculto; solo en la intimidad le decía cuánto le quería, pero el dolor de ver cómo la llamaba *mamá* a ella fue algo difícil de superar. Los años me ayudaron a endurecer mi pena. Seguí siendo su amante, su amor secreto; entre los dos construimos una mentira y vivimos a su sombra, pero el tiempo no lo borra todo por mucho que lo intentemos.

»Un día, mientras yo colocaba unas flores en un jarrón de la biblioteca, Fernando se acercó a mí sorprendiéndome por detrás, me dijo palabras tranquilizadoras porque la noche anterior yo volví a llorar en sus brazos la pena de una madre por su hijo. Tarde descubrimos que ella estaba allí escuchándolo todo. Se puso histérica, Fernando intentó tranquilizarla, pero ella no se avenía a razones, tampoco las había, salió decidida a decirle a su hijo toda la verdad. Fernando salió tras ella para impedírselo, forcejearon y

ella cayó por las escaleras. Estuvo meses inconsciente y, cuando volvió en sí, solo podía moverse en una silla de ruedas. Cuando la trajeron a casa, Fernando hijo ya sabía toda la verdad. Para entonces ya era un muchacho al que le quedaba poco para acabar la universidad; contemplaba a aquella mujer a quien durante toda su vida había creído que era su madre, desde la sensación del engaño y la mentira. Al principio fue duro, pero al final a todo se acostumbra una; seguí siendo el ama de llaves, pero también me convertí en su enfermera. Poco a poco, todo se fue oscureciendo en aquella casa; ella era una persona que vivía porque vivía sin más, apenas hablaba, se pasaba las horas junto a la ventana, mirando al vacío; de vez en cuando la sorprendía mirando con odio al hombre al que yo había amado toda la vida; al que había aceptado como hijo durante tantos años ahora era un ser indiferente, era como si ya no existiera.

»El tiempo pasó y Fernando empezó a trabajar con su padre; en esta casa ya solo se hablaba de negocios. Era como si el trabajo escondiera bajo un tupido velo la verdad del día a día. Fernando padre vivió hasta su muerte con el remordimiento y la culpabilidad. Ella se quedó en las estancias del piso superior, que se acondicionaron expresamente para ella. Se negaba a bajar, apenas salía de allí. La última vez que lo hizo fue para el funeral de Fernando. Ya no quiso bajar nunca más. Al principio todo siguió igual; luego dejó de asearse, casi había que obligarla, se negó a ponerse sus vestidos y empezó a tener ataques de histeria. El médico se decidió por darle unos tranquilizantes, pero, aun así, en una ocasión rompió un vaso y se clavó un cristal en la garganta. A pesar de todo, Fernando no quería llevarla a ningún lugar, era como si tuviera una deuda pendiente con ella. Aquella muchacha, fina y delicada, a la que adoraban todos los invitados que acudían a sus fiestas, se había convertido en un ser irreconocible, y yo me sentía culpable de ello.

»Cada vez, que la veo allí, adormilada por los sedantes del doctor, intento recordarla sentada al piano dejando fluir las notas por cada estancia de la casa, enamorando con su música a cada invitado. Organizaba unas fiestas muy bonitas y sabía agasajar y deleitar a todo el mundo. Ahora ya no queda nada de ella, solo es la locura de una mentira, el dolor de una verdad que destruyó cuatro vidas. Pero tú aún puedes salvar la de Fernando; él puede ser feliz contigo.

—Ahora lo veo —dijo Marina.

—¿El qué?

—Los ojos. Cuando vi los ojos de Fernando por primera vez, pensé que yo ya había visto aquellos ojos antes. Y fue en usted. En su verdadera madre. ¿Cómo se llama?

—África. Ella se llama África.

Se quedaron calladas. El silencio se convirtió en el compañero que unió los recuerdos de dos mujeres a las que el destino cruzó entre ellas la línea que unió sus vidas. Cuán extraño puede llegar a ser el destino cuando teje sus hilos cual tela de araña enredando entre su madeja las vidas de aquellos que, sin conocerse, un día cruzan entre sí una mirada y sin saber por qué sienten que sus almas se separaron al nacer para encontrarse en el camino de la vida.

Fernando regresaba de enviar él mismo un telegrama; aquella espera le desesperaba día a día y mataba el tiempo con los responsables de la distribución de sus productos en la capital, a pesar de que empezaban a escasear. Los problemas políticos se extendían por el resto de las ciudades y las comunicaciones en algunas vías aún seguían cortadas. Habían hecho nuevos clientes, al menos el tiempo de más lo iba rentando, pero los pensamientos en Marina, sobre todo cuando llegaba la noche, le quemaban desesperándole; abría la ventana de la habitación del hotel e intentaba que el aire refrescara su piel cubierta de aquel sudor pegajoso. Cerraba los ojos y veía a Marina, sentía su piel junto a la suya aspirando cada poro, enredando su pelo entre sus dedos, apretando sus senos firmes y duros y sintiéndola tan dentro de él que cuando creía que todo era real, que estaba junto a ella de nuevo, bajo las sábanas de la cama de su habitación, abría los ojos y se veía allí, en aquella habitación de hotel, con la sensación amarga de que todo es un sueño al que ha llevado el más profundo de los deseos.

—¡Don Fernando, por favor!

Fernando se giró, iba a entrar en el restaurante del hotel cuando oyó la voz del jefe de recepción que le llamaba; iba como siempre, tan correctamente vestido que era difícil encontrar una pequeña arruga en su traje. Se veía que la imagen del hotel era cuidadosa hasta en los más mínimos detalles. Pensó que le abordaría con cualquier menudencia, no podía tener queja, reconocía que se desbordaban en atenciones hacia su persona, pero había decidido empezar a hacer gestiones por su cuenta en vez de seguir esperando a que le buscaran sus soluciones, así que cuando se volvió pensó en contestarle lo más educadamente posible.

—¿Sí?

—Me han comunicado que el problema de las vías del tren está a punto de solucionarse. No hay nada oficial, pero hemos hecho nuestras propias averiguaciones.

—Gracias. Me imagino que sus fuentes serán seguras, ¿no?

—Usted ya sabe que nosotros hacemos lo imposible por nuestros buenos clientes y que en nuestro hotel prima la discreción ante todo, don Fernando.

—Muy bien. En cuanto tengan algo seguro, sáquenme dos billetes con urgencia y, si no estoy en el hotel, me localizan de inmediato.

—Así se hará, don Fernando.

No supo por qué, pero sintió que en el cuerpo le recorría una ligera alegría; el hombre que trabajaba para él y que le esperaba en la mesa para comer percibió la sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Ocurre algo, don Fernando? —le preguntó mientras asía una de las sillas de la mesa para sentarse.

—¿Por qué lo pregunta? —le dijo mientras colocaba la servilleta sobre los pantalones.

—Venía usted sonriendo.

—Me han comunicado que probablemente regresemos antes de lo que pensábamos.

—Eso es una buena noticia, don Fernando.

—Sí que lo es, sí. —Y girándose hacia el camarero cogió la carta, que este le ofrecía, ojeando los platos del menú del día. Tenía hambre. De repente sintió que se le había abierto un gran apetito.

—Doña Adelfa, ha llegado un telegrama.

Las rollizas nalgas de la cocinera jaleaban a un lado y al otro la larga falda del vestido ante su paso acelerado. Había oído la puerta de la calle y salía presurosa a entregarle aquel telegrama que había llegado dos horas antes. Era de Fernando; al firmar, cuando el muchacho le hizo la entrega, comprobó el remitente. Estaba ansiosa por saber qué ponía. El ama de llaves rasgó el papel y leyó el contenido.

—¿Qué pone?

—Que aún no viene. Tendremos que solucionar nosotras el problema. Daré aviso a don Joaquín.

—¿Pero no dice nada más? —Manuela contempló a doña Adelfa, que subía las escaleras sin volverse a contestar a su pregunta. Retomó el camino a la

cocina mascullando entre dientes: «Esto ya lo sabía yo, que nos teníamos que comer el guiso...».

El carruaje de don Joaquín se detuvo ante la puerta del hospital.

—Espere aquí —dijo al cochero.

El hombre saludó a la madre superiora y soportó durante largo rato las palabras de agradecimiento por el nuevo donativo del que había hecho entrega él mismo. Se preguntaba por qué los religiosos tenían que llegar a ser tan pesados tanto para pedir como para recibir. Aquella hermana se deshacía en elogios hacia Marina y su bebé. Él se preguntaba si hubiera sido igual si aquellos donativos no hubieran caído en sus gruesas arcas. Se zafó con la experiencia que le daban los años y siguió a la hermana que le llevaba hacia la sala donde Marina junto a su niña y Jacinta le esperaban. Doña Adelfa lo había arreglado todo con don Joaquín. El hombre no objetó ningún problema. Su mujer y él no habían tenido hijos y el recibir en su casa a Marina y a su bebé era tal motivo de alegría que sintieron que el retraso en la llegada de Fernando había sido como un regalo caído del cielo. Su mujer se apresuró en acondicionar dos alas contiguas en tan breve tiempo que don Joaquín no daba crédito a lo que veía.

La casa era tan grande como la de Fernando aunque apenas tenía mucho jardín. Estaba en otro lado de la ciudad, en una amplia avenida llena de caserones y pequeñas mansiones, solo que desde allí no se veía el mar; apenas llegaba el olor a agua salada.

El sol entraba por todas las alas de casa; la decoración era tan acorde a doña Gertrudis que a Marina apenas le sorprendió; había flores por todas partes, incluso los cojines y los tapizados de los sillones estaban llenos de flores, más grandes o más pequeñas; parecía que aquella mujer hubiera trasladado el jardín al interior de la casa. Se sintió cómoda. Era como si un halo de paz y serenidad inundara aquella casa, salvo cuando ella hablaba. Hablaba tanto y tan deprisa que Marina rápidamente se dio cuenta de que don Joaquín apenas la escuchaba.

—¡Elvira! ¡Elvira!

La doncella, que ya se encontraba en el vestíbulo, solo tuvo que dar dos pasos ante la llamada de doña Gertrudis, llevaba un uniforme claro y se la veía risueña, Marina volvió a sentir aquel mismo instante de paz y serenidad que cuando atravesó la puerta.

—Coge las pertenencias y acompáñanos. Verás, Marina, he preparado para

ti dos habitaciones contiguas. Espero que te gusten. Solo deseo, bueno, Joaquín y yo deseamos que durante los días que tengas, bueno, que tengáis — dijo mirando al bebé— que estar en nuestra casa, estéis lo más cómodas posible. Es un lugar muy tranquilo y...

Marina dejó que hablara; sus palabras se convirtieron en un soniquete de fondo, ella contemplaba su nueva alcoba sonriendo, casi todos los muebles eran claros, hasta la cuna, una pequeña cuna que habían colocado a un lado de la cama.

—¿Te gusta, querida?

Marina seguía contemplando todo a su alrededor y apenas oía que doña Gertrudis se estaba dirigiendo directamente a ella.

—Marina, ¿que si te gusta, querida? ¿Dónde estarías que no me escuchabas?

—Está todo muy bonito, doña Gertrudis. Es usted muy amable.

—Nada de amabilidad —había agarrado una de las manos de Marina entre las suyas y mientras hablaba le iba dando pequeños golpecitos—, nosotros queremos muchísimo a Fernando. Es como un hijo. También conocimos a su padre... Una maravillosa persona. Don Fernando siempre fue...

—Gertrudis, deberías dejar que Marina se acondicionara a su gusto, no deberías incomodarla más —la voz de don Joaquín, quien acababa de irrumpir en la habitación, fue para Marina un soplo de aire fresco en un caluroso día de verano.

—Oh, claro. Perdóname, querida, nunca sé cuándo parar. Acomódate tranquilamente. Luego nos vemos. Además...

—Gertrudis, ya.

—Sí, querido. Adiós, Marina.

—Uf, creí que no se iba a callar nunca —le dijo Marina a Jacinta—, creo que tengo que empezar a acostumbrarme. Espero que Fernando no se demore mucho más. Si no fuera por él, no volvería a aquella casa tan oscura y tan... Aquí hay luz, Jacinta, hay vida. —Y Marina contempló tras la ventana el pequeño jardín mientras Jacinta acunaba amorosamente en sus brazos a Beatriz.

Los días pasaban y Marina, con la ayuda de Jacinta, le dedicaba el día al nuevo ser que había llegado a su vida; pensaba en Fernando y en la demora de su llegada, adivinaba en los ojos de don Joaquín la preocupación que ambos compartían con el paso de los días; sus únicas noticias se limitaban al

telegrama que llegó casi a la vez que ella abandonaba el hospital con su hija. Doña Gertrudis se desvivía en atenciones, ropas y regalos para la niña; se había ido distanciando, en aquellos días, de sus amistades, pues consideraba que la compañía de aquel bebé, «le llenaba de plenitud», como solía decir, más que todas sus amistades juntas, «solo hablan de vanidades», comentaba, y Marina sonreía ante la expresión del rostro de don Joaquín cada vez que oía tal comentario de su esposa. Sin embargo, Marina sabía que aquel no era su hogar ni lo sería, recordaba a su madre y la sencillez de aquel hogar que dejó hacía ya tanto tiempo y pensaba que, a pesar de todo, sí sería un buen lugar para criar a su hija, todo menos volver allí. Cada vez que don Joaquín atravesaba la puerta del vestíbulo de la casa, Marina ponía la mirada en aquel anciano, leyendo en sus ojos que otro día más seguían sin tener noticias de Fernando. Jacinta compartía la desesperanza de Marina y agarraba sus manos mientras su garganta luchaba por emitir aquellos sonidos con los que decirle que estuviera tranquila, que todo se iba a solucionar.

El jefe de recepción se acercó hacia el sillón de la amplia sala del hotel, donde Fernando, sentado junto a una mesa, ojeaba el periódico de aquella mañana; las noticias variaban poco en comparación con las del día anterior y tenía la sensación de que ni todo su dinero sería suficiente para conseguir que alguien le sacase de aquel lugar. Si hubiera sabido que su suerte cambiaría ese día, la expresión de su rostro en aquel momento hubiera sido bien distinta.

Entre las hojas de un nuevo periódico, aquel empleado del hotel había camuflado un sobre en el que había detallado una serie de instrucciones.

—Permítame, don Fernando, que le cambie su periódico por este. Tiene una ideología menos liberal que el que ahora está leyendo.

Fernando había levantado la vista de lo que estaba leyendo y arqueado las cejas ante la sensación de no entender por qué aquel hombre sin una explicación clara había decidido interrumpirle en su lectura y decidir por él lo que debía o no debía leer. Contemplaba al jefe de recepción, que con la mirada misteriosa y fija en él seguía extendiéndole el periódico delicadamente doblado.

—En la página veinte encontrará una noticia que estoy seguro será de su interés, señor.

Fernando cerró el periódico que estaba leyendo y tras doblarlo se lo entregó con una mano mientras asía el otro con la otra.

—Gracias, señor.

Se retiró y dejó el periódico sobre una mesa de la entrada a la sala donde estudiosamente extendidos se apilaban periódicos y revistas de modas para entretenimiento y deleite de los clientes del hotel.

Fernando abrió el periódico por la página veinte y vio que un pequeño sobre se deslizaba por la hoja, deteniéndose entre sus piernas y el borde de su chaqueta. Lo abrió cerciorándose de que a su alrededor ningún ojo indiscreto observara cada uno de sus movimientos, y extrajo la cuartilla doblada que había en el interior. Sencillas instrucciones que leyó dos veces para asegurarse de lo que le ponía. Aquel eficaz empleado le había conseguido un coche con un conductor que le regresaría a su casa aquella misma noche. Únicamente tenía que estar en el lugar indicado y pagar lo que allí se acordaba. Se guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta del traje y dobló el periódico, dejándolo sobre la mesa junto a la taza del café que había pedido y que dejaba sin beber, se incorporó y se acercó hasta la recepción. Dio orden de que localizaran a su ayudante y le dieran aviso de que le urgía hablar con él. El jefe de recepción atendía a unos clientes que acababan de llegar al hotel; tras unos minutos con ellos, cuando vio que este ya se quedaba solo, se acercó hacia él.

—¿Es todo de su agrado, don Fernando?

—Sí, aunque hay algo que debería aclarar con usted. —Fernando bajó el tono de voz.

—Acompáñeme, por favor.

Fernando le siguió hasta la mesa de recepción; el jefe de recepción, tras dar una orden vana al empleado que había tras el mostrador, cogió uno de los libros y abriéndolo intentó que la conversación que ambos mantenían pareciera única y exclusivamente relativa a algún asunto de cliente y hotel.

—Usted dirá.

—¿Es de fiar la persona que nos va a llevar?

—De total confianza, don Fernando. Es un primo de mi mujer que está necesitado y al que no le importa arriesgarse. Lleva días insistiéndome, pero yo no le he comentado nada antes hasta estar bien seguro. Como comprenderá, sé que si algo saliera mal, sus influencias son tan grandes que perdería hasta mi puesto de trabajo. Si usted lo desea, les llevaría solo hasta la primera estación de tren donde ya no habría problemas con las vías; tengo

entendido que hasta Medina podrán llegar y a partir de ahí ya no tendrían contratiempo alguno.

—Dígale a su primo...

—Primo de mi mujer, señor.

—Lo mismo me da, que le pagaré cuando lleguemos.

—Sí, señor.

—Espero que no se demore. A la aurora estaremos aquí en la recepción. Mientras tanto, vaya dando la orden de que me vayan preparando la cuenta.

—Así se hará, don Fernando.

Fernando subió a su habitación oyendo los latidos de un corazón que se aceleraba con los nervios y la emoción de salir de aquel lugar y de volver a ver a Marina.

Recogió sus pertenencias y esperó, se asomó a la ventana tras la cual se veían unas calles aparentemente tranquilas por las que coches, carruajes y transeúntes trasegaban a un lado y otro disfrazando de normalidad una revuelta de trabajadores que cuatro calles más arriba incendiaban maderos obstruyendo las rúas incrementando más aún el malestar popular.

Anocheecía ya cuando el coche se detuvo ante la estación; tras bajar y recoger su ligero equipaje, Fernando y su ayudante abrieron las puertas de acceso y se acercaron a la ventanilla. Aún tendrían que esperar un par de horas para la salida de su tren. Tras preguntar al mismo jefe de estación, se acercaron a un mesón que había dos calles más abajo; llevaban desde el amanecer sin comer más que un trozo de pan con un poco de chorizo que la mujer del cochero le había metido en una pequeña alforja junto a una bota de vino. El hombre había regresado con las pesetas bien escondidas entre su asiento, esperaba tener la suerte de que en tan poco tiempo no se formara por el camino ningún piquete, soñaba con la cara que pondría su mujer cuando viera todos aquellos billetes juntos. Aquel señor había sido más que generoso y se sentía orgulloso de haberle insistido tanto al primo de su mujer para hacer el trabajo.

Cuando regresaron del mesón, el tren ya estaba estacionado en las vías. Tras subirse y atravesar el estrecho pasillo, abrieron las puertas de un compartimento en el que comprobaron que no viajaba nadie, dejaron las pequeñas maletas en la parte de arriba y se sentaron en los asientos de madera. Tras unos minutos de espera, el jefe de estación sopló el silbato que daba la orden de salida del tren. Cuando Fernando empezó a sentir el

traqueteo del tren al moverse, sus pensamientos volaron de nuevo hacia Marina. Cada vez estaba más cerca, por aquellos lugares los caminos eran seguros, las gentes se dedicaban a sus campos y lejos quedaban para ellos aquellas revueltas. Cerró los ojos, dormirían algo, aún les quedaban varias horas hasta llegar a su destino; para entonces, ya habría llegado el telegrama que anunciaba su regreso.

Manuela había soltado el trapo que tenía entre las manos sobre la mesa de la cocina; la aldaba de la puerta de la calle no dejaba de sonar insistentemente, pero la doncella había ido a la plaza a hacer las compras de rigor, con lo cual, la mujer llevaba el paso lo más rápido posible que sus voluminosas carnes le dejaban. Cuando abrió la puerta, la sorpresa de ver a Fernando atravesarla fue tal que a punto estuvo de sentir que se quedaba sin habla. Este depositó la maleta en el suelo del vestíbulo.

—Buenos días, Manuela. ¿Está la señora en sus aposentos? —Fernando, mientras hablaba, se desabrochaba presuroso el abrigo que traía puesto y lo depositaba sobre los brazos de la cocinera.

—¡Señor...! —Apenas un hilo de voz pudo articular; la mujer sentía que tenía que comunicarle de algún modo todo el cúmulo de circunstancias acaecidas en la casa durante su ausencia—. Perdón, don Fernando...

Fernando ya había iniciado el camino hacia las escaleras, cuando se detuvo y se giró hacia Manuela.

—La señora no está en casa. Su señora madre, no sabemos cómo, apareció la noche del día que usted se marchó en la habitación de la señora Marina. Ella creía que lo que veía era una pesadilla, pero cuando vio que era real, empezó a sentir fuertes dolores; los últimos días usted sabe que ella ya no se encontraba bien, y la impresión fue tan fuerte que se le adelantó el parto.

—¿Le hizo algún daño?

—No, señor, pero...

—¿Dónde está, Manuela?

—Su señora madre, arriba, y la señora Marina en casa de don Joaquín y doña Gertrudis.

El rostro de Fernando se tiñó de rabia, y los ojos, de odio. Había aguantado mucho durante los últimos años y la rabia que en ese instante recorría las venas de su cuerpo llegaba a quemarle por dentro; no sabía si era por ella, por aquella mujer que habitaba en el último piso de la casa y que tantos años creyó que era su madre, o era por él, por no haber atajado aquel problema

antes. Si la hubiera llevado a una institución, como tantas veces le dijeron, ahora no se encontraría en aquella situación. Golpeó con furia el puño de su mano contra la puerta, oyó el sonido al destrancarse y tras ella la expresión blanca de doña Adelfa al ver a Fernando allí, de pie, golpeando la puerta con furia. Traía la cara desencajada por la rabia, miró a la mujer que de pie junto a la ventana miraba a ningún lugar, con los pies descalzos, tenía uno de ellos sujeto a una fina cadena que le permitía únicamente moverse de forma limitada por aquella amplia habitación, vestía un largo camisón blanco hasta los pies y su pelo rubio, desaliñado, bajaba suelto por debajo de su cintura; en el perfil de su rostro aún quedaban los rasgos de la belleza que un día fue. Giró levemente su cabeza y miró a Fernando, una leve sonrisa cruel y dañina apareció en sus labios. La mirada dibujaba la satisfacción del daño creado. Fernando apretó los puños y se acercó a ella. Zarandeó su cuerpo, descargando el odio que en ese momento sentía hacia aquella mujer, mientras apretaba fuertemente sus hombros y le gritaba:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

Una risa sarcástica, penetrante hasta el tuétano, inundó aquel lugar. Cuanto Fernando más la zarandeaba, ella más se reía. Doña Adelfa intentó que Fernando la soltara y que se tranquilizase. Le veía tan fuera de sí que por primera vez tuvo miedo de él.

—¡Fernando, déjala. Por Dios, Fernando, déjala! ¡Le vas a hacer daño!

—No más de lo que ella me ha hecho a mí.

Le había agarrado el cuello intentando callar aquella risa infernal y acabar con esa situación que no sabía si era real o simplemente una pesadilla.

—¡Fernando, por Dios déjala! ¡Por Marina, por tu hija, Fernando...!

Soltó las manos que apretaban aquel cuello escuálido y se las miró como queriendo adivinar qué había intentado hacer. Su pelo desaliñado y su cara desencajada eran la imagen de la locura y la desesperación.

—¡Hijo, por favor!

La dulzura de las palabras de aquella mujer salieron con el amor oculto de tantos años. Sin embargo, para «ella», aquellas palabras fueron el regreso a un pasado donde un día descubrió la verdad; en su locura, agarró el quinqué que alumbraba una zona de la habitación prendiendo fuego con él las sábanas de la cama. Adelfa abrazaba a su hijo como cuando era niño y venía llorando porque se había caído en el jardín y apenas una gota de sangre brotaba de una

pequeña herida en su rodilla. Tranquilizaba a aquel niño grande que, sentado en el suelo, intentaba asimilar lo que estaba viviendo.

Cuando se dieron cuenta, las llamas se estaban extendiendo por toda la habitación, y el fuego empezaba a acercarse a ellos. Fernando intentaba llegar hasta «ella» al comprobar que se encontraba rodeada por el fuego. Adelfa trataba en vano de apagar aquel incendio que se expandía más rápidamente de lo que podían imaginar. Todo fue inútil, las llamas habían prendido ya su camisón y subían cual hoguera por su cuerpo. Sus gritos de dolor se extendieron por la casa.

Intentaron salir de allí, mientras los maderos caían descontroladamente del techo, abrazados por las llamas, cuando ya se acercaban a la escalera. Varios cayeron golpeando el cuerpo de Fernando; Adelfa ya no era aquella ama de llaves que regentaba la casa, era una madre desesperada intentando salvar a su hijo, se quitó la falda de su vestido y cubrió las llamas de los maderos para apagarlas y poder retirarlos del cuerpo de Fernando, le arrastró como pudo hasta el primer piso, pero el humo le impedía respirar, sintiendo que sus fuerzas se desvanecían.

Afuera, en la calle, las campanas de un camión de bomberos que se detenía ante la puerta anunciaban el peligro; algunos vecinos habían intentado entrar en la casa, pero el humo y la falta de visibilidad les había impedido el acceso. Las llamas salían por las ventanas de la casa mostrando su poder de destrucción. Lo último que vio Adelfa fue a un hombre que se acercaba hacia ella intentando sacarla de allí. Un bombero hacía el esfuerzo de sacarla hacia la calle al comprobar que aún seguía con vida.

—¡A mí no, por favor! ¡Sálvele a él! ¡A él, sálvele a él!

—Está malherida.

—Da igual. ¡Sálvele a él!

—¿Hay alguien más arriba? Porque va a ser difícil subir.

—No... arriba ya no hay nadie.

Marina se apostaba desesperada en la acera junto al resto de curiosos que se arremolinaban en la calle. El telegrama de Fernando lo había traído don Joaquín, y ante la emoción y la alegría de volver a verle, Marina le había pedido que lo llevara a la casa lo antes posible, necesitaba verle, abrazarle, que su cuerpo la rodeara y no la soltara, pero en aquel momento solo tenía ante ella una casa que el fuego iba consumiendo entre sus llamas, mientras los bomberos intentaban apagarlo infructuosamente. No tenía noticias de

nadie, no sabía nada, no veía a nadie, ni a Manuela, ni a doña Adelfa ni a la doncella; el desaliento abrazaba su pecho sintiendo que paraba su corazón.

Un bombero con ayuda de otro sacó el cuerpo de Fernando; aquella imagen que surgió tras el humo de la puerta fue para Marina como una luz en la niebla.

—¡Aquí! ¡Está malherido!

—¿Hay alguien más en la casa?

—¿Vivo? No creo que quede nadie más. Se hará lo que se pueda, pero no se puede entrar. Eso es un infierno y el humo no deja respirar.

Metieron el cuerpo de Fernando en una de las ambulancias que esperaban y lo trasladaron al hospital. Cuando pudo hablar y vio que parte de su cuerpo estaba cubierto por las vendas, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, miró a Marina, que apostada junto a su cama había velado su largo sueño todo el tiempo, queriendo ser ella la primera que viera cuando abriera sus ojos.

—¡Marina...! —El brillo de su mirada se depositó en los bellos ojos verdes de Marina.

—¡Shhh! No debes agotarte.

—¿Y Adelfa?

—No está. Se quedó allí.

—Me salvó la vida. La dio por mí. Ella me sacó de allí... Era mi madre... Mi madre dio su vida por mí.

Las lágrimas descendieron por sus mejillas mientras la mano de Marina acariciaba su pelo. Las cicatrices de las quemaduras curarían, pero no sabían el daño que aquellos maderos provocaron en la espalda de Fernando. Marina solo pensaba que le quería y que juntos, fuera lo que fuera, lejos de allí, lo afrontarían... Sí..., pero sería lejos de allí.

Fernando pasó un largo mes en el hospital, no fue más largo que cualquier otro, pero para él, sí. Los días los llevaba entre la visita de don Joaquín, que le ponía al día con los asuntos de la empresa, y los comentarios sobre la eficiencia en el trabajo del hijo de un amigo recomendado por otro amigo, un muchacho recién salido de la universidad con un brillante expediente académico, cuyos conocimientos en gestión de la empresa quedaron bien demostrados desde el primer día que empezó a trabajar para ellos. Le faltaba la experiencia, pero, como bien decía don Joaquín, «eso era algo que iría adquiriendo día a día». Estaba seguro de que sería un buen sustituto, aquel que llevaban tanto tiempo buscando. Las visitas de la mujer de don Joaquín,

aunque espaciadas en los días, acababan para Fernando en un cargante dolor de cabeza; agradecía lo que le contaba cada día que iba de aquella hija que aún no conocía y que imaginaba en las noches en la soledad de su cuarto, pero el tiempo que allí permanecía era cual cacatúa, con una palabra tras otra, sin apenas dar respiro a su seca garganta. La enfermera solía esperar a que se marchara, odiaba ser objeto de su interrogatorio, lanzaba una pregunta tras otra, perdiéndose ya su interlocutor en la primera. Los primeros días así fueron, más tarde decidió asegurarse que doña Gertrudis había finalizado su visita para entrar en la habitación de Fernando. Cuando llegaba, su comentario siempre era el mismo: «Dios mío, lo que habla esa mujer...».

Fernando soportaba las curas en silencio, miraba las heridas del fuego en su piel, cicatrizando día a día, y pensaba que serían el recuerdo de un día en que las llamas convirtieron en ceniza una mentira con la que su padre quiso tapar una verdad.

Las visitas de Marina eran como el agua mansa en las turbulencias del océano. Le gustaba perderse en la mirada de sus ojos verdes e imaginar un lugar donde no existieran nada más que ellos dos solos, columpiándose en su seno y volar cual paloma por infinitos paisajes y laderas verdes. Dejaba que esos sueños imaginarios se deslizaran por las paredes de su habitación del hospital, y él en medio, como niño en un tióvivo, hasta que se dormía y, a la mañana siguiente, cuando la enfermera le despertaba de su letargo para hacerle la nueva cura, la realidad desgarraba como cuchillo el sueño feliz, y el dolor volvía a traerle de nuevo a aquella habitación. Cuando intentaron ver el alcance de sus lesiones, deseó morir; sus piernas no respondían al deseo de salir de aquella cama y, por primera vez, quiso haberse quedado allí, con ellas. Al día siguiente, la visita de un nuevo médico especialista en tales lesiones abrió la puerta a la esperanza; sus piernas presentaban algo de sensibilidad, la recuperación sería dura, difícil, pero se podía lograr. Comenzarían inmediatamente y luego, con ayuda, seguiría en su casa con el mismo tratamiento cada día.

Fernando salió del hospital en una silla de ruedas. El sol de aquella mañana le recibió acariciando con delicadeza su rostro blanquecino tras tantos días en el hospital. La mujer de don Joaquín había mandado adaptar alguna de las habitaciones del piso de abajo para facilitar su estancia y recuperación. Los doctores habían dejado claro que llevaría tiempo. Podría volver a andar, no tendría la misma destreza en sus movimientos, pero no sería un ser

encasillado en una silla de ruedas. Para doña Gertrudis, adecuar su vivienda a las necesidades de Fernando era la ocasión idónea de sacar aquellos sentimientos clandestinos que toda mujer oculta cuando no puede ser madre y que saca a la superficie cuando el destino le tiende la mano para ello.

Beatriz era para ella «la flor de mi jardín»; eso decía cada vez que tenía a la niña en sus brazos.

Se excusó de contratar una niñera, dejó bien claro que entre Jacinta y ella se valdrían para atender a la niña; así Marina pasaría más tiempo con Fernando y su recuperación. Los meses fueron pasando, y aunque se cansaba, Fernando conseguía dar sus pasos e ir dejando la silla de ruedas, aunque sabía que ya no recuperaría aquella movilidad.

Hacía tiempo que en la plaza del pueblo de Marina dos viviendas contiguas habían sido adquiridas y reformadas hasta convertirlas en una sola. Todo el pueblo sabía que Marina volvía, que lo hacía con su esposo y con una hija. Marina regresaba.

Doña Gertrudis había sido para ellos como una madre, pero aquella ciudad les ahogaba, y Marina presentía que solo las praderas de sus montañas volverían a traer la paz a sus corazones; ya ni la brisa del mar templaba su alma.

Cuando abandonaron la casa, prácticamente lo hicieron todos a la vez. Don Joaquín les había dicho adiós un mes antes, en silencio; su corazón cansado se fue sin hacer ruido una tarde cualquiera. Le encontraron allí, sentado en su butaca, con el periódico en la mano, con un brazo caído y la cabeza sobre su hombro izquierdo. Beatriz había estado tirando de la patera del pantalón de aquel dulce anciano esperando que jugara con ella o la sentara sobre sus rodillas como hacía en tantas ocasiones, pero aquella tarde don Joaquín no se movió.

Doña Gertrudis no supo todo lo que realmente amaba a su marido hasta que introdujeron su ataúd en el coche fúnebre. A los pocos días del funeral, sus cosas eran empacadas y trasladadas a la casa de su prima en Asturias. No podía vivir en la soledad en aquella casa que donde los últimos casi dos años había sido un hervidero y trasiego de personas. Beatriz ya no corretearía por sus pasillos, y ella no podría seguir esperando a don Joaquín un día sí y otro también hasta entender que ya no volvería más. Cerraron la casa y la pusieron a la venta. Tanto Marina como Fernando se despidieron con pena de aquella mujer que les había dado tanto. Sintieron que don Joaquín se había llevado

con él parte de ella. Ya no era aquella mujer locuaz y llena de energía, el silencio iba adueñándose de sus palabras y apenas Beatriz conseguía sacarle una palabra o una sonrisa.

Salieron de la casa cerrando la puerta y dejando tras de sí el cartel de «Se vende». Montaron en uno de los coches; en el otro viajaban todas sus pertenencias y equipajes. Un largo camino les esperaba. Marina miró tras la ventanilla y recordó a una muchacha que tiempo ha llegaba a la misma ciudad de la que ahora se iba. Mientras el coche se alejaba, el azul grisáceo del mar se asomaba entre las laderas para desaparecer y no volver a emerger. Aspiró el olor a mar que el aire traía, pensando en si algún día volvería. Sintió la mano de Fernando sobre la suya, recostó su cabeza sobre el hombro de él y dejó que el paisaje pasara tras la ventanilla.

Tras atravesar el pueblo y llegar a la plaza, los dos coches se detuvieron, uno detrás del otro. La mujer elegante y bien vestida que se bajó de uno de los coches era una leve imagen de aquella Marina que salió de ese pueblo en el carro del tío Celedonio con un destino desconocido. Tras ella, un hombre sacaba una silla de ruedas que colocaba en el suelo y ayudaba a bajar a un hombre que dificultosamente descendía. Jacinta, con Beatriz en los brazos, contemplaba la plaza y sonreía a Marina; esta alzó la vista hacia la casa y vio el que a partir de ese momento sería su nuevo hogar.

EPÍLOGO

El lujoso coche que bajaba por la amplia calle de opulentas mansiones se detuvo. Marina apretó el interruptor que bajaba automáticamente la ventanilla; el sonido de los niños que jugaban en el parque junto a la ligera brisa de la calle se coló en el interior del vehículo. Beatriz giró la llave de contacto y echó el freno de mano.

—No sé, mamá, por qué ahora quieres parar aquí. Sabes perfectamente que andamos justos de tiempo.

—Será solo un momento.

—Bien, pues tú dirás, ¿qué hacemos?

Marina contemplaba el lugar: los niños correteaban alrededor de una fuente de piedra, y las madres conversaban aquella soleada mañana del mes de junio en los bancos de madera bajo la sombra de los altos olmos.

—Beatriz, ¿puedes ir a mirar si sigue todo igual?

—Está bien, mamá, aunque no creo que haya cambiado nada.

Beatriz se bajó del coche dejando la puerta ligeramente entreabierta. Acercó sus pasos hacia una roaleda que rodeaba en círculos un pequeño pedestal con una placa. Volvió a leer las palabras grabadas, como tantas veces había hecho: «A la memoria de Adelfa. Donde el amor no tiene límites».

Contempló el amplio parque y la belleza de sus jardines, donde cada flor y cada árbol borraban las huellas de lo que un día fue aquel lugar. Regresó sobre sus pasos y se detuvo junto al coche.

—Ya está, mamá. Está todo igual. La fuente echa su agua; las rosas engalanan la roaleda, y la placa sigue en su sitio.

—Siempre tienes que volver, ¿verdad? —se dejó oír la voz suave del anciano que, sentado junto a Marina en la parte posterior del vehículo, miraba a una Beatriz que nerviosa, golpeaba de forma intermitente el pie sobre la acera.

Los ojos de Marina se volvieron hacia el hombre que en ese momento cogió su mano, apretándola suavemente, mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro, dejando salir de sus labios un «sí» y volviendo de nuevo la vista al mismo lugar. Miró el pedestal que se alzaba en el centro de la roaleda, aquella piedra sobre la que colocaron la placa, era lo único que quedaba de la

casa que tantos años atrás hubo en aquel mismo lugar. No había ningún recuerdo más, aquella piedra y la fuente donde el agua resurgía cada instante limpia y cristalina como los corazones de los niños que jugaban cada día en el parque. Fue lo mejor; cambiar muerte por vida.

—Mamá, ¿nos podemos ir ya? —la voz de Beatriz hizo regresar a su madre de un pasado añejo—. Te recuerdo que tu nieta se gradúa hoy y estará de los nervios al ver que no llegamos. —Beatriz cerró la puerta del coche y dio a la llave de contacto—. Pensará, lógicamente, que dónde se han metido su madre y sus abuelos.

—Déjalo ya, Beatriz. Tampoco hemos perdido tanto tiempo, y mi nieta entenderá que hayas parado unos minutos por cumplir un deseo de tu madre.

Marina seguía mirando por la ventanilla aún abierta aquel lugar con el presentimiento de que sería la última vez que lo vería. Mientras el coche se alejaba por la avenida y Beatriz cerraba la ventanilla de la puerta de su madre, Marina sonrió a Diego, que la miraba con el mismo brillo en los ojos que aquel muchacho, en la plaza del pueblo le sonreía mientras los titiriteros callejeros hacían malabares, ilusionando con su magia, al compás de panderetas y cascabeles, dejando que su música la acariciara el viento.

FIN